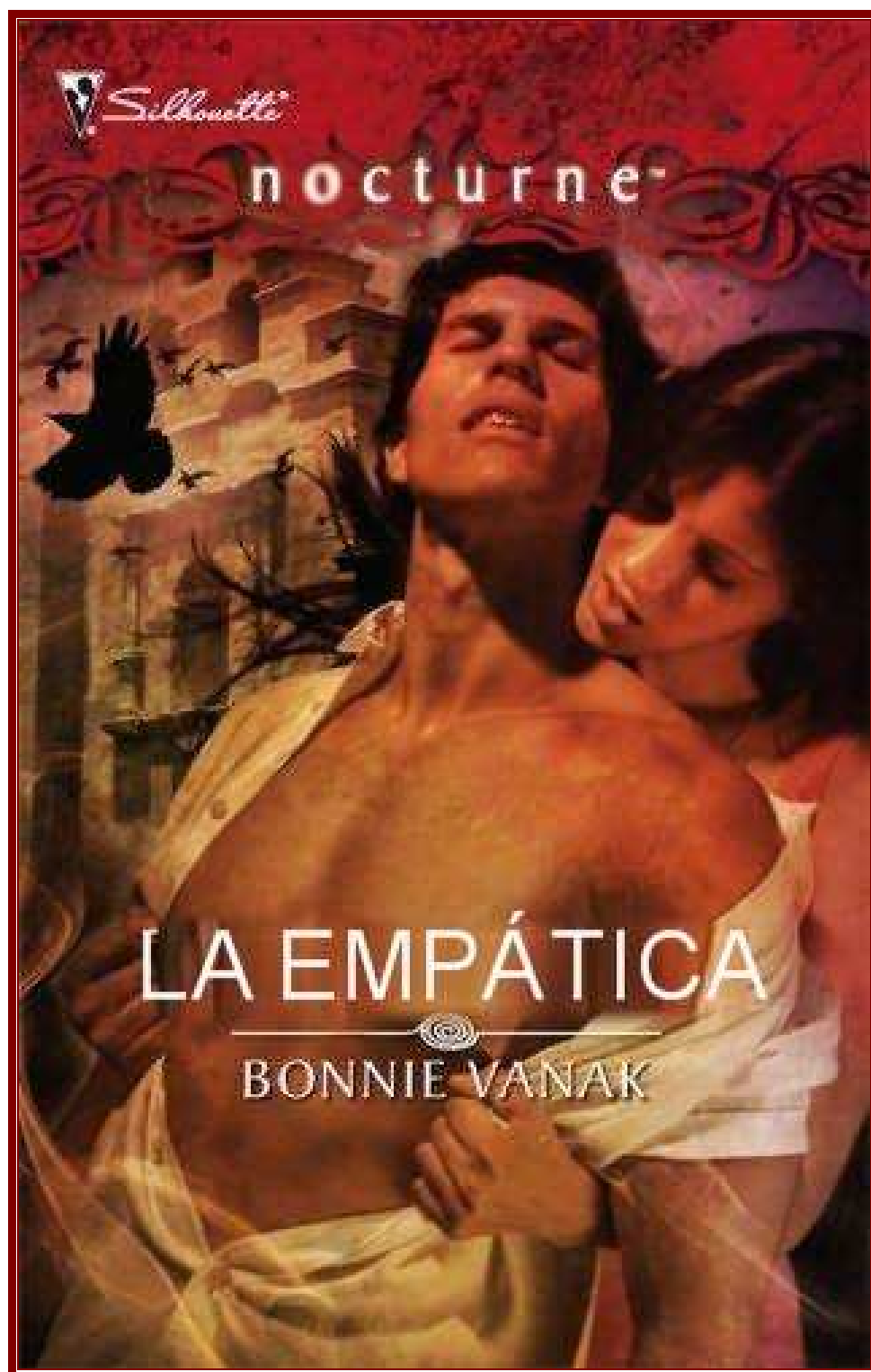




INDICE

<u>CAPÍTULO 1</u>	4
<u>CAPÍTULO 2</u>	14
<u>CAPÍTULO 3</u>	25
<u>CAPÍTULO 4</u>	34
<u>CAPÍTULO 5</u>	43
<u>CAPÍTULO 6</u>	51
<u>CAPÍTULO 7</u>	61
<u>CAPÍTULO 8</u>	72
<u>CAPÍTULO 9</u>	80
<u>CAPÍTULO 10</u>	92
<u>CAPÍTULO 11</u>	100
<u>CAPÍTULO 12</u>	110
<u>CAPÍTULO 13</u>	119
<u>CAPÍTULO 14</u>	129
<u>CAPÍTULO 15</u>	139
<u>CAPÍTULO 16</u>	145
<u>CAPÍTULO 17</u>	153
<u>EPÍLOGO</u>	160



"LA EMPÁTICA"

Bonnie Vanak

EL LOBO DEBE TENER UN COMPAÑERO PARA SOBREVIVIR...

Nicolas era el más fuerte y fiero de los Draicon, hasta que fue desterrado por cometer un crimen. Ahora el licántropo solo tiene un camino para la redención: encontrar la largamente perdida pareja, la mujer que salvará, a Nicolas incluido, del terrible peligro.

Maggie Sinclair es una veterinaria dedicada a sanar. Ella no tiene ni idea de su verdadera naturaleza, la magia que espera en su alma...o el hombre que viene a reclamarla. La supervivencia de su unión depende de que ellos se encuentren el uno al otro, de que sus habilidades se conviertan en una. Pero los enemigos también han encontrado a Maggie, y la matarán para evitar que ella despierte una totalmente absorbente pasión...



CAPÍTULO 1

La muerte, con colmillos y largas garras lo acechó.

El enemigo lo cazó. Nicolas, el guerrero poderoso. El mejor luchador de la manada. El condenado al ostracismo. Nicolas Keenan levantó el hocico, olió el viento. Captó la esencia de su líder marcando un roble cercano. Su forma de lobo se puso rígida con el deseo. Manada. Hogar. Familia.

Pero él ya no tenía una familia. Incluso aunque siguiera patrullando silenciosamente su territorio, protegiendo a su gente e incluso aunque su lealtad nunca muriera, había sido desterrado de la manada.

Era un Draicon, licántropos que una vez usaron su magia para aprender de la tierra y sus maravillas. Ahora, cazado por los más poderosos Morphs, los cuales, usaban sus poderes en un intento desesperado por sobrevivir. Morphs. La misma palabra le erizaba el pelo. Habían sido Draicon al igual que él. Draicon quienes habían abrazado el mal de buena gana, entrando en las filas de la Morphs al asesinar a uno de los suyos. Nicolas había pasado casi toda su vida destruyendo Morphs. Cuando alguien de su manada se convertía, había sido obligado a matarlos también.

Siempre sería Draicon, prometió Nicolas silenciosamente, recordando la diminuta señal sobre su cuello. Nunca se rendiría al poder de atracción de los Morphs.

Sintió una helada brisa que se movía, crepitando las hojas y enfriando el aire. En esta parte del norte de Nuevo México, los árboles estaban cubiertos de vivos colores. Treinta minutos antes, después de que hubiese abandonado su rancho para dar un paseo por los bosques, había sentido el peligro. El familiar instinto guerrero emergió. Había cambiado para atraer al enemigo alejándolo de las casas y hogares de la manada.

Nuevos olores llenaron las aletas de su nariz. Éste, decididamente, olía a demonio todavía.

Nicolas captó un débil tufillo de algas podridas mezclada con aguas residuales. Enemigo. Peligro.

¿Ah, Maggie, en qué te estoy arrastrando? ¿Y si ellos también te encuentran?

Se ensanchó, resbalando silenciosamente en sus pensamientos. Mitosis. Células cancerígenas. Ella estaba estudiando una muestra al microscopio. Él se retiró no queriendo distraer su concentración. Margaret Sinclair, la empática largo tiempo perdida de la manada. La Draicon destinada a destruir al líder de los Morphs, ella era la última esperanza de la manada y la compañera destinada de Nicolas. Estaba a salvo. Por ahora.

En las ramas de un curvado roble, un ciervo marrón permanecía camuflado a la vista. Un rayo de luz de la luna moteaba el moribundo roble y cubría al ciervo de plata. La maleza muerta penetraba en el rocío de la tarde. En la distancia, una cierva pisó a través de los hierbajos. Sus orejas se inclinaron hacia delante.

Ellos se estaban aproximando. Una vez solitario, el enemigo había combinado sus números. Nicolas no se atrevía a cambiar. No ahora. Su cambio dejaba rastros elementales de magia, dejando desdibujadas huellas de patas a sus enemigos.

Todavía quieto, inhaló el aire. El olor se hizo más débil. Un nuevo olor llenó sus sentidos. Olor de cuerpo. Falsa esencia a ciervo. Cerveza añeja. Humanos. Ruidosas y desagradables voces rasgaron a través de los bosques.

— ¡Allí! ¿Veis aquel lobo? ¡Id a por él!

Los humanos que lo habían descubierto antes todavía lo perseguían. Salieron para cazar algo esa noche. Algo como el lobo de Nicolas.

Ahora no tenía elección. Tenía que arriesgarse. Nicolas cambió, los músculos se llenaron, se estiraron, los huesos se alargaron. La piel se derritió. El pelaje de lobo desapareció, sustituido por bronceada piel humana.

El hombre desnudo se encontró con impacientes cazadores cargados con rifles. Nada bueno. Convocar la ropa mediante magia revelaría su presencia al enemigo como la luz de un faro. No tenía que haber usado sus poderes esta vez. En cambio, se agachó junto al tronco podrido del árbol y buscó la ropa almacenada bajo las raíces extendidas del follaje. Damian había puesto escondrijos parecidos por todas partes del territorio de la manada para casos de urgencia como este. Se vistió, agarró la botella de whisky, y salpicó con ella su brillante traje anaranjado.

Nicolas se hundió contra el árbol y esperó. Se rió en silencio, extraviando los ojos ante la botella ámbar medio llena.

— Nunca bebo ningún whisky de menos de doce años, Damian, tacaño.

Gritando victoriosos, los cazadores atravesaron el bosque como torpes bueyes. Él olió la crueldad que subía y bajaba con cada excitado aliento. Entraron en el claro. La pálida luz de la luna llena impactó en sus equipos de camuflaje. Nicolas hipó de forma audible. Levantó la botella en un saludo borracho.

— ¡Aquí está mi disparo del día que vale por una cornamenta de 12 puntas!

La incredulidad pasó por sus rostros. Los hombres cambiaron los rifles y entrecerraron la mirada.

— Piérdete, — afirmó el más bajo en plan chulo. — Pagamos mucho dinero para cazar en esta tierra.

Ignorándolos, Nicolas fingió pegar unos tragos.

El gordo resopló, cambió su rifle. La barriga le sobresalía por encima el pantalón caqui al igual que las quijadas.

— Escuche señor, está en una zona privada. Lárguese antes de que nosotros lo echemos. Estamos tras la pista de un lobo solitario.

Sonriendo abiertamente ante ellos, dejó caer el whisky e hizo que se marchaba. Y entonces el olor lo atravesó igual que una locomotora.

Ellos venían directamente en su dirección.

Estaba totalmente inmóvil. Se le erizó el vello de la parte posterior del cuello. Dobló los músculos y se puso de pie.

— Permiso, — gruñó él — Ya vienen.

Pero los cazadores simplemente lo miraban embobados.

— ¿Qué le pasa a su voz? — Exigió uno.

— Corre, — advirtió Nicolas.

Demasiado tarde. Entraron en la diminuta cañada, sin molestarse en cubrir su número. Deslizándose, avanzaron, disfrazados como seres humanos. El enemigo se parecía a jóvenes mujeres, malhumorados adolescentes, ancianos y hombres de negocios en traje. Pero por su olor, parecían absolutamente normales. El olor de algas podridas y aguas residuales lo sacudió. Maldición. Era una horda. Demasiados para luchar solo. Su mente pensó en una estrategia. La sorpresa era su mejor defensa. La magia lo entregaría de todas maneras. Maldijo silenciosamente, deseando tener sus dagas.

Si permaneciera mezclado con los cazadores, quizás el enemigo no lo vería.

Los cazadores humanos se volvieron, los vio. Uno se apartó la gorra, rascándose la frente.

— ¿Qué diablos es esto, una fiesta?

Señaló a un encorvado hombre de pelo cano que llevaba gafas redondas, inclinándose en un bastón de madera.

— ¿Te perdiste, Gramps? El asilo está en esa dirección. Ya pasa de tu hora de acostarte.

El anciano levantó la cabeza. Sonrió. Brillantes dientes blancos, agudos, puntiagudos.

— Jesús, — susurró al cazador gordo — ¿Qué es esto?

— Una prematura fiesta de Halloween, — bromeó su amigo, con voz rasgada — ¿O dentadura barata?

Nicolas olió el miedo de los hombres. Sabía que su enemigo también lo olía.

Apestaba como a sudor ácido.

— Suficiente, — dijo el más anciano con suavidad. Hizo una señal.

Avanzaron como una sola unidad, igual que una columna de hormigas soldado. Uno por uno mutaron cambiando de forma, las ropas se desvanecieron de sus formas humanas, la piel brotó sobre sus cuerpos. Su magia, oscura y poderosa, los transformó mucho más fácil que los poderes de Nicolas.

Silenciosos como la niebla, ojos que brillan como carbones ardientes, avanzaron merodeando sobre cuatro patas. Un lento parpadeo. La visión nocturna captaba los ojos volviéndose negros como agujeros vacíos.

Los ojos, siempre los ojos, contaban su verdadera naturaleza, sin importar su forma.

El lobo en él se ensalzó, sediento de sangre, de acción. Atrapado entre revelarse a sí mismo a los forasteros, y la necesidad del lobo para atacar, vaciló. El instinto lo urgía a correr, esperar mejores probabilidades. Los humanos habían causado este mal. De todos modos sintió una fugaz compasión por los cazadores. Escaneó la aproximación del enemigo desde el eslabón más débil.

El temor de los humanos se volvió terror.

— Santa madre de Dios, — gritó uno de los altos — ¡Lobos!

Dispararon. El acre olor de la orina reprimida inundó el aire.

En aquel instante, los Morphs atacaron.

Ahora. Las dagas se materializaron en sus manos cuando saltó adelantándose para encontrarlos. Seis Morphs saltaron sobre él. Afilados dientes como cuchillas se hundieron en su cuello, las garras golpearon sus piernas y torso. La ropa se despedazó igual que fino papel. Él gruñó y se abalanzó con los cuchillos, apuñalando sus corazones. Murieron gritando. Se deslizó, apuñalando otra vez, estremeciéndose cuando la sangre ácida lo salpicó. Otra vez. Era inútil. Cada vez que abatía a uno, otro se materializaba. Clonándose a sí mismos.

Un maldito ejército animal.



El calor goteó bajando por su garganta. Nicolas ignoró el ardiente dolor, luchó con sus ropas para mutar. Al diablo los mortales. Ya estaban muertos.

Cuando se arrancó la ropa, cayeron sobre él, mutando una vez más. La piel estalló sobre sus cuerpos, las garras crecieron, cambiando incluso otra vez. Maldijo su capacidad de mutar en cualquier forma de animal. Enormes osos pardos rugieron. Cuatro lo cercaron de golpe contra el tronco de árbol. Atrapado, sus brazos y piernas inútiles, Nicolas no podía convocar su magia.

— Buen dios todo poderoso, — gritó un cazador.

Luchando en el abrazo del Morphs, Nicolas sintió el correr de la sangre, dolor en los huesos.

Los otros se volvieron hacia la presa humana. Nicolas luchó con más fuerza, esperando salvar los despreciables culos de los cazadores. Sabiendo que era demasiado tarde.

Con las mandíbulas abiertas de par en par, la saliva goteando de sus afilados colmillos, la manada cayó sobre los desgraciados hombres. Gritos mezclados con el sonido de carne desgarrada. Sangre salpicando sobre los robles, goteando negra viscosidad. Los cazadores estaban todos muertos.

Los Morphs mutaron en sus verdaderas formas. Agachados, la piel pegada al hueso, más animal que humano. Mechones de pelo se adhirieron a sus cueros cabelludos. Puntagudos y afilados dientes en una abierta sonrisa. Su fétido olor llenó el aire. Gimotearon, dejando escapar profundos suspiros.

Absorbiendo el terror de sus víctimas y su aliento al morir, los Morph se alimentaban de su energía. El Morph que lo retenía aflojó la presa sobre sus brazos. Aprovechando su distracción, se liberó y mutó. El lobo los saludó, impaciente por luchar, desesperado por clavar sus garras en ellos. Sorprendidos, sus captores retrocedieron. Repartió golpes a diestro y siniestro con sus afilados colmillos, gruñendo. Derribó a uno mientras los demás venían silenciosamente a por él.

Había demasiados. Había perdido mucha sangre.

— Alto, — ordenó una autoritaria voz — Dejadlo estar.

La sangre goteó bajando por sus flancos, cálida en el frío aire. Nicolas ignoró el picante dolor y el ardor en el costado. Recordó constantemente el arma secreta de los Morphs. Confiada. Arrogante. Jamie era una amenaza más grande que los propios Morphs.

Gruñó. Instantáneamente los Morphs cerraron filas alrededor de Jamie. Ellos morirían protegiendo a la humana que los había convertido en un ejército.

La mortal cuya sangre fabricó la enfermedad y la muerte.

No moriría como lobo. Nicolas mutó de nuevo a su forma humana para dirigirse al mortal. Por culpa de Jamie, Damian se estaba muriendo.

Desnudo, vulnerable, se negó a amilanarse.

— Jamie, — pronunció él — Llegará tu hora.

Una baja y divertida sonrisa atravesó el aire. Jamie empujó a los ceñudos guardaespaldas para adelantarse.

— Apenas puedes mantenerte en pie. Destruiremos a vuestro líder, Nicolas. Ya lo tenemos, gracias por tu ayuda.

Nicolas permaneció callado. Desobedeciendo las reglas de la manada, había enseñado magia a Jamie y ella la utilizó para unirse a los Morphs e incrementar sus poderes. A partir de su sangre, habían fabricado una enfermedad que estaba matando a su líder.



Otro Morph mutó de vuelta a la forma humana. Grasiento pelo castaño, ojos vacíos y una cruel boca torcida. Kane. El líder. La saliva goteaba de los labios partidos de Kane. Las garras crecieron de sus uñas.

Nicolas se tensó cuando Kane se aproximó.

—Nicolas —habló el líder arrastrando las palabras— Únete a nosotros. Sabes que quieres hacerlo.

—Moriría primero —gruñó él.

—Tengo poderes que tú nunca tendrás como un Draicon, Nicolas. Únete a nosotros y observa. —El Morph extendió sus largos y delgados brazos— Puedo usar el aire como un águila, surcar los mares como un tiburón, correr por la selva como un jaguar. ¿Puedes tú hacer lo mismo?

Nicolas enderezó la espalda.

—Y tú hueles igual que podría oler un montón de basura. No gracias. Prefiero ser un cadáver. No, algo menos agradable. —Añadió la verborrea vistosa que compara a Kane a una función natural corporal

Pero Kane sólo rió.

—Las palabras no pueden herirme. Pero tú sí. ¿Te atreverás?

Nicolas permaneció en silencio, las manos apretadas en puños.

—Matémoslo —sugirió un Morph.

—No, —contestó Kane— No lo toquéis. Lo necesitamos vivo para Margaret, si ella es la verdadera empática él despertará de nuevo sus poderes cuando la busque para emparejarse.

El temor atenazó el pecho de Nicolas. No les tenía miedo, incluso se había enfrentado con la muerte. Temía ahora por Maggie.

—Nunca la encontrarás. Moriré peleando antes de que consigas poner las garras sobre ella.

Kane le dirigió una obscena sonrisa.

—Ya la encontramos, Nicolas. Infectamos su perro con nuestra nueva enfermedad. Y tú no puedes permanecer alejado. El impulso del emparejamiento te reclama incluso ahora. No puedes luchar contra tu naturaleza.

Un burlón resoplido salió del líder de los Morph. Nicolas se contuvo a sí mismo antes de estirarse para estrangular a Kane. El líder de los Morph le dedicó una fina y burlona sonrisa.

—Dejad los cuerpos. La ley culpará al Draicon. Otra vez. —Se rió Kane.

Un cariz inteligente. Más munición para cazar lobos, destruyendo su disminuida manada. El dolor lo atormentó. Cayendo contra el familiar roble con su esencia y la de Damian, observó como los Morphs se desvanecían entrando en el bosque. Seguirían creciendo en poder y fuerza, continuando sus asaltos. No podía detenerlos.

Necesitaba a Maggie. Margaret, la empática profetizada para convertirse en la fuerza capaz de eliminar al líder de los Morph. Su compañera predestinada, quien no se daba cuenta que era una Draicon.

Hojas muertas crujieron bajo sus pies. Esperó hasta que su hedor ya no ensuciara sus fosas nasales. Sobre el viento, la silenciosa risa siguió su lento avance a través de la cañada.

Una hora más tarde, sus heridas sanaron, Nicolas se ocultó bajo los recesos de una roca que sobresalía. Descansó, mirando fijamente su querida luna, escuchando el crujido de las ramas con

el viento y el movimiento de las hojas muertas. El hambre raspó sus intestinos. El poder que había perdido necesitaba colmarse ingiriendo alimento o compartiendo su cuerpo con una mujer y absorbiendo la rica energía emitida durante el sexo.

Tenía que cazar. Demasiado débil para mutar, ignoró las protestas de su estómago vacío. Debía pensar en otros asuntos. Concentración. Suavemente, comenzó a cantar con la desesperada esperanza de aliviar el hambre atormentadora. Tampoco funcionó. Cambió sus pensamientos a Maggie.

Dulce, encantadora Maggie. Su *Draicara*, su compañera predestinada. Desnuda en la ducha cuando se había fundido ayer en su mente.

Una ola de deseo lo recorrió mientras recordaba. Figura esbelta, llenos y redondeados pechos y esa boca...ah, hecha para besar. Nicolas sintió su cuerpo tensarse, pensando en la deliciosas cosas que podría hacer su boca. Esas piernas ligeramente torneadas con músculo, curvadas, suaves como la seda. Sentía el enérgico e impersonal acariciar de su mano cuando se había enjabonado un muslo, burbujas que se formaban y explotaban. En sus indiferentes ojos había visto el nido de rizos rojizos que escondía su sexo y se había vuelto salvaje.

Nicolas había rugido con lujuria, conducido por la fiera necesidad de reclamarla. Pasando sus manos sobre su sedosa piel, cubriendo sus pechos, viendo los pezones endurecerse y erguirse. Apartando amablemente su piel femenina, probando su disposición, sintiendo esa humedad cuando deslizaba un dedo en el interior de su apretada vaina. Entonces separar esos sedosos muslos abriéndolos de par en par, montándola, su cuerpo rendido presionado bajo su dureza, hundiéndose profundamente en su mojada y anhelante carne...

El hambre disminuyó, reemplazada por la lujuria cuando se centró en Margaret. Rezumaba en su mente como el agua que se filtraba en la tierra.

Una nueva agonía lo asaltó. Alzó la nariz. El lobo en su interior gimoteó en silencio. La lujuria se desvaneció. A miles de millas sentía su dolor que lo apuñalaba como si éste se hubiese hundido en su propio pecho.

Ella estaba llorando otra vez por el perro.

La última semana, después de años de investigación, había encontrado a Maggie por puro accidente. Había estado embalando heno en su rancho cuando una ola de pena se estrelló de repente contra él, haciéndolo rechinar los dientes. Nicolas había caído de rodillas y gimiendo.

Cuando se recobró de su shock inicial, había conseguido ordenar los pensamientos en su mente. Y se dio cuenta que había encontrado a su compañera. Bajo una extrema compulsión, una hembra draicara algunas veces proyectaba inconscientemente emociones en su compañero predestinado, como si lo convocara por fin a su lado. Cuando había explorado el rastro mental que ella le había enviado, se dio cuenta de quien era.

Margaret, la empática desaparecida de la manada.

Nicolas soltó el aire con fuerza, luchando por mantener su identidad incluso cuando ahora se hundía completamente en ella. Absorbiéndola, hundiéndose en cada célula. Su respiración era la de él. Su corazón latía rápidamente, incrementando el propio ritmo del suyo.

Sus emociones eran las de él.

El sudor le perló la frente. Su lobo interior lloriqueó, ansioso por calmar la extensa agonía, las emociones humanas se entrelazaban con el crudo dolor animal. Así solo, como si todo el mundo fuera inconsciente.

No le gustaba sentirse de esa manera, abierto, vulnerable y expuesto. Nicolas se recordó a sí mismo que esta era Maggie, no él. Al contrario que su draicara, podría guardar sus emociones.



Ella se encaramó sobre el fregadero, agarrándose a él con nudillos blanquecinos. La tensión de su cara en forma de corazón se reflejaba en el espejo. Su llena boca hacía un mohín de dolor. Nicolas sintió como si el veneno se hubiese filtrado en sus propios huesos.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Intentaba retenerlas, oh, lo intentaba, para no molestar al animal que tan cuidadosamente atendía. Pero la pena la bañaba como olas rompientes. Hundió la cabeza sobre el fregadero y sollozó.

Nicolas luchó para retener sus propias lágrimas.

Finalmente se echó agua fría en la cara, y se la secó. Forzó una tambaleante sonrisa en su cara y fue a atender a su paciente. El pequeño perro marrón levantó la cabeza.

Cruzando el blanco suelo de baldosas de la cocina, corría una pequeña cucaracha marrón, entonces de desvaneció. Él se tensó, ya que la cucaracha quizás fuera un Morph disfrazado para asesinarla. Pero no mostró ningún símbolo de transformación. Después de un minuto se relajó. Sólo era un insecto común.

Nicolas sintió el natural asco de Maggie. Se imaginó que habría gritado, lanzando la escoba. En vez de eso sintió su zancada sobre el asqueroso insecto. Ella dejó caer un frasco como respuesta, atrapándola y girando el frasco. Con la misma rapidez, liberó la cucaracha fuera. A través de los ojos de Maggie, Nicolas la vio arrastrarse sobre las blancas arenas de la playa.

Se quedó boquiabierto.

Desde esta esponjosa almohada, oyó al perro al que ella llamaba Misha ladrar débilmente en protesta. Al igual que el condenadamente jodido perro, Nicolas también estuvo de acuerdo. Yo también la había matado.

—Conoces las reglas, Misha. Todos viven —dijo Maggie suavemente—, incluso las cucarachas. Juro que nunca lastimaré a otra cosa viva. Jamás.

Diablos. Aquello iba a ser un poco más difícil de lo que él se había imaginado. ¿Cómo podría volver a esa mujer en una máquina lista para matar Morphs cuando estaba rescatando bichos?

Nicolas dejó escapar un profundo suspiro, cortó la conexión tan limpiamente que casi pudo oír el cierre. Dejó caer la cabeza en el grueso cojín de hojas secas y musgo.

No quería romperla de ningún modo. Parte de él quería quedarse. Consolarla. Envolverla en su fuerte abrazo y no dejarla ir nunca.

Esas emociones eran suyas, pensó él cruelmente. Peligrosas emociones pero naturales. Cada macho Draicon nacía con el instinto de proteger a su pareja. Incluso aunque su compañera en particular no tenía ni idea de su existencia o de su gente. La gente de ambos.

Pasaron minutos. ¿O fueron horas? Un olor familiar se acercó silenciosamente. La luz de la luna doró un par de brillantes botas marrones. Desnudo y vulnerable, se incorporó para encarar a su líder.

—Te ves como la mierda. —Observó Damien. El suave acento de Nueva Orleáns que había adquirido de niño en el bayou acentuó sus palabras— Vinieron otra vez a por ti por que nos estabas protegiendo. ¿Por qué insistes en quedarte cuando sabes que estás desterrado?

Nicolas no replicó. Sabía que Damian había oído la muerte, oído los gritos. Había sentido lo que sucedió.

—Nicolas...un día alguien te matará. Si te quedas —dijo Damian con amabilidad.

—No te abandonaré, Dai. Me necesitas. La manada me necesita —Escupió las palabras, atrapando su mirada en la del anciano.

Como beta de Damian, Nicolas era responsable de llevar a cabo las órdenes de su líder. Era el mejor cazador de la manada. Cuando la manada había estado en peligro de ser eliminada por los Morphs, Nicolas se había adelantado y les había enseñado la mejor manera de acabar con el enemigo. Había estudiado las debilidades de los Morphs y consiguió destruir a centenares. Nicolas, la máquina de matar.

No sabía hacer otra cosa.

Unos pálidos ojos verdes lo observaron en silencio. Damian movió las manos. Un plato cubierto por una tapa de aluminio se materializó en el suelo ante Nicolas. Nicolas se precipitó hacia delante cuando Damian hizo una mueca de dolor.

—Maldición, no deberías de estar haciendo esto. No en tu condición. No malgastes tu energía.

Su líder le ofreció una compungida sonrisa, costándole respirar. El sudor brillaba en su frente. Con el don de un chef de cocina, Damian apartó la cubierta del plato.

—Voila. Sabía que necesitabas comida. O sexo —El líder de la manada sopesó a Nicolas con una calculadora mirada— Pero ya conoces las reglas.

Nada de sexo con las hembras de la manada. No para Nicolas, el desterrado. Que ironía. Damian a menudo bromeaba sobre el “haren” de Nicolas, el no emparejado, las sexualmente experimentadas hembras de la manada deseosas de copular con él. Después de una lucha Morph, había tenido en cuenta a aquellas que se habrían presentado a sí mismas ante él. Ojos oscurecidos, su fibroso cuerpo tenso y agresivo, había seleccionado una para la noche. Luego la habría reclamado, usando su calor sexual para restaurar su energía perdida.

Ahora ninguna hembra de la manada podía tocarle.

Haciéndosele la boca agua, Nicolas miró la sangrienta y cruda carne. Dirigió una preocupada mirada a la pálida cara de Damian, al relámpago de dolor en sus ojos verdes.

—Trágatelo lobo, —le advirtió Damian, una media sonrisa acariciaba su boca ante la vieja broma.

Muerto de hambre, retorciéndose de necesidad, Nicolas vaciló. Intentando disfrazar su debilidad ante su líder, no podía contener su aplastante necesidad de energía. Damian le volvió delicadamente la espalda. Agradecido, Nicolas abandonó toda farsa. Cogiendo el filete de venado con las manos, desgarró la carne. Enjuagando la boca con el dorso de su mano, entonces reemplazó la cubierta. Esta sonó contra el plato de metal.

—Gracias —se las arregló para decir Nicolas.

Fuerte ahora, usó su magia para cubrir su desnudez con jeans, una camiseta negra y botas. Damian se volvió. Se sentó sobre su trasero, en silencio.

—Dai, te estás poniendo peor —la práctica declaración encubrió su preocupación.

—Tengo tiempo. —La coqueta sonrisa de Damian era forzada— Dos meses, quizás, de todos modos mi cuerpo se está deteriorando... —Se encogió de hombros, apartando la mirada.

¿Dos meses y Damian estaría muerto? Después de la agonía, la enfermedad parecida al cáncer atormentaría su cuerpo abriéndose camino comiéndose sus órganos internos. Nicolas apretó los puños. Maldición. Tenía que encontrar a Maggie. Rápido.

—Dai... —Su garganta se cerró con la emoción. Nicolas pasó una cubierta a sus sentimientos y se las arregló para poner una máscara inexpresiva en su cara.

Damian parecía entenderlo, por que ondeó una mano, restándole importancia al asunto. Ni una sola queja y más preocupación por la manada.



—Háblame de Margaret. —El nombre salió pronunciado suavemente. Mah-gah-rhett — De nuevo tienes contacto con ella. Puedo decirlo por tus lágrimas. Sus emociones son las tuyas, Nicolas. Ella estaba llorando. —Sus agudos ojos verdes se centraron en seco rastro de lágrimas en las mejillas de Nicolas.

Nicolas se restregó la cara con el puño.

—El perro se está muriendo. —Siempre el perro, cuando Maggie buscaba una solución lógica al problema causado por algo que no era lógico en el mundo humano. Entonces, en privado, las lágrimas habían fluido, porque no era capaz de sanar al animal que adoraba.

—Ah, su mascota. Es difícil.

—Un amigo. No una mascota. Está intentando encontrar la mutación en las células. Los Morphs infectaron al perro.

Damian se frotó la parte de atrás del cuello distraído.

—Una prueba para hacer salir los poderes de Margaret. La han encontrado.

Nicolas tomó otra bocanada de aire, sintiendo sus pulmones expandirse con aire limpio, puro. El perro había sido la constante compañía de Maggie durante cinco años. Actuando como enfermera canina, ella también ayudaba calmando a los animales que trataba.

Ahora Misha se estaba muriendo, sucumbiendo a una nueva enfermedad que desconcertaba a Maggie.

La misma enfermedad que estaba devorando a Damian por dentro.

Sintió un resonante dolor bajando por su alma, su espíritu lloraba por reunirse con el de ella. Echó la cabeza hacia atrás, sintiendo a la bestia emerger, el lobo aullaba por ser liberado, y permitirle correr. Para evitar el dolor. Encontrar un lugar oscuro y buscar consuelo.

No podía, tanto como no podía eludir la atadura entre él mismo y Maggie.

—Estaba ignorando su verdadera identidad. —Nicolas mantenía eso como un hecho — Descubrí mucho sobre esto enlazando mi mente con la suya. Algo sucedió cuando murieron sus padres, y bloqueó todos sus recuerdos anteriores. Piensa que es mortal, Damian, no Draicon. Convencerla será difícil.

—Conoces tú deber, Nicolas. Debes emparejarte pronto con ella y traerla a casa. Antes de que los Morphs la destruyan.

Damian se levantó, inclinando su metro ochenta y dos contra un árbol. Bajo la casual brisa quedaba enrollado un tenso poder. Listo para entrar en acción, si era necesario. Su líder nunca bajaba la guardia. O confiaba fácilmente, fuera de su manada.

—Conozco los riesgos. —Para él y para Maggie — Pero si eso significa salvarte...

—Olvidame — Damian lo cortó con un gesto — Es demasiado tarde. Pero si puede sanar a nuestra gente cuando los Morphs los han infectado, eso es todo lo que importa.

—La traeré a tiempo, —dijo Nicolas con fiereza — No lo dudes. Confía en mí.

Las emociones llamearon en los ojos de Damian.

—No es bueno que encares esto tú solo. Necesitas a nuestra gente.

Nicolas levantó la cabeza permaneciendo calmado.

—Sabes que eso es imposible. Me culparon por lo que le sucedió a Jamie. Como debían. Cuando consiga a Maggie, entonces regresaré. Hasta entonces...



El casual encogimiento de hombros ocultó su dolor. Por el bien de la manada, Damian tenía que desterrarle. Maggie era su camino de regreso a la aceptación, regreso al calor y consuelo de su familia.

Maggie era mucho más que eso. Maggie era el arma destinada a desbancar a Kane. Su toque sanador podría curar la enfermedad de Damian.

—Hazlo —dijo Damian suavemente— Hazla tuya. —Vio como Nicolas se levantaba y fue a abrazarle en la usual camaradería, después se apartó.

—No puedo tocarte —dijo él con voz espesa.

—Lo sé —asintió Nicolas. Su esencia marcaría a Damian, cuya palabra era ley, pero la manada se lo cuestionaría. Susurros. Preocupación.

—Que el espíritu de la luna te guíe y proteja en tu camino, —dijo su líder en la formal bendición— Mantente a salvo, mantente fuerte.

Se le hizo un espeso nudo en la garganta.

—Cuenta con ello —dijo Nicolas alegremente, ocultando sus emociones.

Damian le dedicó otra media sonrisa. Más dolor pasó a través de Nicolas como un cuchillo cuando observó a su amigo deslizarse dentro del bosque, dirigiéndose a casa.

Para él ya no era el hogar.

Tomó otra bocanada de aire, empezando a cantar suavemente para sí mismo y trotó en la dirección opuesta. Maggie, Maggie. Necesitaba ir a Florida.

Cada día el peligro de que Maggie fuese expuesta se intensificaba. Visitas a su clínica veterinaria se traducían en animales calmados. Maggie tenía una habilidad especial, al igual que un susurrador de caballos. Sólo que no era su voz.

Sino sus manos, su toque calmante.

Maggie era una empática, nacían una vez cada 100 años. Era su última esperanza. Pertenecía a la manada.

Se emparejaría con ella, su dura carne masculina se hundiría en la suavidad femenina, su fuerte determinación guerrera se hundiría en su gentileza. Hombre y mujer, intercambiando poderes, convirtiéndose en uno. Cumpliría su deber, entonces la moldearía en la guerrera que necesitaban para luchar con su enemigo. Y la traería a casa, incluso si ella luchaba, pataleaba y gritaba durante todo el camino.

Ella no tenía elección.

Al igual que él.



CAPÍTULO 2

Maggie Sinclair se obligó a sí misma a concentrarse cuando se detuvo ante el microscopio, que asemejaba igual que la última centena de veces.

Todavía allí. La sucia realidad se encontró con sus fatigados ojos. Parpadeó, y las células no cambiaron. Una imposibilidad física, aún así, no podía negarlo. Las muestras de las células eran negras, deformes igual que manchas de tinta.

No tenía idea de qué estaba asesinando a su querido Misha. Toda la investigación académica demostraba ser inútil.

Los rayos X habían revelado una enorme masa en el estómago de Misha. Las muestras de sangre mostraban mutaciones de células parecidas al cáncer. Pero no era cáncer.

Magie se frotó los enrojecidos ojos, intentando contener las lágrimas.

Misha había sido su verdadera compañía durante cinco años. Los largos ataques de soledad que había sentido se habían desvanecido cuando había adoptado a la perra en una perrera. Misha había sido un cachorro lastimado, y llegó a ella gruñendo y desconfiado. Maggie se había ganado su confianza y ahora, el perro le ofrecía amor y confianza incondicional. Misha se apoyaba sobre su regazo después de un duro día en la oficina y le lamía la cara. Era más que una mascota. Era una amiga.

Veinticuatro horas sin dormir no ayudaban. Anoche Misha había estado inquieta. Maggie no se acostó, acariciando a su gimoteante mascota. Como con otros animales que había tratado, su toque lo calmaba.

Se había quedado dormida, entonces, se había despertado con la sensación de alguien golpeando fuertemente un clavo de riel en su cuerpo humano. El dolor se calmó hasta desvanecerse. Siempre parecía suceder después de un caso difícil. Desde que dormir parecía realmente imposible, Maggie se resignó a tragar una taza de café Blue Mountain, y volvió al trabajo.

Tres semanas sin respuesta. Tres semanas de dejar sus lucrativas prácticas en tierra firme para su compañero, Mark Anderson, y esconderse en la casa de la playa de la Isla Estero igual que un ermitaño de arena.

Tres semanas de extraer sangre, comprobar las muestras, consultar periódicos, artículos, páginas web de Internet. Nada. Ni una pista.

No se atrevía a mostrar sus descubrimientos a los colegas. Esto era demasiado extraño. Demasiado... Hechicero.

Yo no creo en brujas. No creo. No creo. No creo.

Creía en la ciencia, pura y simple. Lógica. Nada más.

La luz del atardecer penetraba en el improvisado laboratorio del segundo piso de la casa. Papeles, gráficos y notas se esparcían sobre una larga mesa blanca, junto con probetas, jeringuillas, tubos de ensayo y placas de cristal. En el fresco suelo de baldosas, Misha dormía de manera irregular.

Maggie se quedó mirando por la ventana. Los turistas paseaban a la orilla del golfo. Los cocoteros se elevaban frente a su casa de la playa susurrando en el viento. El ardiente cielo azul prometía otra apacible tarde en el sur de Florida.

La envidia la colmó momentáneamente. Sin aire acondicionado, abrió la ventana para inhalar la brisa. Deseaba estar tan despreocupada como los turistas, no preocuparse de nada más que destrozar sus chancas en el agua salada.

No podía inhibirse. Lo que quiera que estuviera matando a Misha podía matar otros animales, quizás incluso humanos. Maggie sospechaba que había descubierto una nueva y espantosa enfermedad. No podía arriesgarse a pasársela a otros, ni entregar a Misha para que se convirtiese en un experimento de laboratorio para otros. Así que tenía en cuarentena a su mascota en la casa de la playa, decidida a encontrar respuestas por sí misma.

Ya estaba bien de soñar. Regresaría al trabajo.

Quitó el portamuestras del microscopio. Maggie tomó una gota de sangre obtenida de un saludable Shih tzu ¹ para practicar. Usando una pipeta Beral, añadió la sangre a una muestra fresca que contenía las células infectadas de Misha. Maggie cubrió el portamuestras, colocándolo bajo el microscopio.

Maggie se agachó por una grabadora, apretando el botón de grabar mientras se inclinaba otra vez para ver en el microscopio.

— El tumor yace en la submucosa, infiltrándose en la propia lámina. La morfología celular no concuerda con ninguno de los tumores conocidos. Los núcleos son indistinguibles. No hay ninguna apariencia ni remotamente conocida como en el estroma fibrovascular.

El instrumental sonó con estrépito cuando Maggie lo dejó caer sobre la marcada mesa. La cinta giraba, continuando en silencio para grabar sus próximas palabras.

— ¡Oh dios mío!

Misha levantó la cabeza, gimoteando ante el fuerte arrebato. Maggie dio un paso atrás. Se frotó los ojos otra vez. Oh Dios. Esto no podía ser... seguramente estaba cansada y veía cosas.

El temor salió a la superficie cuando se obligó a examinar el grupo de células. Anclando las manos sobre la mesa, estudió la muestra.

Las ennegrecidas células que habían sido separadas, al igual que gotas individuales de tinta, se enlazaron como si fuesen atraídos por imanes invisibles. Rodearon la solitaria gota de sangre sana, acorralándola. Entonces la absorbió, succionándola en su totalidad. Y creció.

Se esparcieron hasta formar una única y gigante célula. Bajo su atónita mirada, la única célula se dividió. Y otra vez.

Clonándose a sí misma.

Las células tomadas del tumor del estómago de Misha estaban creciendo exponencialmente y formando un nuevo organismo. Creciendo, expandiéndose hacia las orillas del portamuestras.

Esto era imposible. No estaba sucediendo. Células somáticas, incluso aquellas mutadas por el cáncer, no podían hacer eso. Y aún así allí estaban, dividiéndose y multiplicándose y creciendo para formar... tejido vivo.

Con un sollozo de disgusto, grabó el portamuestras, arrojándolo dentro de una cubeta de alcohol. Maggie se detuvo, observando la ahora clara separación de la masa negra hundiéndose en el fregadero.

Un agudo zumbido la hizo gritar alarmada. Contenta, Mags. Maggie soltó un tembloroso suspiro. Cubrió la cubeta con una toalla y esbozó una temblorosa sonrisa. Sus zapatillas deportivas sacudieron la escalera cuando se dirigió hacia la puerta.

¹ El **Shih Tzu** es un perro pequeño, muy atractivo por su largo pelo.



Sería mejor que no fuera Mark. Había estado de acuerdo en encargarse de todos los casos mientras ella se beneficiaba de seis horas semanales libres. Pero había telefoneado, gimoteando acerca del trabajo amontonado.

Mark nunca debería saber lo enfermo que estaba Misha o insistiría en llevarse a su mascota y ponerla en cuarentena en la oficina. Tenía que encontrar las respuestas por sí misma. Misha no se convertiría en un experimento viviente, punzado y perforado por fascinados colegas.

Maggie echó un vistazo por la mirilla de la puerta. Una pequeña niña rubia con unos pantalones cortos rosas sujetaba el asa de un pequeño vagón rojo. El transporte contenía una jaula de acero en la que había un conejo.

Tammy Whittaker, de siete años, de la puerta contigua. La madre de Tammy era una quisquillosa, cuidadosamente arreglada mujer que insistía en llamar a Maggie “Señorita Sinclair” en lugar de “doctora”. Las veterinarias no eran doctoras de verdad, había dicho ella, oliéndose que no podría entender por que alguien con inclinación médica escogería tratar a mugrientos animales.

Dejando caer la cortina, Maggie sintió un latido de alarma. Sólo quería que la dejaran sola para reflexionar sobre su último hallazgo.

El trillado zumbido sonó otra vez. Con un suspiro, abrió la puerta. Tammy Whittaker miró a Maggie. La esperanza aleteaba en sus enormes ojos marrones.

—Hola, Dr. Sinclair. Este es Herman, mi conejo.

—Cariño, estoy terriblemente ocupada...

La cara de Tammy se contrajo. Su boca tembló precariamente.

—Herman está herido. Por favor, Dra. Sinclair, ¿Puede curarlo? Tengo diez dólares que he sacado de mi paga. Mi madre dice que no gastará dinero en un estúpido conejo.

La triste expresión de la niña estremeció el corazón de Maggie. Salió a fuera y recogió la caja que contenía al conejo de color chocolate.

—Vamos, Tammy. Veamos que le pasa a Herman.

Dentro del espacioso salón, Maggie dejó la caja en el suelo. Quitó la larga tapa francesa de la caja y lo colocó en el suelo. Herman saltó débilmente. Su pata trasera izquierda colgaba laxamente. Probablemente, rota.

Una terrible sospecha creció en Maggie.

—¿Tammy, cómo sucedió esto?

Ella apartó la mirada.

—Algunas veces olvido cerrar la puerta. Él salió. Mamá dijo que se había cogido la pata.

Maggie se mordió el labio. A parte de su propio perra, no había examinado un animal en unos dos meses. Causando así que extrañas imágenes pasaran como un rayo a través de su mente, como si pudiera imaginar la fuente de la herida del animal. Sentir lo que le pasó y el dolor.

Sólo era una imaginación hiperactiva. Era sólo su gran deseo de curarlo el causaba en ella que se imaginase la fuente de la herida.

Con toda la sensitiva habilidad, se había vuelto más fuerte en los pasados seis meses. Maggie había resuelto el problema dejando los exámenes iniciales a Mark, a cambio de hacer el papeleo de la clínica.

—Creo que a tu madre no le gustan los animales.



Resoplando, Tammy explicó que su amigo Bobby le había dado a Herman cuando su familia se había mudado.

—Era yo o Sally. Sally tiene un gran césped con una cerca, pero tiene un hámster. Mamá dijo que no lo quería, pero papá me dijo que podía conservarlo si Herman se quedaba en la jaula. Por favor, ¿Puedes hacer que mejore? Está herido.

Maggie acarició al tembloroso conejo. Las imágenes pasaron a través de su mente igual que las capturas de una película: Temor, dolor. La puerta de la caja abierta. Libertad. Apetitosos olores. Comida cerca. Blanco césped. Impulso de saltar. Humano alto. Gritos. Patada. Herida. Miedo. Ocultarse.

La madre de Tammy lo había pateado con rabia por los excrementos sobre su inmaculada alfombra de lana blanca.

Mordiéndose un sobresaltado grito, apartó la mano de un tirón. Maggie se volvió, ocultando su reacción a Tammy.

— ¿Herman va a estar bien? —Preguntó Tammy.

— Se pondrá bien. Necesito coger los medicamentos para curarlo.

Maggie se pasó fatigada una mano por el pelo mientras subía las escaleras hacia su oficina. Se dirigió a un armario blanco cerrado y pasó a través de él sacando los útiles necesarios.

La extraña habilidad para adivinar la fuente del dolor del animal no había desaparecido. Se había vuelto más fuerte.

No. No había sentido el dolor del animal, ni había visto lo que sucedió. Además, Iona Whittater era tediosa, pero ¿cruel?... Ridículo. Herman probablemente se rompiera la pata...

Cayó rodando por las escaleras, preguntó una voz masculina.

Maggie jadeó, tirando casi una caja de vendas. Primero alucinaciones, ¿ahora voces? Definitivamente, dormía muy poco.

Ciencia, no especulación. Mitosis de las células. Formó imágenes de células, dividiéndose, una nueva vida que crecía. Su mente procesó la información a mano. Conejo, pata rota causada probablemente por una mujer enfadada con una alfombra estropeada. Sí, Iona Whittaker podía ser cruel. Las personas lo eran.

Eficiente, amontonó los suministros médicos de urgencia sobre una bandeja. Tablilla, vendas, esparadrapo, medicamentos, jeringuilla, aguja, medicación, bloc de recetas.

Escaleras abajo, inyectó a Herman con un suave sedante, haciéndole a Tammy preguntas acerca de la escuela para apartar las preocupaciones de la niña. Muy suavemente, vendó la pata rota del conejo. Maggie puso de vuelta a Herman en su caja. Inhaló la esencia del frescor del afeitado y le dio al conejo una alentadora palmadita.

— Es de un precioso color chocolate, — murmuró Maggie.

Tammy se iluminó.

— Herman es igual que un conejo de pascua.

Conejo de Pascua. Delicioso, morder un delicioso conejo de chocolate.

Conejo. Fresco. Sabroso. Carne cruda y sangrienta. Cena. Energía.

Atónita, analizó sus pensamientos. ¿De dónde había venido aquello? En un minuto, soñaba con el delicioso azúcar, al siguiente, salivaba por carne.

— Te daré algunas píldoras. — Escribió las instrucciones en la tarjeta. Herman. Conejo herido. Un dulce conejito.



Presa. La emoción del asesinato, crujir de huesos, hundir los colmillos en la carne, fresca y deliciosa carne...

Maggie apartó esos hambrientos pensamientos. Dando a Tammy instrucciones de cómo administrar la medicación, sonrió.

—Herman está muy bien cuidado. Tiene un buen tono muscular, —anotó ella, intentando no pensar en carne. Buena carne, nada dura, apenas lo justo. Enlazada con jugosa grasa...

Maggie se levantó precipitadamente, cogió la jaula. El sudor perlaba su frente. Me estoy volviendo loca. Primero sentí imágenes y dolor, después oía voces, y ahora, ¿Pienso en conejos mascota como cena?

Ante la puerta, Maggie empujó gentilmente los diez dólares que le ofrecía Tammy.

—En vez de pagarme, necesito que me hagas un favor. Herman parece un poco imposibilitado en su jaula. Apuesto a que le encantaría un agradable y enorme césped. ¿Por qué no se lo das a Sally? Puedes visitarlo, y eso hará feliz a tu mama. —Y evitaría que esa puta lo lastimara otra vez.

Los labios de Tammy se curvaron, entonces bajó la mirada a Herman.

—De acuerdo, Dra. Sinclair. Supongo que es justo compartirlo.

—Sí, lo es.

Colocando la jaula sobre su pequeño vagón rojo, Tammy se volvió. Su frente arrugada.

—¿Está usted bien, Dra. Sinclair? Parece rara.

Apuesto a que sí.

—Estoy bien. Ve a casa, Sally.

Maggie se despidió con la mano, cerró la puerta huyendo entonces escaleras arriba para echarse a dormir antes de que se imaginara algo más.

Cayó dormida en su cama tamaño reina escaleras arriba, soñando con un cálido aliento contra la nuca del cuello, duros músculos tomándola rápidamente.

Blancos dientes arañando eróticamente su piel, seguido de un largo y lento lametón. La humedad se instaló entre sus piernas. Ella se agitó. Maggie gimió cuando dos enormes manos, espolvoreadas en el dorso por vello oscuro, se deslizaron sobre sus temblorosos muslos. Ojos oscuros observando la húmeda carne femenina.

Tú quieres mi lengua. Ahí.

Su vagina se apretó, doliéndose. Vacía. Necesitada. Calor. Ruegos.

¿Qué quieres?

A ti. Dentro de mí. Por favor. Lléname. Para siempre.

Te daré todo lo que quieras. Y más. Mi Maggie.

Se despertó de golpe, aferrando la sábana. El sudor humedecía sus bragas, la ribeteada camiseta violeta de dormir. Había estado dentro de ella, otra vez. Su amante de ensueño.

Su estremecedora presencia, igual a la lenta caricia de la mano de un hombre sobre la piel desnuda de una mujer. Tierno como la caricia de un amante, bordeada de deseo. Exigente. Caliente. Anchos hombros, duros músculos, pinchante barba abrasando la suave piel de su garganta cuando la besaba bajando por su cuerpo.



Maggie se levantó sobre sus tambaleantes piernas. Se pasó una mano a través de los rizos. Dos horas de sueño no le habían dado descanso. Había estado atormentada con nerviosos y eróticos sueños, dejándola inquieta y anhelante.

El sol del atardecer se filtraba a través de los cristales de las ventanas cuando bajó las escaleras. Maggie se dirigió a la cocina adyacente. Misha yacía sobre el fresco suelo. Con una falsa y alegre sonrisa que no sentía, se detuvo agachándose junto a la perra.

—Ey, aquí, Misha, pequeña. ¿Te apetece un poco de cena?

Una cola marrón golpeó locamente contra el suelo. La esperanza se elevó, alimentada por desesperación. Desde la nevera, Maggie sacó los hígados de pollo. Los preparó en la cocina eléctrica, parloteando todo el tiempo, llenando el vacío espacio con palabras que la perra no podía entender, pero que la apaciguaban.

Maggie depositó el plato en el suelo. Misha lo olió, lamiendo un trozo. La esperanza creció. Hundiéndose cuando Misha se apartó.

No tenía hambre. Maggie, lo asoció con el proceso agonizante, no podía negar lo que su corazón y su mente sabían. Misha la miró con unos doloridos ojos castaños como disculpándose. Maggie llevó el hígado a la nevera.

Le dio una palmadita a la cabeza de su amiga.

—Está bien, pequeña, a mí tampoco me gustó nunca el hígado. Apesta.

La larga cola marrón golpeó débilmente contra el suelo embaldosado. Misha se alzó, lamiéndole la cara.

Luchando con las lágrimas, Maggie lavó los pocos platos en el fregadero. La rutina ahogaba el sordo dolor en su pecho, permitiéndole fingir que todo era normal.

El sol empezó a ponerse, volviendo el brillante cielo azul en llamas rojas y naranjas. Maggie tiró para abrir el enorme cristal de corredera. Cálidas corrientes de aire entraron en el interior, con olor a salitre. Se quedó observando la extensión de la blanca arena azucarada directamente frente a ella, el azulado golfo a su espalda.

Las risas se elevaban desde el Bar Tiki playa abajo. Turistas y nativos reunidos allí para beber en las tradicionales puestas de sol, y observando la espectacular vista del ocaso hundiéndose en el agua. A Maggie le disgustaban las multitudes y socializar, prefiriendo quedarse sola. Además, no podía malgastar el tiempo que le quedaba a Misha.

Estar sola no le había preocupado aquellas últimas semanas. Necesitaba privacidad. Más recientemente, cuando la noche cubría el cielo, y la luna se elevaba en lo alto, se inquietaba con un deseo. Correr salvaje y en libertad.

Se quedó mirando las arenas azucaradas en total desolación. Una rabiosa inquietud la atenazó. Este momento de la noche parecía de ella, la oscuridad descendiendo, el viento soplando.

Las frondosas palmeras susurraban en una secreta comunicación las unas con las otras. Las roncadas risas del Bar Tiki volaban sobre las arenas. Eso sonaba divertido. Estoy tan malditamente sola.

Tú no estás sola.

Maggie giro la cabeza a su alrededor. El viento le atusó el pelo mientras buscaba en el grupo de personas en el crepúsculo. Nada excepto viento y risas distantes. Pero había alguien aquí.

—Tómame un respiro, Mags, —susurró ella. Demasiado tiempo sola, entonces los sueños eróticos, agitaban su imaginación.



Pero ¿Podía olerle? Pino, tierra, una agradable fragancia selvática que tiraba de ella de una forma nostálgica.

Estoy aquí, aseguró la misma y profunda voz en su cabeza. Calmada, nada amenazante. Maggie se abrazó a sí misma. Quizás estoy loca.

Sólo aquellos de nosotros que anhelamos el regreso del poder absoluto, volviéndonos locos, haciéndonos perder nuestras almas.

Una sutil nota de advertencia atravesándolo. Ella se estremeció.

¿Hueles eso? Ten cuidado.

Eso era demasiado extraño. Maggie iba a cortar con su amigo imaginario pensando en la mitosis de las células. Ella se detuvo. Los talones del viento trajeron un tenue pero desagradable olor.

Como algas podridas mezcladas con aguas residuales. Excepto que no había nada natural en ese hedor. Maggie acarició el grueso brazalete turquesa en su muñeca.

Manteniendo el control, decidió ser indulgente con esa voz, un fragmento olvidado de su sueño. Una fuerte presencia masculina, queriendo protegerla.

Portas turquesa. Bien.

¿La turquesa protege del demonio de las algas?

No. Pero te protege de un diabólico licántropo. Por un tiempo.

Quizás debería llevar también plata. Protege de los demonios de algas y licántropos.

¿Plata? Eso no los detiene. Ya lo he intentado.

Un escalofrío de temor la atravesó igual que un cubo de agua fría. Se le erizó el vello de la nuca saludando al aire.

No tienes nada que temer. Ya estoy aquí. Pero no te quites el brazalete.

La tranquila voz masculina calmó sus alterados nervios. Maggie se frotó los brazos, razonando que su monólogo interno era un alivante del estrés.

Superman salva el día. Y la turquesa es la kriptonita para protegerme del Gran Malo...

Lobo.

Ridículo. ¿Lobos en Florida? Sólo en bares. Su imaginación se desbordaba, resultado de estar sola tanto tiempo.

Necesitaba compañía. El gancho de la risa del Bar Tiki tiró de ella igual que la canción de una sirena. Maggie miró a la somnolienta perra en el suelo.

—Voy a salir un momento, Misha. Sólo una bebida y puesta de sol. Quédate aquí y guarda la casa. Y si irrumpe algún ladrón, intenta no lamerlos hasta morir, ¿vale?

La perra levantó su cabeza marrón, entonces volvió a dejarla caer al suelo. A Maggie se le formó un nudo en la garganta. Cerró las correderas, fue al baño y se cepilló el pelo. Sombras púrpura delineaban las profundas ojearas bajo sus ojos. Pensó en los cosméticos, decidiendo que no se iba a casar hoy. Dio una rápida mirada al brazalete turquesa, bufó.

No más voces imaginarias. Desenganchando el cierre, lo dejó caer en el mostrador con un ruido. Por un momento, un grave suspiro inundó su mente.

Ridículo.

Después de cambiarse en unos pantalones cortos de lino, una blusa sin mangas turquesa y chanclas, bajó a la playa.



La arena se hundía en sus dedos. Maggie se quitó las sandalias, meneando los dedos con placer. Con las sandalias balanceándose en una mano, caminó hacia la trillada risa y el tintineo de vasos.

Minutos después, estaba ante el cobertizo con techo de paja que era el bar. Mujeres entradas en carnes en ajustados pantalones cortos y camisetas se agrupaban en torno a la barra igual que abejas alrededor de un tarro de miel. Los hombres más jóvenes ataviados con motivos tropicales y pantalones cortos de color caqui deambulaban alrededor de ellas. Algunos tipos refunfuñaban bajando la cerveza y gritaban chistes subidos de todo. Sólo reconoció a una persona. John, un cliente, que estaba ocupado en una seria conversación con un hombre más alto.

Las dudas la asaltaron. ¿Qué estaba haciendo aquí? Ella no bebía. Pero alguna cosa la empujaba hacia delante. Razonando que demasiados días solitarios y noches aisladas en su dolor causaban ese anhelo, optó por la compañía. Maggie se propuso resolverlo, se puso las sandalias otra vez y se acercó.

El bar estaba hasta los topes, la gente se sentaba en bancos de madera, fumando, hablando, riendo. Maggie se dirigió sin prisas hacia la barra con más confianza de la que sentía. ¿Había estado tan sola todo este tiempo que había olvidado como pedir una bebida?

Cuando él le echó el ojo. El corazón de Maggie latió con un golpe irregular. Ella se detuvo.

Una camiseta negra se tensaba sobre sus anchos y musculosos hombros. Descoloridos pantalones vaqueros abrazaban unas finas caderas, moldeando unos musculosos muslos del tamaño del tronco de los árboles. La oscura barba ensombrecía su tensa mandíbula. Tenía llamativas facciones, una nariz fuerte, una boca sensual y sedosas cejas oscuras. Un mechón de pelo le caía sobre la frente, cayendo más allá de su cuello. Pero sus ojos, oh, le llamaron la atención. Expresivos y castaño oscuro, expresivos y profundos. Observaba la escena del bar un poco tristes, y se mantenía al margen.

Como si él, de igual forma, no perteneciera realmente allí.

Los bíceps se abultaron cuando levantó su cerveza y bebió. Fascinada, observó como trabajaban los músculos de su garganta. Él se limpió la boca con el dorso de la mano.

Su mirada vagó alrededor, capturando la de ella. Por un momento Maggie se olvidó de respirar. La mano voló a su garganta. Un despertar, agudo y profundo, la inundó. Empezando un profundo latido entre sus piernas.

Maggie apartó la mirada, retomando su camino hacia la barra. Intentando deslizarse entre los cuerpos que abarrotaban el bar, apenas podía arreglárselas para pasar entre ellos. ¿Por qué diablos estaba allí de todos modos? Lista para volar a la seguridad de su casa y hogar, empezó a volverse cuando la interrumpió una profunda voz masculina.

— Aquí hay espacio.

Alto, oscuro y magnífico, gesticuló hacia el asiento vacío a su lado. Ella vaciló.

— Tómallo, o la puesta de sol, se irá.

Su boca, cincelada y llena, se abrió en una encantadora media sonrisa. Maggie compuso una sonrisa y se unió a él. Qué diablos. Necesitaba esto.

— ¿Tomas algo? — Preguntó él. Su voz era profunda, suave, la quemadura del whisky bajando por una seca garganta.

No quería que los extraños le pagasen las bebidas. El hombre arqueó una sedosa ceja oscura.

— Tú pagas. Yo llamaré al camarero. ¿Hecho?

Bastante justo.



— Pinot noir.²

— Buena elección, — murmuró él. El extraño hizo una señal. Un camarero flotó como si fuese atraído por cuerdas invisibles y un minuto después, un vaso redondo de líquido ambarino se posó ante Maggie.

El extraño alzó su vaso.

— Aquí está la belleza de la naturaleza, — murmuró él.

Ellos chocaron las copas y bebieron. Maggie saboreó el rico sabor en su lengua. La incomodidad la envolvió. Hacía mucho tiempo que había conversado con un completo extraño que no fuera otra cosa que clientes. Y ninguno tan magnífico. Luchó por entablar una conversación convencional. La mitosis de las células no serviría.

— Por norma general no me gustan las multitudes de extraños, pero la situación en mi habitación era demasiado aburrida. ¿Cuántas veces puedes ver las historias de huracanes en el Canal del Tiempo sin querer ahogarte a ti mismo en la bañera? — dijo el hombre.

Maggie le dedicó una reacia sonrisa.

— Yo intenté ahogarme en la bañera una vez después de ver alguna, pero acababa de volver de la peluquería y tenía el pelo bien por una vez.

Él se rió.

— Hay buenos días para el pelo.

Maggie chocó los vasos. Tomó otro breve trago. Aquí vamos de nuevo, a qué te dedicas, vienes aquí a menudo...

— Los baños están sobrevalorados. Demasiada agua, a menos que la compartas.

Maggie se permitió otra mirada a su firme mentón y a la deliciosa barba que lo espolvoreaba. Su boca era llena y sensual. Lo más sorprendente eran los ojos, marrón oscuro con espirales de caramelo. Excitantes. Hipnóticos.

Inclinó su vaso hacia ella.

— Nicolas Keenan, aquí de camino a Nuevo México.

— Maggie Sinclair, aquí de camino a la playa.

Le tendió la mano para estrechársela. Adelantándose, ¿Cómo se lo tomaría? Pero él tomó su mano en vez de ello. Su palma era cálida, un poco callosa y tragó las de ella.

Un disparo de electricidad la atravesó, pura corriente que crepitaba. Nunca había sentido tal profunda y primitiva emoción. Los ojos oscuros se encontraron con los de ella cuando Nicolas se llevó su mano a la boca.

Él deslizó los labios contra sus nudillos. Un breve pero intoxicante beso. Maggie luchó contra una ola de repentina lujuria. Su cuerpo hormigueaba agradablemente. Dejó su mano descansando en la suya, entonces la soltó. En silencio, ella sorbió más vino. Por un completo minuto, sintió como si estuvieran solos, dos extraños compartiendo espacio y más.

— ¿Estás pasando las vacaciones aquí?

Nicolas esbozó una lenta sonrisa.

— Salí para ver a una amiga. No sabía que yo venía — los dientes blancos relucieron — Es una sorpresa.

² Vino extremadamente suave, fresco y frutado, de un muy buen bouquet, con una acidez que lo hace bastante vivo y persistente al paladar



Chica con suerte, pensó Maggie con una extraña punzada de celos.

— ¿Sólo una amiga?

Su firme mirada incendió la suya.

— Y seremos más que amigos antes de que termine la noche. Soy un hombre muy decidido.

— ¿Siempre obtienes lo que quieres?

— Siempre, — insinuó suavemente.

Maggie deseó que alguien la quisiera. Se apartó los revoltosos rizos.

— Soy generalmente persistente en lo que yo quiero, pero algunas cosas están más allá de mi control. — Levantó los hombros en un descuidado encogimiento — Pero así es la vida.

— Algunas veces lo que pensamos que está más allá de nuestro control no lo está. Sólo necesitamos un poco de ayuda, — observó él.

Tenía el extraño presentimiento de que se habían conocido antes. Destino. Maggie sorbió más vino.

— Preciosa puesta de sol.

Nicolas asintió.

— Hay mucho poder y energía sobre esta tierra. Sólo ahora es cuando la mayoría de las personas empiezan a entender su mundo, y a vivir en armonía con los elementos.

— Suenas igual que uno de esos estirados conductores de híbridos que tienen paneles solares y cocinan con sus propias emisiones de metano.

Horrorizada, Maggie se mordió el labio. Pero Nicolas se rió.

— Conduzco un camión, — respondió él, parpadeando sus cálidos ojos marrones —. Tengo un rancho en el norte de Nuevo México y los híbridos no pueden llevar cargamentos de heno. Tengo paneles solares en el tejado, sólo porque odio pagar por electricidad. Y nunca me tiro un pedo. Jamás.

Él le hizo un guiño. Maggie rió de verdad por primera vez en semanas.

— Pero ceno a la agradable luz de las velas... cuando encuentro una mujer especial.

La tensión se alivió reemplazada por algo más intenso y mucho más sexual. El vino le dio valor.

— Apuesto a que seduces incluso a la luz de las velas. Para ahorrar energía y ser romántico al mismo tiempo.

— No a todas las mujeres. Pero hay una especial que definitivamente la seduciría a la luz de las velas, — dijo suavemente.

Atrevidamente, ella bajó su copa de vino, encontrando su ardiente mirada.

— ¿Y como lo harías? ¿Seducirla? ¿Y qué pasa si ella no quiere ser seducida? — lo desafió.

— Eso no importaría. Porque cuando pongo los ojos sobre algo que quiero, puedo ser bastante implacable. La perseguiría interminablemente, hasta que se rindiera a mí.

Ella vio en la arremolinante profundidad de sus ojos oscuros su determinación, la implacable energía del cazador persiguiendo lo que quiere. Un pequeño temblor serpenteó bajando por su columna.

— ¿Y una vez que la tengas? ¿Por qué debería ella rendirse?

— Le diría que es la única mujer en el mundo para mí, alguien especial enviada sólo para mí. Que me moriría a menos que le hiciera el amor, y cuan perfecta es, cuan absolutamente adorable.



Haría salir una sonrisa en su cara triste, la besaría apartando sus temores y le susurraría para que no hubiera nada que temer. La tomaría y cuidaría muy bien de ella, — murmuró él.

Este hombre sonaba tan familiar. Debía ser el alcohol empañándole el cerebro. Maggie se humedeció los labios, atusándose el pelo. Flirtear no hacía daño. ¿Cuándo fue la última vez que había flirteado?

— ¿Cómo de bueno? —Desafió Maggie— Por que tendrías que ser bueno. Muy, muy bueno.

Él se inclinó acercándose, hasta que ella pudo contar los pelos negros que ensombrecían su barbilla. Su voz de humo y whisky disminuyó hasta un fuerte murmullo.

— Créeme. Sería bueno. Muy, muy bueno.

El calor la atravesó. Maggie se hundió en su mirada líquida, el oscuro vórtice atrayéndola. Él la miraba como si fuera esa mujer, y quisiera amarla por completo hasta que sollozara misericordia.

Terminó su vino, centrándose en el dorado sol carmesí tragado por el horizonte.

— Es tan hermoso. Tan correcto. Adoro este momento de la noche. El crepúsculo.

— El filo de la noche lleno con promesas —sus ojos se entrecerraron al contemplarlo— Hay una visión en la naturaleza que encuentro más conmovedor que una espectacular puesta de sol.

— ¿Cuál es?

— Una luna llena.

Ella asintió.

— Sí, una luna llena puede ser bastante inspiradora, ¿no es así?

Una suave sonrisa retumbó desde lo profundo de su pecho.

— Sí, —dijo él, observándola intensamente— Verdaderamente puede ser bastante...inspiradora.



CAPÍTULO 3

Su delicado aroma impulsó a Nicolas sin motivo.

La primitiva lujuria se abrió paso a través de él. Su esencia flotó sobre su lengua. Hembra, almizcle, despertar. Excitante. Nicolas levantó la botella marrón de cerveza y tomó un largo trago. El líquido helado se deslizó bajando por su garganta, pero no le agradaba.

El licor no apagaba su sed. Sólo Maggie lo haría. Dulce, deliciosa Maggie, su sabor flotaba en sus sentidos.

Había oído de la implacable urgencia del emparejamiento cuando los licántropos encontraban a su Draica.

— Cuando la encuentres, ten cuidado. Captar su esencia te volverá completamente animal. Lo olvidarás todo. Sólo querrás arrancarle las ropas y montarla — había dicho uno de los machos recién emparejados de la manada.

Nicolas siempre se había mofado ante tal pérdida de control. Como el fiero guerrero de la manada, se había probado a sí mismo su resistencia. Todo ese tiempo había llevado la cuenta de las mujeres con las que se acostaba después de la caza, recuperando la salvaje energía que había perdido con los Morphs, nunca había perdido el control.

Ahora sabía que los otros machos no habían exagerado. Había esperado que su Draica fuera atractiva. La química fuerte, pero no así de explosiva. No como si todo el mundo se hubiera desdibujado y los rayos del sol brillasen exclusivamente para ella.

Un halo de sedosos rizos rojizos enmarcaban su cara en forma de corazón, una atrevida nariz y rosadas mejillas. Sus grandes y expresivos ojos eran del azul de un lago en calma. Su boca. ¡Ah, su boca! Llena, suave e invitante.

Maggie prodigó una mirada sobre él. Sonriendo. Inclino la cabeza y se mojó los labios. El deseo oscurecía sus ojos.

Oh, sí. Ella también lo estaba sintiendo.

El cuerpo de Nicolas se apretó agradablemente cuando se imaginó las cosas que podría enseñarle a hacer con esa adorable boca.

Antes de que se lo hubiera imaginado, Maggie levantó a penas la barbilla. Su figura era un poco demasiado delgada, sus mejillas ligeramente hundidas. La habría engordado, atrapándola personalmente en su juego. Su mirada voló a sus llenos pechos. Se imaginó cubriéndolos con sus ansiosas palmas, comprobando su gran peso. Disfrutando de sus pequeños gemidos de excitación cuando acariciara suavemente sus perlados pezones con el pulgar. Entonces bajaría la cabeza para probarla, giraría la lengua sobre uno. Oh, sí.

Maggie frunció el ceño. Dos líneas, enmarcaban sus facciones, formándose entre sus sedosas cejas marrones. Nicolas estaba completamente hechizado.

— Está bien volver — murmuró su fantasía sexual.

Ella abandonó la playa, casi derramando su vino. Bebiendo con lujuria, él miró los blancos pantalones cortos de lino abrazando las tentadoras dos mitades de su redondeado trasero. Sus manos hormigueaban por apretarlo. Se imaginó sintiendo la suave piel de su relleno culo mientras la montaba desde atrás y entraba en ella en la tradicional posición de apareamiento.

No la primera vez. El sexo licántropo podía ser bastante rudo, demasiado intenso y pasional para su primera vez. Enroscarse a través del femenino despertar de Maggie era la distintiva impresión de inocencia. Sexy. Sí. Excitante. Oh, sí. Pero experimentada. De ninguna manera. Apostaría un filete crudo a que ella era virgen.

Se imaginaba iniciándola suavemente a hacer el amor. Lentas, sensuales caricias. Quizás un aceite de masaje caliente, sus dedos deleitándose sobre su sedosa piel, tierno y acariciante, profundizando en sus secretos agujeros y haciéndola retorcerse y suplicar. Lento para ella la primera vez, con un montón de orgasmos para compensar el tomar su virginidad. Entonces finalmente, la iniciaría en la pasión y se enredarían juntos en el caliente y rabioso sexo animal. Se puso duro como el granito, pensando en ello.

La sangre burbujeaba caliente en sus venas. Nicolas hambriento observaba a Maggie caminar hacia dos hombres.

¿Qué demonios?

Con los puños cerrados, se medían el uno al otro. Uno, totalmente encrespado como las puntas de su pelo rapado, presumía de unos músculos dignos de un luchador veterano de la WWE. El otro era delgado, pero alto y fibroso. Parecían listos para pelearse.

¡Iban a pelearse!

Se giró para darse cuenta que la muchedumbre se había acallado. Se quedaron observando a los hombres, esperando acción. Se centró en los hombres que fruncían el ceño. Y Maggie, su Maggie, se apresuraba cuando uno de ellos echó el puño atrás.

Nicolas saltó del banco. Se volvió hacia ellos, tensando los músculos mientras se preparaba para defender a su Draica.

Maggie pasó entre el par que gruñía igual que furiosos perros. Posó una mano sobre cada brazo de los hombres. Su melosa voz se moduló en calmantes tonos.

—Detened esto. John, no quieres herir a este hombre. Sea lo que sea puedes solucionarlo sin golpearos. No queréis heriros. Escúchame. Has estado aquí bastante tiempo. Cálmate. Todo está bien.

La serenidad irradiaba de ella. El aura pacífica de Maggie extinguía la tensión entre los temperamentales hombres igual que un cubo de agua sobre un fuego. Los dos se miraron el uno al otro, la tensión se esfumó de sus cuerpos. Era absurdo, decía su expresión. ¿Por qué estamos haciendo esto?

Nicolas bajó al suelo para pararse entre la pareja. Ellos se relajaron.

—Ponle la mano encima y te haré pedazos —gruñó él.

Sin darles oportunidad de pensar, envolvió firmemente los dedos alrededor de la muñeca de Maggie y tiró de ella de regreso a sus asientos. La admiración por su coraje y valor lo llenó. Profundamente en su interior ella poseía las cualidades para pelear con los Morpys. Nicolas se volvió a morder la frustración. Antes que nada, debía enseñarla a hacer la guerra, no la paz.

Mejor aún, a hacer el amor. Después la guerra.

—¿Qué estás haciendo? —protestó ella.

—Salvando tu dulce culito.

La guió de vuelta al bar, pidiendo otro pinot noir al barman. Para él nada. No podía arriesgarse a otro sorbo. No si tenía que permanecer listo y protegerla de espontáneas peleas donde pudiera salir herida.



El desafío brilló en sus ojos azul mar, cuando volvieron a ocupar sus asientos. El camarero les dejó el vino.

Nicolas la sujetó con una mirada de censura.

— ¿Qué diablos estabas haciendo? Pesan unas 100 libras más que tú.

Maggie levantó tercamente su pequeña barbilla.

— No me gusta la violencia. John ya ha estado encarcelado por meterse en una pelea. ¿Y está bien que tú hayas interferido?

— Igual de bien que lo hayas hecho tú — O más. Pensó con gravedad. No había manera en el infierno en que le permitiera ponerse en peligro innecesariamente — No me apetecía ver como te golpeaban en la cara.

Su expresión se suavizó.

— Y a mi no me apetecía verlos pelear. Dar puñetazos no sirve a ningún propósito.

— Sirven de un gran propósito cuando el puño va dirigido a tu cara. Un hombre tiene que hacer lo que deba para protegerse a si mismo.

Su adorable boca tembló.

— Algunas veces es mejor que un hombre se de la vuelta y se aleje que arriesgarse a la violencia. Los hombres pueden morir en una pelea.

— Y están los que no buscan otra cosa que una pelea. Tú no puedes ir y separarlos. Por que te derribarán y te despedazarán en trocitos mientras tú les cantas plegarias de paz y armonía. ¿Qué harías entonces, Maggie?

Su mirada se volvió distante.

— Intentaría negociar. Rogar por mi vida, si es necesario. Y escapar. Correr — su voz decayó — Cualquier cosa...excepto pelear.

— No hay compromiso. No hay negociaciones. Corre y correrán rápidamente tras de ti. Ruega y te ignorarán. Debes Matar. O morir. Las reglas de la jungla, Maggie.

— Esto no es la jungla.

— Todo es una jungla. Sólo la fachada es diferente. — Nicolas depositó las manos sobre la barra, observando a la muchedumbre. El rosado y dorado sol hundiéndose en el golfo. Sombras oscuras esparciéndose sobre la arena. En la playa, los hombres jugaban al voleibol riendo cuando dejaron el juego.

Nicolas estudió a Maggie. El instinto le impulsaba a mirar en su interior. Hacerse una idea de sus emociones. No. No la invadiría.

Su mano temblaba cuando tomó el vaso de vino. El líquido ambarino salpicó sobre el borde. Las gotitas salpicaron el mostrador, mojadas, oscuras como la sangre. Nicolas luchó contra una repentina premonición. Tomó su muñeca amablemente, maravillándose ante el calor que crepitó entre ellos.

— ¿Estás bien, Maggie?

Con expresión distante, reservada, ella engulló el vino. Nicolas se mantuvo inmóvil. Finalmente, ella respiró profundamente. Su voz se quebró.

— No debería haber...haber venido aquí. Sabía que esto era un error. Sólo quería...divertirme un poco. Algo de compañía. He estado trabajando tanto.

No invadió sus pensamientos. En vez de eso Nicolas leyó su expresión. Decía que quería retirarse a la seguridad de sus cuatro paredes, donde no tenía que toparse con peleas.



— ¿A qué te dedicas? — él mantuvo su tono casual. Por dentro, se dolía ante su salvaje mirada, igual a la de un animal acorralado.

El entusiasmo aumentó las oscuras sombras de sus ojos. Ella empezó a hablar acerca de su trabajo como veterinaria.

Nicolas lanzó una pregunta después de otra. Obligándola a hablar, distrayéndola de querer irse. Descubrió que ella había sido criada por un par de indiferentes padres adoptivos después de que su madre y su padre murieran cuando tenía doce años. Sólo después de haber cumplido los catorce había tomado finalmente cariño a sus padres adoptivos. Su padre de adopción era médico y alentó los estudios de Maggie.

— Me salté cursos y me gradué en el instituto a los dieciséis y fui a la universidad. Mi padre adoptivo quería que me especializara en medicina y yo estaba desesperada por complacerle porque había sido bastante bueno conmigo. Era casi... igual que tener un padre de verdad.

Su ligero suspiro lo atravesó igual que un dardo.

— Pensaba que ambos me querían como si fuese su hija natural, hasta mi segundo año de escuela cuando supe que quería convertirme en veterinaria. Mi padre adoptivo me amenazó con dejar de pagarme los estudios si cambiaba de especialidad. Los médicos de animales no eran tan hábiles como los médicos de verdad.

La mirada de Maggie cayó sobre el mostrador.

— No podía obligarme a mi misma a cumplir sus deseos así que cortaron todo contacto conmigo. Eso fue un desafío, pero tenía algunos compañeros y trabajé en la escuela sacando sangre.

Nicolas se endureció contra la repentina urgencia de tomar su mano y darle un reconfortante abrazo.

— Tu padre adoptivo estaba equivocado. Requiere una habilidad especial y empatía para tratar a los animales. Los animales no hablan y no pueden comunicarse con nosotros con palabras así que está equivocado. — Le dedicó una irónica sonrisa — Pero en muchas maneras, son más fáciles de tratar que las personas.

Se le escapó una pequeña risa.

— ¿También lo crees? Me he tenido que obligar a mi misma a salir para venir aquí. Algunas veces no me gusta estar alrededor de la gente, especialmente hombres. Pueden ser igual que lobos.

Nicolas arqueó una ceja a modo de pregunta.

— Tú no. No tienes comportamiento lobuno. Yo te gusto. Nadie se habría preocupado si uno de esos hombres me hubiera golpeado. Eres muy amable — se le escapó a ella.

Un radiante sonrojo tiñó sus mejillas. Nicolas estaba totalmente encantado.

— Estudié a los lobos, sabes — confesó ella.

Él alzó una ceja marrón.

— ¡Oh!

— Como universitaria. Mi especialidad era zoología. Pasé un verano en el Oeste trabajando con un programa de conservación de relocalización de lobos. Fue fascinante observarlos trabajar como una manada. Un verdadero trabajo en equipo. ¿Sabías que en la manada, el lobo beta es responsable de asegurarse que las órdenes del macho alfa sean llevadas a cabo?

— Algo de eso he oído — murmuró él.

Ella inclinó la cabeza, parecía adorable.

— Estoy mareada. Es el vino. No debería haber tomado una segunda copa.

Sacando una bola de billetes de su bolsillo, los puso sobre la barra. Maggie se levantó sobre tambaleantes piernas, balanceándose igual que una palmera movida por el viento. Nicolas se levantó, poniéndole la mano en el hombro.

— Te llevaré a casa.

Los rizos castaños volaron cuando ella sacudió la cabeza.

— Estoy bien. Sólo me tambalearé un poco playa abajo.

— Entonces me tambalearé contigo. — La cogió por el codo, estabilizándola mientras se tambaleaba a través de la suave arena.

— Además, tengo que mantenerte a salvo del Gran Lobo Malo. — Le guiñó Nicolas. Maggie se rió. Era una burbujeante sonrisa que le recordaba las cristalinas olas rompiendo contra las rocas.

El viento pasó a través de su pelo. Espesa oscuridad, cubriendo la playa de ébano. La amarillenta luz de las casas frente a la playa y elevados edificios de la vecindad moldeaban rectangulares piscinas sobre la arena. Una cubierta de estrellas brillaba igual que tenues joyas. Un velero, cuyo mástil se recortaba contra el azul del mar, navegando de camino hacia la cala.

La guió rodeando un olvidado cubo de playa con el que amenazaba tropezar. ¿Maggie había ignorado su visión nocturna, o era el hecho de que nunca había experimentado el sutil cambio de sus sentidos de lobo?

La arena hacía pequeños remolinos mientras caminaban. Él los dirigió a través de un pequeño grupo de palmeras. Maggie se detuvo ante una de las dos ordenadas blanquecinas casas.

— Gracias por acompañarme a casa.

Ella se inclinó contra un blanquecino tronco de palmera, enlazando las manos tras ella. Claramente no tenía prisa en decir adiós, dejándole en la oscuridad. Su visión nocturna mostró interesantes llamas en sus profundos ojos azules.

No quería que se terminara la tarde. Ni tampoco él.

— Ha sido un placer, Dra. Maggie. — Trazó un lento arco. Él le dedicó un extraño guiño. Ella se rió otra vez, deteniéndose, buscando su cara.

— Es extraño pero siento que nos hemos conocido antes de esta noche.

— Quizás estamos destinados a estar juntos. — Dijo él suavemente, observándola.

Nicolas posó una mano sobre el tronco, por encima de su cabeza. Inclinandose sólo un poco más cerca. Acercándose lo bastante para beber en su delicioso aroma. Especies. Algo fresco, igual a flores salvajes. Y la apretada esencia del despertar femenino.

Ese adorable ceño arrugó su frente.

— Dijiste que viniste aquí para visitar a una amiga, y que sería más que una amiga antes de que acabase la noche.

— Lo hice. — Dijo suavemente. Nicolas apartó un sedoso mechón de pelo de su mejilla — Esa eres tú, Maggie. Vine aquí para seducirte.

Ella suspiró ante esos profundos y oscurecidos ojos azules.

— Eres demasiado encantador. ¿Eres así con todas las mujeres?

— Sólo contigo. Sólo tú, Maggie. — Ahuecó su mejilla, inclinándole la cabeza para encontrarse con su penetrante mirada — Tú eres la única para mí.

Su lujuriosa boca se abrió.



— Es extraño. Realmente siento como si nos conociéramos el uno al otro. Como si tuviese que ser así. ¿Tú crees en el destino? ¿Una persona, tu mitad desaparecida, destinada a estar contigo? ¿Pero qué oportunidad hay de que eso esté sucediendo?

— Lo hago. Ya sabes lo que dicen. Tienes que besar a un lobo para encontrar al Sr. Perfecto — murmuró él.

— ¿Creo que era besar a un montón de ranas no?

Él le dedicó una coqueta sonrisa.

— ¿Te conformarías con besar una rana?

— No, — dijo ella, un poco sin aire. Nicolas observó el pulso que latía en la base de su garganta. Rápido. Más rápido — Me conformaría... con besarte a ti.

Contra la áspera corteza del cocotero, él posó las manos a ambos lados de ella, presionándola contra el árbol.

— ¿Qué quieres, Maggie? ¿Esto?

Bajó su cabeza, y su boca clamó la de ella.

Se sentía eléctrico, caliente, como si todos sus nervios acabaran centrándose sobre el contacto entre sus labios. Saboreó el fuerte sabor del vino y su inocencia. Su boca era maleable, suave y sedosa bajo la suya. Nicolas ahuecó la parte de atrás de su cabeza, profundizando el beso. Su lengua se hundió entre su boca entreabierta, imitando el acto sexual. Ella vaciló, alcanzándole a su vez, enredando su lengua con la suya.

Él bebió en su esencia, especiada, saboreando su vida, todas sus esperanzas, sueños.

Pasiones.

Nicolas se sintió fluyendo dentro de ella, su esencia interna chorreaba igual que el agua en su espíritu. Primer contacto... preludio al emparejamiento, cuando intercambiarían poderes mágicos y se convertirían completamente en uno. Cada mitad perdida se uniría como en los Viejos Tiempos, antes de que el Draicon los dividiera en dos para disminuir gustosamente sus poderes antes de que se convirtieran en demasiado poderosos. Demasiado oscuros. Demasiado... diabólicos.

Nicolas gimió cuando ella se retorció contra él, presionando sus caderas contra las suyas. Maggie. Su Maggie. Su mano libre acarició su cuerpo, probando, explorando.

Dulzura. Especia. Su mano hundiéndose entre sus muslos, cubriéndola en dura posesividad. Nicolas frotó, queriendo darle caliente placer. Ella lloriqueó, retorciéndose, presionando sus caderas contra él. Maggie se apretó más cerca de él. Como si no pudiese esperar a tenerlo dentro.

Él retiró su mano, su ingle creciendo dura y pesada. Nicolas levantó sus dedos, inhalando su delicioso aroma femenino. Llevándose el dedo índice a la boca, le dio un largo y lento lametón. Como si la lamiera a ella.

Su lejana mirada sostuvo la de él. Maggie se humedeció los hinchados labios.

En minutos la habría tenido, sacándole el pantalón, destrozando los pants, abriendo sus piernas. Probándola, llevándola a un estremecedor clímax detrás de otro. Entonces, cuando estuviera mojada y lista para él, hundiría su duro pene en ella, sellando su unión carnal.

Cada instinto masculino gritaba que sí. Nicolas se estiró otra vez por ella.

Y captó un aroma que lo sacudió de vuelta a sus talones. No era el delicioso, especiado despertar femenino.

Algo oscuro, diabólico. Igual que un cadáver podrido.



Un Morph.

Temblando, Maggie volvió a caer contra la palmera. Un beso. Un alma apresada de su tibia, húmeda boca contra la suya. Sintiendo ese duro, musculoso cuerpo amoldándose al de ella. En ese momento, pasó de la resguardada y ligeramente bebida Maggie a la Mujer Súper Hormonal. Capaz de saltar su cuerpo masculino en una simple unión.

Nunca se había sentido así de sexual. Los hombres se interesaban en ella, pero pensaban que era demasiado inteligente, demasiado intratable. Demasiado mojigata cuando se negaba a ir a la cama con ellos.

Ahora, estando con un hombre que había conocido hacía apenas una hora, sus hormonas habían saltado igual que gotas de agua en una sartén caliente. El tío irradiaba sexualidad igual que una baliza.

Práctica hasta los huesos, Maggie sabía que esto sólo era la naturaleza despertándola para mojarla con una gran inundación para compensar los largos meses en los que había estado evitando a los hombres mientras se centraba en su trabajo. Naturaleza contra Empresaria Mujer Soltera. Las hormonas estaban del lado de la Naturaleza. Marcador... esta noche.

Maggie parpadeó cuando Nicolasladeó la cabeza. Parecía olfatear el aire. El tenue amarillo brillante de la luz del porche revelaba como mudaba su expresión desde el fiero deseo a la cautelosa especulación.

Se movió tan rápido que ella no tuvo tiempo a reaccionar. Los fuertes dedos la sujetaron del antebrazo en un indisoluble agarre.

—Ve a dentro —la urgió conduciéndola hacia la entrada del frente.

Wow. Un poco rápido. ¿Pero no era eso lo que quería ella? Maggie, la práctica, sopesaba las consecuencias de dormir con Nicolas, un completo extraño. De acuerdo, un completo extraño encantador. ¿Condomes? No tenía. Quizás él tuviese algunos en su cartera. Unos nuevos. Echó un vistazo a su abultada entrepierna.

La luz de su tráfico interno cambió a amarilla. Precaución. Aún así todo en su interior suspiraba por unirse a él. Se sintió atrapada en el indefenso agarre del despertar sexual. ¿Por qué no dormía con él? Era virgen, no por un principio moral, sino por puro desinterés. Ningún hombre la había hecho sentirse lo bastante interesada. Hasta ahora.

¿Qué estaba esperando? Era una virgen de veintisiete años. Si esperaba mucho más, quizás la embotellaran y la colocaran en el estante.

Luz verde. Vamos, vamos, vamos, le urgía su cuerpo.

Maggie se rindió, y decidió ahondar en las insistentes demandas de su cuerpo. Ellos alcanzaron la puerta delantera. Se tambaleó en busca de la llave en el bolsillo de sus pantalones.

—Deprisa, Maggie —le ordenó él.

Cuando la puerta estuvo abierta, Nicolas casi corrió al interior, arrastrándola con él. Amable, pero con firmeza, la colocó tras él mientras cerraba la puerta y pasaba el cerrojo a la casa.

Maggie accionó el interruptor de la pared. La luz resbaló sobre su cara, mostrando implacables facciones duras como el granito. Él estudió la sala de estar. Repentinamente tímida, ella se peleó con los botones de su blusa. Esto parecía más fácil en las películas y novelas románticas.



Nicolas se volvió a ella. La sorpresa llameó mientras la observaba apartar lentamente los lados de su blusa, revelando las copas de encaje de su sujetador.

La sorpresa no era la emoción que ella había esperado. Maggie cerró la blusa de golpe.

— Ah, Maggie — su mandíbula sin afeitar se tensó, como si luchara por controlarse — Después. Cuando haya tiempo — dijo él lentamente.

Con mirada lúgubre, Nicolas se acercó a zancadas a las puertas de cristal correderas y bajó las persianas. Maggie lo siguió totalmente desconcertada.

¡Whump! Algo se lanzó a la velocidad de la luz contra el portaobjetos. Un lento chillido hirió sus oídos, arañando sus nervios igual que las uñas contra una pizarra. Maggie parpadeó, pero Nicolas sólo extendió las manos contra las persianas de madera.

— No la tendrás, demonio — murmuró, casi para sí mismo — Ahora tendrás que matarme para llegar a ella. Y Kane no me permitirá morir.

Él la miró.

— Mantente alejada de las ventanas. Tarde o temprano encontrarán una manera de entrar, pero no hagas de ti misma un blanco visible. Voy a ir a fuera — él empezó a dirigirse hacia la puerta delantera.

¿Ellos?

— ¿Quiénes son ellos? Nicolas, ¿Qué está pasando? ¡Nicolas!

Él se detuvo, volviéndose lentamente.

— ¿Qué sucede? ¿Qué era eso que ha golpeado mi portaobjetos?

— No quieres saberlo. No ahora.

Lentamente, ella entendió. La había arrastrado al interior para escapar...de algo. Pero no podía haber nada en el exterior. Eso era demasiado extraño. La lógica decía que Nicolas era excéntrico. Seguramente parecía un poco peligroso, con esa salvaje e indagadora mirada en sus ojos oscuros, la sonrisa de su boca.

Una antigua charla de la Universidad sobre la conducta científica le vino a la mente. Maggie estudió a su posible amante.

— ¿Hay algo ahí fuera que puede herirme, Nicolas? ¿Qué es?

Él miró a la derecha, como si buscara en la distancia.

— No es algo que pueda herirte. Es algo que te herirá. Puede moverse hacia ti antes de que des un simple paso.

— Estás diciendo la verdad, — se dio cuenta ella — Pero Nicolas, si hay algo ahí fuera...

Besó sus labios, un breve, intenso beso.

— Es un pequeño problema del que debo ocuparme. Cierra la puerta detrás de mí. Y evita las ventanas.

Maggie se llevó una mano a su mareada cabeza, observando en muda incredulidad como él salía por la puerta delantera. Cerró tras de él, sus pensamientos girando como un remolino.

Olvidadas las hormonas, se abrazó a sí misma. Ruidos extraños. Amenazas. Peligro. Un extraño en un bar quien le evocaba un sentimiento de déjà vu, con el cual quería dormir casi al instante. No tenía sentido. Aún así, profundamente en su interior, lo tenía.

Los recuerdos empujaron hacia la superficie, clamando ser oídos. No. No lo haré, pensó ella salvajemente. Mitosis celular. División. Creación. Vida.

Misha, muriéndose.



Maggie fue a echar un ojo a Misha. La perra dormía sobre su almohada en una esquina junto a la vitrina de porcelana. Se dejó caer al suelo, abrazando a su mascota. Si sólo pudiera alejar su dolor, dulcemente. Lo haré. Haré todo lo que pueda para que estés bien otra vez.

La respiración de Misha era trabajosa. La pena agarró a Maggie igual que un puño de acero. Pronto, tendría que tomar una decisión. ¿Haría lo más humano como insistía Mark y practicaría la eutanasia a su bien amada amiga antes de que el dolor se hiciera más intenso? Maggie presionó sus temblorosas manos contra sus sienes. Necesitaba más tiempo para investigar.

Tiempo era un lujo del que carecía.

Maggie entró en el salón para esperar.

En minutos él volvió, cerrando la puerta tras sí. Tres largas, sangrientas cuchilladas fruncían su mejilla derecha como si algo con garras lo hubiese arañado. Mirándole fijamente, se tambaleó para ponerse de pie.

— Problema resuelto — anunció él.

— ¿Qué fue eso? — Maggie fue hacia él, su estómago dio un vuelco ante la vista de la sangre sobre su cara. Sangre, excepto en su trabajo, siempre la enfermaba. Podía encargarse de operar a un animal herido y tratar las peores heridas, pero en humanos, esto siempre la había enfermado.

— Déjame encargarme de eso. Tengo un kit de primeros auxilios.

Nicolas negó con la cabeza.

— No es nada. Me curo rápido.

Incapaz de apartar la mirada de su mejilla, no pudo luchar con la profunda sensación de que algo siniestro había acechado fuera.

— ¿Qué te atacó?

— Un pequeño desvío en el problema. Ya me encargué de ello.

Ella se mordió el labio inferior con preocupación.

— Tengo preguntas...

— Y yo tengo respuestas, las cuales te daré, cuando sea el momento oportuno — Él sonrió, apartando la oscuridad de su expresión.

Ella levantó la barbilla, encontrando su mirada.

— No, Nicolas. Quiero respuestas. Ahora mismo.

CAPÍTULO 4

Maggie quería respuestas que él no podía darle. No ahora. No en su actual estado de embriaguez. La necesitaba alerta. Aún así, quizás fuera lo mejor. Sin sus inhibiciones, quizás ella no se detuviera a aferrarse a la lógica y creería. Las garras de los Morphs se habían hundido en su mejilla, pero había despachado al enemigo fácilmente. Ahora, las laceraciones apenas picaban. Para mañana se habrían desvanecido.

Ella cruzó los brazos sobre su estómago. El movimiento sirvió para empujar sus pechos ante él en una deliciosa invitación. Su mirada cayó ante el invitante valle entre las copas de encaje.

Nicolas deseaba pasar la lengua por allí. Marcar el nuevo territorio.

—Nicolas, ¿Qué hay ahí fuera?

Levantó la mirada para encontrarse con la de ella. Le había dado algo de información, para ver como reaccionaba.

—Siéntate, Maggie —La dirigió al lujoso sofá floreado. Ella se sentó, más bien inestablemente.

—Lo que atacó tu puerta, y de lo que me encargué, era una criatura llamada Morph. Un cambiador de forma.

Lo miró atónita. Él continuó.

—Usan magia oscura para mutar en algún tipo de forma animal y buscan destruir. Se alimentan de la energía y el temor de una víctima agonizante. Constantemente necesitan energía para permanecer con vida y usan magia. Cuanto más lento muere la víctima o más temor produce en la persona, más rica es la sangre.

Él se detuvo estudiando la incredulidad dibujada en sus ojos.

—Van detrás de ti, Maggie.

Maggie se frotó las sienes.

—Debo de estar bebida. ¿Has dicho, Cambiadores de Formas?

—Morphs. Mutan en diferentes tipos de animales.

Ella se rió.

—Cambiadores de formas que se transforman en animales. Claro. ¿Y me quieren a mí, para qué? ¿Para que les de cuidados gratis porque soy veterinaria?

—Te quieren porque eres la única que puede derrotarlos y destruirlos. Maggie. Eres extraordinaria.

—Esa soy yo. ¡Maggie la Super Destructora de Cambiadores de Formas! —su blusa se abrió otra vez, mostrando una deliciosa grieta de piel cremosa. Nicolas sintió su pene volverse aún más pesado. Se endureció contra ello. Control. Control. Ahora no era el momento.

—No creo en cambiadores de formas. O en magia. ¿La química sexual entre nosotros? Básica biología humana —su boca se tensó en una línea mientras apartaba la mano— Soy investigadora, una veterinaria en medicina. Así que si intentas convencerme de otra cosa como esa absurda cosa de las criaturas Morphs, desafía la lógica humana. Necesito pruebas.

Nicolas recordó como los Morphs habían hecho trizas a los cazadores.

—No los subestimes, Maggie. Los Morphs están lejos de ser absurdos.

Maggie, la científica, la incrédula. Si le revelaba más, se volvería incluso más cautelosa. Quería evidencias empíricas.

Quería cogerla y huir con ella. Sacarla del peligro antes de que los Morphs atacaran. Todavía no. Estaba todavía a salvo. Desde que no había demostrado ningún poder empático, los Morphs carecían de pruebas de que ella fuese la Draicon destinada a destruirlos.

Sopesó su plan. Hablarle de la manada ahora, meter al perro en el coche y huir, si tan sólo no fuera tan tozuda, pero armaría tal jaleo que atraería atención no deseada.

Necesitaba ver para creer.

Él despachó al Morph Scout fácilmente, matándolo antes de que se clonara. Los Scouts trabajan en parejas. En la mañana, cuando se supone que lo comprobarían, aparecería otro. Después del intenso estudio de sus colegas, sabía que esperar.

Lo bueno era que el Morph no aparecería antes de mañana. Pero no la dejaría sola.

Podría emparejarse con ella ahora. Pero para su primera vez juntos, quería toda la noche. Tomándose con calma y lentitud, no rápido y urgente, con la amenaza de un Morph apareciéndose en su puerta.

Además, Maggie necesitaba las pruebas de que los Morphs existían. Nicolas sonrió sombríamente

Lo vería perfectamente mañana a la mañana. Él se encargaría de ello.

La cabeza de Maggie se hundió sin poder procesarlo todo. Primero, el abrasador deseo que extirpaba todo pensamiento coherente, dejando nada excepto la urgente necesidad de frotar su cuerpo desnudo contra el de ese hombre. Entonces allí estaba el extraño presentimiento de peligro y el misterioso acto de desaparición de Nicolas.

¿Ahora él afirmaba que una criatura la acechaba?

Esto era demasiado fantástico. Todavía, una diminuta parte suya le advertía que él decía la verdad. Ignoró esa voz. Si él estuviera en lo cierto, todo lo que ella había construido por sí misma se derrumbaría en una montaña. Su vida era ordinaria, organizada y cuidadosamente planificada. Esta no permitía ninguna habitación para el capricho y el misterio.

Ninguna habitación para pueriles creencias tales como la magia. Magia con C, no con K, pensó ella.

Maggie apretó los puños. No, dijo silenciosamente. Esto no es posible. Yo sólo creo en lo que puedo controlar no acepto lo que va más allá de mi control.

Algunas enfermedades estaban más allá de su control. La muerte. Misha, muriéndose.

Un pequeño lloriqueo llamó su atención. Maggie saltó del sofá, y se dirigió hacia la cocina. Nicolas la siguió cuando ella se agachó para acariciar a la nuevamente despierta Misha, con una temblorosa mano. La perra levantó la cabeza, mirando a Nicolas. Su cola golpeó el aire igual que un metrónomo mientras le lamía la mano.

—No aceptaba bien a los extraños últimamente, —dijo Maggie, su corazón saltando de alegría. Esa era más vida en Misha de la que había mostrado en días.

—Soy una persona-perro, —murmuró Nicolas, rascando a Misha tras las orejas.

Quizás ahora podría finalmente engatusar a Misha para que comiera. Desde la nevera, sacó un cubo de plástico y le quitó la tapa. Se agachó ante la perra, sosteniendo un pequeño trozo de pollo frito.

—Mira, Misha, tu favorito. Por favor, come por mí. Por favor, pequeña. Puedes hacerlo.

La perra se estiró por el pollo. La salvaje esperanza resurgió. Entonces una fuerte mano masculina agarró con fuerza la muñeca de Maggie apartando la comida. La rabia la inundó.

—¿Qué estás haciendo?

Nicolas estaba mirando a Misha con una intensa mirada.

—No lo hagas.

La boca de Maggie tembló.

—Está muy enferma. Esta es la primera comida en que se muestra interesada.

Él carició la cabeza de Misha.

—¿Qué le has dado de comer?

¿Qué pasaba con él? Aún así Misha actuaba animada, continuaba moviendo la cola mientras él le rascaba detrás de las orejas. Ciertamente tenía toque con los animales.

—Proteínas. La... masa actúa igual que un cáncer. El cáncer no se alimenta de proteínas, así que la he tenido a una dieta de huevos, carne, ave, pescado blanco, con verduras crudas y...

—Deja de alimentarla. Esto no es cáncer.

Maggie se le quedó mirando.

—¿Qué?

Nicolas se inclinó hacia delante mientras Misha le lamía la mano.

—La enfermedad es diferente. Se alimenta de energía. Cualquier comida proveerá a Misha de energía, la cual usarán las células para multiplicarse y expandirse. Se está, literalmente, muriendo de hambre cuando come y alimentarla hace que la enfermedad avance.

Ella tiró de golpe el contenedor de comida al suelo. Misha gimoteó. Nicolas arqueó una ceja.

—¿Muriéndose de hambre cuando la alimento? ¿Qué sugieres que haga, que no le permita comer y espere que eso ayude? ¿Se está muriendo, maldita sea! Se está muriendo y no hay una maldita cosa que yo pueda hacer. Toda mi investigación ha sido inútil. Soy veterinaria y puedo curar los animales de otras personas, pero no a mi propia perra.

Maggie presionó una temblorosa mano sobre su cara. No más lágrimas. La gentil presión de una mano apretando su hombro la hizo levantar la mirada. La expresión de Nicolas se había suavizado.

—Maggie, estoy seguro que has hecho todo por ella. Puedo decir cuanto la quieres. No te rindas. La ciencia moderna no puede luchar con la antigua magia oscura. ¿No te ha mostrado tu investigación un comportamiento anormal contraria a las cosas que has visto nunca?

Ella recordó como las células se dividieron cuando añadió una gota de sangre de un perro sano. Como habían parecido casi...

Comérsela.

Maggie cerró los ojos en incredulidad. Esto no tenía sentido. Ninguno. La ciencia exigía lógica, respuestas, evaluación. Lo que Nicolas había propuesto era un auténtico sin sentido.

Sus ojos se abrieron. Se apartó de golpe de él y se dirigió a la nevera, devolviendo el contenedor al interior.



—Si Misha tiene un nuevo tipo de enfermedad, hay una explicación perfectamente lógica para ello.

Nicolas se levantó y apoyó una delgada cadera contra el arco de la puerta.

—Antes creíste que te estaba diciendo la verdad cuando los Morphts estaban ahí fuera. Créeme ahora, Maggie. Mira con tus instintos.

Se le escapó una amarga risa.

—Eso no fue instinto. Fue puro comportamiento científico. Miraste a la derecha cuando te pregunté si había algo allí fuera que pudiera herirme. Eso indica que estabas recordando. Si hubieses mirado a la izquierda, eso me habría indicado que estabas mintiendo. Los ojos revelan más de lo que las personas se dan cuenta.

—Y así hace que eso profundice en el interior de una persona —Nicolas avanzó— No mires a la ciencia, Maggie. Mira en tu interior. Deja de ser lógica. La lógica no tiene nada que ver con esto.

Le pasó el pulgar por la mejilla.

—La lógica no tiene nada que ver con esto. Esos sentimientos que compartimos el uno con el otro cuando nos conocimos. Sé que los tienes. No les tengas miedo. Son perfectamente naturales y esperados. Justo lo mismo que compartieron tus padres.

Maggie lo estudió, mirándolo de lado advirtió que las laceraciones en su cara habían encogido. Debo de estar borracha, razonó ella. Las heridas no sanan tan rápido. En vez de eso, se centró en los remolinos de caramelos de sus ojos marrones. Los desvanecidos recuerdos tiraron de ella. Padres. Bosque y montañas. Calidez de familia y amigos, amor, lazos fuertes. Su padre lamendo cariñosamente a su madre.

¿Lamiendo?

—Es llana y simple biología, —aseguró ella, estrujando sus emociones cuando él pasó su pulgar sobre la línea de su mandíbula— Atracción sexual, el significado natural de la propagación de especies.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Has querido si quiera propagar algo así?

Maggie se llevó una mano a su mareada cabeza.

—No —admitió ella— Es el vino. El alcohol deshace las inhibiciones. Que es porque una mujer dormiría con un hombre que acaba de conocer.

Nicolas inclinó la cabeza hacia ella. Con una mano, cogió sus rizos, apartándolos de vuelta a su oreja. El cálido aliento acarició su mejilla. Maggie captó su muy masculina esencia selvática, recordándole los pinos del bosque y lo salvaje.

—¿Es por eso que me besaste? ¿Por qué empezaste a quitarte la blusa? ¿Dos vasos de pinot noir?

Su boca acicateó su cuello. Maggie gimió cuando él la pellizcó, dándole después un calmante lametón. Sus manos se anclaron en sus hombros. Pensamientos de magia, extrañas criaturas y peligro se evaporaron igual que gotas de lluvia sobre el caliente asfalto de Florida.

Nicola la separó. Su mirada ardía en la de ella.

—No es el vino, Maggie. Ambos lo sabemos.

—Sí —jadeó ella.

Nicolas ahuecó su cara, inclinó su cabeza para besarla. Entonces pronunció casi un gruñido, y se alejó.



—No. Ahora no —murmuró él.

Sus oscuras cejas marrones se juntaron en un ceño. Su cuerpo permanecía dolorido y anhelante, Maggie recompuso su orgullo y se abrochó la blusa.

—Creo que deberías irte. Estoy cansada —Maggie se las ingenió para hacer salir las palabras.

—Creo que debería quedarme —dijo él lentamente, su mirada buscando la suya—No deberías estar sola ahora. Es demasiado peligroso.

—¿Por lo que quiera que haya fuera? ¿Cómo esperas que crea en algo que no puedo ver? —ella se dejó caer en el sofá.

—¿Crees que estoy mintiendo, Maggie? ¿Crees que algo no intentará entrar aquí dentro?

El vello de la parte de atrás del cuello se le erizó.

—Creo que tú crees que hay tales criaturas, Nicolas. ¿Pero pedirme que me trague una historia acerca de una criatura mágica que cambia de forma...? Quizás también me pidas que crea en algo tan absurdo como los Hombres Lobo. Quizás sean ellos de lo que necesito tener miedo. Es casi luna llena. —Echó la cabeza hacia atrás, y fingió dar un corto aullido.

Arqueó otra vez una oscura deja.

—No está mal —arrastró él las palabras—Pero con el tiempo, lo harás mejor.

Él se paseó hacia la puerta comprobando las cerraduras. Después comprobó las ventanas, cerró las cortinas. Maggie se frotó los brazos, sus aturdidas y confusas emociones rabiando.

—Nicolas, ¿Qué estás haciendo?

Le dedicó una entrecerrada mirada detrás de sus largas y oscuras pestañas.

—Necesito asegurar tu casa.

—¿Contra qué?

—Contra cualquier cosa que necesite entrar. Me quedaré esta noche, Maggie.

—Tú no actúas...interesado.

En respuesta ahuecó su cara, atrayéndola hacia él. Nicolas la besó, un cálido beso autoritario. Su lengua se deslizó por sus labios, danzando en el interior cuando ella la abrió para él. Gruñó y se apartó de golpe. Respirando agitado, ojos oscurecidos y salvajes, luchando visiblemente por controlarse.

Regocijada, todavía confundida, se lamió los labios y le tocó el brazo.

—¿Entonces por qué no?

—Ahora no es un buen momento, Maggie —Nicolas dejó escapar una profunda respiración—Quiero...tiempo. Quiero hacer el amor más de lo que deseo mi próximo aliento. Toda la noche. Cuando sepa que es seguro.

—Me siento perfectamente segura.

Él le lanzó una mirada llana.

—También estás embriagada.

La desilusión se mezcló con un nuevo respeto. Otro hombre simplemente se habría aprovechado de ella estando bebida, y se largaría felizmente sin importarle que quizás dejase atrás un paquete esperando ser entregado en nueve meses.

—Vete a dormir, Maggie. Yo te protegeré.

¿De qué? ¿Cualquiera que fuese la extraña criatura que lo había atacado? ¿O de él mismo?

Maggie se acurrucó con un bostezo. Algo cálido y suave cayó sobre ella un minuto después.

—Te dije que no te quitaras la pulsera. Pero no escuchas. Quizás lo hagas ahora.

La confusión ante sus palabras se desvaneció cuando el tierno beso presionó contra su mejilla. Maggie bostezó acurrucándose en el sofá, tirando de la manta sobre ella. Sólo un minuto de descanso, después lo escoltaría fuera. Cerró los ojos ante la imagen de Nicolas, de pie en silencio guardado por el deslizar de las puertas correderas, como si se mantuviera vigilante.

El sol se reflejó en el suelo embaldosado a la mañana siguiente cuando se despertó lentamente. Maggie se incorporó ante el radio reloj en la mesilla de al lado en nublada confusión. ¿Cómo había podido dormir hasta las diez? Taladradoras estrellándose contra su cráneo. Maldición. No le sorprendía que no tuviese inclinación por la bebida. Las resacas eran una putada. Se sentó lentamente, rechinando los dientes contra la náusea, entonces se dirigió al baño.

Cuando salió, los recuerdos de la pasada noche la asaltaron. Un bajo gruñido abandonó sus labios. Qué tonta había sido.

No había rastro de Nicolas. Debía haberla llevado arriba e irse. Las persianas, cerradas la noche anterior, ahora estaban abiertas, descubriendo las ventanas.

Menos mal. Nunca antes se había sentido tan extraña, deseando, lista para saltar a la cama con un extraño. ¡Uno que había conocido en un bar! Maggie se frotó la cara, encogiéndose ante el dolor de cabeza. Ni siquiera un solo dedal de jerez.

Aún así, no podía borrar su fuerte, impasible rostro de sus pensamientos. Él permanecía clavado allí al igual que con las yemas de los dedos.huellas digitales.

Fue a la cocina, a comprobar a Misha. La perra la saludó moviendo la cola y caminando cuando Maggie abrió las puertas corredizas de cristal. Sin problemas para caminar, más enérgica de lo que se había mostrado. Cuando Misha volvió, se tendió en el fresco suelo.

Girándose, Maggie midió el café y lo metió en la cafetera automática. Misha no había comido desde ayer y actuaba más vivaz.

Nicolas le había advertido que alimentar a Misha aceleraría la enfermedad.

Ridículo. ¿Una enfermedad que se alimentaba de la energía producida por la comida? Maggie se dirigió al baño para darse una ducha que aclarase su embotado cerebro.

Para su asombro, Misha la siguió escaleras arriba. La perra movió la cola, tendiéndose ante la puerta del baño. Él espíritu de Maggie se levantó.

Media hora después, emergió del baño, su pelo húmedo y rizado. Engatusó a Misha para que entrara en el laboratorio y le extrajo otra muestra de sangre. Misha la observaba con unos enormes ojos marrones mientras Maggie estudiaba las muestras bajo el microscopio.

Había menos células negras en la muestra de sangre que el día anterior. Maggie miró a su perra.

—Nicolas no puede tener razón. Esto es sólo una coincidencia.

Misha bostezó y tendió la cabeza en el suelo.

—Ok, cariño, quédate ahí. Creo que te mereces una siesta después de subir esas escaleras.

Escaleras abajo, Maggie vertió el café en una taza, añadió azúcar y abrió las correderas. Salió del patio. La superficie del golfo reflejaba el mar azul esa mañana, reflejando el nublado cielo. Sobre la lejana playa, sombrillas verdes y azul marino florecían saludando un nuevo día. Las personas paseaban junto a los surfers, algunos corrían, otros caminaban o buscaban pelea.



El aire olía a salado. No había brisa que susurrara en las larguiruchas palmeras. Reflejando los extraños eventos de la noche anterior, y lo extraño encontrado en la sangre de Misha esta mañana. Maggie dejó de mirar la playa. Algo había captado su atención.

Se agachó y estudió la arena blanca como el azúcar. Las huellas de un hombre, ligeramente arrastradas como si hubiese estado luchando contra algo. Otros rastros llamaron su atención.

Profundos vestigios en la arena. Largas y siniestras impresiones, claramente reptantes. Los cocodrilos habitaban en los frescos márgenes del agua hacia el oeste. Los rastros eran distintos de los reptiles.

Volviéndose, estudió las puertas deslizantes. Los brazos se le pusieron de piel de gallina.

Profundos tajos arañando el cristal, como si una criatura con garras afiladas arañase su puerta. Una criatura intentando entrar dentro.

— Nada por aquí podía tener esas marcas — reflexionó ella en voz alta.

— Sólo los Morphs.

Magie saltó, esparciendo el café sobre la encimera.

Vestido en vaqueros y una camiseta gris, Nicolas permanecía sobre la arena unos pocos pasos allá.

— Lamento asustarte. — Sus lisas facciones parecían incluso de disculpa. Su llena y lisa boca giró.

Repentinamente tímida a causa de su conducta la pasada noche, Maggie le echó una mirada. Su pelo oscuro estaba ligeramente desordenado. Un mechón de éste caía sobre su frente, dándole una mirada de muchacho.

— Buenos días, Maggie. Confío en que durmieras bien.

Sintiéndose incómoda, estudió su taza de café como si esta contuviese todas las respuestas del mundo.

— Desperté esta mañana y te habías ido. Pensé que te marchabas...

— ¿Dejándote para siempre? — Nicolas pasó un dedo por las huellas — Volví a mi habitación para empacar.

— Así que te vas. — Una extraña punzada la atravesó. Al menos había vuelto para despedirse, más de lo que la mayoría de los hombre ofrecería después de pasar la noche. Que ironía. El primer hombre para pasar la noche y ni siquiera había dormido con ella.

— Aún no. Tenía que volver y verte.

Su genuina sonrisa le levantó el ánimo. Infundiéndole calor mientras se empapaba de su visión de él. Indicó son su taza.

— ¿Quieres café? Está recién hecho.

— No bebo café. Pero gracias.

Él le dedicó otra amistosa sonrisa.

Siento que no pudiéramos emparejarnos la noche anterior. No podía darme la oportunidad con los Morphs amenazándote.

Maggie lo estudió, confundida. Esa voz nuevamente en el interior de su cabeza. Sintió la distinta, casi imperceptible invasión. Resaca post-alcohólica. La voz de ayer, su hiperactiva imaginación brotaba. Estudió su fuertemente esculpido cuerpo, la manera en que sus desteñidos vaqueros abrazaban sus duras caderas, la sombra de barba en su fina mandíbula. Un pensamiento le cruzó por la mente.

Oh, sí. Saltaré sobre tus huesos en un minuto. Bebida o no.

Ahora una amplia sonrisa se extendió en su cara. Como si estuviese leyéndole la mente. Imposible.

Algo estaba mal. Maggie miró su mejilla. Las heridas de la última noche se habían ido. Otro imposible.

Él se rascó la mejilla.

— Te lo dije. Me curo rápido.

Probablemente alguna asombrosa solución líquida curativa. Maggie se encogió de hombros e indicó hacia la arena.

— Sólo estaba examinando los rastros. Algunos animales deambulan sin rumbo fijo.

— Ninguna criatura de los alrededores hace eso, — observó él.

Nicolas se agachó, estudiando las extrañas huellas.

Maggie dejó su taza sobre una mesa acristalada. Contemplando las marcas, sintió un golpe de malestar subir por su columna.

— Cocodrilos. Eso es todo. Inusual, pero no imposible.

— Los cocodrilos no arañarían tus cristales — Nicolas trazó la línea de uno de los rastros — Morph. Ha mutado a otra forma después del ataque, un depredador mucho más grande y más poderoso capaz de abrirse paso de esa manera. La ventana no es común.

— Es a prueba de huracanes, así dice la manufactura. Puede soportar vientos de ciento veinte millas por hora. — Ella examinó las melladas marcas, trazando los surcos sobre el cristal. ¿Cambiar de forma? Las taladradoras le golpearon el cráneo. Maggie se presionó los húmedos dedos en la cabeza.

Nicolas fue tras ella y amablemente colocó sus manos sobre sus sienes. Empezó un continuo masaje.

Se puso rígida cuando se acomodó tras ella.

— Relájate — murmuró él — Cuidaré bien de ti.

La tensión voló. Maggie se inclinó hacia atrás, saboreando su toque calmante. Estaba permitiendo que sus desilusionadas hormonas recordasen.

Ella se apartó.

— Si te vas, Nicolas, deberías hacerlo. Aprecio que volvieras a despedirte, pero no era necesario. Tengo mucho trabajo que hacer.

— No volví para decir adiós. — Nicolas señaló las marcas — Otro Morph intentó entrar en tu casa, Maggie. Mira los signos. Los rastros, el cristal. Quien quiera que entre en contacto con ellos se enfrenta al peligro. Mira el césped.

Maggie nunca se preocupaba del paisaje, pero esta mañana el duro césped de Bermuda parecía ennegrecido y seco, como quemado.

— La respiración de un dragón — dijo Nicolas suavemente.

Maggie se rió.

— Y yo pensaba que era la única que había bebido demasiado la noche anterior.

Él le dedicó una llana mirada.

— Debemos irnos antes de que eso regrese.



Eso era demasiado repentino, demasiado intenso.

— ¿Quieres que me vaya, Nicolas? ¿Contigo? ¿Por qué?

Su mirada de ébano buscó la suya.

— Esto no es seguro para ti. Ahora no. Su magia es demasiado poderosa y potente y eres demasiado vulnerable ahora mismo.

Magia. Misterio. No para ella, la práctica y analítica.

— Nicolas, yo no creo en magia. Llamaré a las autoridades, deja que ellos lo sepan y se encarguen — Maggie se encogió de hombros — Esta casa ha resistido huracanes. Creo que puede resistir otros elementos de la naturaleza. O lo que quiera que tú crees que sean ellos.

Nicolas empujó una mano a través de sus gruesos y oscuros mechones.

— Los Morphs son un elemento de la naturaleza. Encontrarán una manera de entrar. El de esta mañana estaba probando tus defensas, buscando la mejor manera de conseguir entrar. ¿Ves esa hormiga?

Maggie observó una hormiga roja del tamaño de una moneda de diez centavos cruzando el raíl de aluminio que separaba su porche de la arena. Asombrada, se inclinó más cerca.

— ¿Es esto lo que pienso que es? — reflexionó ella en voz alta.

— ¿Qué crees que es?

— Wow. No puede ser... pero lo es. No es nativa. ¿Cómo ha llegado aquí? — fascinada, estudió el insecto, el cual todavía estaba. — Hey, aquí, compañera. Las he visto en los libros, nunca así de cerca.

Nicolas puso los ojos en blanco cuando Maggie cogió un bolígrafo sobre la mesa acristalada cercana. Usándolo como puntero, lo dirigió hacia la cabeza de la hormiga.

— Hmm. Enormes pinzas, debe ser una soldado. Las hembras son las más grandes en el mundo. Pueden colonizar en números superiores a veintidós millones. Cazan principalmente por la noche, sintiendo el dióxido de carbono que respira su presa. *Dorylus helvolus*.

Su boca se curvó en una tímida mueca.

— Lo siento. Estudié entomología. Es un conductor, o hormiga acorazada. Nativa de África. Las únicas hormigas que se recuerda comen personas. ¿Qué está haciendo aquí? Pudo venir en un cargamento.

Maggie frunció el ceño, pensando.

— Necesito alertar al departamento de Agricultura de Florida. Lo mantendré con vida hasta que lleguen y hagan una investigación, determinen si...

Nicolas se movió con cegadora velocidad, su palma aplastó a la hormiga. Maggie se quedó con la boca abierta, atónita.

— ¿Qué te hizo hacer eso? — gritó ella.

Nicolas levantó su palma. Horrorizada, miró fijamente. Sobre la palma de su mano había una quemadura de cuarto grado. La negruzca sangre del aplastado goteaba al cemento. Este crepitaba cuando lo golpeaba.

— La sangre de los Morphs se vuelve ácido. Eso es lo que los hace difíciles de matar — Nicolas hizo una mueca.

Estaba herido. Instantáneamente Maggie corrió hacia él, inclinándose ansiosamente sobre su mano. Instintivamente la bondad penetró en su interior. Debía quitar el dolor, la herida, la lesión.



Colocó su palma sobre la sucia marca quemada. Cerró los ojos, conduciéndose desde una fuerza profunda en su interior. Sanar. Sanar.

Maggie gritó cuando el dolor le quemó como carbones calientes en la palma. Se tambaleó, casi perdiendo el contacto. Algo la obligó a sostenerse. Apretando los dientes, se condujo en el aire, remontando a través de las olas de dolor. Antiguos cánticos sonaban en su mente.

El dolor se alivió, después se detuvo. Los ojos de Maggie se abrieron mientras Nicolas arrancaba su mano de un tirón. La condujo a un sillón, ella se dejó caer en ella, su respiración regresando en rasgados jadeos.

Nunca se había sentido tan enferma, así de sacudida. Nicolas se hundió a su lado.

—Es verdad —dijo suavemente— La leyenda es verdad. Eres la empática.



CAPÍTULO 5

Los recuerdos parpadearon igual que las imágenes de una película. Pequeñas palmas sobre profundas heridas que manaban sangre en el pecho de su padre...por favor, papá, por favor vive... Maggie se obligó a alejarlas. Imágenes de pesadilla seleccionadas de un oscuro pasado. Eso no tenía importancia. Lo que importaba era el aquí y el ahora.

Nicolas tomó su palma y la giró. Había una quemadura de una cuarta marcándola. Mientras sus atónitos ojos la miraban, ésta se borró lentamente, entonces se desvaneció.

Él tiró de ella hacia arriba.

—Tenemos que irnos. Los Morphs sabrán que eres la única.

Ella se llevó entonces la mano herida a la sien. Esto no puede ser posible. No puede estar sucediendo realmente, ¿verdad? Igual que la enfermedad de Misha. La sangre absorbía las células negras.

Quizás tenga que creer en brujas.

—Nicolas, ¿Qué me sucedió?

Él le acarició la mejilla, su toque amable y suave.

—Lo que debió haber sucedido hace años, no te ha reprimido. Probablemente un mecanismo de defensa hasta recientemente, y entonces se volvió demasiado fuerte para suprimirlo. ¿Has notado que algunos animales que has sanado se han recuperado extraordinariamente? ¿O ha cesado su dolor? Probablemente sería un perro.

—Es difícil de decir. Los animales, especialmente los perros, son muy buenos ocultando su dolor. —Buscó en su memoria. —Sí, —suspiró ella— Un perro con cáncer. Estuvo con quicio. Le puse las manos encima y quería alejar su dolor con tanto ahínco que sentí como si estuviese vinculándome con el perro, igualmente podía ver la enfermedad en mi interior. Me hería profundamente en mi interior, pero era sólo algo emocional.

Él reunió sus manos en las suyas, estudiándolas, frotando los pulgares sobre sus nudillos.

—Tu toque, Maggie. Es sanador, cuando quieres que lo sea. Adquieres el dolor, la herida y la enfermedad en tu interior y lo erradicas.

—Eso casi parece...igual que magia.

—Esa eres tú, Maggie. —La boca de Nicolas tembló— Pero pudo haber sido la quimioterapia, así que los Morphs no están seguros. Han estado observando, esperando un momento como este. —Apretó sus puños sobre sus manos cuando se levantó, tirando de ella con él.

—Entra, haz las maletas. Nos vamos.

—Acabo de descubrir esta nueva habilidad y tú quieres que cierre...

—Antes de que ellos vengan a por ti. Y te maten.

Un riachuelo de temor la invadió. Maggie luchó contra eso. No tenía sentido que alguien quisiera matarla por sanar.

—No voy a huir, Nicolas. Aquí no hay peligro. Nadie sabe esto excepto tú y yo, nadie viene a por mí.

Él la liberó, sus ojos oscurecidos se tornaron tormentosos cuando apartó la mirada sobre la arena

—Estás equivocada. Lo saben. Y ya están aquí.

Maggie estiró el cuello, vio dos largas motas parduzcas sobre la cegadora arena blanca. ¿Hormigas toro? Quizás.

—Nicolas, esas son probablemente hormigas toro, son nativas de Florida... —Su voz se retrajo cuando él le rodeó la muñeca con sus dedos, tirando de ella al interior. Nicolas cerró y pasó el pasador a las puertas deslizantes de cristal. Bajó las persianas.

— ¿Dónde están tus llaves del coche?

Su mirada se deslizó hacia la cocina. Corrió hacia allí, volvió, metiendo las llaves en su bolsillo.

—Sube arriba. Deprisa. Coge tu material de investigación y cualquier cosa esencial. Olvida la ropa —dijo él, con voz de mando.

El pánico ascendió. Ella lo acalló, recurriendo a racionalizaciones. Bien, reunir unas pocas cosas, darse a sí misma la oportunidad de pensar, ganar tiempo. Sus palabras la estaban volviendo loca. Se sintió atrapada entre el éxtasis de su recién descubierta habilidad para sanar y el sentimiento de que todo se iba desmoronando detrás de ella. Arrastrada por Nicolas, Maggie subió las escaleras hacia su oficina ayudándola a recoger sus libros de notas y materiales de investigación. Él bajó una caja al piso de abajo, pasando la brillante mesa de roble en el pasillo.

— Llevaré estos al SUV —dijo Nicolas.

Eso era una locura. Un extraño que sólo acababa de conocer estaba dirigiendo su vida. Le había curado la palma. Necesitaba estudiar más acerca de esa fascinante revelación de sus habilidades curativas. ¿Cuál era la amenaza? No veía nada, no sentía el peligro.

Quizás pudiera sanar a Misha. Con un toque. Necesitaba más tiempo. Magie se frotó las sienes.

Nicolas entró, apretando la mandíbula.

— ¿Ya estás lista?

Maggie se cruzó de brazos.

—Yo no me voy. Si tengo esta habilidad única para sanar, entonces la usaré. Puedo hacer pruebas, intentar cosas diferentes. ¿Y como pueden esas... cosas ser peligrosas? Quizás tengas una grave reacción alérgica a ellas. Soy veterinaria, Nicolas. Trato animales. Los animales no me dan miedo.

Él entrecerró los ojos.

—Deberían.

—Nicolas, quizás hay algo diferente en mí. Pero honestamente, ¿decirme que esas criaturas van detrás de mí para asesinarme? ¡Eso es una locura!

Maggie chilló cuando él la levantó, depositándola con firmeza sobre un amplio hombro.

— ¡Bájame! ¡Nicolas! No seas irracional. No hay nada ahí fuera que pueda herirme.

—Oh. Tú quieres pruebas. Pruebas físicas.

Ella rebotó contra el duro músculo de su cuerpo mientras trotaba hacia las puertas correderas. Las persianas estaban echadas.

— ¿Si ves pruebas, vendrás conmigo de buena gana?

— ¿Hormigas asesinas? Sí —murmuró ella.

Nicolas abrió las persianas. Boca abajo sobre su hombro ella no podía ver nada excepto la línea de sus firmes nalgas encerradas en los vaqueros.



— Ahí está tu prueba. Te han encontrado y están intentando entrar. Y pronto lo conseguirán.

La bajó lentamente hasta dejarla en pie. Maggie miró la ventana. El corazón se le hundió en el estómago.

— Oh dios, oh dios.

Las dos largas ventanas correderas habían mostrado previamente una serena vista de las aguas azules del golfo, los bañistas y blancas arenas. Pero ahora la vista estaba totalmente bloqueada.

Las ventanas correderas estaban cubiertas con una arrastrante masa de un ejército de hormigas.

Ella no podía moverse.

Cuando observó horrorizada, una hormiga deslizándose a través de una pequeña abertura donde el cristal se encontraba con el fragmento desplazado. Esta cayó al suelo, marchando hacia ella con precisión militar. De repente se detuvo. Esta empezó a cambiar.

Creciendo.

— Maldita sea, Maggie, ¡es un cambiador de formas! Mátao antes de que sea demasiado tarde. — Gruñó Nicolas.

La hormiga creció al tamaño de un cuarto de dólar. Después a un dólar de plata. Inmovilizada por su voto de hace demasiado tiempo de no herir nunca a otra criatura viva, ella se quedó quieta. Nicolas hizo un sonido de impaciencia, levantando una guía telefónica cercana. Esta cayó sobre la hormiga con un fuerte porrazo.

La guía telefónica se giró. Otra hormiga penetró a través de la abertura, cayendo al suelo.

Nicolas la agarró de la muñeca.

— Tenemos que salir de aquí ahora — ordenó él.

Arrancándola de su inmovilidad, ella lo siguió. Un débil gemido escaleras arriba golpeó sus recuerdos. Helados tentáculos de miedo le rodearon el corazón.

— ¡Misha está todavía arriba!

Maggie trepó por los peldaños, su corazón latiendo acelerado mientras entraba corriendo en el laboratorio.

Algo de luz del sol se filtró en la oscura habitación. Maggie manoseó buscando el interruptor. La luz inundó la habitación. La misma masa oscura estaba sobre las ventanas. Pero ella había dejado las ventanas abiertas para disfrutar de la brisa.

Las hormigas se habían abierto paso a través de la pantalla, y estaban entrando en el interior igual que el agua a través de un agujereado dique. Una delgada corriente roja se reunió sobre su mesa de trabajo, bajando por las patas de la mesa. Una hirviente masa de armadas hormigas marchaba hacia su perra. Atrapada contra la pared, Misha gimoteaba y retrocedía de la fuerza invasora.

Una roja rabia borró el miedo. Maggie levantó el objeto más cercano, un libro de textos médicos.

— ¡Alejaos de mi perra, malditas! — gritó corriendo hacia Misha. Desde el umbral, Nicolas gritó algo. Ella lo ignoró, bajando el libro de textos de golpe sobre las hormigas. Una y otra vez. Más hormigas se apilaron en la habitación. Maggie se agachó, agarrando a una aterrada Misha cuando Nicolas corrió hacia ella.

— Cógela. — Le confió Misha a Nicolas.

—Quémalas, Maggie. El fuego es la única cosa que las hará caer lentamente. —Gritó él, saliendo de la habitación con Misha. Dejó a la perra en el suelo del pasillo lejos del alcance de las hormigas.

Maggie alcanzó una botella de alcohol. Sus temblorosos dedos giraron la tapa mientras las hormigas marchaban en su dirección.

Abrió la botella, vaciando el contenido sobre ellas. ¿Encendedor, encendedor, donde estaban los malditos encendedores? Sobre la mesa, alcanzó un encendedor usándolo para prender el quemador Bunsen. Lo levantó.

Una hormiga saltó aterrizando sobre su muñeca. Ésta hundió sus colmillos. Ella gritó, dejando caer el encendedor. Las hormigas inmediatamente se reunieron sobre esto. Instintivamente, Maggie fue a pegarse un manotazo sobre la muñeca.

— ¡No hagas eso!

Nicolas apareció a su lado, alejándola de la mesa. Alzó muy cuidadosamente su mano, lanzando por los aires la hormiga.

—Su sangre te quemaría. —Su salvaje mirada giró alrededor de la habitación. — ¿Tienes algo más de alcohol?

Maggie corrió a la habitación del lado opuesto, abriendo de golpe un armario de metal. Los suministros se derribaron cuando ella pasó la mano a través de los estantes, localizando otra botella. La cogió para él.

El alcohol salpicó sobre la oleada acumulación de hormigas cuando Nicolas destapó la botella y la esparció sobre ellas. Se estiró alcanzando el encendedor que ella había dejado caer.

Nicolas hizo una mueca cuando varias hormigas saltaron a su mano y empezaron a picarle.

La llenó un helado horror cuando empezaron a roer su expuesta piel. Las gotas de sangre manaban, salpicando sobre la mesa igual que lágrimas rojas.

—Oh, dios. —La bilis le subió a la garganta.

Las hormigas se estaban comiendo a Nicolas vivo.

Él las ignoró cruelmente, prendiendo el encendedor y volcándolo sobre la mesa.

Un zumbido de llamas azul anaranjadas floreció, corriendo junto al rastro de hormigas, lamiendo ansiosamente el alcohol.

—Iros al infierno —gruñó él.

Agudos chillidos le hirieron los oídos cuando las llamas quemaban las hormigas. Nicolas mandó a volar las que estaban sobre su mano mientras agarraba a Misha y conducía a Maggie escaleras abajo. Salieron corriendo por la puerta. Maggie se detuvo, mirando por encima del hombro.

El ejército de hormigas cubrió el cristal de las puertas en una red roja. Nicolas dejó a Misha sobre una manta en el asiento de atrás y entonces se deslizó en el asiento de conductor del Ford Escape mientras ella cerraba de golpe la puerta principal. Ella se deslizó en el asiento de pasajero a su lado.

Las manos de Maggie temblaban mientras palpaba en busca del cinturón de su asiento. Nicolas aceleró saliendo del camino de entrada. Los neumáticos chirriaron, el azulado humo serpenteaba. Puso la primera y condujo hacia el sur, tensando la mandíbula mientras miraba directamente al frente.

En el interior, ella temblaba violentamente, su corazón latía en una irregular cadencia. La sangre goteaba de las abiertas y horribles laceraciones en la mano derecha de Nicolas.

Arriesgando su propia vida, había salvado a Misha. La tensión rodeaba su mandíbula. A Nicolas le dolía, pero no mostraba el dolor. Una mezcla de gratitud y confusión se vertió sobre ella.

Lo que quiera que fuese, quien quiera que fuese, estaba herido. Y ella tenía la habilidad para curar.

— Estás herido. Déjame ayudarte. — Dijo estirándose hacia él.

Él negó con la cabeza, el pelo de ébano despeinado.

— ¡No! Es demasiado peligroso que me cures aquí.

Sin apartar los ojos de la carretera, se llevó la mano a la boca. Maggie jadeó cuando vio como pasaba su lengua sobre el dorso. Igual... que un animal lamiéndose una herida.

¿Quién era él? ¿Qué era?

La primitiva necesidad de sanar ahogó la razón y la lógica. Nicolas estaba herido. Vería si su nueva habilidad todavía funcionaba.

Le apretó la muñeca. Nicolas intentó apartarla, pero ella colocó su mano sobre las rezumantes heridas y él no podía sacudirla para liberarse. Se sentía como si ellos estuviesen encerrados juntos.

Temblándole la palma, Maggie cerró los ojos, concentrada. Absorbiendo su dolor como suyo. Viendo la carne cerrarse una vez a si misma, dejando de manar sangre. Sanar, sanar. Antiguos cánticos enterrados profundamente en su interior resonaban a través de su cuerpo.

La sacudida eléctrica entró en ella. El ardiente dolor le partía la mano. Preparada esta vez, apretó los dientes, remontando a través de ello.

Después de un minuto levantó cuidadosamente su mano. Las heridas de Nicolas se habían ido. Aparecieron sobre el dorso de su mano. Cuando las miraba en mudo asombro, las heridas se desvanecieron.

— ¡Maldición Maggie! Te dije que no. ¿Te das cuenta lo estúpido que fue eso? — Orientó la cabeza hacia ella en una severa mirada — ¿Haces si quiera lo que te digo?

— Gracias, Maggie — chasqueó ella — ¿Por qué? No hay de qué, Nicolas.

Él apretó la mandíbula cuando volvió la atención de regreso a la carretera, rebasando coches como si estuvieran en la NASCAR en vez de la autopista.

— Estás dejando un espectral rastro de magia tan brillante como el neón para que lo sigan los Morphs. Ya es condenadamente bastante difícil perderlos sin ti poniéndoselo más fácil. Cada vez que usas tus poderes sanadores, la magia deja detrás partículas iguales a una señal de humo.

Maggie arrugó la frente.

— Eso es biológico y ha sido estudiado científicamente. No hay tal cosa como la magia.

— ¿Y supongo que las hormigas cambiantes de forma de tu casa estaban experimentando una pura reacción biológica? — Bufó Nicolas — Escúchame, Maggie. Desde ahora mismo, haz lo que yo diga. Las reglas han cambiado. Si quieres vivir, me obedecerás, continuamente. ¿Entendido?

— No soy tuya para que me des órdenes, Nicolas. No hay nada entre nosotros. No tienes derecho — bufó ella.

Se volvió, mirándola con una fiera y posesiva mirada.

— Tengo más derecho que cualquier otro hombre.

— Suenas igual que un animal luchando por una hembra en celo — el sarcasmo laceró su tono.

—Si tuviera que pelear por ti, lo haría. —Dijo él oscuramente. Un bajo gruñido retumbó profundamente en su pecho mientras desnudaba sus dientes. Por una salvaje momento ella vio sus caninos...¿Alargándose? Ridículo.

El estrés causaba que su imaginación corriera desbocada.

Maggie cambió sus pensamientos a su recién descubierta habilidad sanadora. Esto merecía más estudio. Si sólo pudiera confiar en sanar no sólo pequeñas heridas, sino más grandes. Enfermedades. Necesitaba un microscopio, muestras de su sangre. Quizás hubiese un gen que causara esta asombrosa habilidad. El funcionamiento de los cromosomas, análisis detallados.

Misha. Quizás pudiera incluso sanar a su perra. Maggie jadeó.

Él la miró.

—¿Qué?

—Necesito descubrir de donde viene esta habilidad. ¿Cómo puedo controlarla? ¿Es temporal? Y si es biológica, ¿Por qué aparece ahora? O quizás he ingerido algo recientemente —empezó a enumerar las posibilidades en sus dedos, y entonces se rió. Él frunció el ceño.

—Acabo de ser atacada por una legión de hormigas asesinas apenas escapé y mi casa está ardiendo. Mi casa en la que gasté hasta mi último centavo está en llamas. Estoy huyendo, ¿A dónde? Y todo en lo que puedo pensar ahora mismo es en encontrar un microscopio de modo que pueda analizar de donde viene esta habilidad.

Una media sonrisa estiró sus labios.

—No lo vuelvas a intentar, no hasta que diga que es seguro. Estudia todo lo que quieras después de que te saquemos del infernal camino de los Morphs.

La molestia hacia su autoritarismo se esfumó mientras consideraba el enorme aprieto en el que estaba. Si los vecinos veían el fuego, llamarían a los servicios de emergencia y las hormigas estarían todavía allí...

—Tengo que dejar que alguien sepa que no estoy en casa, —se dio cuenta— Mis vecinos verán el humo. Si los bomberos entran y las hormigas los atacan...

Ella alcanzó su móvil, levantó la tapa y marcó el 911. Nicolas le agarró la muñeca.

—No. Tu casa no está cerca de la vecindad. No hay peligro de que el fuego se extienda a ninguna otra casa.

Ignorándole, Maggie soltó su mano.

—Esas cosas, ellas matarán...

—Los Morphs ya no parecerán un ejército de hormigas. Se habrán desvanecido. Así es como trabajan. No son animales. Piensan igual que los humanos. Se ocultarán. Su meta no es matar a todo el mundo. Sólo a ti y a mí.

—Olvidaba las mágicas hormigas cambiadoras de forma. Cuando alguien vea el fuego, pensarán que estoy todavía dentro e intentarán rescatarme —Maggie pulsó un número— Llamaré a Iona, la madre de Tammy. Mi vecina. Sólo para hacerle saber que no estoy en casa.

Nicolas apretó la mandíbula. Ella lo ignoró. La normalmente lánguida voz de Iona respondió al primer timbre. Maggie no malgastó palabras.

—¿Iona? Soy la Doctora Sinclair. Estoy conduciendo de vuelta a mi casa de la playa con mi perra, Misha. Tengo un armario en el vestíbulo para arreglar, me preguntaba si ¿Podría pedirle prestado el taladro de su marido cuando vuelva a casa?

—¿Taladro? Eso suena convincente —murmuró él.



Maggie lo fulminó con la mirada.

—Señorita Sinclair, desearía que usted fuese más responsable en vez de marcharse sin decir una palabra. Su primo ha estado bastante ansioso por usted. Debería haber hecho mejores arreglos si sabía que se iba a ir.

Maggie se quedó con la boca abierta.

—¿Mi primo? Yo no...

Nicolas le disparó una mirada de advertencia.

—¡Su primo! ¿David, el único a quien invitó a quedarse con usted las dos próximas semanas? Usted le dijo que iba a estar en casa y vino aquí, muy preocupado por que estuvo esperando fuera un buen rato.

—Pero...

—Espera. Está aquí. Quiere hablar con usted.

—Pon el teléfono en manos libres —le ordenó Nicolas— Quiero escuchar a ese tío.

Maggie presionó la tecla de manos libres. De fondo se oía la mano de Iona dejando el teléfono, entonces alguien se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sí, gracias, Señora Winttaker. ¿Podría ser tan amable de traerme un vaso de agua? Sí, Florida es muy calurosa, para mí, en Octubre. Creo que sería fría. Sí, con hielo, gracias.

Ella oyó débilmente el alejado claveteo de los tacones al alejarse.

—Margaret Sinclair —el ronco susurro mantenía un rastro de chillido, como uñas sobre una pizarra.

Maggie apretó el teléfono con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Corre, Margaret. Huye. Nosotros te cazaremos. Te encontraremos. Y te veremos morir, muy, muy lentamente. Nos gusta... lentamente. Lo mejor será comernos tu energía, querida. —El susurro se alejó.

La conexión se interrumpió, dejando el furioso zumbido del tono telefónico.



CAPÍTULO 6

Maggie tiró el teléfono como si de repente un carbón al rojo vivo quemase su palma.

Nicolas condujo adelantando a un BMV que se movía lentamente, acelerando a través de una intersección cuando el semáforo se puso en rojo. Ella apenas se dio cuenta de ello. Alguien la quería muerta. Un recuerdo lejano parpadeó en su mente. Amenazas. Voces enfadadas.

Sangre, envolviendo la acera roja como si se deslizara...

Ella presionó los dedos contra sus sienes, luchando por distanciar las imágenes. ¿Recuerdos? No. Recuerdos no. Horribles imágenes de dos personas tendidas en el suelo, la sangre manando de sus heridas. Rabia, tan feroz que lo nublaban todo, todo, una bruma roja hasta el rugido de un aullido haciendo eco en sus oídos...

¡No! Su corazón palpitaba con miedo y terror. Pesadillas no. No otra vez. El aire se le atenazó en los pulmones. Maggie tragó el aire, sintiendo que el pánico se elevaba.

Nicolas cortó hacia la derecha, se metió en el parking de una tienda de ultramarinos y aparcó en un espacio vacío. Dejando el motor en marcha, se volvió hacia ella. Ella apenas se dio cuenta de la preocupación que envolvía sus ojos, la preocupación que le hacía fruncir el ceño. Le ahuecó la cara, obligándola a volverse hacia él.

—Maggie, maldición, dí algo. —La urgió él.

Llenándose los pulmones de aire, ella luchó por controlarse. Ahora cálmate. Calma.

—Algo. —Le dedicó una temblorosa risa —Esto no está sucediendo. No es real.

Su voz era amable.

—Créeme, Mags. Esto es bastante real. Ellos matarían lo que fuese para conseguir su propósito. Es por lo que subieron las escaleras tras Misha. No por que quieran su energía. Quieren matarla porque significa mucho para ti. Se alimentan de tu dolor y miedo.

Maggie lanzó una mirada preocupada a Misha, quien seguía lamiéndose su pata delantera como hacía siempre que se angustiaba. Lógica. Encara cualquier problema con calma, sensible lógica. Analízalo. Hazlo lentamente a un lado. Nada de emociones. En algún lugar en su interior, antiguos instintos clamaban por su atención. Los hizo a un lado. Piensa, Maggie, piensa.

—No lo entiendo, Nicolas. Esto no tiene sentido. ¿Por qué querrían matarme?

Nicolas frotó el pulgar sobre su temblorosa mano.

—Escúchame, Maggie y deja de buscarle sentido a lo que parece increíble. Vuelve a pensar en tu niñez, cuando la magia y las leyendas eran más reales que corpóreas. Los Morphs mutan en formas animales, conservan su inteligencia humana. Cuando es más conveniente para ellos mezclarse, cambian a forma humana. Son maestros del disfraz. Pueden parecer ancianos, jóvenes. En parte, eso es lo que los hace tan difíciles de matar. Pero deben mutar a sus verdaderas formas para absorber la energía de sus moribundas víctimas. Créeme. Es verdad.

¿Creerle? Eso sonaba demasiado fantástico. No, no puedo.

Ella buscaba respuestas como si las criaturas fueran una nueva especie.

—¿Hay hembras? ¿Pueden alimentarse?



— Hay algunas hembras, pero no pueden alimentarse. Los Morphs pueden clonarse. Aprendieron como organizarse en una convincente armada, gracias a Jamie, una mortal que se unió recientemente a ellos. Es por lo que se han vuelto más peligrosos. Kane, el líder de los Morphs, la engatusó para que se uniera a ellos en una manada de modo que pudieran ser más efectivos destruyéndonos.

Nicolas le acarició la mano, su profunda voz suave y segura.

— Y eso es por lo que tengo que protegerte, Maggie. Confía en mí, te mantendré a salvo. Te estoy diciendo la verdad acerca de esto.

Seguramente la voz del teléfono era una jugarreta, algún tipo de broma enfermiza. Y las hormigas, un fenómeno poco natural, ¿Pero criaturas cambiadoras de forma? Imposible.

¿Y por qué querría herirla alguien?

Esto.

Maggie extendió sus palmas abiertas y las estudió. Un maremoto de emociones cayó sobre ella. Confusión. Temor. Todas enhebradas con un extraño regocijo en el descubrimiento de sus recién descubiertos poderes.

Puedo curar.

Su mente científica sopesó la información. Repasó los conocimientos, encontrando consuelo en estas extraordinarias noticias que elevaban sus posibilidades de vivir. No de morir. Miró la palma que había sanado la herida de Nicolas. No había rastro de herida, ni siquiera una rosada cicatriz.

— ¿Estás bien?

No era momento para aterrarse, volverse en una maraña de histeria. No era su estilo, de todos modos. Maggie asintió. Temblando cuando sus nudillos le acariciaron la mejilla en un tierno gesto. Al igual que su fastidiosa profesionalidad, su ternura la hacía derretirse.

¿Quién era ese hombre? ¿Estaba a salvo con él? ¿Qué si estaba instigando todo esto?

Pensó en desabrocharse el cinturón de su asiento y saltar, pero justo cuando ese pensamiento penetró en su mente, él metió la marcha atrás y retrocedió. Nicolas regresó de nuevo a la carretera conduciendo hacia el sur. Los afilados bordes de sus facciones mostraban una tensa mandíbula, una lisa boca en una tirante línea. Con la mirada al frente, conducía, sólo el raspante sonido de Misha lamiéndose la pata delantera llenaba el vacío silencio entre ellos. Gradualmente ella empezó a ser consciente de lo que le rodeaba cuando él aceleró rumbo al sur. Las alarmas sonaron para ella cuando pasaron por lugares conocidos. Naples. La Tienda un Millón con esto es azul y blanco impreso en el toldo. Pronto pasaron Tin City. El popular sitio de compras turístico. ¿Después a donde?

La inquietud la llenó. Olvidó el teléfono y las criaturas que invadieron su casa. Estaba en un vehículo con un extraño que acababa de conocer ayer. ¿Era su enemigo tanto como lo eran esas extrañas criaturas Morphs?

— Nicolas, ¿A dónde me estás llevando?

No respondió, pero sus dedos se aferraron con fuerza al volante. Demasiados sucesos, demasiado rápido. Sin tiempo para pensar, actuar lógicamente. Ahora ella pagaba el precio. Maggie volvió a mirar a Misha. Oh, tío, estamos en problemas, cariño. En un coche con un extraño que habla de esas cosas mágicas, y yo voy y me lo trago. ¿Cómo he podido? ¡Estúpida, estúpida, Mags! ¿Qué sabes de este tío? Por todo lo que sabes él podría ser el asesino del hacha un asesino en serie.



La atravesó una imagen...ella misma, en la cuneta, desnuda, su cuerpo golpeado tirado en el césped de algún turista para que lo descubra.

—No está en mi naturaleza herirte —dijo Nicolas suavemente en su tono de voz como el whisky —Desnuda y tirada en el césped, quizás, después de que te haga el amor como nunca has sido amada antes. Y lo que quiero hacer contigo es dejarte muerta de cansancio.

Estaba leyendo su mente. ¿Cómo podía? Tragó, las garras del miedo la arañaban bajando por su columna.

—Nicolas, te lo dije, fue el vino y química. Mera atracción sexual. Biológico.

—Hay más entre nosotros de lo que te das cuenta. No es biológico. Sólo nosotros. Y cuando consiga llevarte a un lugar a salvo. Planeo continuar donde lo dejé la otra noche. Toda la noche. Besándote entera. En todos los lugares. Cuando lo haya hecho, estarás exhausta y sin fuerzas con placer. No quedará una simple pulgada de tu adorable cuerpo que no haya reclamado con mi boca.

Los borrosos bordes de la carretera desvaneciéndose cuando ella miró hacia el deslizante suelo, incapaz de responder. En un día habían pasado de potenciales amantes a potenciales amantes fugados.

Nicolas giró la cabeza y le arrojó una mirada de puro calor. La corriente eléctrica crepitó entre ellos. Sus entrañas se encogieron con deseo. Ella lo estudió completamente, la esculpida boca, la dura curva de su mandíbula, las gruesas ondas de su sedoso pelo enfatizando el cuello, sus cejas de ébano. Enigmáticamente guapo. Melancólico. ¿Peligroso? Quizás.

—Nicolas, ¿Qué quieres hacer conmigo?

—Te quiero a ti, Maggie. Te quiero a salvo. Entonces planeo desnudarte y hacerte el amor hasta que simplemente no puedas moverte ni una pulgada. Y no querrás hacerlo, por cierto.

Quizás no el asesino del hacha. Sino un demonio sexual.

—Un demonio sexual sólo para ti. Ni siquiera puedo recordar el color de los ojos de la última mujer con la me he acostado. —Ni siquiera la miró— Pero recuerdo los tuyos. Son azules. Un profundo, profundo azul, igual que las profundidades de un pacífico lago.

Atónita, se presionó contra la puerta. Él debía de ser un psicólogo experto y ser capaz de leer las expresiones faciales. Demonios, uno de sus pacientes, un policía, le había dicho que la mayoría de los psicólogos lo hacían. ¿Cómo diablos se había envuelto ella en esto? El esfuerzo de los pasados días parecía igual a unas vacaciones comparado con el reciente peligro al que se enfrentaba. Quizás pudiera saltar...¿Cuán rápido irían? ¿Y qué pasaba con Misha? No miró hacia atrás, no se atrevía a darle ninguna indicación de lo que estaba pensando.

—No necesito que mires a tu perro para saber que estás pensando. Todo lo que necesito es colarme en tu mente.

Su voz era suave, como si no quisiera asustarla. Demasiado tarde. Maggie sintió su estómago encogerse y revolverse. El sudor impregnaba sus palmas.

—¿Podrías por favor dejar la manilla de la puerta? No quiero que te caigas accidentalmente. Eres demasiado importante, Mags.

—¿Importante para ti? ¿Por qué?

—Importante para mí y para otros. No voy a dejar que nada te suceda. Relájate. Si hubiese planeado herirte, ¿No lo haría hecho la pasada noche en vez de ahora? —Utilizó el volante. Sus dedos eran largos, parecían sólidos. Oscuro vello salpicando el dorso de su mano.

—Eres una investigadora médica, Maggie. Con lógica, ¿Me pondría a mi mismo en peligro si yo fuese una amenaza para ti?

No necesariamente. Pero demasiados ingredientes en esta extraña mezcla eran todavía desconocidos, al igual que una enfermedad que todavía no había diagnosticado. Sus palabras tenían sentido. Lo que hacía que tuviera menos sentido el profundo anhelo de creer y confiar en él. Como si fuese un amigo largo tiempo perdido. Una insinuación de barba ensombrecía su mandíbula, aunque era todavía de mañana y parecía recién afeitado. La simple camiseta moldeaba los músculos de su pecho. Su mirada cayó a los desteñidos y ajustados vaqueros que abrazaban sus muslos duros como la roca. La piel expuesta de Nicolas estaba bronceada, probablemente de trabajar en el rancho que decía que poseía en Nuevo México. ¿O lo tenía?

No sabía si confiar en él o huir y ocultarse. Maggie estudió el paisaje que desfilaba. Aún hacia el sur, ¿Pero a dónde se dirigían?

Por ahora, esperaría, mientras estuvieran corriendo y fuese probablemente demasiado peligroso saltar del coche. Lentamente sus dedos soltaron su mortal agarre en la manilla de la puerta. Dando un respingo, los ejercitó.

— ¿Por qué me estás llamando “Mags”? Nadie me llamó así desde mi infancia. Sólo mis padres lo hacían.

— Quizás lo hacían más que tus padres. ¿Qué recuerdas de tu temprana infancia?

Maggie examinó los recuerdos, deteniéndose. Esa amenaza estaba empezando a preocuparla.

— No importa. Si llamarte Mags te pone incómoda. No lo haré.

Ella casi prefería que él fuese frío y arisco. Esto haría su elección más fácil. Podía fácilmente cortarle y correr a la primera oportunidad que tuviera. Ese tipo de compasión parecía más peligrosa que si hubiese esgrimido un cuchillo porque entonces sabría contra qué luchar. Parte de ella quería desesperadamente confiar porque necesitaba un ancla en ese loco mar de sucesos surrealistas. La verdad golpeó a Maggie. No tenía familia ni verdaderos amigos que se preocuparan por ella, preguntándose dónde habría ido.

El darse cuenta le dejó una sensación fría y de soledad. ¿Le importaría si quiera a alguien?

— A mí me importa, — dijo él suavemente.

— ¿Dejarás de hacer eso? — Protestó ella.

— ¿Dejar el qué?

Le dedicó una encantadora sonrisa. Todo dientes. Luminosos dientes blancos, igual que un lobo. Un hoyuelo ahuecó su mejilla derecha. Ella se retorció del repentino calor que atravesó su cuerpo.

— ¿Cómo puedes leer mi mente? Eso no tiene sentido.

— ¿Algo de esto tiene sentido? No si estás entrampada en la práctica y la lógica. Deja ir todo lo que has abrazado tanto tiempo, Maggie. Déjate ir tu misma. Siente. Cree en imposibles. No hay ciencia ni evidencias científicas y hechos. Imagina las posibilidades de lo que podría suceder, y que podría ir bien, y mal, si la magia rigiera el mundo. Todo lo que has negado.

Nicolas inclinó la cabeza hacia ella.

— Todo lo que has sentido por mí, Maggie. ¿Tiene eso sentido? No es química sexual, no del tipo de machos y hembras. Es profundo, más importante y duradero. No has huido conmigo porque los Morphs invadieran tu casa y casi matan a tu perro. Huiste porque tus instintos te dijeron que yo era la maldita mejor opción de mantenerte a salvo. Y lo soy.

Él dejó escapar un audible suspiro.

— Porque lo haré, hasta mi último aliento. Está arraigado en mí interior tanto como tus habilidades empáticas están genéticamente programadas dentro de ti. Eso es por lo que nos ata juntos definitivamente. Tú y yo, Maggie, estamos destinados a estar juntos. Así que relájate y deja de preguntarte todo. Con el tiempo, todo esto tendrá sentido.

Magie cerró los ojos, intentando buscarle sentido a algo que parecía no tener ninguno. No creía en el Karma, el hada de los dientes o almas predestinadas.

En lo que más creía ahora mismo era en la autoconservación. Habiendo escapado de un peligro, ahora tenía que recomponerse y salir de otro. ¿Era Nicolas un caballero al rescate o un lobo con piel de oveja que quería hacerle daño? No podía arriesgarse. No ahora.

A la primera oportunidad que tuviera, escaparía.

La tensión apretó su cuerpo cuando Nicolas siguió por la Autopista US 19 cuando ésta se volvió en la US 41, por el este hacia Miami. A su lado, Maggie lo miraba como si tuviese miedo de que él sacara un cuchillo y empezara a trincarla como un pavo en Acción de Gracias.

El único instrumento que él quería sacar rápidamente y tenía un momento igualmente difícil para controlarse tanto como él, era Maggie. La atracción sexual entre ellos no se había enfriado con el presente peligro. En vez de eso, cuanto más tiempo pasaba con Maggie, mayor era su necesidad de emparejarse. La invasora luna llena no lo ayudaba tampoco.

¿Por qué pensaba que su futura compañera estaría tan ansiosa de acceder a sus demandas como las hembras de la manada? Nicolas solo había tenido que mover un dedo y ellas se apresuraban a obedecer. Sexualmente hartos, ocasionalmente había deseado una compañera que pudiera cambiarle en la cama y fuera de ella.

Ahora temía que su deseo se hiciera realidad. Su terquedad sólida como una roca lo intrigaba. Frustrándolo. Ella tenía su lucha interior, pero él debía probarse a sí mismo dominante. Nunca podría permitirse a sí mismo convertirse en vulnerable. Débil. Los Draicons débiles eran peligrosos. Tenía que permanecer controlado y fuerte.

Pensamientos fugaces de su pasado atravesaron su mente. Nicolas tensó sus músculos. No había estancia en su vida para la compasión y las emociones.

Sabía que era lo mejor para Maggie. Había sido el beta de Damian, quién se encargaba de llevar a cabo las órdenes de su líder. Con Maggie a su lado, reasumiría su posición, y juntos lucharían con sus enemigos y los vencerían.

Después de enseñarla a luchar. Se contuvo un frustrado gruñido. La cercanía de la luna llena y su propia frustración sexual lo arañaban. Lo primero era ponerla a salvo.

Sus pensamientos vagaron a su destino. Antes de que se fuera, Damian le había prometido enviar unos miembros de la manada para asegurar la casa en Melbourne. La casa en Florida tenía un fuerte campo contra los Morphs. La nostalgia lo barrió. Los miembros de la manada que Damian enviara tenían que ser hembras, simpáticas y comprensivas a la orden de asociarse de buena gana con Nicolas. Quizás fuera maternal, ya que Katia era quien siempre cuidaba de otros miembros. La compañía femenina sería buena para Maggie. Katia podría introducir el lado suave de la vida de la manada para Maggie.

Ciertamente él no podría. Era el fiero asesino de la manada. Nicolas sintió el familiar hielo congelado en su interior. Por una vez, quería conocer la seguridad de la paz. Hizo a un lado los deseos. Tales cosas eran para hembras y otros machos. Era demasiado tarde para él. Era la perfecta máquina de matar de Damian y no podía esperar nada más.



Sus sentidos Draicon en alerta, escaneó la carretera. La jungla urbana de asfalto se desvaneció dando paso a arbustos y árboles, después el agua. Las Everglades.

Pulsando un botón, bajó su ventanilla. El viento se combaba a través de su pelo, besando su mejilla. Inhaló el limpio y fresco aire, aspirando el agudo y refrescante olor.

La carretera de dos carriles cortaba cruzando los Everglades igual que un cuchillo deslizándose a través del pastel. Había elaborado específicamente esa ruta. Maggie quizás pensaba que su huida era casualidad. No lo era.

El silencio cayó entre ellos. Pensó en sondear su mente, entonces abandonó la idea. No querría irrumpir allí igual que una furtiva hormiga en el interior...

La sorpresa se hizo eco en su interior. Nicolas agarró el volante. ¡Maldición! ¿Cómo podía ser tan descuidado? Lo había olvidado con las prisas... Había comprobado el parabrisas, la guantera, buscando diminutos invasores.

— ¿Qué ocurre?

— Echa una ojeada al interior en busca de hormigas. Olvidé comprobar el SUV por si hay autoestopistas. — Dejó escapar el aliento — Probablemente estén en forma de hormigas, pero si ves algún insecto, mátalos.

Maggie arrugó la frente en un ceño que él habría encontrado adorable bajo circunstancias normales. Entonces su supersensible oído captó algo fuera. Un débil zumbido, igual al de un mosquito. Una mosca zumbaba hacia el salpicadero, aplastándose contra el parabrisas como si probase una manera de escapar.

¿Un señuelo? Posiblemente, distrayéndolo del invasor real.

Intentó escuchar el gimoteo, pero sólo oía el insistente zumbido de la mosca. Nicolas la señaló con un gesto.

— Mácala, Maggie, antes que pueda mutar y matarnos.

— ¡No puede ser una de esas cosas! A estas alturas ya nos habría atacado. Es sólo una mosca normal, intentando salir — presionó el botón de su ventanilla — Vete, pequeña compañera.

Antes de que él pudiera reaccionar, la mosca salió zumbando. Nicolas apretó los dientes. Cuando se detuvieran iba a comprobar el coche.

— Eres un cliché. No matarías ni a una mosca. Los Morphs también pueden camuflarse como moscas en tu perra — gruñó él — ¿Matarías pulgas?

Ella le dedicó una serena sonrisa.

— No, no lo haría. Misha jamás ha tenido una pulga. Utilizo remedios naturales.

Entrenar a Maggie para matar demostraría ser muy duro.

A medio camino a través de las Everglades, Nicolas aminó y se desvió hacia el parche de hierba que rodeaba el lado norte del camino. Había tres coches aparcados en el césped. Las personas se sentaban en el borde del canal paralelo a la carretera. Aparcó distanciándose de los demás coches, incluyendo su objetivo, un Chevy plateado.

Los inmensos ojos azules de Maggie se ensancharon.

— ¿Por qué nos detenemos ahora?

— Vamos a cambiar de coches. Este ya tiene nuestra esencia en todo. Necesito comprobarlo, también, asegurarme que no hemos invitado a ningún intruso. También nos vamos a cambiar de ropa. — Apagó el motor, se quitó la camiseta por la cabeza y la tiró a un lado.

Un pequeño jadeo lo alertó de la reacción de ella. Se había quedado mirando su pecho de la misma manera en que había visto a las hembras de la manada observándole después de que volvía de luchar y necesitaba un rápido revolcón. Su lengua rosa se asomó por su ancha e invitadora boca. Su mirada cayó a esos labios, recordando su sabor y textura bajo la urgente presión de la suya propia.

Ahora no era el momento. Pero su reacción envió un arrollador deseo a través de él. Nicolas captó la esencia del calor de la piel femenina. La deseaba. Carne contra carne, piel contra piel, su cuerpo suave y tendido debajo de él. La quería con tanta desesperación que todo su cuerpo se sacudía con el anhelo.

Si no la tomaba pronto iba a perder el control.

El deseo lo azotó. La bestia en su interior rugió por liberarse, por dominar y reclamar. Nicolas dio un suave gruñido cuando su hambrienta mirada barrió la línea que presionaba sus pechos contra la camiseta. Su mirada colisionó con la suya y él vislumbró su absoluto anhelo.

—Nicolas... —Su voz era sensual y él dudó que ella se diera cuenta siquiera.

—Haz lo que digo —respondió bruscamente— Desvístete.

Me encantaría desnudarme contigo. Oh, por favor. Sí...

¡Oh, dios! ¿Qué diablos estoy haciendo?

Ella había estado clavando la mirada en él igual que una mujer hambrienta mirando ávidamente un filete. Frustrada. Maggie se sonrojó. Sensatez, Maggie, de acuerdo. ¿Qué había sucedido a la mujer que nunca besaba en la primera cita? Ahora estaba completamente lista para subirse sobre Nicolas sólo porque él se había quitado la camiseta. Tomando aliento, se obligó a si misma a mirarle a la cara.

Nicolas no podía ser de confianza. Apenas lo conocía.

Como si él sintiera que su humor había cambiado, le dedicó una mirada llana. Se estiró hasta el asiento de atrás y agarró un atado de ropa.

Ante su mirada en blanco, añadió.

—Los Morphs tienen altamente desarrollado el sentido del olfato al igual que nosotros. Estas ropas son nuevas.

El despertar sexual huyó. Él lo había planeado. ¿Cómo podría saber siquiera que ropa comprarle? Diablos, quizás hubiese rastreado su armario mientras ella dormía, averiguando su talla y orquestando todo eso. Por todo lo que ella sabía, quizás probara ser más peligroso que las criaturas esas que habían intentado atacarla.

—No hasta que me digas que estás planeando hacer. ¿A dónde vamos? ¿Por qué? ¿Quién eres tú exactamente, y qué quieres de mí?

—Maggie, no tenemos tiempo ahora para eso. —Insistió él.

—Información, Nicolas. Quiero información.

—Haz lo que te dije, caira. Estoy llegando a mi límite. —El pulso latió salvajemente en su cuello.

—¿Qué quieres de mí? Quizás estés detrás de mí por esta nueva habilidad de sanar tanto como lo están esas cosas. ¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque soy lo único que se interpone entre ti y un ejército de Morphs que te matarían sin vacilación. Y tengo que ponerte a salvo antes de que nos encuentren. Ahora. —Nicolas apretó la



mandíbula y extendió el puño — Dame tus jeans, Maggie, o te los arrancaré. — El brillo en sus ojos advertía que quizás lo hiciera.

— ¿Qué eres? — Preguntó ella — ¿Por qué te siento profundamente en mi mente? Tú me encontraste y no fue Serendipity. Suerte.

— No, — dijo él, aún así, sus ojos investigaron su cara — De acuerdo, te diré lo que soy. Después de que nos hayamos movido y sea seguro. Aquí sentados, es fácil que nos encuentren.

Ella sintió su férreo control. ¿Qué si él quería mantenerla a salvo y fallaba? ¿Qué le sucedería a Misha?

Maggie echó una mirada a su amada perra. Nicolas no quería que sanara a nadie todavía. Mala suerte. Se quitó los zapatos, seguidos por su camiseta.

Nicolas asintió en aparente aprobación y sus dedos engancharon la cremallera de sus vaqueros. La mirada de Maggie descendió al bulto en la tela vaquera. Ella tomó aire. Su temblorosa mano extendiéndose. Una conocedora sonrisa cruzó la cara de él.

¡Para, para! Piensa, Maggie, piensa.

Ella apartó la mano de golpe, quedándose mirando el canal y la familia de pescadores sentados en sillas plegables a orillas del canal. Una mujer mayor, con el pelo recogido en una coleta, gesticulaba desesperadamente ante el tirón del sedal. Cogiéndolo.

Justo igual que yo. Soy igual que algún tipo de cebo. ¿Me está usando para enredarme en esas cosas? ¿Me convertiría en una Maggie sacrificada para sus propósitos? ¿Y Misha?

Nicolas no se había quitado los vaqueros. La intensidad radiaba en su oscura mirada.

— Maggie, créeme. Nunca te usaría para atraer a mis enemigos. No temas. Tienes que cambiarte de ropa. Tenemos que deshacernos de cualquier cosa que los Morphs puedan usar para rastrearnos.

Ella se volvió hacia atrás a por Misha y sostuvo a la perra.

— ¿Y qué hay de ella, Nicolas? ¿Vas a zambullir a Misha en el canal porque esas cosas nos rastrearán a través de ella?

— Maggie, yo no la lastimaría.

¿Cómo podía confiar en él? Quizás fuera mejor aprovechar sus oportunidades en el pantano.

Nicolas sacudió la cabeza lentamente.

— Tú no estás a salvo aquí. Te encontrarán y te matarán. Ellos te quieren a ti, Maggie. No a mí. Inténtalo en el pantano y ten cuidado con los cocodrilos. Los Morphs pueden mutar y asumir también sus formas.

Su resignada expresión lo detuvo. No puedes confiar en nadie. Soy tu única esperanza.

Cruzando la carretera, un estrecho camino de piedra caliza, atravesaba el denso cepillo. Maggie conocía esa área. Había estado allí antes en una expedición observando pájaros. Los cocodrilos poblaban las millas de agua y difíciles zonas pantanosas. En las diminutas islas arbóreas ofrecían refugio desde las miles de serpientes de cascabel venenosas y serpientes moteadas.

Peligrosos animales, aún así ellos parecían domesticados en comparación a su actual apuro. ¿Dónde aprovecharía sus oportunidades? ¿Con Nicolas o las criaturas que los cazaban? Las emociones le atascaron la garganta.

El húmedo olor del agua entraba a través de la ventana abierta. Esto la empujó por alguna insondable razón. Maggie inhaló, queriendo correr al refugio de los brazos del pantano. Las Everglades la impulsaban a correr libre igual que un animal fuera de su jaula.

—Lo sientes, ¿verdad? El anhelo a dejarte correr libremente. —Murmuró Nicolas.

Él deslizó una tibia palma por su cuello, Maggie se estremeció ante su contacto, el pulso se incrementó cuando la acariciaba gentilmente. Ella luchó contra ello. Algo en Nicolas sentía sus pensamientos. Conduciéndola hacia ella, él la miró con intensidad. Fuerte y musculoso, sólido como un muro de piedra.

Los muros podrían ser derribados.

Los pensamientos del dolor de su perra bloquearon sus intenciones. Maggie acarició la cabeza de Misha.

—Tiene dolor, Nicolas. Mucho dolor. Necesito darle algo.

La simpatía penetró en su mirada. Maggie se endureció a si misma y se estiró hacia la guantera. En su interior, contenía hipodérmicas y tranquilizantes animales. Los fines de semana rescataban asustados y enfadados animales extraviados.

La medicación debería ir bien para usarla ahora.

Quitando la tapa plástica protectora con los dientes, llenó la jeringuilla con una enorme dosis de diazepam. Maggie susurró tranquilizadamente a su mascota, entonces se dirigió hacia Nicolas.

—Deja que se tienda en tu regazo mientras le doy esto —instruyó ella.

Como esperaba, su concentración recayó en Misha. Maggie levantó la jeringuilla.

Clavó la aguja en la base del cuello de Nicolas y oprimió el émbolo.

Un fiero gruñido escapó de su pecho. Su cuerpo se tensó. Nicolas se volvió con un gruñido, ojos salvajes, dedos curvándose como garras. Maggie chilló, agarró a Misha y abrió la puerta.

Justo en ese momento la droga hizo efecto. Nicolas se desplomó sobre el asiento. Maggie pateó la puerta cerrándola de golpe y huyó. Su corazón latiendo acelerado, corrió cruzando la carretera, causando que un coche frenara bruscamente. El olor a neumático quemado llenó su nariz, Maggie alcanzó el abandonado camino de piedra. Continuó internándose en el pantano cuando el césped daba paso a los agrestes hierbajos.

La cabeza de la bahía se elevaba sobre el pantano como una isla. Las experiencias de Maggie en las Everglades le enseñaron que los matorrales de árboles y maleza ofrecían protección del calor. Mejor aún, ofrecía un buen escondite. Empezó a caminar a través del agua que le llegaba hasta los tobillos. Los olores asaltaron sus sentidos, el olor limpio de agua, el olor más fuerte de animales pequeños. Los hierbajos le arañaban los brazos mientras los envolvía en actitud protectora alrededor de su perra. Sus zapatos de lona chorreaban las algas periphyton que cubrían el suelo. Era extraño como las Everglades amplificaban sus sentidos. La vista y el olfato se agudizaron. Las ranas de los árboles croaban a lo lejos. Por encima de su cabeza, crujió una garceta. Maggie captó el débil olor de un venado.

La cabeza de la bahía no era mucho más alta que el agua, pero marcó un estrecho camino a través de la espesa hierba. Coco plum, vayas rojas y enorme mirto flanqueaban el sendero. Los helechos le hacían cosquillas en la nariz mientras se agachaba y serpenteaba bajo la hierba. A lo lejos, zumbaba un aerobote. Las ramas rotas le raspaban las manos.

Chapoteó a través de una corriente superficial y subió a un pequeño claro. Alguien había cortado la maleza para crear un espacio vital. Hojas muertas y ramas secas ensuciaban el suelo. Se estabilizó sobre el suelo contra el tronco de un cocotero marrón grisáceo. La tenue luz del sol se filtraba protegiendo las ramas y satinando las elípticas formas.

La tensión disminuyó cuando colocó a Misha en su regazo. Se sentía bien de alguna manera. Maggie hizo a un lado los fastidiosos pensamientos de que pertenecía allí, a lo salvaje.



Nicolas la encontraría.

Pero maldición, no antes de que sanara a su perra. Si hoy moría. Misha viviría. Su mascota iría primero. Misha era su única amiga. Tenía la habilidad para sanarla. La usaría.

Con las palmas temblorosas, las extendió sobre la perra, obligándose a empezar el proceso de curación.

El pecho descubierto, vestido sólo en zapatos de lona y vaqueros, Nicolas esperó una línea de coches para pasar. Sacudió la cabeza mientras vaciaba la droga de su sistema. Debería haberlo sabido. Lo había sentido irradiando de ella, lo había visto en el salto en su pulso, en su descompasada respiración. Había estado demasiado malditamente ocupado atendiendo su pene para dar crédito a las señales que ella exudaba.

Debía despertar los antiguos instintos dentro de ella para escucharlo y obedecerlo. Era de la manada, acostumbrado a repartir órdenes en el grupo, no conduciéndose como un lobo solitario igual que Maggie quién pensaba que era humana. Nicolas, el guerrero más violento de la manada. Nicolas, el que no osaba dejar que nadie se le acercara demasiado.

Nadie jamás lo había hecho sentirse antes de esa manera. Sintíéndose fuera de control. Impotente. Doliéndose por su dolor, incluso antes de que se apareara con ella, y conociese todas sus emociones.

Las dudas protestaron en su interior. Si Maggie lo hacía sentirse así de susceptible, ¿Qué sucedería una vez que intercambiaran los poderes? Apartó el pensamiento, concentrado en su compañera.

Su atención estaba centrada en la perra.

Una acción podría recordarle a ella sus orígenes. Aquí era demasiado arriesgado, más si ella sanaba a Misha, no importaba. El rastro espectral que su magia emitiese, atraería a los Morphs incluso más de lo que lo haría su mutación. Se echó hacia atrás un mechón de pelo cuando la línea de coches finalmente pasó. Nicolas se apresuró al cruzar la carretera.

Tenía que hacerlo cuando ella pudiera verlo, y esperar que finalmente entendiera.

Cuando captó su olor, se le ocurrió el débil pensamiento de que se había olvidado de comprobar el coche en busca de la fuente de ese diminuto gimoteante mosquito.



CAPÍTULO 7

Nicolas susurró en su mente, murmurando suaves revelaciones.

Maggie ignoró su grave voz acosándola. Se abstraigo de todo lo que había a su alrededor, la distante llamada de las aves zancudas, el resoplido de un caimán moviéndose a través de la maleza. Nada importaba más que sanar a su amada compañera.

Imágenes de una completa y saludable Misha atravesaron su mente. Ennegrecidas células muertas pasaron a su cuerpo reemplazándose por células sanas. Maggie tomó una profunda inspiración y se concentró.

Un dolor lacerante, tan fiero como cuchillos calientes, se clavó en ella. Sus manos sacudieron a la perra. Un grito, reflejo de agonía, se escapó de sus labios. Gotas de sudor corrían por sus sienes. En su regazo, Misha gimoteaba y se retorecía.

Su mascota había ocultado muy bien su sufrimiento.

Lágrimas resbalaban por sus mejillas. Tomar otra vez ese dolor era como sumergir los dedos del pie en lava ardiente.

—Lo siento, cariño —Maggie enterró su rostro en la piel de la perra—. No puedo. No puedo.

Misha protestó. Maggie sentía cómo se iba alejando. El breve e íntimo contacto le decía que la enfermedad iba ganando terreno. La ventana de la vida se cerraba lentamente.

Un aroma familiar inundó sus fosas nasales. Misha ladró débilmente en saludo. Nicolas. La había encontrado. Maggie inclinó la cabeza, instándola a permanecer en calma. Pero como si sintiera a un amigo, Misha elevó la cabeza y movió la cola. Maggie supo exactamente cuánta energía le costaba ese movimiento.

Sus zapatillas chapotearon a través del arroyo que separaba su escondite de la tierra. Para alguien con una quietud furtiva, estaba haciendo un montón de ruido.

El afilado contorno de su perfil, la nariz recta y el mentón cincelado, aparecieron a su vista mientras ella permanecía inmóvil. El viendo silbaba a través de la frondosa cubierta de ramas. Nicolas se acercó y acuclilló, estudiándola con una intensa mirada. Extendió su fuerte mano.

—Maggie. Ven conmigo. No tengas miedo. Por favor. Te prometo que no voy a lastimarte.

La suave cadencia de su profunda voz la adormeció con su demanda. Maggie se presionó contra el árbol, ignorando los gritos instintivos de obedecerlo. Confiar en él. Moldearse a él, enlazarse a él como una pareja...

La preocupación cubrió sus rasgos. Estudió a Misha.

—Has tratado de curarla, ¿verdad? Y ha sido demasiado doloroso. Ven conmigo. Os llevaré a un lugar seguro donde podrás intentarlo de nuevo.

Algo oscuro y amenazador apareció en sus ojos.

—Sé lo que es ver a un buen amigo morir lentamente y sentirse solo. Es la peor sensación del mundo. Y no quiero que te suceda a ti, caira. Entiéndelo con tus sentimientos, no con tu mente, y confía en mí.

Por primera vez, Maggie se abrió ante el instinto. Éste fluyó como una rítmica ola, que arrastraba la sensatez, la lógica y la razón. Quería acortar la distancia entre Nicolas y ella. Se sentía

bien, como si él fuera alguien a quien conocía en su sangre y en sus huesos. Como si ya se hubieran encontrado...

Dejó escapar el aliento en sucesivos jadeos. Sí, esto parecía familiar. ¿Por qué? No tenía sentido.

—No puedes protegerme, o a Misha —susurró ella—. Y no existe algo como la magia.

—Estás muy equivocada, Maggie. Hay magia en el poder sanador de tu toque y hay magia en mí. Te lo mostraré.

Nicolas dio un paso atrás, se quitó los zapatos y bajó sus calcetines y vaqueros. Desnudo, levantó los brazos. Ella miraba asombrada cómo su cuerpo parecía ondular con poder.

En un minuto, había un hombre desnudo allí.

Al siguiente, un lobo gris grande y musculoso lo había reemplazando.

El pánico atravesó por su columna. No, no, no. No es posible. Un pequeño quejido escapó de sus labios. Entonces el lobo giró su cabeza, la miró y empezó a ir hacia ella graciosamente.

Un grito histérico borboteó en su garganta. Retrocedió contra el nudoso tronco del árbol, la rugosidad arañándole la espalda. El lobo acortó la distancia entre ellos.

Inmovilizada por el terror, Maggie se sentó completamente quieta. El hocico del lobo estaba rodeado de un pelaje marrón oscuro, la aguda e inteligente mirada color ámbar, se clavó en ella como un láser. Buen Dios, era enorme, ciento cincuenta libras, las mandíbulas poseían una fuerza aplastante...

Su mirada aterrorizada se volvió hacia Misha. La cola de la perra azotaba el aire en una furiosa cadencia. Su garganta se secó con pánico cuando el lobo giró su enorme cabeza y miró fijamente a la perra. Colocando a Misha tras ella, Maggie se dio fuerzas.

—Buen chico, buen chico, está bien, sólo déjanos solas. Por favor, por favor —entonaba en ese suave tono que se utiliza para tratar a animales asustados o enfadados.

Volviéndose, el lobo enfocó sus ojos en ella. Entonces, para su asombro, soltó un pequeño quejido. Su corazón se asentó. El lobo se dejó caer sobre cuatro patas y se arrastró sumisamente.

La sorpresa reemplazó al miedo. Inspirando profundamente, olió a un térreo y lobuno animal, a algo persistente y familiar. Como a madera y un profundo bosque de pinos. La esencia de Nicolas.

No podía ser.

El lobo se paró a menos de un pie de distancia. Olfateó su mano dándole una delicada lamida. La lengua era como un aterciopelado papel de lija y tibia contra su palpitante mano.

Envalentonada, Maggie levantó la mano y acarició la vistosa piel. El lobo gimió otra vez, y puso la cabeza en su regazo. Profundo en su interior, el miedo se deslizó a cuatro patas, reemplazándolo por recuerdos largos y prohibidos. Acarició la cabeza del lobo, el pelaje suave y espeso bajo sus temblorosos dedos. No había razones para temerle. Era lo correcto.

No. No lo era. No tenía sentido.

Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió de nuevo, Nicolas yacía en el térreo suelo, su mano entrelazada en su grueso y sedoso cabello. Ojos oscuros como obsidiana la miraban fijamente. Estaba desnudo.

Maggie tragó con fuerza mientras él capturaba su mano en la suya cálida y fuerte.

—Es verdad, Maggie. Todo lo que te he dicho. Pero sabía que debías verlo por ti misma. Soy un Draicon, un lobo que cambia de forma. Mi manada está en Nuevo México, donde vivo. Y he venido para escoltarte hasta allí porque eres de los nuestros, Maggie. Conmigo. Soy tu compañero,

por eso sientes esa atracción hacia mí. Así es como puedo ahondar en tus pensamientos, y podrías hacer lo mismo con los míos si lo intentaras. Tú eres una Draicon, también. Una loba y la empática desaparecida de nuestra manada. Te hemos estado buscando durante mucho, mucho tiempo. Y ahora es el momento de regresar a tu legítimo lugar, tu hogar. Hace mucho tiempo que nuestra gente dejó su dimensión para aprender de la tierra. Descubrimos cómo manipular las fuerzas y la energía del planeta. Para aprender a vivir en armonía, cambiamos nuestra forma a lobos. Esas criaturas que te persiguen —su mirada se fijó en el este— los Morphs, fueron una vez Draicon, pero se volvieron hacia el mal para ganar poder. Matan por poder, absorbiendo la energía de sus víctimas muertas. Pueden ser aves, caimanes, cualquier forma animal y se clonan a sí mismos en un ejército animal para rastrear a sus presas. Infectaron a Misha con una nueva enfermedad para exponerte y entonces matarte.

Alcanzó su ropa y se vistió.

—Maggie, tenemos que irnos. Por favor. Incluso si es demasiado para que lo creas ahora, sólo cree esto. Viste cómo esas criaturas fueron tras Misha. Su único deseo es causar dolor, miedo y ganar poder con ello.

Nicolas se puso en cuclillas y extendió sus brazos.

—Misha ven aquí. Estás cansada, lo puedo ver. Déjame intentar algo.

Detrás de ella, la perra trastabilló enfermizamente hacia Nicolas que la tomó en brazos y la acunó contra su pecho. Ondeó una mano. Iridiscentes chispas flotaron en el aire. Anonadada, Maggie lo miraba mientras entonaba extrañas palabras. Antiguas memorias surgieron. Su madre, una melodía lírica, palabras calmantes cuando su padre cayó enfermo una vez...

Nicolas descansó suavemente una mano en la cabeza de Misha.

—No puedo curarla. No como tú, Maggie, pero conjuré un hechizo para aliviar su dolor. Es temporal, pero la hará sentirse mejor.

Misha lo miró fijamente con ojos confiados. El peso en el pecho de Maggie se apaciguó. Debía de haber algo íntimamente bueno en un hombre que amaba a un animal lo suficiente para aliviar su dolor. Maggie se puso en pie, sacudiendo el polvo de sus vaqueros.

Nicolas se levantó, tendiéndole a Misha.

—No, sostenla tú. Confío en ti —dijo.

Un progreso. Confianza, el primer paso. Tejer el hechizo sobre Misha había costado mucha de su energía necesaria, pero viendo la suave sonrisa de Maggie, había valido la pena. Nicolas la guió de regreso al coche. Depositó a Misha en sus brazos.

—Creo que necesita un poco de descanso —murmuró Nicolas—. Al igual que tú.

Maggie cogió a Misha, descansando su mejilla contra la mascota. Con su ultrasensible audición, oyó el corazón latiendo a un ritmo más lento de lo normal, como había esperado. Delicadamente, acostó al perro sobre una manta en el asiento trasero. Se volvió para mirarle. El alivio en su cara calmó su corazón.

Subieron delante. Su mano descansando en la de él.

—Gracias.

El hambre lo azotó ante la suave presión de su toque. Maldición, esto era mucho peor que antes, tejiendo magia y pagando el precio. No quería alimentos para sustituir la energía perdida. Únicamente a Maggie, sintiendo su mano acariciándole cabeza, ansiando su cuerpo junto al suyo.

Olvidando el peligro que los perseguía, solamente tenía pensamientos de su boca contra la suya. Alcanzándola, puso los brazos en torno a ella y la besó.

Nicolas posó los labios sobre los de ella y bebió de su boca. Eran cálidos, exigiéndole todo, dejándola sin nada. El estimulante beso la arrastró a un vórtice de calor repentino, con el empuje de su lengua traspasando sus labios y explorando su interior. Maggie se recostó contra el asiento mientras agarraba su camiseta para acercarlo. Él no la besaba con la habilidad consumada de un mujeriego, sino como un hombre desesperado por ella.

Su boca se abrió más. Maggie cerró los ojos, sus lenguas se enredaron y danzaron mientras él intensificaba el beso. Esto no era un “Hola, vamos a conocernos el uno al otro”. Más bien, eran sus lenguas y labios imitando el acto sexual.

Ese pensamiento no podía ser suyo.

Sorprendentemente, ella se retiró, pero él hizo un sonido estrangulado y ahuecó las manos en sus mejillas, sosteniéndola.

—Relájate, sólo siente —su tórrido susurro revoloteó dentro de su boca.

La volvió a besar. El cuerpo duro como una roca, presionando contra el suyo, dominándola. Maggie sintió el suave cuero en su espalda, el sencillo sujetador de algodón irritó sus pezones sensibles y doloridos. Inhaló la esencia de Nicolas, su espíritu. Un profundo y visceral dolor palpó entre sus piernas. Maggie se retorció, necesitando satisfacer ese dolor. Un gemido se le escapó cuando trató de acercarse.

Respirando pesadamente, Nicolas la apartó. Descansó la frente contra la suya durante un minuto. La mano se deslizó por su cadera. Maggie volvió a gemir, aferrándose a sus musculosos antebrazos.

Sus dedos desabrocharon el botón de los vaqueros. El suave sonido de la cremallera deslizándose hacia abajo llenó sus oídos. Aquí, en el asiento delantero, no era como ella había imaginado que haría el amor por primera vez. Pero un insoportable calor la abrasó como si estuviera en llamas. Sacándose los zapatos, Maggie levantó las caderas y deslizó libremente sus vaqueros.

—Quítate las bragas —murmuró él.

Ella miraba fijamente la tersa y bronceada piel que se estiraba sobre sus duros músculos, el vello oscuro difuminado sobre su pecho. Una línea bajaba por el vientre plano, sumergiéndose en la cinturilla de los pantalones.

Un gruñido grave retumbó en su pecho mientras ella se quitaba las braguitas y las lanzaba a un lado. Nicolas frotó con la nariz su cuello, recorriendo la garganta con los labios. Maggie se retorció, necesitándolo más cerca. Su mano rozó la camiseta de algodón recorriendo su cadera e irrumpiendo entre sus piernas. La rozó delicadamente, acumulando más humedad. Se apoyó en él, mientras introducía un dedo en su tierna y ardiente carne femenina. Una dulce tensión pulsaba ahí. Se le escapó un corto gemido mientras agarraba su cabeza al tiempo que él resbalaba más abajo depositando besos en su piel ardiente y los dedos acariciaban su vientre.

El repentino golpe de la puerta de un coche los hizo apartarse como dos fuertes manos. Maggie gimió frustrada por la decepción cuando Nicolas se echó hacia atrás. Fuera, un hombre se alejó de un SUV Saturno con una caña de pescar en la mano.

—Maldición —murmuró Nicolas, con los ojos salvajes—. Me olvidé de mí. Lo siento —arrastrando una profunda respiración—. Necesito energía. Comida. No puedo esperar. Necesito cazar. Estos bosques están llenos de animales pequeños. Espera aquí. Regresaré.

La salvaje y erótica necesidad se convirtió en un gran desconcierto.

—No puedes hablar en serio. Nicolas, no tiene sentido. ¿Primero, haces de prisa y corriendo las cosas, después quieres hacerme el amor y ahora paras y dices que tienes que cazar?



— Soy un Draicon, como lo eres tú, Maggie. Cada vez que ejercito la magia o cambio, tengo que recuperar la energía que pierdo. Piensa en esto como en un corredor de larga distancia que necesita calorías como combustible. Una manera es tener sexo y absorber la energía sexual de tu pareja. Pero no contigo. No ahora.

Su oscura mirada viajó por la piel desnuda. Ella tembló con deliciosa anticipación.

— La manera más rápida de absorber energía es cambiar y encontrar pequeños animales para cazar.

La sensual anticipación se desvaneció, convirtiéndose en repulsión.

— ¿Matar animales pequeños e indefensos?

Su mandíbula se apretó.

— No hay tiempo suficiente para hacerte el amor ahora, así que necesito cazar. El conocimiento vendrá a ti de nuevo.

Las palabras le causaron una gran confusión.

— No soy como tú, Nicolas. No sé qué eres, ni siquiera sé que soy yo aún... Pero no asesino. Nunca.

— Aprenderás — Él le lanzó una mirada elevada —. No te muevas hasta que regrese. ¿Entendido?

Cruzó la carretera, los músculos moviéndose fluidamente debajo de sus vaqueros. Mientras se ponía la ropa, Maggie sintió el aumento de la tensión mezclada con el temor. En el asiento trasero, Misha se revolvió agitada. Levantó la cabeza y arañó la puerta.

La perra quería ir fuera. Maggie cogió la correa de Misha y salió con ella. Se le ocurrió seguir a Nicolas. Mala idea. Pero...

Misha tiraba de la correa, como si ansiara un paseo. Animada, Maggie la guió en la dirección que Nicolas había tomado. En el mismo lugar donde se había refugiado encontró una pila de ropa abandonada. El aroma de Nicolas estaba impreso en ella.

Oyó un crujido y se giró. Un gran lobo gris la observaba en silencio. Este poderoso cuerpo en forma animal era igual de musculoso que en forma humana. El temor la llenó.

Nicolas.

La correa cayó al suelo con un golpe. El lobo vadeó la corriente, lavando su hocico y fue hacia la ropa. En un parpadeo el lobo había desaparecido y Nicolas estaba en su lugar. Se vistió y limpió la boca con el dorso de la mano.

— Esto es lo que soy, Maggie. Lo que eres. Somos lobos. Cazamos y matamos. Es el orden natural. Es como matamos a nuestros enemigos. Aprenderás a destruirlos.

Su estómago se sacudió.

— Soy veterinaria, Nicolas. Curo, no hago daño. Hice el voto hace mucho tiempo de no matar. No lo haré, Nicolas. No puedo asesinar Morphs. ¡Yo no soy como tú!

Él suavizó su mirada.

— Eres una de nosotros, Maggie. Ya lo verás. No puedes esconderte de lo que en realidad eres. Pronto, no serás capaz de negarlo. Nadie más que tú podía evitar matar a los Morphs cuando regresaron a tu hogar y proteger a Misha.

La implicación de esas palabras la invadió. Había matado. Maggie luchó con su propia confusión y desvanecida convicción. Había matado sin pensarlo, justificándolo con que era para salvar a su perra.

— Los Draicon no matan por cumplir, diversión o poder, Maggie. Matamos por comida o por proteger a los nuestros, aquellos a quienes amamos. No hay nada incorrecto en defender a los que amas — dijo él, recorriendo con un dedo su mejilla.

De pronto se quedó quieto, los ojos oscuros escudriñando. Su cuerpo entero se tensó. Maggie miró alrededor y no vio nada. Pero un olor asqueroso a algas marinas y aguas residuales llegó hasta sus fosas nasales. Ya lo había olido en su casa. El corazón se le desbocó.

— ¡Maldita sea! Sabía que debía examinar el SUV por si había intrusos. Ponte detrás de mí — ordenó él, empujándola a un lado —. Coge a Misha y si algo me sucede, conduce hasta este lugar — le dio instrucciones mientras ella lo miraba en creciente shock.

Algo apareció moviéndose pesadamente entre la maleza.

Parecía un mapache pequeño de pelaje gris y cola negra anillada. Sin embargo, ante sus asombrados ojos, comenzó a cambiar. Creciendo, alargándose. Mutando.

Misha liberó un aullido aterrorizado, corrió hacia un árbol y se escondió detrás de él.

La criatura se arrastró a cuatro patas, era baja y escamosa como un reptil. La cabeza era alargada, con hileras de afilados y letales picos que nacían de ella. Buen Dios, eso parecía... ¿Un dragón?

Corrió hacia ellos a un ritmo veloz. Un grito horrorizado murió en su garganta al tiempo que el animal enfocaba su mirada en ella como el láser rojo de un rifle. Ojos de locura, encendidos como el fuego, brillantes de odio. La baba se escapaba de las esquinas de su boca, con las enormes mandíbulas abiertas, mostrando una hilera de afilados dientes amarillos.

Sonó un crujiente ruido cuando la criatura silbó, exhalando llamas.

Nicolas ondeó las manos. Dagas gemelas de acero atraparon los rayos del sol cuando se materializaron en sus palmas. Y cuando la criatura se irguió, sin perder el contacto visual con ella, Nicolas la golpeó en el suave vientre. Un chillido de agonía se clavó en los oídos de Maggie como uñas contra una pizarra. La criatura esquivó a Nicolas y se arrastró alrededor. Sus mandíbulas se quebraron, apenas acercándose.

— Retrocede, Maggie — rugió Nicolas.

Atacó de nuevo pero las dagas rebotaron en las gruesas escamas de la espalda de la criatura. Giró la cabeza, como si Nicolas fuera un mero inconveniente. Sangrientos surcos aparecieron en su brazo desnudo mientras una enorme garra le arañaba la piel. Nicolas apenas se estremeció. El estómago de Maggie se revolvió enfermo ante la corriente carmesí. Sangre. Al igual que la última vez...

Ella gimió, tratando de recuperar la cordura. No ahora. No te derrumbarás, se dijo con voluntad. En alguna parte, profundamente en su interior, encontró una reserva de fortaleza y se aferró a ella.

Nicolas se lanzó hacia la cosa parecida a un dragón que silbaba y exhalaba fuego. Las llamas lamieron su camisa, pero Nicolas agitó sus manos y desaparecieron. Consiguió levantar sus puños y lanzó un enérgico golpe a la cabeza de la criatura. Ésta se balanceó y se hundió. Nicolas saltó encima y con sus poderosos puños golpeó el suave pero vulnerable hocico.

Inmovilizada por idénticas emociones de miedo y conmoción, sostuvo un puño contra la boca. Batallando contra esta sensación había una resistencia. La urgente necesidad de participar en la riña con la misma ferocidad con la que él peleaba con la criatura. Instintos poderosos surgieron al mismo tiempo que el animal enterraba sus afilados dientes en la pantorrilla de Nicolas. Hizo una mueca de dolor pero continuó luchando. A la vista de la brillante sangre fluyendo por la pierna de Nicolas, gritó.

La cosa dragón la miró. Y repentinamente se balanceó hacia el árbol y Misha.

La criatura empezó a avanzar hacia su perra. Misha ladraba, pero estaba atrapada por una maraña de maleza, así que no podía retirarse. Las mandíbulas abiertas revelaron afilados dientes, el dragón acechó a la indefensa perra. Abrió la boca y silbando, escupió fuego. Casi automáticamente, Maggie agitó las manos en dirección a las llamas, disipándolas.

Nunca más. Nunca. No lastimarás a mi amiga o alguien a quien ame.

Una vaporosa furia roja bloqueaba todo menos la necesidad de proteger a Misha. Apenas se dio cuenta que se deshacía de sus zapatos y se quitaba la ropa. No era consciente de las ráfagas de aire que rozaban su piel desnuda.

Todo lo que le importaba era mantener a esa cosa alejada de su querida perra.

—¡No! —el rugido en su garganta se convirtió en un gruñido furibundo.

El poder se agitó a través de ella. Todos sus sentidos afinados. Podía oír el correr de la sangre por sus venas, los frenéticos y aterrorizados latidos del corazón de Misha, percibía el olor de la sed de sangre del dragón, el sabor crudo procedente de la urgencia de proteger lo que era suyo. Ella se precipitó, gruñendo, para defender a Misha. Sus mandíbulas se abrieron en un bufido.

—¡No, Maggie! —Gritó Nicolas—. ¡Quédate atrás! ¡No estás entrenada todavía! El corazón es la única vía para matarlos.

Saltó a sus pies, arrojándose frente a ella mientras la criatura atacaba. El golpe destinado a su garganta le dio de lleno en el lado derecho. Nicolas gimió cuando la piel se desgarró y la sangre fluyó. Maggie se giró y rugió al dragón. Ella percibió el fétido olor, sintió el regocijo al infligir dolor, sintió la urgencia de destruir. Devastar. Defender.

La criatura se irguió, gruñó y cuando empezó a ir hacia ella, Nicolas atacó. Su objetivo era constante y seguro, y las dagas que tenía en las manos se hundieron en el pecho de la criatura. El dragón murió entre jadeos entrecortados.

La sangre fluía por sus manos. Nicolas se estremeció y retiró las dagas. Las quemaduras marcaban sus manos y antebrazos donde lo había tocado la sangre de la criatura.

Sangre. Carmesí y fluida sangre. El horror la venció. Maggie gimoteó, sentía la rabia salir, reemplazada por la conmoción. Se puso un puño en la boca.

Y en vez de eso vio una pata. Garras extendiéndose del suave acolchado.

Oh, Dios. El shock la rasgó, y con la misma rapidez, sintió escalofríos en su piel desnuda. Piel. No pelaje. Piel humana otra vez.

Nicolas había estado en lo correcto.

Era un lobo. Había cambiado.

¡No, no! No podía ser, esto no estaba pasando... un recuerdo parpadeaba. Maggie apretó sus ojos, tratando de bloquearlo. No puedes esconderte de lo que verdaderamente eres, le había dicho Nicolas.

¡No puede ser, no puedo ser como él! Se vistió rápidamente.

—Oh, caira —dijo él, gravemente.

Maggie abrió los ojos para ver en su rostro la preocupación mezclada con el dolor. Tembló ante las horribles quemaduras de sus manos y brazos, la sangre fluyendo de las heridas. Una punzada de remordimiento la rodeó.

La sangre Morph era ácido. Maggie apartó su propio miedo, contenta por la distracción. Tendría tiempo suficiente para hacer frente a ese horror más tarde. Lo revisó con una mirada

ansiosa y vio el sufrimiento en esos ojos oscuros. Su fuerte mandíbula estaba tan tensa que parecía que iba a romperse.

— ¿Estás bien? ¿Esa criatura no te hizo daño, verdad?

Sacudiendo su cabeza, Maggie sintió una sensación de sorpresa enlazada con una ternura inesperada.

La había defendido, lanzándose en frente de la criatura para mantenerla a salvo. Nadie lo había hecho. Ni una sola vez desde la muerte de sus padres, alguien se había atrevido a ponerse en peligro por protegerla. Temblando, lo alcanzó y tocó el moretón ennegrecido de su mejilla. Apenas sentía dolor mientras absorbía la herida.

Nicolas empujó sus manos.

— Los Draicon pueden curar sus heridas, Maggie. Estaré bien.

Examinó su costado, viéndolo retroceder incluso al más leve contacto.

— No puedes ir así — declaró ella.

Maggie cerró los ojos, posó sus manos en Nicolas y se concentró en sanar sus heridas. Para su gran sorpresa, el sofocante dolor que persistía durante la curación, se desvaneció. En su lugar, el dolor era fuerte, pero fugaz, como si se hubiera golpeado la espinilla contra la mesita de café.

Cuando terminó, Nicolas tocó su cara.

— Gracias — dijo rudamente —. Maggie, acerca de lo que pasó...

Su cabeza voló de un lado a otro en una vehemente sacudida. No podía tratar con eso ahora.

— Detente — murmuró ella, poniendo los dedos en sus labios —. Sólo abrázame.

Sus brazos la rodearon por la cintura, acercándola. Se acurrucó contra él, necesitando el simple contacto y el confort de su abrazo. Maggie descansó la cabeza en su pecho mientras le acariciaba el cabello. Su toque era delicado, gentil.

Cuando miró hacia arriba, algo enigmático cubría sus ojos. Su boca vacilaba a centímetros de la suya. Sus labios eran firmes, llenos.

Incapaz de resistir, se inclinó hacia delante, tocando con sus labios los de él. Un gruñido corrió por su garganta. Nicolas la apretó contra sí, su boca moviéndose sobre la de ella que se abrió más permitiendo el empuje de la lengua al interior. Ella lo saboreó, cálido, fuerte, una excitante combinación de canela y hombre. Su esencia le invadió la mente, especias, tierra y pino, la hicieron desear unirse con él y rodar sobre la tierra esponjosa en un acoplamiento feroz, frenético, tan salvaje como el entorno. Se frotó contra él, sintiendo sus pezones tensos, la calidez inundando entre sus piernas. Maggie enganchó sus manos alrededor de su cuello.

Lo deseaba desesperadamente. Mucho más que la noche pasada después del vino. Lo necesitaba, necesitaba esto, para desterrar lo que había pasado. Para apartar el reconocimiento de lo que era ella.

Fue Nicolas quien se retiró suavemente, sentándola a sus pies. Pero el pulso en su cuello demostraba lo cerca que había estado del límite.

La sensata Maggie. ¿Qué le había pasado a esa mujer? ¿Fue la sensación de peligro, tener a un caballero de brillante armadura o la piel de lobo? Dispuesto a defenderla. Atracción animal.

Verdadera atracción animal. Suprimiendo una risa estrangulada, sostuvo a una temblorosa Misha en sus brazos. Reprimió un estremecimiento al mirar al dragón muerto.

— Pensé que habías dicho que los Morphs se reproducen sólo como animales existentes.

— ¿Quién dijo que los dragones no existen? — Nicolas intentó una sonrisa sesgada.



—No podemos dejar esa... cosa ahí.

—No tenemos que hacer nada. Mira.

El asombro la envolvió cuando el dragón empezó a desintegrarse ante sus ojos. Otro recuerdo surgió. Cuerpos, sangre fluyendo de ellos y luego desintegrándose en una ceniza gris. Enterró la nariz en el pelaje de Misha. Era demasiado duro abrir esa puerta en particular.

Era una Draicon, como Nicolas. Durante años lo había reprimido todo, incluso calmado su furia. Esa era la razón. Cada vez que alguien a quien amaba era amenazado, el lobo emergía. No tenía control. Su loba era una bestia enjaulada, esperando el momento adecuado para salir a la superficie. Maggie agarró a Misha, la única cosa segura en este salvaje mundo cambiante.

Nicolas la observaba con una mirada fija y calmada. Misha no era la única influencia segura. Él controlaba a su lobo. Tal vez ella podría aprender de él.

En silencio lo siguió de regreso al coche. Le lanzó ropa nueva. Cuando se vistieron, él envolvió la ropa vieja y salió.

—Quédate aquí —ordenó.

Nicolas se aproximó al SUV Saturno. La familia, pescando en el canal, había estado a una buena distancia de la lucha, escudada por el ruido del tráfico. Maggie envidió su apacible ignorancia. Su mundo se tambaleaba precariamente. Nicolas agitó sus manos con el mismo gesto extraño que antes le había visto hacer. Abrió la puerta trasera, arrojó la ropa usada en el suelo y regresó con ella. Recogió a Misha.

—Reúne nuestras cosas. Cambiaremos de coche y dejaremos el tuyo aquí.

Obedeció en silencio. Nicolas abrió la puerta trasera de un Chevy de aspecto anónimo y con suavidad depositó a Misha en el asiento. Unos dados peludos colgaban del espejo retrovisor. El interior olía a tacos viejos y cigarrillos. A Maggie no le importó. Estaba a salvo.

Se sentaron en silencio mientras Nicolas dirigía el vehículo de vuelta a la carretera. Aunque una mano descansaba tranquilamente en el volante, la línea de su mandíbula estaba tensa. La preocupación marcaba sus rasgos.

Ella bajó la ventanilla. Dejando que la brisa rozara sus rizos como distracción. Eventualmente Tamiami Trail se convirtió en Southwest 8th Street. Él condujo hacia el este, luego hacia la autopista de peaje de Florida y continuó hacia el norte. Maggie vio un tramo del Dolphin Mall pasar en una imagen borrosa y luego la grisácea planta Rinker a la izquierda. Las construcciones en esta área crecían como hierba. Árboles grises y fantasmales de melaleuca se elevaban hacia el cielo. El daño causado por el huracán había inclinado de lado algunos sobre el agua, como borrachos que vacilan sobre sus piernas.

Nicolas era una criatura mágica, un lobo que mataba. Igual que ella. Maggie se encogió ante este pensamiento. Dra. Maggie Sinclair, respetada veterinaria, con una próspera carrera, sin pagos pendientes del coche, o mejor sin vehículo alguno, y una casa en la playa ahora incendiada, se había convertido en una loba.

Su vida estaba girando frenéticamente sobre su eje. Un día tras otro. Así había sobrevivido al ver morir a sus padres y era como sobreviviría ahora.

Maggie cerró los ojos viendo la sangre carmesí del dragón. Entonces la escena cambió. Una corriente roja sobre una acera en concreto, pero no toda era sangre de sus padres...

Nicolas empezó a tararear por lo bajo, una suave tonada. La melodía calmaba sus turbulentos sentimientos.

—Desearía haber traído mi música —suspiró Maggie.



Lo recordaba cantando en italiano en el bar. Nicolas, un lobo asesino, al que le gustaba lo clásico. Se estremeció. Un lobo asesino.

¿Ella era igual?

Maggie había cambiado. Convirtiéndose en una loba para proteger a su amada mascota. Nicolas sabía que debía estar confundida.

En vez de eso, se sintió partido por la mitad por su abyecto horror. El cambio no le había producido dicha a Maggie, sólo terror. No había pensado que ella podría dividirlo en dos así de esta manera. No le gustaba esa sensación. Siempre había sido capaz de enmascarar sus sentimientos. Pero Maggie lo sacaba todo a la superficie. Las emociones lo abrumaban: El urgente deseo de protegerla y la atemorizante confusión.

La música disiparía la tensión. Nicolas alcanzó la consola central, sacó el CD que antes había metido allí. Lo deslizó en el reproductor, subió el volumen y presionando un botón, avanzó hasta la segunda canción. La lírica voz llenó el SUV, calmando sus nervios. La tensión se desvaneció, reemplazada por el anhelo profundo de la canción que hacía eco del propio. El memorable barítono colmó sus sentidos. Sus emociones burbujeaban azarosamente cerca de la superficie: Todo ese doloroso vacío de estar sólo, la esperanza que sentía desde su encuentro con Maggie y su profunda necesidad de ella. No podía permitirse amar. El amor lo hacía a uno peligrosamente vulnerable. Nicolas había prometido que nunca se volvería vulnerable.

Maggie inclinó su cabeza, su frente se arrugó con una adorable mirada de interrogación.

— ¿Quién es? Es hermoso.

— Josh Groban, Gira con me.

— Lo he oído. Tiene una canción en inglés que es muy conocida.

— Un par. Yo prefiero el italiano.

Su sonrisa hizo que su pecho se agitara.

— A mí también me gusta el italiano. Es un idioma hermoso, pero cada vez que lo escucho... me recuerda a aquella vez que iba a una cita...

Su dura risa con una nota auto-condenatoria, sonó forzada.

— Cuando era estudiante, un compañero me llevó a la ópera y después fuimos a la playa. Supongo que quiso hacerse el cariñoso. Empezó a hablar en italiano y luego trató de besarme, yo le solté que... que... le dije que yo no beso en la primera cita. Pareció entenderlo y me llevó a casa cuando se lo pedí, pero al día siguiente les dijo a todos que nunca me hablaran en italiano porque ese idioma me volvía frígida.

Un rubor acalorado cubrió su cara. Ella miró hacia fuera por la ventana.

— Eso sólo lo diría un perdedor inseguro — Nicolas apretó sus manos contra volante resistiendo el impulso de estrangular al hombre que había osado intentar besar a Maggie, para luego burlarse de ella.

Una trémula sonrisa apareció en sus labios.

— Pensé mucho en eso, demasiado. Pero en cierta manera me puso triste porque ya no podía escuchar ópera sin preguntarme si lo era. Yo nunca... — sus manos se retorcían en su regazo — he atraído mucho a los hombres. Pensé que tenía razón.

— No has escuchado el italiano correcto de la persona adecuada — dijo él gentilmente.

— Creo que tienes razón — Maggie levantó su mirada hacia la de él.



Una emoción esperanzada lo recorrió igual que el anhelo que navegaba por sus ojos. ¿Era el romanticismo del barítono viajando por los altavoces? ¿O era él?

Era demasiado esperar que fuera él. Pero continuó tarareando y el congelado vacío comenzó a aligerarse un poco.



CAPÍTULO 8

Le sintió minutos después cuando el coche se detuvo y la puerta se abrió. Maggie parpadeó en una somnolienta confusión cuando Nicolás apretó su mano.

—Despierta querida, estamos aquí.

Nubes grises se deslizaron sobre el cielo. El aire tibio fluyó hacia el interior del coche cuando abrió la puerta. Desorientada, estudió el elegante rancho blanco ubicado en un ancho acre de césped. Tajos de pinos salpicaba la yarda. Se veía aislado... mejor todavía, seguro. Parpadeó, estudiando el pequeño reloj de oro de su muñeca. Era mucho más tarde de las tres. Su estómago protestó enérgicamente. Una sonrisa astuta curvó su boca.

—Conseguiremos algo de comer aquí.

Nicolás cogió a Misha en brazos y escoltó a Maggie por el curvilíneo sendero de piedra al conjunto de elegantes puertas de roble con cristales de vidrio de color. Giró para abrir el pomo de latón de la puerta y la acomodó dentro. Un vestíbulo de azulejo blanco dio paso a un gran salón con mobiliario verde menta, paredes de coral y plantas colgantes de ventana, Maggie forzó a su adormecido cerebro a observar cómo Nicolas bajaba a Misha. Un delicioso olor a carne asada a la parrilla llenó el aire, como dando la bienvenida a modo de galletas horneadas.

La ansiosa mirada en la cara de Nicolas desapareció cuando un hombre salió de la cocina contigua. Su cara cuadrada, oscuro cabello rizado y tieso cuerpo vestido con una camisa de seda y pantalones arrugados, contrastaron con la dura mirada de sus ojos grises como el acero mientras estudiaba a Nicolas.

—Baylor, —dijo Nicolas con voz espesa— ¿Por qué estás aquí?

—Damian pensó que necesitarías un poco de ayuda durante el camino. —El franco interés del hombre se dirigió a Maggie.

—Hola. Soy Baylor, de la Manada de Nuevo México. Tú debes de ser la largamente desaparecida Margaret. Estoy encantado de verte otra vez.

La confusión la invadió cuando su mano tomó la de ella.

—¿Otra vez?

—Ninguno de nosotros te había visto desde que eras muy joven. Es bueno que hayas vuelto a casa. Todos te hemos extrañado.

Un escalofrío la inundó. Una verdadera familia, una que la quería, a diferencia del desfile de familias adoptivas en su niñez. La sonrisa de Baylor se ensanchó cuando le lanzó una mirada de admiración. Ignoró a Nicolas cuyos puños estaban apretados.

—Es aún más encantadora de lo que imaginé —murmuró. Entonces pareció metódico— Damian me envió porque soy uno de los más experimentados de la Manada luchando contra los Morphs, si tratan de atacarla mientras está aquí esta noche. Él confía en mí para ayudar a mantenerte segura, Margaret. Soy de la manada. Familia. Draicon, como lo eres tú, Margaret, y puedes confiar.

El hombre envió a Nicolas una mirada de desprecio.

—A diferencia de otros.



Baylor elevó la mano hacia los labios de ella en un gesto cortés. Nicolas envolvió sus dedos alrededor de la muñeca y los bajó.

—Quita tus manos de mi pareja, —le advirtió.

Sus ojos se estrecharon en una ranura cuando empujó a Maggie detrás de él. Los hombres se midieron silenciosamente crispados como perros en combate. Baylor bajó las manos en señal de rendición.

—Suficiente. Vine para ayudar. Debéis estar hambrientos. Tengo carne en la parrilla. Entrad y sed bienvenidos. Margaret, he organizado el dormitorio principal para que duermas. Lo encontrarás bastante cómodo.

Agachándose, Baylor pasó los dedos sobre Misha.

¿Quién es este? Hey, amiguito.

—Es Misha. Mi perra.

—La llevaré a tu dormitorio, Margaret. Estoy seguro de que es especial para ti.

—Lo haré yo. —Nicolas levantó a Misha y miró con ojos entrecerrados a Baylor— ¿Porqué no vas a la cocina a hacer las tareas domésticas?

Baylor le obsequió una sonrisa seca.

—Claro, hay tiempo suficiente para que hablemos más tarde. Y deberíamos hablar, Nicolas. Ha habido cambios desde que nos dejaste.

Nicolas sostuvo a Misha en uno de sus musculosos brazos y deslizó el otro alrededor de Maggie en un gesto posesivo. Le lanzó al otro hombre una dura mirada que podía leerse en cualquier idioma, “Mantente alejado”.

Dejando a Maggie para que descansara, Nicolas cerró la puerta del dormitorio. Cuando entró en la cocina, Baylor se sentó en un taburete de madera en la encimera de granito. Nicolas se apoyó contra la puerta. La animadversión irradiaba del otro Draicon en oleadas. ¿Por qué demonios Damián le habría enviado a su Némesis? Baylor lo había desafiado en el pasado para conseguir la codiciada posición de ser el segundo al mando de Damián en la orden. Había sido el primero en indicarle que Nicolas había roto las reglas de la Manada enseñándole magia a Jaime y por lo tanto debía ser desterrado. Baylor también había dicho que Nicolas era una sutil amenaza para la Manada, recordándoles a todos su origen.

Nicolas no desperdició palabras.

—¿Por qué estás aquí?

—Damian me envió para ayudar a mantener a Margaret a salvo y porque quiere que hagamos las paces antes de morir, —dijo Baylor tranquilamente. —Estoy dispuesto si tú lo estás por el bien de la Manada.

La declaración lo dejó perplejo. Nicolas se frotó la palma de su mano en la frente...

—¿Por qué querrías eso?

—Por Margaret. La estás trayendo de regreso a casa. Confío en que lo estás haciendo porque quieres regresar al rebaño. No me importa el porqué. Necesitamos desesperadamente sus poderes curativos. Una hembra murió de la enfermedad, muchas más están enfermas, incluyendo a Aurelia. La Manada se está desmoronando.

La angustia lo invadió. Aurelia había sido como una madre para él. Ahora también estaba muriéndose.

Baylor cruzó los brazos sobre su pecho.

—Eres el imán que arrastra a Margaret de regreso a su verdadera casa. Dudo que ella hubiera venido sin ti si la influencia biológica es tan fuerte como sospecho. Naturalmente, siempre podría vincularme a ella antes de que tú lo hagas y solventar el problema de esa forma.

—Ponle una mano encima y te haré pedazos.

—¿Estamos susceptibles? He oído que el impulso de aparearse se hace más intenso cuando se va acercando la luna llena. —La sonrisa de Baylor no alcanzó totalmente sus ojos. —Paz, entonces. Pero no fallaré en cumplir mi deber con la Manada.

La última frase fue un claro insulto. Nicolas se crispó.

—Ni yo tampoco, y si estás sugiriendo que si, sólo dilo.

—Bien —Baylor saltó del taburete—. Rompiste las reglas de la manada. Deberías permanecer en el destierro. Eres peligroso Nicolas. Eres un arma cargada y eso te hace impredecible. Le dije a Damian que estaba cometiendo un error al tomarte en nuestra manada pero no me escuchó. Y entonces fuiste y le enseñaste magia a Jaime, un humano, contra nuestras reglas. ¿Por qué Nicolas? ¿Por qué enseñarías a un mortal inadaptado y vulnerable la influencia Morph?

Nicolas no dijo nada. Si revelaba la verdad rompería la promesa que le hizo a Damian. El secreto causaría que la manada entrara en pánico. El silencio lo condenaba, no tenía elección aún.

—La misma respuesta de siempre. —Baylor fue hacia él— Sólo pude sacar mis propias conclusiones. Estabas hambriento de poder y querías usar a Jamie para sacar a Damián del mando. Sólo que los Morphs lo atraparon antes que tú. Obtuviste lo que deseabas, Nicolas. Damian podría estar muerto para cuando me apresuré a regresar. ¿Feliz?

Nicolas cerró los ojos en agonía.

El otro hombre soltó un profundo suspiro.

—Bien. Sólo trae a Margaret de regreso, ayúdanos a encontrar la cura para esta enfermedad. No puedo decir que confiaré de nuevo en ti, pero declararé una tregua si tú lo haces.

—Lo haré. Pero vigilo mi espalda. No me apetece tener un cuchillo sobresaliendo de ella. Adelante y rétame, si te atreves.

Nicolas flexionó los bíceps. Baylor retrocedió con una mirada de comedido respeto. El otro hombre supo que Nicolas ganaría.

Sólo porque era fuerte. En el momento en que mostrara alguna debilidad, sería hombre muerto.

Maggie se sentó en la cama con Misha en sus brazos.

Tenía que intentarlo otra vez. El período sin dolor del que Misha había gozado se convirtió en inquietos lloriqueos. Lo que fuera que Nicolas hizo, no había durado.

Maggie acarició la cabeza de Misha. Unos grandes ojos castaños se elevaron para encontrar su mirada. Un gran peso oprimió su pecho. Misha se estaba muriendo y no había nada que hacer por ella. Excepto curarla. O hacerlo al modo humano y ponerla finalmente a dormir.

Enterrando la cara en la suave piel marrón de la perra, Maggie se echó hacia atrás con un sollozo. Estaba perdiendo a su mejor amiga, la que la entendía, la que la adoraba incondicionalmente. Extendió una mano. Tembló violentamente. Tenía el poder de curar. ¿Pero esto? ¿Qué clase de cáncer o extraña enfermedad afectaba a Misha? ¿Y qué, si moría en el intento? ¿Podría manejar el dolor?

Misha no podía tomar la decisión por sí misma. ¿Pero si pudiera, qué le diría? ¿Déjame ir?

Como si presintiera sus pensamientos, Misha miró hacia arriba. Maggie supo la respuesta. Misha estaba lista para morir. Aunque Maggie no estuviera lista para permitir que se fuera. La única alternativa era curarla.

Haría cualquier cosa para quitarte el dolor, cariño. Cualquier cosa.

Tengo el poder.

—Siento si esto no funciona cariño —susurró con la voz quebrada— Pero te prometo que si no lo hace, no sufrirás más. Lo haré entonces. Lo haré.

Colocó las palmas sobre la perra, imaginando la grotesca y gruesa masa negra esparcida, creciendo... creciendo. Cambiando dentro de ella.

El dolor como mil cuchillos candentes la golpeó retorciendo sus órganos vitales. Maggie gimió en agonía. Era demasiado dolor, demasiado para asumirlo, no podría hacerlo.

—Lo lamento mucho, Misha...

Maggie retiró sus palmas lejos como si hubieran sido quemadas con una estufa. Giró la cabeza gimiendo un poco.

La perra le lamió débilmente la mano como si dijera, “lo comprendo”.

Una fresca resolución la inundó. Debía esforzarse más. Sabiendo lo que Misha sentía, el dolor estallando y apuñalando como si alguien hubiera agarrado los intestinos y los hubiera retorcido cruelmente.

Colocó las palmas sobre la perra concentrándose esta vez, viendo sólo la enfermedad como un veterinario. Una masa que necesitaba ser exterminada absorbiéndola dentro de su cuerpo a través de su piel, su espíritu, viendo a Misha parada, moviendo la cola, ladrando y corriendo como si fuera un cachorro otra vez.

Una ardiente agonía la golpeó. Maggie aguantó un pequeño grito y soportó el infierno viendo todas las células otra vez, la oscuridad desapareció. Cabalgando a través del dolor se concentró hasta que la angustia se convirtió en un vórtice que la arrastraba hacia abajo. La oscuridad se apuró en encontrarla y cayó en ella.

Fuera, Baylor estaba ocupado en la parrilla. Tomó un filete y lo echó sobre la misma. Recostado en una de las sillas de mimbre, Nicolás trazó el borde de una copa de cristal. El añejo color rubí agarró la tenue luz, lucía casi como la sangre.

Baylor y él habían establecido una tregua provisional por el bien de Maggie. El Draicon lo había puesto al corriente sobre todo lo que se había perdido... Charlando, aliviando la crispada tensión masculina entre ellos.

Cruzó los brazos sobre el pecho. Demonios, perdió a la manada. A su familia. Haría algo por ellos. Estaba haciéndolo todo, se recordó Nicolas a sí mismo. Trajo a Maggie de regreso. La soledad lo aplastó. Hambriento por su familia. Todo lo que había hecho para proteger a la manada, manteniéndolos juntos y aún así tan distante de ellos. Enajenado.

Siempre probándose a sí mismo una y otra vez matando al enemigo. Asegurando su puesto por medio de la violencia. Maggie se aseguraba la suya a través de su gentil curación.

¿Cómo podrían alguna vez enlazar dos estilos de vida tan contrarios?

Enseñándola a aceptar su herencia y siendo el Draicon que mató a Kane, el líder de los Morph. La enseñaría a volverse tan violenta como él. Este pensamiento le molestó un poco.

Pensó en una eventual unión de emparejamiento con Maggie. Absorberían los poderes de cada uno, los pensamientos y las emociones. Maggie había estado por su cuenta durante años sin

la cercanía de la familia. Él había sentido su profunda soledad. Y su naturaleza apacible y reacia a hacerle daño ni siquiera a una mosca. Cuando se vinculara a ella absorbería no sólo sus poderes, sino también cada una de sus debilidades. Maggie se beneficiaría de su fuerza de guerrero y sus conocimientos sobre la lucha, pero ¿le haría a él absorber su dulzura? Su gentileza entrelazada con la naturaleza curativa de un empático. Podría ser contraproducente para él.

Durante años había demostrado su habilidad para mantener una envidiable posición como segundo al mando en la que Damian confiaba. Otros machos desafiaron su autoridad y poder. Especialmente Baylor. Incluso una pequeña cantidad de debilidad haría a Nicolas susceptible de un desafío que lo enviaría fuera de la manada para siempre.

Nicolas decidió mantener oculto lo de la unión de emparejamiento. No podía convertirse en alguien débil. Apacible, como era Maggie en su habilidad curativa, serena.

¿Lo haría endeble compartir todo lo suyo permitiéndose absorber las habilidades empáticas de ella? Necesitaba su magia si Maggie fallaba curando a Damian. Ese pensamiento le sentó como si le golpearan en los dientes.

Estaba al borde de ganar todo. O perderlo.

El vacío de dolor en su interior pareció expandirse.

Floreció cuando escuchó a Baylor hablar de la manada. La nostalgia lo apuñaló. El suave sonido metálico del cristal que tintineó cuando Baylor bajó su vaso, le recordó las celebraciones en la enorme mesa de banquete donde la manada se divertía. Inhaló la esencia del vino saboreando el fuerte sabor cítrico apenas perceptible en su lengua, la uniformidad del vino.

Maggie sabía como el vino, la inocencia y deseo creciente. Se relamió los labios recordando su boca enredada en la de él. Un despertar agudo lo llenó.

— ¿Cómo es? — Baylor ladeó la cabeza hacia la casa.

— Endemoniadamente buena, teniendo en cuenta que hace veinticuatro horas pensaba que era humana. — La admiración por su compañera lo llenó. — Maggie es fuerte bajo su comportamiento apacible. Lo niega severamente pero tiene el alma de un guerrero.

— ¿Ha demostrado su legendaria aptitud para destruir al enemigo?

— Todavía no. Lo hará. Yo la enseñaré. — Vacío su vaso, lo dejó y se secó la boca con la muñeca — Cuando haya terminado, nuestra Maggie será una pequeña guerrera.

— ¿Entrenarla como un cazador? — Baylor sacudió la cabeza — Qué pena convertir tanta belleza en alguien como tú.

Nicolas se irritó.

— ¿Cómo yo?

— Una máquina asesina. Algunas veces me pregunto si sabes algo más. O quieres algo más.

Nicolas pasó un dedo por el vaso. No podía discutirle eso, esa imagen era la que siempre había proyectado. Dentro, profundamente, deseaba algo más. Supo que nunca podría tenerlo. No él, Nicolas, el macho que necesitaba exigir respeto. Cambiando de asunto le preguntó por cierto tema para distraer a su rival. Baylor disfrutó jactándose de su vida amorosa. La expresión de Baylor mostró astucia cuando apagó el fogón bajo los filetes.

— Katia y yo hemos sido exclusivos desde que nos dejaste. Pienso que finalmente se dio cuenta de quién era el mejor macho después de que te fueras.

Katia era una encantadora joven miembro de la manada que una vez atendió las necesidades sexuales de Nicolas después de que hubiera vuelto de luchar contra los Morphs. Estaba interesada en Baylor y lo admiraba, pero no eran verdaderas almas gemelas. Se lo había confesado una vez a



Nicolas. Nicolas sintió una puñalada de compasión por el macho. Algunos Draicon pasaron toda su vida buscando sus mitades perdidas y nunca las encontraron. Esos Draicon se establecían generalmente para aparearse con otros igualmente solitarios.

Baylor dio una cabezada hacia el cielo.

—Estuvimos huyendo antes de dejar la manada, después de que algunos nos aseguráramos de que nuestro territorio estaba libre del dominio de los Morphs. Dormíamos bajo las estrellas. Buenos tiempos.

Inundado de recuerdos, Nicolas miró fijamente el sol poniente que moteaba los pinos. Largas noches corrían con la luna como familia, cazando, arrimándose juntos después, el familiar olor de la manada de lobos sumergiéndolo en un adormilado letargo. Sexo con cualquier hembra de la manada que deseara. Pero el ferviente emparejamiento siempre lo dejó vacío y deseando más. ¿Encontraría alguna vez su complemento? Aún con su compañera, lo dudó. Nunca podría compartirse completamente y arriesgarla a ella sabiendo su secreto...

Un crujiente sonido chasqueó fuera de sus malhumorados pensamientos. Nicolas y Baylor se giraron para ver a Maggie arrastrarse fuera del porche. La alarma lo invadió por la herida estampada en su hermoso rostro como si se doblagara contra un pilar.

—Creo... que funcionó, —dijo con voz áspera— Misha.

Oscuras sombras manchaban sus profundos ojos azules. Su color era grisáceo. Se tambaleó hacia adelante.

—¡Maggie, curaste a Misha!

Ignorando el obvio entusiasmo en la voz de Baylor, Nicolas fue hacia Maggie cuando se desplomó en sus brazos. La sostuvo de pie, su corazón palpité rápidamente como un colibrí.

Baylor frunció el entrecejo.

—Debes llevarla inmediatamente a Nuevo México. Si curó a la perra, puede curar a Damian. Tienes un deber con la manada, Nicolas.

Su deber con la manada. Siempre la manada. ¿Y su deber para con su compañera? Nicolas acarició el sudoroso y apagado cabello de Maggie. Ella tiritó contra él y se agarró a la camisa.

—Mantente fuera de esto. Y déjanos solos.

—Si tú no la quieres llevar de regreso, lo haré yo. —Baylor estrechó los ojos.

—Inténtalo. Ponle una mano encima y te romperé los dedos. Es muy frágil y no está lista. Acaba de descubrir de nuevo que es una Draicon y necesita más tiempo. No voy a permitir que la pongas en peligro, animal. —Un gruñido se deslizó por su voz. —Haremos esto a mi ritmo y al de ella, no al tuyo.

La paz entre ellos se quebró como el vidrio. El Draicon empuñó las manos claramente en posición de combate.

—Fuiste desterrado, Nicolas. Maggie es tu única vía de regreso a la familia y esa es la razón por la que no la dejas ir. Bien. Pero me llevaré la perra. Necesitamos su sangre. Y date por avisado, si tratas de detenerme te desafiare. Y no te lo haré fácil.

Nuevamente, la posición de Nicolas era amenazada. Siempre tendría que probarse a sí mismo como el mejor guerrero, el luchador más violento, el miembro más leal. El frío vacío de su interior se incrementó. Era mejor mantenerlo para sí mismo. La barrera que siempre erigió para proteger sus emociones subió como un metal protector.

—Desafíame más tarde, cuándo Maggie se sienta mejor. Entonces veremos quién es el miembro más fuerte de la manada además de Damian —gruñó Nicolas.

El desafío destelló en los duros ojos grises de Baylor.

—Tú no eres realmente de la manada. —Maggie se echó para atrás, su labio inferior temblaba trémulamente.

—Por favor, dejad de pelear. Parad, sólo parad —susurró.

Nicolas le lanzó a Baylor una mirada de advertencia y concentró la atención en su compañera. Lágrimas brillaron en sus profundos ojos azules. El dolor allí reflejado se convirtió en gélidos fragmentos. Tocó su mente y retrocedió ante la ardorosa agonía que se deslizaba a través de ella.

La levantó en brazos, su cuerpo estaba helado. La cabeza de Maggie se ladeó hacia atrás como si le faltara fuerza para mantenerla arriba. El terror lo atravesó cuando llegó al dormitorio, sus piernas y brazos caían pesadamente sin fuerzas.

Baylor seguía mostrándose enojado.

—Si algo le sucede...

—Ve a buscar todas las mantas. Está congelada. Tengo que conseguir que entre en calor.

Nicolas le quitó los zapatos. Quitó el edredón con una mano y la bajó gentilmente. El crepúsculo espesó. Una brisa fresca agitó las cortinas blancas de gasa en la ventana. Maggie estaba sobre la cama tiritando tan fuerte que el colchón se sacudía. Colocó la mano sobre su frente lleno de terror por la fría humedad de su piel.

Curar a Misha le había costado mucho. La reacción retorció su cuerpo febril, como si ella luchara contra una infección. Pasó una mano a través de su cabello. Los antibióticos no habían curado la enfermedad. Dudaba que ahora ayudara a su curación.

Todo lo que podía hacer era cuidarla, esperar que se salvara. Recordando cuán sediento había estado Damian por la enfermedad, trajo un vaso de agua desde el cuarto de baño a través del vestíbulo. Maggie no respondió, sólo se enterró más profundamente bajo las mantas.

—¿Se pondrá bien?

Baylor sonó preocupado cuando entró en el dormitorio y amontonó una pila de mantas en el tocador. Miró fijamente a Maggie con la misma mirada que Nicolas había visto en el espejo. Maggie, la última esperanza de la manada. Nicolas rechinó los dientes. Como él, Maggie tenía un deber con la manada.

Tampoco nadie permitiría jamás que lo olvidara.

—Lo veremos. Déjanos solos.

El resentimiento destelló en la cara de Baylor.

—Todavía no te has vinculado a ella, Nicolas. No está comprometida con nadie. Haz que mejore o habrá consecuencias. Nicolas levantó una ceja.

—Si ya terminaste de ladrar, trata de ser útil. Ve a la tienda y compra carne cruda. La necesitará.

Vio salir a Baylor, entonces se volvió hacia Maggie. Sus ojos se abrían agitados.

—¿Nicolas? Nicolas, tengo frío-o, tanto frío-o.

Amontonó más mantas sobre la cama pero ella continuó tiritando violentamente. Nicolas se quitó sus zapatos y su ropa, tiró atrás las mantas y se subió a la cama. Envolvió sus brazos



alrededor de su torso tirando de ella contra él. Sintió como si abrazara un bloque de hielo. Nicolas le acarició el cabello.

—Shh, Cuidaré de ti, caira. Déjame calentarte.

Los gemidos de Maggie se desvanecieron cuando la abrazó. Se sentía tan bien en sus brazos. Puso el mentón sobre su cabeza deseando que desapareciera su dolor. Era una agonía observar el sufrimiento de alguien que te importa. Nicolas frotó la mejilla contra su cabello inhalando su esencia. Enhebrado en el ligero olor a jazmín y sol, esencia oscura y enfermiza. El olor a enfermedad terminal.

—Lucha Mags. No permitas que te hunda. Puedes hacerlo —la alentaba.

Permaneció allí por un rato, abrazándola, preocupado de que la enfermedad la hundiera como lo había hecho con Damian. Un violento sentimiento protector lo invadió. Quiso abrazarla y no soltarla nunca. Fugarse con ella, olvidándose de la manada, la familia, el deber.

Nicolas apartó a un lado esa fantasía, reprendiéndose interiormente por ese momento de debilidad. Se concentró en calentar a Maggie. Gradualmente advirtió un cambio en su temperatura corporal. La piel ya no se sentía helada. Estaba funcionando. Ella estaba venciendo.

Para darle fuerzas, tejió sus pensamientos en la mente, recuerdos de buenos tiempos con la manada, risa, parentesco. La admiración por su fuerza y cómo ella había sobrevivido sola por su cuenta durante tanto tiempo. Nicolas alimentó esto con imágenes hacia ella hasta que se movió contra él.

—Estoy cansada —susurró.

—Entonces duerme —la apaciguó.

Se durmió finalmente en sus brazos. Pero Nicolas no cerró los ojos, vigilándola para asegurarse de que estaba a salvo. Alisó hacia atrás un sudoroso rizo de su frente. Se veía tan frágil y pálida, su corazón se quebró. Si curar a Misha la ponía tan enferma, ¿Cuáles eran las oportunidades que tendría de sobrevivir si curaba un Draicon adulto como Damian?

¿La mataría el intento?

CAPÍTULO 9

Maggie se despertó famélica de hambre, hambre que le hacía olvidar todo lo demás. Se agarraba a su garganta como una bestia viva que se retorció. Al sacar las piernas de la cama casi pisó a Misha. La perra ladró jubilosamente y movió la cola. Apenas se dio cuenta del remarcable cambio. El hambre la llevaba como de una correa.

Deslizó la vista por la habitación, las cortinas de encaje, el aparador de roble pulido y las puertas de espejo del armario. Vagamente recordó a Nicholas recogiéndola, llevándola a la cama y curvando el cuerpo contra el suyo que estaba helado.

¿Dónde estaba?

Le dolía el estómago como si no hubiera comido durante días. Se dobló sobre sí misma lloriqueando confusa. ¿Qué le pasaba?

Recordaba la mirada salvaje de los ojos de Nicholas cuando dijo que tenía que comer carne fresca. Seguro que eso no tenía nada que ver. Tenía hambre, pura y simple.

Corrió hacia el vestíbulo y entró en la cocina siguiendo el delicioso olor de la carne. Nicholas y Baylor se sentaban a ambos lados de la mesa, mirándose el uno al otro como enemigos en un campo de batalla. Ambos comían gruesos trozos de solomillo ensangrentado. La miraron.

Necesitaba carne. Ya. Carne succulenta y roja. Sin cocinar. Baylor se levantó y fue hacia ella con un plato en el que había un filete a la parrilla tan grande como una rueda de camión. Le ignoró.

Maggie se agarró desesperadamente a la nevera, recorriéndola olvidando a sus invitados que la miraban. Dios, tenía que comer. Ya. Maggie encontró un paquete de hamburguesas crudas. Rasgó el envoltorio de celofán, cogió un puñado de carne y se lo tragó. Puñado tras puñado fue tragando, y el alivio substituyó al dolor en el estómago, haciendo que la terrible y fea debilidad desapareciera reponiendo su fuerza y su energía.

Energía. Maggie se detuvo con un puñado de carne a medio camino hacia su boca. Miró la carne cruda y roja de la hamburguesa que estrujaba en la mano. Elevando los ojos, vio a Baylor mirándola con el ceño fruncido. La comprensión estaba grabada en los rasgos de Nicholas.

Maggie apartó la carne. La hamburguesa se esparció sobre las blancas y elegantes baldosas, salpicándolas de pequeños fragmentos rojos.

—No — gimió — Esta no soy yo. No soy una de vosotros.

—Ya no puedes negarlo Maggie, — dijo la voz gentil y profunda de Nicholas suavemente. — Ya lo ves, eres una de los nuestros. No eres humana, sino loba. Draicon. Usas magia y necesitas reponer la pérdida de energía. Es perfectamente normal para nosotros.

No podía ser. Ella no, la veterinaria, la sanadora pragmática que utilizaba su talento para aliviar el dolor de otros. ¿Maggie, que había jurado no dañar nunca a otra criatura viviente, era un lobo que cazaba y mataba a su presa? Recordaba la seductora llamada de los Everglades, los apacibles sentimientos que la habían albergado. Maggie se volvió hacia la pila. Como Lady Macbeth se restregó las manos una y otra vez.

—No soy una de los vuestros — susurró desesperadamente — Nunca seré uno de los vuestros.

Baylor le lanzó a Nicholas una mirada acusadora.

—¿No se lo dijiste?

Ignorándole, Nicholas cogió una toallita de papel y gentilmente secó las manos de Maggie. Le levantó la barbilla con una mano.

— Ya lo eras, caira. Estaba impreso en ti desde el momento de tu concepción al igual que estabas destinada a ser mi compañera. Ya no puedes negar la verdad.

Quería hacer de ella algo que no era. Que nunca podría ser. Nicholas era la violencia, la muerte, la lucha. Ella era la paz, el vive y deja vivir. La fuerza y la voluntad de él amenazaban todo lo que le era conocido. Todo lo que necesitaba en este momento para sobrevivir.

Nicholas la condujo a la mesa y al filete que había rechazado. Se le sacudió el estómago cuando miró la comida.

— Es tu mente la que insiste en considerar repulsivo lo que ha pasado, no tú. Deja de pensar lo que has sido entrenada para creer. Tienes una necesidad, estás hambrienta. Sáciate Maggie. Es un solomillo muy rico. Baylor lo ha preparado en la parrilla.

Metódicamente empezó a cortar la carne en trocitos pequeños y a llevárselo a la boca. Maggie empezó a comer como si estuviera sentada en la cocina de unos amigos. Nicholas hablaba con Baylor como si todo fuera normal. ¿Normal? ¿Ahora qué era normal?

Misha entró en la cocina olisqueando. Baylor cortó unos trozos del filete y los puso en un plato en el suelo. La perra los engulló. Maggie comió más filete.

Nicholas la miraba con los ojos entrecerrados.

— No tienes que comer para reponer la energía después de usar la magia. El sexo es otra alternativa — murmuró. Su mirada intensa la abrasaba con su calor.

Sexo, la fuerza que la había arrastrado hacia él. Maggie juntó los muslos con fuerza, recordando la calidez de su cuerpo duro contra el suyo la noche anterior.

— Tenemos sexo y absorbemos la energía sexual de nuestro compañero o debemos comer carne, preferiblemente lo más cruda posible. Como hicieron tus padres — continuó.

Maggie cortó las palabras de Nicholas con un seco movimiento de la mano.

— No me hables de mis padres. No sabes nada de ellos.

— Sí que sabemos — intervino Baylor — Richard y Carla Sinclair. Dos años después de su emparejamiento formal, Carla te dio a luz. Los Morph habían empezado a ponerse al descubierto y destruían las manadas menos poderosas. Carla dudó de la habilidad de Damian para protegerle. Cuando sólo tenías seis años, se trasladaron a Florida. Estaban aterrorizados y querían que pasaras lo más desapercibida posible.

— Hasta hace poco, no supimos dónde te habían llevado, cuando Nicholas estableció vínculo mental contigo. Entonces hicimos averiguaciones y descubrimos que tus padres habían sido asesinados en un violento atraco cuando tenías doce años.

Baylor se detuvo. Parecía confundido cuando Maggie se presionó las sienes con la mano.

— Déjalo, ¿vale? — susurró — Ni quiero ni necesito oírlo. Mi familia es cosa mía.

— Pero somos tu familia, Maggie. Todos nosotros. Eso es lo que significa una manada — protestó Baylor.

Nicholas se inclinó hacia delante.

— ¿No has estado sola desde que te quedaste huérfana? ¿No has añorado la cercanía de la familia? Eso es la manada, Maggie. Eso es lo que has estado añorando todo este tiempo.

Ella jugueteaba con el tenedor. Años de sentirse extraña, intentando encajar, intentando encontrar su sitio. Ni la escuela ni lograr el sueño de ser veterinaria habían llenado el vacío. Quizás Nicholas tuviera razón.



A pesar de su resolución de comer como una humana normal, Maggie engulló el filete. Se limpió los labios con la servilleta. Nicholas miró sus labios con la misma hambre que la había impulsado a comer el filete. El rubor le incendió las mejillas.

Cogió a Misha y la acarició la cabeza mientras la examinaba por completo. Nicholas miró los ojos confiados mientras Misha movía la cola.

— Está perfectamente. Saludable como un cachorro — dejó a la perra en el suelo.

— Así que es verdad. Eres la Empática, Margaret. Debes volver a la manada y curar a Damian — Baylor parecía excitado.

Maggie frunció el ceño.

— ¿Damian?

— El líder de nuestra manada. Los Morph, específicamente Jaime, le infectaron con la misma enfermedad que tenía Misha. ¿Recuerdas a Damian, Maggie? Era el líder de la manada cuando eras pequeña.

Maggie se apretó las sienes con dos dedos.

— Debe ser muy viejo — Toda esta charla de la manada, la familia... como si ella fuera parte de todo eso.

— Damian es más viejo que yo — dijo Nicholas suavemente — Cumplió ochenta el último cumpleaños.

Se levantó y le vio mirarla con una sonrisa irónica.

— Nuestra especie no alcanza la madurez hasta los treinta, como lo mortales. Después envejecemos lentamente. Alguno de los nuestros, unos pocos muy especiales, alcanzan la madurez antes y adquieren los poderes del cambio y la magia cuando son más jóvenes. Como tú, Maggie.

— Nunca me he convertido en lobo cuando era joven, — soltó enfadada — Es ridículo incluso pensar...

La alcanzó un recuerdo parpadeante en medio de la frase. Sangre. Interminables arroyos de sangre corriendo por la acera. Gritos y después el silencio. Un risa alta y cruel mientras sollozaba, sus dedos extendidos sobre tela que se volvía carmesí, sus padres yaciendo tan quietos... manos haciéndose cargo de asuntos sin acabar... manos rudas... un gruñido bajo salido de su garganta... la extraña sensación de furia teñida de rojo imaginando pelo y colmillos listos para despedazar....

Levantó la cabeza de golpe.

— Nunca — susurró.

La expresión de Nicholas se suavizó. Le cogió la mano. La palma era cálida, callosa. Pelillos oscuros cubrían el dorso de la mano. Manos capaces de tal ternura y aún lo suficientemente fuertes para matar. Le había visto hacer eso, exactamente.

— Destruirlos es la única forma, Mags.

— Tiene que haber otra forma — Se volvió a sentar y se apretó las sienes con los dedos. Información. Necesita saber — Dime todo lo que sepas de los Morph. Todo lo que has probado para eliminarlos.

Baylor le lanzó a Nicholas una mirada de rencoroso respeto.

— Nicholas nos enseñó que podemos matarlos mientras estamos en forma humana apuñalándolos con dagas en el corazón o sacándoles el corazón con los colmillos cuando mutamos. Los combates hacen que usen todas sus defensas y drenan su magia. Antes de esto habíamos intentado de todo. No puedes dispararles a distancia, su magia repele las balas.



Nicholas asintió.

—Son difíciles de matar porque cambian muy rápido a cualquier forma animal. Se pueden clonar a sí mismos doblando o incluso triplicando su número.

Una sonrisa sombría tocó la boca de Baylor.

—Incluso probamos el insecticida una vez que cambiaron a un enjambre de abejas. No funcionó. Su magia es poderosa porque es oscura.

—Pero no siempre fueron tan poderosos —Maggie pensó en voz alta.

—Eran Draicon, lobos, como nosotros —Baylor lanzó a Nicholas una mirada que ella no entendió —Para convertirse en Morph un Draicon debe matar a un pariente, por ejemplo a uno de sus padres o a un miembro de su extensa familia, como un tío. Entonces el Draicon absorbe la energía que muere y se convierte en un Morph.

—¿Así que absorben la energía como los Draicon? ¿Deben matar siempre para hacerlo?

Nicholas habló en voz alta.

—No siempre. Aunque no muten podrían sobrevivir simplemente adquiriendo energía de la carne fresca, como hacemos nosotros. Necesitan la energía más poderosa que emiten las víctimas mientras mueren para cambiar constantemente a otras formas animales.

—¿Por qué querría un Draicon volverse al mal? ¿Cuál es la atracción?

Baylor se encogió de hombros.

—El poder sobre las formas de vida. Lo anhelan.

Nicholas sacudió la cabeza. Su mirada se volvió distante y soñadora.

—No, no siempre. Pueden cabalgar a la espalda de viento, como un águila pueden correr sobre llanuras doradas como un lobo, nadar en las profundidades del mar tan rápidamente como un tiburón. Es la libertad de cambiar de tantas formas los que les seduce y la cercanía de la manada, al igual que a los Draicon.

—Pero son malvados y retorcidos y no se puede confiar en ellos —dijo Baylor terminantemente—. Maggie, ¿qué más quieres saber sobre ellos?

También el mal tiene sus debilidades. Maggie en los animales iracundos y violentos que había amansado. Misha había sido un cachorro que gruñía asustado que había rescatado del maltrato. Tiempo, amor y cuidados la habían convertido en su devota compañera. Los Morph eran tanto animales como seres mágicos. Quizás podría aplicárseles lo mismo para derrotarlos.

Maggie les explicó cómo había trabajado con Misha.

—¿Algún Morph ha rechazado el mal y ha vuelto a la manada como Draicon? ¿Es posible?

Baylor soltó un gruñido burlón y Nicholas permaneció en silencio.

—Una vez se ha convertido en Morph permanecen así. Han cometido el pecado final y han matado a un ser amado. No hay vuelta atrás. E incluso si la hubiera, no podrías confiar en que no cambiaran de opinión se volvieran de nuevo al mal. Sería como vivir junto a una bomba de relojería.

Nicholas hizo un gesto cortante.

—Ya está bien de esto, Maggie, tienes que matar los Morph. Punto. No hay otra forma. Me he enredado lo suficiente con ellos como para saberlo. Se regodean matando mortales, Draicon y otros animales. Viven del pánico y el miedo. Tienes que ser fuerte y saber que cuando los cazas y los matas estás matando el mal.

—No puedo matar. No puedo. He pasado toda mi vida adulta salvando animales no destruyéndolos. —Se miró las manos y luego a Nicholas—. Su sangre es ácido. ¿Cómo puedes matarlos en combate mano a mano? Sangrarían sobre ti.

Se encogió de hombros.

—Los Draicon sanan. Te sobrepones al dolor y enfocas en matar. Recuerda, son el mal. Eres médico, Maggie. Piensa en ellos como gérmenes que deben erradicarse. Son bacterias y tú eres un glóbulo blanco, cercando al enemigo y destruyéndolo, no importa a que coste personal.

—Suenas como si hablaras por experiencia. ¿Ha sido un gran coste personal, Nicholas? ¿Qué pasó? ¿Por qué estás tan enfocado en matarlos? ¿Has intentado razonar con esos Morph? Quizás no son tan diferentes de...

Su risa dura sonó amarga.

—¿Qué, Maggie? ¿Hablar con ellos a muerte? ¿Razonar? Son el mal y la única manera de salvar a la manada es matarlos.

—Quizás es la única manera que conoces, Nicholas. Y por eso estás tan obcecado. —dijo suavemente.

La misma mirada cayó sobre él.

—Basta de preguntas. Lo aprenderás demasiado pronto. Eres un lobo, Maggie. Destruirás a los Morph lo mismo que lo hago yo. Basta de argumentar. Ya no te puedes esconder de tu verdadera naturaleza. ¿Entendido?

Incluso Baylor parecía incómodo ante la suave orden de Nicholas. Maggie hizo acopio de valor.

—No me estoy escondiendo, Nicholas. Tengo una buena vida. Sano animales y hago feliz a la gente cuando curo a sus animales. ¿Puedes decir lo mismo?

Se volvió y le dejó de pie, ahí pero no sin antes ver un deje de soledad en sus ojos oscuros.

Maggie pasó la noche sola e inquieta. Su lobo salía a la superficie, aullando por correr bajo la luna creciente. Se despertó a media noche casi pisando a Nicholas cuando salió del dormitorio. Estaba dormido en el suelo, como si estuviera protegiéndola. Cuando abrió la puerta, se despertó con un sobresalto. El hambre en su mirada cuadraba con la suya. Maggie había luchado contra su necesidad sexual y había vuelto a la cama, temblorosa e inquieta.

Durmió hasta tarde, despertándose con las lanzadas de sol sobre la alfombra oscura. En la cocina, Misha estaba entre Nicholas y Baylor como un árbitro mientras se miraban el uno al otro siniestramente. Nicholas se volvió hacia ella con la mirada solemne.

—Maggie, Baylor se marcha a Nuevo México esta tarde. Nos encontraremos con él y con la manada en una semana más o menos —suspiró profundamente— Se lleva a Misha.

—No.

—Misha está curada. Hay una posibilidad de que nuestra gente pueda obtener un antídoto contra la enfermedad a partir de su sangre. Nuestros científicos son hábiles. Puede que salven a Damian. —cerró los ojos y a ella le dio un vuelco el corazón ante la angustia que atenazaba su expresión. Abrió los ojos, llenos de fiera determinación.

—Damian se está muriendo, Maggie, igual que le pasaba a Misha. Sé que no puedes recordarle y no tiene los lazos que nosotros tenemos, pero tu mascota puede ser capaz de obrar un milagro. Te prometo que la cuidarán bien y no le harán daño.



El pánico la invadió. ¿Cómo podría dejar marchar a la única amiga verdadera que había tenido?

—Y ¿qué pasa si no está completamente curada y tengo que intentarlo de nuevo? Este poder mío, todavía no he tenido oportunidad de analizarlo, procesarlo y ver cómo funciona. Debo vigilarla unos días más.

Nicholas le cogió la cara entre las manos, negándose a dejar que se alejara, forzando el contacto entre ellos como si los vinculara.

—Maggs, Misha estará en excelentes manos. Tenemos que marcharnos antes de que los Morph nos encuentren. ¿Qué pasa si los Morph la infectan otra vez? Su sistema no soportaría el shock. Créeme, cariño. Es lo mejor. Estará a salvo con la manada. Te lo prometo.

—Es mi perra y soy veterinaria y puedo decidir lo que necesita.

—Los Morph tienen la capacidad de transformarse en cualquier forma animal —su mirada oscura creció en intensidad— ¿Lo comprendes? Cualquier forma, Maggie. Incluso en la de tu propia perra. Los Morph tomarían su forma y te arrancarían la garganta mientras las abrazas como lo estás haciendo ahora.

El corazón de Maggie cayó hasta su estómago. Bajó la vista a los ojos grandes y marrones de Misha que tenía la lengüita rosa colgando. No era posible... pero había visto el ejército de hormigas, lo había visto crecer y cambiar. Y aquella criatura del pantano... se estremeció.

Saber que Misha estaba a salvo con la manada evitaría que los Morph usaran su forma contra ella. Él tenía razón, pero dejar marchar a su compañera la hacía sentirse como si le arrancaran el corazón del pecho.

—¿Dónde irán, Nicholas? ¿Por qué no podemos irnos con Baylor?

La cara de Nicholas se mantuvo impasible. Al contrario que ella, no era fácil leer en él cuando ponía cara de poker.

—Nos vamos a Atlanta y cogeremos un avión desde allí. Tu y yo necesitamos primero dar un rodeo, Maggie. Hay una cabaña al norte de Florida a salvo de los Morph. Está escondida y encubierta con magia. No puede resguardarnos durante mucho tiempo pero estaremos a salvo por el momento. Nos quedaremos allí y te enseñaré a luchar.

Lo irreal de la situación la sobrecogió.

—¿Luchar?

—Asume tu verdadero destino y la leyenda continuará. Eres la Empática de la manada y eres una loba. Y tienes que aprender a luchar como tal.

Yo no lucho ni mato, intentó decir Maggie y entonces recordó como se unió a la batalla cojeando cuando el dragón enfiló a Misha. Cómo había deseado ir atrás en el tiempo y estar en su laboratorio, con su investigación.

Su mirada se clavó en Misha que hociqueaba el suelo en busca de migas. No. No se daría por vencida por nada en el mundo, ni siquiera por su propia estabilidad mental.

Nicholas le acarició la mano, reconfortándola con su toque.

—Necesitas al menos aprender a defenderte a ti misma si estás sola. Te enseñaré todo lo que sé de los Morph, sus debilidades, su fuerza, la mejor manera de derrotarlos. Y puedo enseñarte a controlar tu cambio y su lobo no surgirá cuando menos lo esperes.

Lógico. Sensible. No encontró argumento contra su razonamiento. Nicholas había probado sus intenciones cuando luchó contra el dragón por ella. No percibía amenaza ninguna proveniente de él, sólo una tranquila intensidad. El deseo se entremezcló con un creciente temor de que si se

rendía a sus sentimientos por él la llevaría por una dirección a la que se resistía desde hacía tiempo. Un viaje hacia algo que la anulaba, un camino que temía.

Aunque era noble y valiente y arriesgaba mucho por protegerla, Nicholas no era bueno para ella. Abrazaba un mundo de magia, lucha y matanza. Era todo lo que ella temía. Todo lo que había rechazado hacía mucho tiempo.

Maggie pensó frenéticamente. Tantos cambios en los pocos días que había pasado. Necesitaba más tiempo.

— Necesito otro día más, Nicholas. Dijiste que esta casa era segura así que quiero montar un laboratorio temporalmente y estudiar los efectos de lo que pasó cuando curé a Misha. Comprobar su sangre. Y testar la mía, ver si puedo descubrir si se están produciendo mitosis celulares extrañas desde que empecé a curarla.

Una arruga le cruzó la frente. Miró a Baylor.

— Si quieres una cura para Damian estará en mi sangre no en la de Misha, puesto que la mía contiene el agente sanador. Lo arreglaré para que tu gente reciba viales con ella y quizás puedan producir un antídoto temporal.

Baylor pareció aliviado.

— Podría funcionar. Aunque estaríamos mejor contigo en persona.

— No se va a ir contigo — aseguró Nicholas.

La tensión irradiaba entre los dos machos. Maggie intentó aliviarla con preguntas.

— Baylor, Nicholas, necesito información. ¿Qué ha descubierto vuestra gente sobre la enfermedad? Toda mi investigación ha resultado inconcluyente. ¿Cómo funciona la enfermedad?

El truco funcionó y Nicholas perdió su postura defensiva. Se volvió hacia ella, ignorando al otro macho.

— Desafortunadamente, hemos descubierto poco. Lo que sí sabemos es que actúa como actúan los Morph cuando matan a sus víctimas. Absorben el miedo de la víctima que está muriendo, lo que produce energía y les hace más fuertes. Esta nueva enfermedad devora a la víctima desde dentro, absorbiendo las células sanas y reemplazándolas con células infectadas. Funciona más o menos como el cáncer pero se extiende más rápido que la mayoría de los cánceres. Más como un virus. Probablemente se inyecta como un virus y toma el mando. Ni siquiera las transfusiones funcionan. Lo hacen peor dando a las células invasoras un suministro fresco de energía. Suspender la alimentación ralentiza el proceso, pero la víctima puede morir de hambre.

Baylor intervino.

— Han creado esta nueva enfermedad y van derecho a por el corazón de nuestra manada. Han infectado a nuestro líder. Si perdemos a Damian me temo que la manada se dispersará.

— Como cuando matas a la reina de una colonia de hormigas — murmuró Maggie — La colonia muere.

Baylor le lanzó a Nicholas una mirada que ella no entendió.

— La enfermedad y la infección de Damian fueron culpa suya. Por eso lo desterraron de la manada. La única forma de que la manada lo acepte de nuevo es que te devuelva a ti al redil.

Como piezas de un mosaico, todo encajó. Maggie vio la totalidad del cuadro tomando forma.

— Me necesitas, Nicholas. Por eso fuiste a buscarme.

— Fui a buscarte porque nos necesitamos el uno al otro. Honestamente, ¿Puedes admitir que tu lobo no se manifestará en el futuro? Puedo enseñarte a controlar a tu lobo, Maggie.

La otra única opción era Baylor, que seguía mirándola como si esperara que hiciera algún truco. Todavía no confiaba en él. Baylor no había visto su horrorizada reacción ante el cambio. Ella era Draicon, pero no era uno de ellos aún. La verdad que no.

Y tampoco lo era Nicholas, lo sentía.

—¿Cómo puede la enfermedad ser culpa tuya, Nicholas?

El odio a sí mismo le llenó la cara.

—Enseñé magia a Jaime, un mortal, y rompí las leyes de la manada. No debería haberlo hecho. Pero lo hice. Los Morph la tentaron para que se uniera a ellos e incrementaron los poderes de su magia y utilizaron su sangre para crear esta nueva enfermedad. Entonces ella infectó a Damian.

Faltaba algo. Estudió su expresión vacía.

—¿Por qué rompiste las leyes de la manada, Nicholas si estás tan dedicado a proteger a la manada?

Elevó los anchos hombros en un encogimiento casual. —La conocí en Nueva Orleans, en un viaje. Conectamos enseguida y sentí la magia en su interior y decidí enseñarla a sacarla.

Baylor dio un bufido burlón, aunque parecía que Nicholas estaba guardándose información.

—Si Damian muere, será culpa mía, Maggie. Mía y de nadie más.

Algo oscuro y angustioso se coló en su mirada. Profundamente afectada, Maggie le dio vueltas al asunto. Nicholas podría guiarla por estas horripilantes revelaciones. Puede que la enseñara a ponerle las riendas a su bestia interior y de esta forma no tendría que volver a cambiar.

El tirón de la luna llena se burlaba de ella. Maggie se abrazó a sí misma. Nicholas era el único que podía entender completamente lo que estaba experimentando. Confiaba en él. Podría enseñarla a controlar a su lobo. Nada más.

Maggie se reafirmó silenciosamente en su promesa.

Nunca mataría. Nunca.

Maggie pasó la tarde estudiando la sangre de Misha y comparándola con las muestras que había sacado cuando la perra estuvo enferma. Las células sanguíneas de su mascota eran totalmente normales. Así que sacó muestras de su propia sangre, alarmándose ante una ligera anomalía que no había notado antes.

Baylor le aseguró que la casa era segura. Lo hizo después de comer, lanzándola sugestivas miradas y flirteando abiertamente con ella. Nicholas siguió apartándola y gruñendo al otro macho. Su posesividad parecía una fiebre de alto grado que se elevaba a cada hora.

Esa tarde, casi tuvo que apartarlos cuando empezaron a andar en círculos en posición de combate. Baylor sugirió tímidamente que Nicholas no era parte de la manada y que no tenía derecho a emparejarse con ella. El instinto la advirtió de que estaba ante dos machos poderosos compitiendo por el derecho de reclamarla. El más fuerte triunfaría y Nicholas era capaz de reducir a Baylor a una pulpa ensangrentada.

Pero al ser que había vivido como humano durante tantos años no le agradaba la postura de los machos ni su agresividad. Nicholas era demasiado peligroso y salvaje. Necesitaban relajar toda esa energía reprimida. Así que, después de calmarlos, sugirió que jugaran al voleibol en un uno contra uno. Nicholas y Baylor accedieron no muy convencidos. Ella sería el árbitro y estaba encantada de verles sudar su hostilidad.

Ahora descansaba en el porche mientras Baylor había ido a la ciudad para enviar su sangre a Nuevo Méjico. Nicholas estaba patrullando el perímetro de la propiedad, buscando intrusos.

Maggie estudiaba las hormigas que se escabullían entre las tablas de madera. Levantó los pies y los puso bajo ella. Sólo hormigas. Aún así no iba a correr ningún riesgo.

Un sinsonte aterrizó sobre la espesa hierba del porche. Gorjeó, miró a su alrededor y echo a volar. Sólo un sinsonte.

Maggie le observó cautelosamente. Los pájaros podían sacare los ojos. Picotear la carne.

Relájate. Nicholas le hablaba mentalmente con gentil confianza. *No hay Morph.*

Sí, sí. ¿Cómo lo sabes?

Puedes olerlos. Piensa en el peor olor que hayas sentido en tu vida y multiplícalo por diez. Eso es un Morph.

Inhaló cautelosamente. Sólo el aroma fresco y limpio de la lluvia, los pinos y la tierra mojada. Relajó los hombros ligeramente. Se miró las manos. Manos que sanaban.

Maggie siempre había considerado normal su capacidad para curarse con rapidez. Nunca había tenido nada serio, ni huesos rotos o heridas serias que le hicieran sospechar de la inclinación natural para sanar. Ahora estaba haciendo la prueba definitiva. La sangre ácida quemaba. Colmillos que rasgaban y destrozaban. Garras que cortaban la carne.

Bajo un roble enorme tres cuervos negros discutían y peleaban por las sobras que Nicholas había dejado bajo el árbol como mujeres en un mercadillo. Maggie fijó la vista en el bosque que se extendía más allá. Parecía seguro. Olía a seguro.

Pero no se sentía segura. Se preguntaba si volvería a sentirse segura alguna vez.

Yo te mantendré segura. Mi Maggie.

Su ronco susurro no la tranquilizó. Más bien envió una sensual consciencia sobre ella. ¿Quién la mantendría a salvo de Nicholas? Sus propias emociones era un lío, quería rendirse a la red erótica que había tejido a su alrededor. ¿Cómo podía un hombre tener tan poderoso efecto sobre ella?

Esto no podía ser.

—Y una mierda —se burló. Sintiéndose mejor con el exabrupto, se reclinó. Aún así el placentero pero fastidioso latido entre sus muslos creció. Quería satisfacerlo.

Maggie sabía que su creciente deseo no disminuiría. Había leído el parte meteorológico del periódico. Esta noche había luna llena.

Y temía más que nada lo que le haría la luna a Nicholas y Baylor y lo que significaría para ella.

Nicholas regresó de la vigilancia por el bosque a primera hora de la tarde para jugar un poco. Baylor todavía estaba en la ciudad. Cambió a su forma humana, se puso la ropa y caminó hacia el porche de atrás. Las nubes corrían por el cielo llevadas por un viento suave. El arce estaba moteado de plata por la luz y las campanillas del móvil colgado de sus ramas repiqueteaba. La brisa acarició las campanillas llenando el aire con una música suave.

Pero no estaba para nada relajado. Por el bien de Maggie esperaba que se hubiera retirado, que hubiera atrancado la puerta y que no saliera hasta la mañana siguiente.

Pero al llegar al porche se dio cuenta que no había tenido suerte. En el sillón de fuera, Maggie yacía encogida sobre sí misma con un brazo debajo de la mejilla. Estaba dormida.

Nicholas se paró de golpe y se la quedó mirando. Su aroma se le deslizó en la nariz, flores y excitación femenina. Estaba tan herida como él.

Se acercó a ella como el príncipe de los cuentos de hadas, listo para besar a la princesa durmiente, pero se sentía más bien como el Lobo Malo.

Cayó sobre una rodilla delante de ella y sintió que su cuerpo respondía. La hambrienta mirada acarició cada suave línea y curva de su cuerpo, sus labios rosados y entreabiertos, el rizo rojizo que se había soltado y acariciaba su nariz.

Toda mía, pensó con una salvaje ráfaga de excitación.

—Caira, despierta, —le susurró al oído. La tentación le llamaba. Se rindió, dándole un mordisquito suave en el lóbulo de la oreja y luego un beso.

Un gemido le hizo saber que se había despertado. Maggie se sentó, restregándose los ojos con los puños. Parecía adormilada y absolutamente deliciosa. El hambre le mordió con dientes agudos.

No quería comida.

Sólo a Maggie. Ya. Pero... dudó un momento. La duda le azuzaba. ¿Qué pasaría si el intercambio de poderes tenía lugar durante este primer emparejamiento? Muy raro, pero podría ser.

No debería pasar hasta que ambos alcanzaran un nivel de plenitud sexual. No esta noche. El sexo era nuevo para Maggie. La enseñaría suavemente el arte de hacer el amor por primera vez pero seguiría siendo dominante.

El lobo por encima de las reglas. Una sonrisa irónica le tocó la boca al recordar el viejo dicho de la manada.

El suave tintineo de las campanillas al viento despertó a Maggie. Parpadeó asombrada de lo bien que veía en la oscuridad. Instantáneamente le olió.

Su compañero.

Nicholas se inclinaba sobre ella con hambre desnuda en la mirada.

—Maggie, te necesito —dijo con voz rasposa— Entra conmigo, ya.

El destello de la luna llena en las campanillas la alertó. Luna llena. Sentimientos largamente negados salieron a la superficie. La salvaje y primitiva llamada a correr libre. Lobo.

El lobo arranca, rasga y mutila. Mata.

Completamente despierta, miró la luna plateada. El pánico la azotó.

Luna llena ¿Cambiaría? ¿Podría pararlo ahora que había cambiado? Maggie se tragó un sollozo de pánico. El deseo ardía en la mirada de Nicholas. Dio un paso hacia ella.

Le haría el amor y entonces la bestia en su interior sería libre por fin. ¿Qué pasaría entonces? ¿Se convertiría en esa odiosa bestia que se deleitaba en la violencia? Todo lo que odiaba la llamaría. Maggie sintió verdadero terror no por la fiera excitación de Nicholas sino por la bestia en su interior clamando por ser libre. Por correr libre, por reclamarle como amante y por ser liberada.

Para matar y herir. ¡No! Temblando se puso de pie y miró la luna. No había forma de controlarlo. No sabía cómo hacerlo. Sólo había una persona que sabía cómo hacerlo.

Nicholas. El hombre que quería en su cama. Maggie alargó la mano temblorosa.

—Ayúdame —le rogó— Nicholas, no puedo cambiar otra vez... la luna... Por favor, no sé cómo pararlo, la bestia dentro de mí. No puedo volverme un lobo. No puedo controlarlo.



La fiera excitación de su cara se desvaneció. Nicholas dejó caer la cabeza y apretó los puños. Levantó la cabeza y lanzó un espeluznante aullido a la luna que hizo que se le pusieran los pelos de punta.

Pero cuando terminó, las huellas del deseo se habían desvanecido reemplazadas por un hombre por completo en control.

—Maggie, Maggie. No hay nada que temer. Por favor, ven a mí.

Avanzó hacia ella con los brazos abiertos. Se dejó caer contra él, enterrando la cara en su pecho. No importaba lo que había hecho, Nicholas había prometido mantenerla a salvo. Confiaba en su promesa.

Incluso si significaba que tendría que protegerse de sí misma.

—Por favor, por favor, no quiero convertirme en una bestia —susurró.

Le acarició el pelo con la mano.

—Shh —susurró calmándola— Shh, Maggie, caira. No dejaré que te pase nada. Mírame. ¿Estoy cambiando? ¿Ves algún lobo?

Lo había visto antes, en la fiera de su mirada, el hambre desnuda de la bestia ardiendo por ser liberada. Pero al levantar la cabeza sólo vio la cálida mirada castaña y la preocupación frunciendo las cejas. El viento agitaba las puntas del pelo oscuro.

—Maggie, no cambiarás si no quieres. No hay nada que temer. Te enseñaré.

Maggie apoyó la cabeza en su hombro, sintiéndose cansada y agotada. Le creía. Confiaba en él. Lo salvaje había desaparecido de su expresión, Nicholas la acunó como si fuera una frágil muñeca de porcelana que quisiera proteger.

Casi lo había hecho. Pero había obligado a retroceder al deseo abrasador cuando vio su cara. Maldita sea, no quería que volviera a mirarle de esa manera. Antes se enfrentaría a una legión de Morph. Maggie odiaba y temía su naturaleza de lobo.

Encadenó a su bestia interior sólo para mostrarle cuanto control había conseguido. Nicholas sonrió sombríamente. Le llevó todo el control que tenía sostenerla y calmarla en vez de entrar con ella, ponerla sobre la cama cubrirle el cuerpo con el suyo y empujarse en su interior por fin.

La sensación de asombro y paz luchaba con la cruda hambre animal. Le acarició el pelo maravillándose de sus recién encontrados sentimientos. Antes había usado a las mujeres siempre para su propio placer. Hoy por primera vez, antepuso las necesidades de otro a las suyas propias.

Se sentía extraño y un poco asustado. Pero también se sentía bien, como si pudiera hundirse en estas sensaciones para siempre.

Por la mañana temprano, Maggie paseaba mientras Baylor sacaba a Misha antes de salir para el aeropuerto. Los pensamientos la asaltaban uno tras otro sin descanso. ¿Había tomado la decisión correcta al trasladarse con Nicholas a otro lugar seguro para perfeccionar sus habilidades?

Entró en el cuarto de estar y se paró. Nicholas se estiraba sobre el sillón de cuero. Tenía las cejas fruncidas. Parecía exhausto. Recordó como la había sostenido y se preguntaba si había dormido.

Intrigada, entró en la habitación. Él dejó caer el carnoso labio inferior al suspirar profundamente con un brazo sobre la cabeza. Las pestañas espesas casi acariciaban sus mejillas duras. Maggie se inclinó más cerca y se estremeció al ver una lágrima cristalina cayendo de sus ojos.



Lanzó su mente deseando más que nunca entrar en sus pensamientos. Las imágenes destellaron ante ella. Pena. Dolor. Soledad. Nicholas se sentía tan solo como ella.

Se le encogió el corazón. Maggie recogió la lágrima con un dedo. Muy gentilmente la enjugó.

Se quedó sin aliento al oír a Baylor y Misha saltando por la entrada. Nicholas abrió los ojos. Se sentó abruptamente y frunció el cejo.

— ¿Por qué te ciernes sobre mí?

Porque me necesitas. No se atrevió a expresar en voz alta que intuitivamente sentía su resentimiento al haber visto aquella lágrima. En lugar de eso, Maggie se encogió de hombros.

— Estaba esperándolos. Ya han vuelto.

Nicholas se puso de pie, entrecerrando los ojos. Se levantó del sofá como si temiera que le pillaran durmiendo. Baylor entró acariciando a Misha. Pero no soltó la correa. En vez de eso, miró a Nicholas cautelosamente. Nicholas cruzó los brazos sobre el musculoso pecho y le devolvió la mirada.

Ignorando la tensión masculina que se palpaba en el aire, Maggie se inclinó y abrazó a su perra. Se levantó y le dio a Baylor instrucciones explícitas sobre el cuidado de Misha.

— Tendré buen cuidado de ella, Margaret — le lanzó una especulativa mirada — Y tú cuídate. Recuerda que eres de la familia. Siempre estaremos ahí para ti y puedes confiar en nosotros, no como otros. Nunca te defraudaremos.

Nicholas no dijo nada, pero la tensión se enroscaba en sus músculos como un lobo listo para saltar. Maggie le lanzó una mirada preocupada.

— No juegues conmigo, Baylor. Si hay algo que quieres decirme, dilo y déjate de rodeos.

En lugar de eso, el Draicon se volvió hacia ella, se inclinó y la olisqueó. Nicholas gruñó. Baylor dio un paso a tras pero mantuvo su mirada clavada en ella.

— Aún no te has emparejado con él. No puedo olerle en ti. Así probablemente aún no lo has visto. Pregúntale a Nicholas sobre el tatuaje, Margaret. Pregúntale qué significa y dónde se lo hizo. Es todo lo que voy a decir. Pero ten cuidado.

Se volvió y llevó a Misha hasta el trasportín, hablando por encima del hombro.

— Algunas veces hasta los lobos más amigables pueden volverse contra ti cuando menos lo esperas, si está en su naturaleza. No puedes cambiar a un asesino.



CAPÍTULO 10

Dormitó mientras él conducía. Nicholas le echaba un vistazo de cuando en cuando mientras se encaminaban hacia su destino. Se restregó con la mano derecha la pequeña águila negra escondida en la nuca. Desde que estaba con la manada de Damian se había dejado el pelo largo y el tatuaje oculto.

Baylor lo había visto cuando lucharon. Sabía lo que significaba.

Maggie no lo sabía. Esperaba que no le preguntara. Todavía no. No podría decirle la verdad, no hasta que se hubieran emparejado y se sintiera seguro de ella.

Le había contado a Maggie parte de la verdad.

Sí, la enseñaría a luchar, a defenderse y lo aprendería todo sobre su herencia Draicon. Después de que se emparejara con ella.

La pequeña cabaña en el bosque serviría de nido de amor, dándoles el tiempo necesario para emparejarse. Maggie era delicada. Las parejas no siempre intercambiaban poderes la primera vez. Se necesitaba la cantidad justa de compromiso emocional durante el sexo y la intensidad del orgasmo para conseguir un emparejamiento perfecto. Entonces se unirían físicamente mientras intercambiaban recuerdos, poderes mágicos y emociones.

Debilidad. Le encantaba la debilidad de Maggie. Su negativa a matar, la gentil naturaleza que encubría a la Draicon escondida en su interior.

Apretó los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La debilidad de Maggie, la cura definitiva de Damian. Se les agotaba el tiempo. Incluso ahora, si conseguían un emparejamiento perfecto e intercambiaban poderes mágicos, podría ser tarde para salvar a Damian. Y además estaba el delicado tema de su destierro.

Se posó en su boca una sonrisa sombría. Obedecería las leyes de la manada como era su deber pero ni un ejército rabioso de Morphs le impedirían volver una vez tuviese la certeza de que tenían una cura para Damian.

Por supuesto, otros machos como Baylor le desafiarían. Necesitaría toda su fuerza y perfeccionar sus habilidades en la lucha para la vuelta. No se arriesgaría siendo suave.

Suave, como Maggie. Gentil y dadivosa, como Maggie.

Durante años se había entrenado para rechazar las emociones. No debía perder el control o mostrar ninguna forma de debilidad ante la manada. Era Draicon, lobo, fuerte.

No eres de la manada en realidad, Nicholas.

La antigua burla de Baylor resonaba en su cabeza. Nicholas echó otra mirada furtiva a Maggie. Si supiese sus verdaderos orígenes, ¿desconfiaría de él como los otros?

Durante el proceso de emparejamiento no se mantendría dominante ni condescendiente como otros machos. Era posible. Había preguntado a otro macho, Kyle, antes de salir de Nuevo México. Seguramente reduciría la satisfacción emocional del emparejamiento pero podría vivir con ello.

Siempre que mantuviera su precioso control.



Nicholas vio el desvío de la I-75 a la Nacional 441 y giró de golpe. Las sombras del atardecer empezaban a caer mientras conducía por la carretera, después giro tomando la solitaria carretera secundaria de dos sentidos que llevaba hasta la cabaña. La pequeña cabaña en la igualmente pequeña ciudad de High Springs cubría sus necesidades a la perfección. Más aislada que la casa de Melbourne y más difícil de encontrar por los Morph estaba resguardada por el bosque y ofrecía más privacidad.

La oscuridad les cubrió como una manta. Sólo la luz de la luna llena filtrándose por la densa espesura de los árboles cortaba la negrura.

No había señales que indicaran el camino. Había memorizado el mapa. Una sombría sonrisa se instaló en sus labios. Al contrario que los mortales, tenía un excelente sentido de la orientación.

Las luces delanteras del vehículo iluminaron un camino polvoriento y estrecho. Nicholas giró a la derecha hacia un callejón de un solo sentido. Pinos espesos y arces flanqueaban el camino durante una milla y después el paisaje se ensanchaba mostrando el perfil grisáceo de una pequeña cabaña.

Su nueva casa durante una semana. Aparcó en un camino de gravilla y apagó el motor bajando el cristal de la ventanilla para dejar entrar la brisa que olía a pinos.

Se volvió hacia Maggie, que lanzaba adorables gruñidos. El sueño suavizaba las líneas de preocupación de su casa subrayando su inocencia. Largos mechones cobrizos acariciaban las rosadas mejillas.

No era una belleza tradicional. Su belleza se encontraba en la personalidad tenaz y en su devoción, su fuerza interior y el sorprendente coraje de alguien que se negaba a defenderse a sí misma. Deseaba que se atreviera a afrontar el recuerdo que le habían arrancado de su herencia Draicon, aunque quizás la fortaleza que adquiriría de él tras el vínculo del emparejamiento la ayudara.

Deslizó la mirada por la firmeza de sus pechos que empujaban el basto tejido de la blusa de saldo, los vaqueros nuevos encerraban las curvas de sus piernas, abrazando las rotundas caderas. Nicholas se acercó y olisqueó la esbelta columna de su cuello, mordisqueando la delicada curva de la oreja. El deseo encendió su sangre, espeso y caliente.

Se retiró.

Nicholas la alzó en brazos fácilmente como si no pesara más que su perra. La sentía suave y cálida y deliciosamente femenina en sus brazos. La deseaba más que a su próximo aliento.

Pero, por su bien, esperaría.

Maggie se sintió elevada y rodeó el cuello de Nicholas con los brazos. Entornó los ojos y se sorprendió de lo fácilmente que veía en la oscuridad. La cabaña hacía la que se dirigía era cuadrada, pintada de marrón con tejado de guijarros de un marrón apagado. Una cerca de madera rodeaba la los límites de la finca y terminaba donde el bosque empezaba. Bajo un roble alto colgaba un columpio de madera para dos. Un porche de madera y un saledizo de hojalata corrían por todo alrededor de la casa. En el porche se alienaban mecedoras y sillas Adironack. Encantador y pintoresco. Como la cabaña del bosque de la Abuela.

Se acordó del Lobo Feroz que quería comerse a la niña.

—Si es lo que quieres, lo haré.

El deseo que humeaba en la voz de Nicholas la llenó de un delicioso calor. Se tensó en sus brazos cuando abrió la puerta.

—Sin llave. Nadie se atreve a venir aquí. La magia rechaza a los intrusos que no sean Draicon —la puso sobre los pies con suavidad y acarició su pelo— Lo que prueba lo que te dije. Si no fueras uno de nosotros no podrías haber entrado. Tan pronto como hubieras llegado al camino te habría puesto tan enferma que te habrías visto forzada a dar media vuelta. La sugestión de comida envenenada habría borrado cualquier sospecha de tu mente.

Maggie pasó la mano por su pecho, saboreando la dureza bajo los dedos. Había hecho tanto para mantenerla a salvo anteponiendo las necesidades de ella a las suyas propias. El lobo en su interior aullaba con una necesidad que no era la de correr libre y salvaje. Deslizó los dedos hasta la curva fuerte del cuello, tentando los músculos duros de los hombros gruesos.

Tenía el cuerpo como cincelado en mármol. De repente deseaba sentir su peso, sentirle montándola, sentirle dentro.

Nicholas le apartó la mano. Tenía los ojos atormentados.

—Entra dentro, Maggie —dijo con la voz espesa— Ponte cómoda. Tengo que revisar la propiedad.

—¿A estas horas de la noche? Creía que habías dicho que éste era un lugar seguro.

—Lo es. Pero yo no.

Tragando con fuerza le miró mientras empezaba a sacarse la camisa por la cabeza.

—Adentro. Ya —gruñó— Necesito correr con la luna para no tomarte y liberar el salvajismo que llevo dentro. Es tu primera vez y quiero ser gentil.

Cogida por sorpresa, le miró.

—¿Cómo sabes que soy...?

—Lo sé. —dijo— No puedo oler otro hombre en ti.

En vez de entrar en la cabaña le miró quitarse la camisa. La luz de la luna doraba los músculos de sus bíceps y el vello espeso de su pecho. Tenía una sombra de barba en la mandíbula aunque se había afeitado por la tarde, antes de salir. Se quitó los zapatos de un tirón y también los calcetines. Nicholas gruñó otra vez y se volvió de espaldas arrancándose de un tirón los vaqueros. Miró fascinada el contorno de los testículos colgando entre las piernas extendidas.

—Ve dentro —dijo con tono estrangulado.

Maggie se fijo en las mitades suaves del trasero musculoso cuando acortó hacia el bosque.

Se duchó y se secó el pelo y colgó la toalla empapada en el colgador de madera al lado del tocador. Se puso una bata blanca y gruesa y entró en el dormitorio. Muebles sencillos y robustos en colores tierra llenaban la habitación. Las paredes color crema estaban desnudas excepto por un cuadro de un lobo solitario sentado en una colina, aullando al orbe plateado de la luna.

No tuvo más remedio que sonreír un poco ante la ironía.

Maggie se sentó en la cama y acarició el cabecero de pino tallado. Grande como un campo de fútbol, la cama parecía suave e incitante. La recorrió un escalofrío de anticipación al pensar en el cuerpo de Nicholas cubriendo el suyo.

Aquí es donde harían el amor.

Nerviosa e inquieta se hundió en una mecedora de mimbre que había al lado del poyete de los ventanales y miró al exterior. Dos pinos espesos cubrían el lado izquierdo de la casa. La hierba cubría los lados del entarimado de madera que llegaba desde el aparcamiento de gravilla. Las palmeras que parecían incongruentes junto a los robles, mecían las ramas susurrantes. Alguien había intentado plantar rosas al lado del balancín que colgaba de un desparramado roble.

Maggie salió a la noche de luna y se sentó en los escalones del porche.

La cabaña estaba en medio de una gran extensión de terreno, flanqueada por tres de sus lados por pinos altos, robles y arces. Cerca, croaban las ranas arbóreas sonando como una orquesta en miniatura. Un alimentador oxidado del molino de viento oscilaba delante y detrás al lado de un jazmín.

Había dejado claras sus intenciones la otra noche. Sin palabras, con una significativa mirada que la recorrió de pies a cabeza. Como si estuviera hambriento y ella fuera un banquete de cinco platos.

Nunca te dejaré solo mucho tiempo, dulce Maggie. Siempre estoy contigo, siempre. La voz ronca y masculina de su cabeza la hizo dar un respingo. Sólo había sombras en la noche. Entre sus piernas empezó a palpar un profundo latido. Se revolvió y la excitación creció a niveles de fiebre.

Una sombra grande se despegó de un árbol y se aproximó. Olió el bosque, los pinos. Nicholas. Un rayo de luna acariciaba su cuerpo desnudo.

Recorrió su pecho poderoso, los músculos esculpidos que rodeaban los brazos y las piernas y el nido oscuro de vello que rodeaba su recia excitación con hambrienta mirada. Maggie tragó con fuerza. Era grande. Definitivamente megagrande.

Una repentina punzada de miedo se mezcló con el agudo deseo. Maggie se sobrepuso a ella.

— ¿Qué haces aquí fuera?

La voz profunda parecía ronca y espesa. Maggie se puso de pie y le hizo frente.

— Esperándote.

Sabía lo que iba a pasar. Aunque estaba un poco asustada, sus instintos la impulsaban.

— ¿Estás listo para mí?

El hambre oscura de su cara le dio la respuesta.

Nicholas extendió la mano.

— Ven dentro, Maggie — le ordenó con suavidad — Ya es hora. Hace mucho que es hora.

Esperó con la mano extendida como un hombre con una determinación. Maggie cogió su mano y la condujo dentro. Nicholas cerró la puerta tras ella. Se volvió con una expresión intensa en la cara. Oscura, hambrienta. El cuerpo tenso, la energía arrolladora lista para saltar.

La recorrió un pequeño escalofrío. Iba a tomarla. Esta noche. Aquí. Ahora.

Ya no dejaría que le negaran a su compañera.

Cogiéndola de la mano, la condujo al dormitorio oscuro. Lentamente, Maggie se quitó la ropa mirándole mientras la estudiaba. Se le ensancharon los ojos cuando se quedó desnuda ante él. La aprobación se mezclaba con la excitación en su cara. Los músculos del cuello se le tensaron como si todo el cuerpo vibrara con la tensión. La mirada de Maggie bajó a los dedos que se flexionaban y doblaban y la asombró el tenso control que mantenía.

Nicholas seguía en silencio con la mirada caliente e intensa. El pelo espeso y negro le colgaba alrededor de la cara en largas ondas revueltas. Pero permanecía quieto con el cuerpo desnudo como mármol dorado cincelado al pálido resplandor amarillo.

Estaba esperando que ella hiciera el primer movimiento.

Necesitaba esto, le necesitaba a él. No importaban las consecuencias, tenía que emparejarse con él y terminar con este interminable anhelo.

Maggie apretó su boca contra la de él. Sus labios eran firmes y cálidos e hizo un ruido de sorpresa apretándola contra él. Nicholas la empujó hacia atrás hacia la cama. Se tumbaron encima, todavía besándose. La barba incipiente la abrasaba la piel suave mientras él bebía de su boca.

La boca de él se deslizaba sobre su piel dejando un reguero de fuego. Sus labios besaron la curva de un pecho y después se centro en uno de sus endurecidos pezones. Nicholas la chupó suavemente, dando golpecitos sobre la erguida punta. Maggie se arqueó, sujetando su cabeza contra ella mientras él la atormentaba con la lengua.

Soltó el pezón con un plop. Nicholas levantó la cabeza y sonrió.

Y empezó a besarla de nuevo. Maggie hizo un ruido de protesta.

— Necesito tocarte — dijo agarrándose a sus hombros.

— Luego — murmuró — Necesito saborearte.

Beso tras beso, se colocó sobre su suave vientre, lamiendo el ombligo, abriéndose camino hacia abajo. Se dio cuenta de que estaba marcando su cuerpo con la lengua. Colocando su olor por toda ella y así cualquier macho Draicon sabría que ella era suya.

La besó lentamente y a fondo. Se retorció y ondulaba debajo de él, soltando gemiditos. Subió los brazos y los deslizó alrededor de su cuello, acercándole más. Nicholas murmuró esa extraña palabra que no entendía.

— ¿Qué significa “caira”?

— Es un término cariñoso. Significa “mía para siempre” en nuestra antigua lengua.

La suave ternura de su voz la desarmó. Había tenido razón todo este tiempo. Esto era más que mera atracción sexual, era la unión de dos espíritus. La parte de ella que anhelaba ceder, darles a ambos lo que ambos deseaban, soltó un pequeño suspiro. Y se rindió.

Su boca se deslizó por su piel como una pluma, centímetros tras lento centímetro. Sus labios firmes y cálidos la bañaron de caliente placer cuando deslizó los brazos en torno a ella e inició el rastro de besos hacia a bajo de su cuerpo.

Nicholas deslizó la mano por la curva de su cadera, rozó su plano vientre y hurgó entre sus muslos. Con consumada destreza acarició su hendidura. Maggie ondulaba las caderas con silenciosa necesidad cuando él introdujo un dedo en su interior. Su carne se apretó a su alrededor mientras él la acariciaba suavemente acumulando la humedad que necesitaba para dejarla preparada para su entrada.

— Ah, caira, estás tan apretada — murmuró.

Retiró el dedo, besándole el ombligo. Fue lamiendo hacia la unión entre sus piernas, donde se acumulaba la humedad. Maggie jadeó levantando la cabeza cuando le separó las piernas y se instaló allí.

Entonces bajó la cabeza y la lamió. Se puso rígida, gimiendo, cuando sus manos se posaron en sus piernas, manteniéndolas completamente abiertas.

Posó la boca sobre su centro húmedo. Un calor agudo y delicioso en enroscó a su alrededor cuando deslizó la lengua por su hendidura. Maggie lloriqueó mientras la besaba y la saboreaba. Su necesidad se disparó. Necesidad de él, dentro de ella. Necesidad de emparejarse con él y unirse por fin, como dos piezas perdidas que finalmente se hacen una.

El calor crecía y su cuerpo se tensó hasta que se hizo añicos, mientras el orgasmo se derramaba sobre ella en un grito explosivo.

— Nicholas — gritó.

Fue más despacio y la besó sujetándola y levantando la cabeza. Nicholas se limpió los labios con el dorso de la mano.

— Ahora está preparada, caira.

— No, no lo estoy. Me toca.

Se sentó y, con una fuerza que la sorprendió, le empujó hasta tumbarlo de espaldas. Su lobo interior aulló con aprobación. La risa le llameaba en la cara cuando ella empezó a explorar su cuerpo con la profunda fascinación de un científico y la caliente excitación de una mujer. Le besó la delgada cadera, deslizó la mano sobre el tenso vientre y se deleitó en los músculos que se estremecían bajo su toque. Maggie se arrimó a su clavícula y trazó con la boca una línea sobre el ancho hombro. Lamió la carne aterciopelada sobre los nervios y los músculos duros, saboreando lo ligeramente salado de su piel. El asombro se disparó ante las amplias diferencias entre hembras y machos. Esto era el cuerpo de un guerrero, construido como el de un luchador henchido de músculo mientras su propio cuerpo era más suave y flexible.

— Date la vuelta —le ordenó, apenas reconociendo su propia voz de tan espesa que parecía.

— Como tú quieras.

Nicholas se colocó sobre el estómago mientras Maggie cabalgaba sus gruesos muslos. Pasó la mano por el vello sedoso de sus piernas, maravillándose de la fuerza de sus miembros al apretar su carne dura. Entonces deslizó las palmas de las manos por los suaves globos de las firmes nalgas y después por las crestas de los músculos de la espalda. Apartando el largo pelo, le besó la nuca adorando los gemidos que le estaba arrancando. Le llamó la atención una marca pequeña en la nuca. Le echó el pelo hacia atrás para inspeccionarla pero, de repente, el se tensó y tan fácilmente como ella le había puesto de espaldas, se deslizó de debajo de ella y la puso de espaldas.

— Ahora —gruñó— Ya es hora.

La intensidad radiaba de su mirada cuando colocó su cuerpo musculoso entre sus piernas abiertas. Sujetándose sobre las manos, la miró.

— Caira, ah, caira.

Sintió su rígida longitud sondeando su entrada húmeda y apretada. Maggie se tensó con verdadera alarma.

— Shh —Le acarició el pelo— Está bien, dulce Maggie. Sólo relájate. Relájate.

No iba a funcionar. Estaba muy tensa y era muy pequeña. Pero quería esto.

Nicholas entrelazó sus dedos con los de ella, juntando sus manos. Empujó. Un dolor ardiente la atravesó. Apretó los dientes.

Te has sentido peor cuando le curabas las heridas.

La presión se incrementó. Maggie aferró sus dedos como si fueran un ancla. Su peso la clavaba al colchón. Se retorció, indefensa y abierta a él. Nicholas se elevó con la mirada ardiente clavada en la suya.

— Ahora, Maggie —dijo con la voz espesa— Eres mía, para siempre.

Empujó más fuerte y más hondo dentro de ella. Atrapada por el repentino shock del dolor, aulló Nicholas capturó su grito con su boca. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. Él apartó la boca de la suya y atrapó la lágrima con la lengua.

Alojado profundamente en su interior, Nicholas permaneció quieto. Sus manos aferraban las suyas clavándolas a la cama, manteniéndola atrapada con su cuerpo. La ardiente presión entre sus piernas disminuyó, reemplazada por una curiosa y deliciosa fricción. Él empezó a moverse mientras sus músculos internos se aferraban con entusiasmo al intruso masculino, acariciándole.



Nicholas se tensó y gruñó. Una gota de sudor rodó por su frente y cayó sobre sus pechos, como una lágrima.

Y entonces pasó algo. Una sensación creciendo dentro de ella, como agua derramándose y llenándola.

Los ojos oscuros de él se agrandaron.

— Está pasando — murmuró — Relájate, Maggie. No luches contra ello.

Las lágrimas relucían en sus ojos mientras se aferraba a él, abrazándolo en silencio. Las emociones que la recorrían eran tan intensas que casi no podía soportarlo. Sentía como si su propio yo se hubiera abierto y deslizado fuera de ella, reemplazado por primitiva satisfacción masculina mezclada con tal ternura y humilde asombro que quería llorar.

Se dio cuenta de que eran los sentimientos de Nicholas. Estaba sintiendo las emociones de Nicholas.

Entonces se retrocedió sobre sus piernas y la sensación se desvaneció. Con la cara ardiendo de fiero deseo, Nicholas le separó las piernas completamente. Maggie se encogió sobre sí misma cuando empujó profundamente sujetándole las piernas completamente abiertas y entonces se dejó caer sobre ella. Acariciándole el pelo húmedo, Maggie dio la bienvenida a su peso.

Algo había pasado y era más que hacer el amor. Algo maravilloso y ligeramente aterrador.

— Casi, — murmuró él deslizándose de su interior y besándole la sien — No del todo, pero ha empezado. Aunque aún no estábamos preparados.

Yacían en somnoliento deleite y Maggie se enroscó contra él, con la cabeza apoyada en su ancho hombro. Sus dedos se deslizaban por el húmedo vello de su pecho.

— Sé tan poco sobre ti, — murmuró — Cuéntame sobre tu rancho de Nuevo Méjico.

Le sintió tensarse un poco.

— Está a cierta distancia del territorio de la manada. No había vivido allí desde hacía años hasta que me desterraron. Solía criar caballos pero los vendí y abandoné el rancho. Hice algo de dinero y lo invertí. He pasado la mayor parte del tiempo en el refugio de caza que tiene la manada. Está en las montañas y mucha de nuestra gente todavía está asentada allí puesto que los ataques de los Morph han aumentado.

— ¿Lo hechas de menos?

El amplió pecho subió y bajo.

— Algunas veces. Había convertido el granero en un taller donde tallaba madera pero como pasaba mucho tiempo en el refugio de la manada, Damian me construyó un taller en el territorio de la manada.

— ¿Madera? ¿Tallado?

— Muebles. Me gusta trabajar con las manos. No lo había hecho últimamente. No había tenido tiempo.

— ¿Por qué no? — Maggie se levantó y le miró. Los rizos cobrizos le enmarcaban la cara — No puedes pasar todo el tiempo merodeando en busca de Morphs y preocupándote por la manada.

La acarició la mejilla.

— Es lo que soy, Maggie. Tengo un deber para con la manada. Soy el guerrero que los mantiene a salvo. Tengo un conocimiento del enemigo que pocos pueden igualar.

— Incluso un guerrero tiene que descansar de vez en cuando.



Permaneció en silencio tanto tiempo que creyó que no la había oído. Entonces Nicholas se volvió de repente y la abrazó tan fuerte que casi aulló de dolor.

—No hay descanso para mí. —murmuró— No puedo descansar.

—Connigo sí puedes —Maggie le acarició la cabeza deseando poder borrar la mirada de angustia de sus ojos oscuros.

¿Qué preocupaba realmente a Nicholas?



CAPÍTULO 11

La luz del sol pasó a través de las persianas de madera abiertas a la mañana siguiente. Maggie despertó, somnolienta y sintiéndose repleta. Una mano puesta sobre el musculoso pecho de Nicolas, su pierna enganchada a su fuerte muslo. Una almohada de Nicolás. Se movió ligeramente, reaccionando a sus doloridos músculos y un dolor más profundo entre sus piernas.

El penetrante olor del sexo, esencia masculina y aire fresco llenó la habitación. Maggie se acurrucó más profundamente en las sábanas de algodón egipcio. Una hora más de sueño no vendría mal.

—No. Es hora de levantarse, caira.

Ojos café oscuro parpadearon soñolientos, mientras le sonreía, Maggie tuvo una sensación de paz a su protectora voz.

—¿Te levantaste? —Impíamente, ella lo agarró. Un ahogado gruñido salió de él.

Un sonido agudo salió mientras Nicolas la volvió, asciendo por su cuerpo. Un mechón de cabello oscuro le caía sobre la cara. El deseo oscurecía sus ojos. Su barba a medio crecer ensombrecía su tersa mandíbula. Parecía peligroso.

Y así de rápido, se deslizó fuera de ella.

—Estás muy dolorida —murmuró, apretando la mandíbula— Puedo esperar.

—No lo estoy —rodó encima de él, sorprendida de su fuerza, ahora que había reconocido el lobo, todo en ella aumentó. Fuerza. Audición. Olfato.

El olor masculino único de Nicolas, esencia de madera de pino y praderas verdes.

Maggie besó la línea de su mandíbula, acarició la línea que llegaba a la base de su columna, exploró, recorriendo su estómago y acarició su grueso y sedoso cabello, Nicolas silenció un gruñido de placer.

Ella levantó el cabello de su nuca, Nicolas se tensó.

—No.

Maggie lo ignoró y estudió la pequeña marca negra que había visto antes. El águila volando hacia arriba, pero pequeñas gotas negras caían de sus garras. Pintado en su cuello, el tatuaje parecía intrigante y misterioso, casi como el símbolo de una pandilla.

El pensamiento la perturbó, besó el tatuaje como si pudiera quitar la angustia que sintió que le causaba.

Nicolas se alejó rápidamente como si sus labios fueran metales calientes, se giro y la montó, abriendo sus muslos con las piernas. Su mirada era oscura y feroz.

Yaciendo sumisamente debajo, sintiendo la agresiva tensión masculina chocando en su interior. El la penetró con un único y duro empuje. Lo soportó silenciosamente, sintiendo el ardiente placer mientras su cuerpo musculoso se deslizaba sobre el sedoso cuerpo de ella. Maggie abrió completamente sus piernas, y enlazo sus manos a su cuello.

La dura mirada de cruel lujuria se fue de su rostro, Nicolas la observó, algo latente en la mirada de ella entro en sus pensamientos mientras introducía su cuerpo en el de ella, uniéndolos íntimamente como piel a piel. Pensamiento a pensamiento.



La asustas, Maggie, se gentil, no rudeza. ¿Que demonios estoy haciendo?

Maggie gimió y se abalanzó hacia él acercándolo.

—No estoy asustada, Nicolas, soy mas resistente que eso —susurró ella en su mente— Dame todo lo que tengas y libéralo.

Lo hizo.

Tan apretado, cálido y sedoso. Un guante caliente y húmedo apretando su miembro. Nicolas se aferro en sus manos y empujó profundamente

—Ah, Maggie —dijo silenciosamente— Mi Maggie —recibió todo lo que tenía y le respondió de igual manera.

Sintiendo los músculos de ella tensarse a su alrededor a medida que aumentaba el asidero en su cuello. Penetro su mente, la fricción escalaba hacia un explosivo crescendo. Sus testículos le dolían y se secaban. Nicolas sintió las emociones de ella, sus pensamientos y su esencia empezaron a fluir hacia él como una represa goteando incluso mientras su miembro se hinchaba dentro de ella. La vaina de Maggie le apretó como un alicate en exquisito placer

Estaba pasando, se dio cuenta con maravillada excitación, la unión de apareamiento, algo dentro se vaciaba, fluyendo de él, construyó una puerta mental, conteniendo que parte de si mismo salía y permitiendo que entrara solo una pequeña parte de su esencia.

Luego sintió una ligera liberación alrededor de si mismo, como si ella se hubiera dado cuenta de su retirada mental, Nicolas se levanto sobres sus manos para unir su mirada a la de ella mientras sentía aproximarse el clímax.

—Vamos caira, dulce Maggie, córrete por mí, puedes hacerlo, tu puedes —dijo suavemente.

Ella lloriqueó suavemente debajo de él y su interior lo apretó a medida que su cuerpo se contraía, Nicolas se dejo ir, un gruñido gutural salió de él mientras llegaba al clímax con ella.

Como suaves gotas de lluvia tocando metal caliente, sintió las gotas de su gentil esencia filtrase a su espíritu, Nicolas se acostó sobre ella, jadeando pesadamente, el sudor haciendo sus cuerpos uno.

—Increíble —murmuró.

—Lo has sido tú —dijo parpadeando con somnolienta satisfacción.

Parte del él se sentía decepcionado de que aun no lo consiguieran. Quizás mas tarde. A veces el sexo duro y salvaje hacia aparecer la unión de apareamiento. Tal vez cuando ella aprendiera a aceptar al lobo y no a temerle. Quizás un poco de su fuerza fluiría hacia ella, la suficiente para enseñarle a ir más allá de sus miedos.

Mientras, tendrían que seguir intentándolo. Nicolas la giró, temblando con agotada pasión y sonrió internamente.

Esperaba con ansias intentarlo una y otra vez.

Un rato después, Maggie decidió que el amor no era suficiente. Nicolas se contentaba con obtener energía a través de hacer el amor, pero ella había vivido mucho tiempo como humana. Necesitaba desayunar.

Nicolas hurgó en el refrigerador y cerró la puerta, puso una inclinada cadera contra el refrigerador, Maggie lo observó, mientras la excitación ya empezaba a crecer dentro de si por la firmeza de su cuerpo, los unidos músculos que se veían a través de la apretada camiseta.



— ¿Que haremos después del desayuno? ¿Conduciremos hasta el pueblo? — preguntó.

— No. Vamos a pelear.

— ¿Acabamos de hacer el amor y ya quieres hacer la guerra?

— Pelea de entrenamiento. Para dominar las habilidades que necesitas como una guerrera Draicon para luchar con los Morphs — arrastró una silla cerca de ella, la montó y descansó los antebrazos en el respaldo.

— Una de las razones por la que te traje aquí, caira. Esta cabaña esta protegida temporalmente de los Morphs que nos buscan. Mientras más magia usemos, más se debilita el escudo. Tenemos a lo sumo una semana antes de que la protección se agote completamente — su brillante mirada se fundió con la de ella — Incluyendo la unión de apareamiento, como lo hicieron tus padres antes de ti, Maggie. ¿Nunca te hablaron del sexo en los de nuestra clase?

— ¿Quieres decir de los pájaros y las abejas?

Una ruda sonrisa lleno su boca.

— Mas como los canis y los lupus. Como los lobos de verdad, caira. Solo que en nuestra especie, es necesario para intercambiar poderes.

Recuerdos surgieron espontáneamente

— Se trata del sexo — recordó.

— Puedo ver que tengo que empezar desde el principio — murmuró — Hace milenios, nuestra gente se hizo muy poderosa y decidió dividirnos y partir nuestros poderes. Cuando encontramos a nuestra pareja, literalmente encontramos a nuestra otra mitad, la parte que nos faltaba de nuestra magia. Es por eso que tú y yo podemos comunicarnos a nivel telepático, Maggie. Cuando alcanzamos cierto nivel de satisfacción sexual nuestros cuerpos se unirán e intercambiaremos poderes. Dos volviéndose uno, como era en los tiempos antiguos.

Se inclinó mas cerca, lo suficiente para que pudiera oler el débil olor de jabón, piel limpia y ese familiar olor de madera, tan masculino

— Los biólogos lo llamaban lazo copulatorio en los lobos, ya a comenzado cuando hicimos el amor — dijo suavemente.

— Pensé que solo se trataba de absorber energía a través del sexo.

— No, es más — Nicolas ladeó su cara en un tierno gesto. Ella le sonrió.

— Así que tú heredarás mis habilidades curativas, que son mi magia, y yo recibiré algo de tu fuerza y valor. ¿Qué más recibiré?

Retrocedió, pareciendo precavido.

— La mayoría de las parejas comparten la misma magia, y la unión solo fortalece sus poderes. Nosotros no, tú heredaras mi habilidad para pelear, el sentir y oler cuando un enemigo se acerca. La rapidez para matar.

Sintió un malestar en su estomago

— No quiero matar.

Emociones turbulentas se mostraron en su rostro.

— Debes hacerlo Maggie, algo pasó para que bloquearas lo que eres, todo lo que estás destinada a ser. Tú y yo somos una pareja por que podemos compartir las habilidades que los dos necesitamos. Tu amabilidad y curación y mi habilidad para proteger y defender. Tú naciste con el instinto de pelear de un lobo. Pero lo perdiste en algún punto de tu niñez.

Perdida en sus pensamientos, permaneció en silencio, el recuerdo estaba ahí, goteando cerca de la superficie como una granulosa imagen de una película, dejarla salir era demasiado peligroso.

—Si te lo facilita, yo pienso en los Morphs como si fueran gérmenes, hacen daño y te lastimaran...

Grandes y tóxicos gérmenes humanos con sangre roja, sangre, fluyendo, derramándose al concreto manchando...

Maggie cerró sus ojos, los abrió.

—No puedo.

—Lo harás —dijo él silenciosamente— Yo te enseñaré. Técnicas simples, básicas. Los cuchillos son lo mejor, en una pelea cuerpo a cuerpo puedes matarlos apuñalándolos en el corazón.

—Enséñame técnicas de auto defensa —Maggie se alejó de la mesa— No cogeré un cuchillo para lastimar a alguien.

—No necesitas una daga —dijo suavemente— Eres un Draicon. Todo lo que necesitas son tus colmillos. Esos pueden hundirse en la carne, tu mandíbula puede romper el cuello de un hombre instantáneamente.

Maggie se envolvió en sus brazos, temblando, mientras él la seguía fuera de la cocina. La puerta se cerró tras de él.

—¡No puedo hacerlo!

—Sí puedes. Inténtalo otra vez.

Detrás de la casa en el gran patio trasero, trabajaron. Una brisa helada movía las hojas muertas, haciendo que el olor de pino fresco estuviera en el aire. Maggie se había arreglado sus desordenados rizos en un moño. Él sol le golpeaba la nuca, Nicolas estaba atrás viéndola lanzarse al muñeco de práctica médica apodado Kane que colgaba de una rama de un alto roble.

Hacía una hora, él había llamado a Baylor. Baylor le aseguró a Maggie que Misha estaba con él en Nuevo México y a salvo con la manada. Saber que Misha estaba a salvo la había tranquilizado, pero practicar como lastimar a otros la había tensado de nuevo.

Maggie encontró difícil superar su repulsión a la violencia. Apretó los dientes. ¿Si no aprendía a controlarse, como evitaría convertirse en un lobo otra vez?

—Piensa en los Morphs atacando a Misha, piensa en el perro sangrando en el piso.

Sus palabras despertaron algo dentro de ella. Las manos se enroscaron en puños. Maggie se lanzó hacia el muñeco de nuevo, la punta de su mano levantada para hacer contacto con el mentón del muñeco.

Nicolas hizo un gesto de aprobación. Tomó un gran sorbo de agua. Fascinada vio como el agua se deslizaba por su barbuda mandíbula, como los fuertes músculos de su garganta trabajaban mientras tragaba. Nicolas se secó la boca con el dorso de la mano.

Se miró las manos, profundamente preocupada. Abandonado su firme voto de no violencia, como el viento tocando la vidriosa superficie de un lago quieto.

—Tal vez las técnicas de pelea como esta habrían salvado a mis padres. —El pensamiento, compartido abiertamente con él, la acosaba.

—No, no los hubiera salvado —dijo él en voz alta— Los que mataron a tus padres no eran mortales. Busqué el informe policial de la muerte de tus padres. Se encontraron sus cuerpos, pero

no se encontró ningún signo de sus atacantes. Excepto por algo extraño. Se hicieron pruebas a charcos de sangre cercanos y se encontró que el contenido ácido era inusualmente alto.

Sintió un repentino dolor de estomago cuando él se lo confirmaba.

—Sangre de Morph. Cuando te dirigiste al coche esa noche, Maggie, los que te seguían estaban disfrazados de humanos, mezclándose para matar y drenar la energía de las víctimas. Un golpe a la garganta no hubiese tenido más efecto que una mordida de mosquito.

—Mamá y papá murieron protegiéndome —el emergente recuerdo la acosó— Me advirtieron, corre Maggie, mientras les pegaban, seguían pegándoles... y la sangre, tanta sangre en la acera... papá no podía cambiar, él y mamá no se habían transformado en años por que no querían que nadie nos rastreara. Su magia era muy débil. Magia, así la llamaron siempre, ahora puedo reconocerlo. No era un truco de carnaval, sino magia real viviente, volví a mi padre y lo intenté con fuerza, mis manos en su pecho —murmuró.

Nicolas tomó sus brazos, su toque firme y seguro

— ¿Que pasó con los asesinos Maggie?

Presionó sus temblorosas manos en su sien.

—Para, por favor.

La aprisionó junto a él, acariciándole el cabello. Descansó contra él, apreciando su reconfortante toque. El viento acariciaba los rizos que salían de su moño, secando las lágrimas que caían por sus mejillas. Maggie se deshizo de sus emociones con su puño.

—Intentémoslo de Nuevo —dijo rudamente— Quiero que me enseñes como controlar esta bestia en mi interior, Nicolas. Controlarla para que nunca más tenga que preocuparme de que me controle de nuevo.

Su Mirada se ensombreció.

—No puedes forzarte a no mutar, Maggie. Es parte de lo que eres. Si reprimes al lobo volverá a aparecer cuando tengas la guardia baja, cuando estés enojada y explotes el lobo aparecerá.

—Entonces enséñame como dominarlo, Nicolas. Enséñame a tenerlo controlado. No quiero mutar, nunca más.

Nicolas se apretó la nuca.

—Maggie todo lo que ves es la bestia que amenaza con dominarte. Tu lobo es tan parte tuya como lo son tus manos y pies. Ha estado dormido por años y reduciendo tus sentidos naturales. Cuando por fin reconociste a tu lobo, te abriste a los maravillosos poderes que ofrece, tus sentidos mejorados, sientes el llamado de ser libre y salvaje, tu fuerza se ha duplicado, cuando te aferres voluntariamente a tu Draicon, veras las ventajas, tu lobo te alertará del peligro, necesitas a tu lobo ahora más que nunca.

Tenía problemas para creerle, su lobo era una bestia que solo causaba dolor y destrucción. Arañaba para poder ser libre y convertirla en algo que odiaba.

El retrocedió con una mirada preocupada mientras la idea corría por su mente, lo estudió profundamente, no, no un asesino, él era fuerza, lealtad y determinación, algunas de esas cualidades las recibió cuando hicieron el amor. Maggie miró en su propio interior y encontró un resquicio de fuerza y valor. Podía controlar a su lobo, con su ayuda.

El viento le levantó el pelo de la nuca mientras caminaba, con sus anchos hombros, delgada cintura y gracia letal, Nicolás parecía un guerrero fuerte, pero era mucho más, sintió una fuente escondida de sensibilidad dentro de él.



Le rozo el mentón, levantando su agitada mirada a sus tibios ojos marrones.

—Piensa que controlar a tu lobo es como entrenar a un perro. Tú pones las reglas.

— ¿Eso quiere decir que no estoy domesticada?

Nicolas movió su cabeza para atrás y rió. El profundo y rico sonido la reconfortó.

— Vamos. Te lo enseñaré.

Minutos mas tarde, se pararon, en la larga terraza de madera, a la cabeza de los peldaños que daban al campo abierto que estaba al borde del bosque. Maggie se quito los zapatos, jeans, la gruesa sudadera negra y su ropa interior, el aire frío golpeaba se desnudo cuerpo, le apareció piel de gallina en todo el cuerpo mientras se envolvía en sus brazos, Nicolas se desnudo, mirándola silenciosamente, parecía cómodo en el frío.

— Con el tiempo también te acostumbraras. ¿Estas lista?

Asintió, alejando su mirada de él, usando toda la concentración que era necesaria para el cambio.

Sus músculos se apretaron a medida que su oscura mirada recorría su cuerpo desnudo. Nicolas cerró sus ojos, empuño sus manos, cuando los abrió de nuevo, la intensidad se había desvanecido.

— Control, Maggie. Se trata de controlar tu cuerpo y tus emociones. Me he pasado la vida dominándolos. Primero tienes que permitirte cambiar en un lobo. Darte permiso y hazlo cuando tus emociones están iguales.

Cayendo en sus cuatro miembros, le dio una mirada expectante, dio un resoplido

— Maldición esto va a ser difícil... — tragó de nuevo — No tienes que tirarte así. Solo mantén la imagen de un lobo en tu mente. Oblígate a cambiar, deja en libertad a la bestia de tu interior. Piensa en correr libre, recorriendo colinas, corriendo con la luna, déjate ser libre al fin. Siente el poder de tu lobo y déjalo ir.

Maggie cerró los ojos. Un profundo deseo se despertó dentro. Pensó en liberarlo para correr libre. Sus brazos se alzaron al cielo. Abrazó el antiguo instinto.

El cambio sucedió más lentamente esta vez. Maggie sintió cada intenso sentido, como si su espíritu siguiera adelante, el pelaje creció por sus brazos y su torso, los huesos se alargaron, abrió su boca para exclamarle su excitación a Nicolas, un ruidoso aullido salió.

Sus sentidos se agudizaron. Maggie podía sentir un olor antiguo a conejo, saborear el miedo de un ciervo que dejó de comer pasto en el bosque. El olor familiar de Nicolas se agolpó sobre ella, su lobo conocía este olor, era bueno, era familiar, era la manada.

Su pareja. Salto sobre él mientras él se agachaba sobre una rodilla. Nicolas acaricio su lustrada piel mientras bajaba sus músculos, el instinto le advirtió que este era el macho dominante demandando respeto, sus orejas retrocedieron mientras su cola bajaba.

— ¿Puedes verlo, caira? Nada de que preocuparse. Puedes controlar esto.

Miro como se transformaba en su forma de lobo, le hablo a su mente

Corramos.

Maggie siguió a Nicolas mientras el corría hacia el borde de la pradera. Inhaló el débil pero punzante olor de un mapache muerto. Ahí en el viento algo mas fuerte, cercano. Conejo



Maggie puso su nariz cerca del suelo y trotó, Nicolas la rodeó de cerca y saltó detrás de ella. Su nariz se retorció al sentir el olor de un conejo. Ignorando la advertencia en su mente, lo persiguió. El pequeño conejo gris zigzagueó a través de la despejada pradera. Maggie lo siguió, la dicha emanaba de ella.

Lo siguió dentro del bosque hasta que sintió un olor familiar acercarse. Maggie se giró con un gruñido.

Nicolas pellizco su trasero como advertencia. Maggie reaccionó.

Nunca me ignores, cuando eres lobo, presta atención. Hay todo tipo de peligros aquí. Jabalís y cazadores humanos

Su mirada ámbar se enlazó a la de ella, dominante y orgullosa

Maggie bajo la cabeza. Nicolás trotó acercándose. Le mostró sus músculos, descansando en su espalda. Se rozó contra ella con gran cariño.

Uno junto al otro, corrieron de vuelta a la casa, Nicolas se transformó. Desnudo, la miró.

— Ahora cambia de nuevo — le ordenó.

Concentrándose, pensó en su forma humana, nada levanto su cabeza, aulló con frustración, Maggie lamió la base de la mano que Nicolas le tendió, el sabor salado le recordó, el masculino sabor de ellos cuando hacían el amor...

Se encontró agachada en forma humana, lamiendo la mano de Nicolas, gotas de lluvia humedecían su pelo. Esta vez casi ni sentía el frío.

Maggie sintió una creciente sensación de triunfo.

— Nada especial, — dijo suavemente, sus manos levantándose para acariciar sus mejillas mientras se levantaba — Y cuando sientas que pierdes el control de tus emociones, como la ira, y tengas miedo de dejar al lobo salir, concéntrate. Piensa en algo mundano.

— ¿Como a veces los hombres piensan en el baseball cuando tratan de refrenarse durante el sexo?

Le dio una estrangulada risa.

— Sí algo como eso.

Maggie no quería pensar en baseball. Su aroma residía en su nariz. La emoción de cambiar sin la ira provocándola le estimulaba los sentidos. Quería saborearlo de nuevo marcarlo con su esencia.

Tomando sus palmas, Maggie le dio una larga lenta lamida. Nicolas tembló como tratando de contenerse.

No quería restricciones. Lo quería, salvaje y libre, como su lobo había sido liberado.

Deseo y algo más profundo se llenaba en su mirada aterciopelada.

Más. Maggie recorrió con sus manos los apretados músculos de su cuerpo. Una furiosa necesidad sexual la consumía, su cuerpo se sentía quemar por la necesidad de su pareja, se quemaba era casi doloroso.

Una brisa gentil acariciaba su cuerpo desnudo. Se sintió salvaje, libre e increíblemente viva. El deseo quemaba en su mirada.

— Caira — dijo gravemente.

También lo sintió, una necesidad tan aguda que la consumía. Nicolas empezó por ella. Se alejó danzando, riéndose.

— No tan rápido. Veamos si puedes correr tan rápido en dos pies.



Corriendo rápidamente, se alejó hacia la casa. Maggie sintió a Nicolas cerca de sus talones. Corrió mas rápido, acelerada, su lobo aun aullaba dentro de si. En la casa doblando a la izquierda hacia el salón de estar luego a la habitación donde Nicolas se le avalanzó.

La encaró, tirándola de espalda sobre la cama. Lucharon por un minuto, rodando mientras Maggie reía. Luego Nicolas la giró, poniéndose sobre ella. Su torcida sonrisa se desvaneció con la intensidad de su mirada.

—No puedo ser delicado contigo —gruñó— No ahora.

Resoplando, Maggie lo miró, sabía lo que quería.

Como respuesta, le sobo la firme piel de su trasero luego la deslizó debajo de él y la giro sobre su estomago.

Su hambriento gruñido hizo eco con el de ella mientras sus manos le acariciaban la espalda. Maggie arqueó su espalda, inclinándose a sus carisias.

Con las manos en las caderas, Nicolas la puso a cuatro patas. Lo sintió ponerse detrás de ella, su larga rigidez. Entrando en su suave abertura. Maggie se arqueó y gimió, ondulando sus caderas, empujó dentro solo un poco, incitando, luego saliendo.

Nicolas se inclinó, el vello de su pecho raspándole la sensible espalda. Le toco los pechos, acariciándole los pezones con los pulgares, se sintió salvaje y carnal, animal en su necesidad.

Con un gruñido bajo se adentró en ella. Jadeó, tratando de absorber el shock de tener todo lo de él en un solo momento. Se inclinó mas cerca y empujó, se retiró y creo un ritmo. Maggie gruñó, desesperada por ser libre, por tocarlo, pero la tuvo firme, controlando cada empuje intensificando el placer hasta que se elevó. Se sentía lista para explotar.

Luego sus manos alcanzaron su clítoris, hábilmente lo agitó, una, dos veces.

Gritó mientras el clímax la traspasaba. Tiritando, quiso dejarse caer en el colchón.

—Oh, no, todavía no he acabado contigo, —le susurró al oído mientras se adentraba en ella, se sintió abierta a él como una flor, completamente expuesta. Luego sintió que se tensaba mientras sus manos apretaban sus caderas. Su miembro parecía expandirse y espirarse más allá de sus límites.

De repente se detuvo, cuando el clímax relucía justo fuera de su alcance. Maggie gruñó de frustración mientras el salía. Nicolas apretó con su gentil mano su trasero, que estaba resbaladizo por el sudor, cayendo al colchón.

—Quiero besarte. Date vuelta —ordenó.

Lo hizo y se deslizo sobre ella, tomando su cara con sus fuertes y calientes manos. Nicolas la besó profundamente, su lengua empujando dentro y fuera mientras ella serpenteaba debajo de él. Se retiró, abrió sus piernas y empujó dentro de ella, dándole ángulo a sus movimientos para darle el mayor placer posible, Maggie se arqueó lejos del colchón a medida que la tensión aumentaba. Se sentía tensa como la cuerda de un arco. Guiando su boca por su cuello de repente la mordió. Grito y lo envolvió con sus piernas.

—Ahora, caira, ahora, córrete por mi, ahora —rugió él.

Arqueándose, ella llegó al clímax y sintió como su vaina se apretó a su alrededor mientras él se hinchaba dentro de ella. Nicolas liberó su semilla mientras un fuerte bramido escapó de él. Su visión se nubló con lágrimas por el poder de sus emociones derramándose desde ella, y hacia él.

El miró dentro de ella incluso mientras su semilla seguía derramándose dentro, su esencia. Todo. Un poco asustada de la intensidad, quería alejarse y esconderse, pero le murmuró en tono apacible en su oído.

—Maggie, mi Maggie, no temas, mira, caíra, míranos.

Los colores se mezclaban y brillaban, bailando como mariposas tornasoles. Maggie jadeó asombrada y empezó a llorar. La maravilla la abrumó. Sintió su propio espíritu fluyendo desde ella, derramándose en su pareja, la fuerza la lleno, la inmensa fuerza y poder de Nicolas, su magia.

Se abrió a él completamente, dándole todos sus poderes curativos. Su mirada llena de lágrimas se unió a su determinada mirada, sintió a Nicolas luchar contra las poderosas emociones que se derramaban dentro y alrededor de él. Una sola pequeña gota de agua se filtro de la esquina de su ojo y su expresión se tensó mientras parpadeaba furiosamente. Maggie sintió que se retiraba levemente, la estaba bloqueando. Poniendo pequeñas barreras, como bloques de hormigón apilándose en medio de un tormentoso río, Nicolas colgaba sobre ella, besándole el cuello mientras se fundían juntos.

Nicolas la giró cuidadosamente y se rodó para que ella estuviera sobre él, le acarició el cabello murmurando cariños mientras ella temblaba en sus brazos.

Minutos mas tarde, se sintió libre alrededor de él. Muy cuidadosamente, se salió de ella, dejándole un sentimiento de desolación y vacío.

Abrió sus brazos con una mirada solemne

—Oh, Mags, ven aquí.

Un poco precavida, se acostó a lado de el, preguntándose que había visto dentro de ella que había puesto esa nota de dolor en su voz.

—Estas asustada —le susurró— Tan asustada y piensas, que si te escondes, no tendrás que afrontar lo que ocurrió cuando eras joven. Te has estado escondiendo toda tu vida detrás de la ciencia, la tecnología, la lógica. Escondiéndote de tu verdadero ser por que te asusta. No te escondas más. Ven conmigo, y se quien estas destinada a ser. Ya no puedes esconderte. Estás en esto y no hay lugar para esconderse.

Acarició su mejilla. Una mirada angustiada penetro sus oscuros ojos.

—¿Alguna vez has estado tan sola, Maggie que sientes como si el mundo ha muerto y te a dejado atrás? Nadie entiende, a nadie le importa, ni siquiera eres una mota de polvo, imperceptible. Entonces viene alguien que conoces, que esta ahí para ti y tu mundo pasa de ser un hogar frío como piedra y ceniza quemadas a ser un creciente fuego y amistad, eso es la manada, Maggie. Una familia, con la manada nunca estás sola, estás atada a ellos irrevocablemente a no ser que hagas algo que te destierre, y esa clase de soledad es como un cuchillo dándote pequeñas puñaladas una y otra vez.

Su Mirada se intensifico.

—Hasta que encuentres a tu verdadera pareja, tu draicara, la que esta destinada solo para ti. La soledad se disipa y ni siquiera la manada es tan importante como tu pareja y unirte a ella al fin, esta es tu vida, Maggie. Lo sientes, también. Lo sé.

—Contigo, siento que puedo ser quien sea —Maggie se detuvo, toco su mejilla— Un lobo. Ya no tengo miedo de quien o que estoy destinada a ser.

Cerró los ojos, temblando mientras ella le acariciaba la cara, un pensamiento entró en su mente y ella sintió que se escapaba como una elusiva nube de humo.

—Estoy muy asustado. Por que no quiero perderte, Mags no puedo, parte de mi morirá contigo.

Esta vulnerabilidad suya la tocó, la resguardó tal como él la resguardaba a ella.

Nunca se había sentido a salvo, protegida. O había sido capas de dejarse ir completamente. Siempre por si misma, escudada y recelosa, como si un instinto de precaución la guiara. Ahora



descansando contra Nicolas, se sentía a salvo, querida, protegida y segura. Esto se sentía bien. Se sentía como llegar a casa después de un viaje agotador.

Excepto que Nicolas no se había abierto completamente a ella. Y como no lo había hecho, eso quería decir que no poseía completamente su habilidad empática para curar. Si el trataba de curar una enfermedad catastrófica, como cuando ella sano a su perro, podría morir.

Yació despierta por mucho tiempo, preocupada por el pensamiento.

Mucho mas tarde, mientras Maggie dormía, Nicolas se deslizó desde debajo de las sabanas, fue hacia la cocina, y buscó en los cajones por un cuchillo filoso.

Apretando los dientes, hizo correr la hoja sobre su palma. La sangre broto, negra en la oscuridad, y así tan rápido como el corte se abrió, se cerró, Nicolas vio con creciente excitación como la herida se sanaba. Había funcionado. Había heredado las habilidades curativas de Maggie.

Limpio el cuchillo y lo guardó. Ahora podía sanar a cualquier miembro enfermo de su manada. La enfermedad no lo lastimaría o mataría.

Nada podría detenerlo ahora.



CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente la tierna cercanía que habían compartido durante el acoplamiento parecía haberse evaporado. La obstinación de Maggie hizo mella en sus nervios. Nicolas se inclinó contra el tronco de un árbol, frotando su tatuaje. Parecía quemar contra sus dedos. El debía mostrarle a ella como lanzar dagas contra el tronco del árbol. Maggie tenía un excelente objetivo, sus cuchillos eran lanzados directo a la diana. Entonces él le enseñó las complicadas maniobras que necesitaría en forma humana para apuñalar a Morph a través del corazón.

Ella se rehusó a practicar, incluso se negó a tintentarlo. Parecía que nunca asimilaría alguna de sus habilidades guerreras.

Tirarle al tronco de un árbol con cuchillos es más como un juego, dijo ella. Acertar en un objetivo era diferente. Las emociones bullían en sus profundos ojos azules. La pasión exhibida en la cama la noche anterior brillaba en mudo desafío.

Nicolas tomó posición ante el muñeco de prácticas para RCP. Liberando ambas dagas, las sostuvo sueltas en una hábil mano.

— Así, suelta tus muñecas.

Apenas concentrándose, con un movimiento rápido giro sus manos sueltas, las dagas se introdujeron en el pecho del muñeco. Varios cortes marcaron el objetivo. Sus marcas, no de ella.

— Prueba tú ahora

Ella rompió su silencio, doblando sus brazos sobre el suéter azul marino.

— No Nicolas. No lo haré. No mataré, así que no veo el punto en aprender.

Tratando por la lógica que a ella le gustaba tanto, recalcó que el líder de los Morph la marcó claramente para morir.

— Mátales y tú mandarás el ejército, Maggie. Kane es la llave para destruirlos. No encontrarás paz hasta que esté muerto, te buscare y usara todo lo que tiene para atraparte. Todo. Vendrá a por ti por su propia cuenta.

Ella frunció el ceño y alzó su adorable ceja.

— Ya lo sé. No puedo seguir huyendo, pero... ¿No puedes verlo, Nicolas? Pasé la mayor parte de mi vida entrenándome para invocar la paz. ¿Como puedo cambiar?

¿Cómo? Como él ha aprendido a cambiar. Por necesidad, Nicolas aprendió a matar.

— Harás lo que tengas que hacer. De cara al peligro tienes que protegerte a ti misma, recuerda, Kane es un germen y tú eres un leucocito. Él es una enfermedad que necesita ser eliminada.

El viento alborotó los rizos que enmarcaban su cara con forma de corazón. Sus labios aterciopelados se fruncieron en una mueca atormentada. Nicolas luchó con el deseo de disolver esa mueca con un beso.

— ¿Entonces porque no puedes matarlo por mi Nicolas? Siendo Kane una amenaza tan grande, tú estas cualificado para matarlo, hazlo tú. Baylor lo sacó a relucir, de todos los hombres de la manada, tú has matado la mayoría de los Morphs

Sus ojos buscaron los de Nicolas como si lo estuviera estudiando.

— ¿No ha ido tras de ti alguna vez?

Nicolas sintió que el corazón se le caía al estomago.

— Kane nunca ha tratado de matarme — eso era cierto. Nicolas erigió un escudo para ocultar sus pensamientos.

Porque no puedo matarlo Maggie. Si lo mato, me convertiré en lo que más temo. Y nada podrá detenerme. El volvió al problema inmediato.

— Ya basta de esto Maggie. Lo que sucedió en tu pasado se queda ahí. Tú eres una Draicon ahora, y mi pareja. Cada uno de los Draicon debe proteger a la manada. Tú aprenderás a matar Morphs — Su voz firme no daba lugar a discusión.

— Y una mierda que lo haré.

— ¿Entonces dejarás que te maten?

— Encontraré otra forma de vencerlos — dijo ella — y me mantendré fuera de su camino hasta que lo haga, soy veterinaria y conozco de animales. Debe haber una forma de destruirlos sin violencia. No usaré la violencia para destruir el mal. No de nuevo.

La súbita inspiración de aire de Maggie lo alertó del desagradable recuerdo que encaró. Maggie presionó las manos contra sus sienes. Él se deslizó dentro de sus pensamientos, y no encontró las imágenes de sangre y cuerpos que esperaba. En su lugar solo encontró una pared de ladrillos.

— Maggie, necesitas recordar, solo cuando recuerdes todo podrás pasarlo — dijo él suavemente, mirándola.

Un escalofrío apenas perceptible atravesó su delicado cuerpo.

— No puedo Nicolas, algo en mi pasado es un recuerdo lleno de violencia. Pasaré el resto de mi vida tratando de pasar sobre él. No seré como era de nuevo. Fue brutal y sangriento.

— La vida puede ser brutal y sangrienta. Tienes que aprender a contraatacar. Yo lo hice. Me probé a mi mismo mi valor a la manada.

Él aprendió por las malas, marcó un camino a la aceptación con sus dagas y su fuerza.

Sus profundos ojos azules como un mar en calma se enfocaron en él.

— Nicolas, tu eres más que la imagen que proyectas. Eres más que un fuerte y luchador guerrero. Eres tierno y noble y sensible con el alma de un poeta. Tal vez nunca has dejado a nadie ver ese lado. Pero yo lo vi. Los otros deben conocer todo de ti, no solo la parte superficial. Si dejaras que vieran más profundamente en ti, sabrían lo que yo.

La alarma creció dentro de él. Maggie escarbó dentro de sus capas y vio lo que él nunca se atrevería a mostrar a nadie más. La manada no necesitaba un poeta. Ellos necesitaban un guerrero.

El tenía que alejarla de ese peligroso pensamiento.

— La única persona que necesita ir dentro de sí misma eres tu Maggie. Debes aprender a vencer al enemigo, y debes recordar que hay en tu pasado que te detiene de aprender — gruñó Nicolas.

— No necesito recordar nada, y no necesito esto — con un giro firme de su muñeca mando la daga al suelo. Hundiéndose en la tierra con un temblor.

Nicolas estudió la firmeza desafiante de su labio inferior. No lo haría. Maggie con su gentil naturaleza y obstinación lo desafiaba. Él no podía romper con esa barrera que bloqueaba su pasado. Ni siquiera con el emparejamiento. Ella había erigido su propio bloqueo con él, tal como él lo había hecho con ella, pensó irónicamente.



Pero sabía como empujar su pasado, empujándola a la batalla.

Cuando el primer Morph explorador llegara, pondría su plan en acción.

Fuera del borde del bosque, comieron una abundante cena de carne ligeramente asada. Nicolas llenó su copa con la botella de merlot que encontró en la cueva. El crepúsculo rosa se filtraba a través de las puntas de los pinos tocando la tierra. El viento cepillaba el grueso césped del borde del bosque. El frescor de finales de octubre se sentía delicioso.

Se sentía pacífico sin embargo Maggie nunca se había sentido tan tensa antes. Su lobo luchaba y aullaba por ser libre. Se sentía en peligro y la alertaba de los depredadores.

Ridículo. Aquí no hay depredadores. Nicolas le aseguró que la cabaña estaba protegida de intrusos. El conjuro mágico que los protegía de los Morph debería durar hasta que...

Ella y Nicolas no practicaron mucha magia.

Su tenedor calló sobre la mesa de cristal con un estrépito. Nicolas miro hacia ella.

— Nicolas, estamos a salvo ahora ¿No?, es decir ¿la magia que emitimos con nuestro cambio ha hecho algo?

Nicolas jugó con su comida.

— No estoy seguro, el escudo alrededor de la casa es fuerte, pero nunca ha sido probado. Depende del nivel de poder utilizado.

— ¿Cómo puedes saber que tan fuerte es la magia?

El levanto su mirada para encontrar la suya.

— La magia Morph es oscura y no emite colores, pero la poderosa magia Draicon produce chispas incandescentes. Nuestro emparejamiento ciertamente comprometió la integridad del escudo.

Al recordar los brillantes destellos de colores cuando hicieron el amor, se desvaneció el apetito de Maggie.

Su tranquilizadora sonrisa le ofreció un poco de consuelo.

— Nos iremos mañana, caira. Mucho antes de que los Morphs nos puedan localizar. Trata de relajarte.

Ella tomo otro trozo de carne, pero siguió observando los campos más allá de la cabaña. El crepúsculo atrajo animales al desordenado, triste jardín. En el borde del campo, vio un pequeño movimiento. Maggie bajó el tenedor y olisqueó el aire. Captó la deliciosa esencia masculina de Nicolas, el olor del prado y un pequeño olor a venado.

El animal atravesó el bosque y se adentró en el prado. Empezó a mordisquear el pasto.

— Es solo un venado — Maggie se relajó, suspirando con alivio.

Nicolas arquea una interrogante ceja negra.

— Supongo que sospechas de cada animal que deambule por aquí. Creo que deseas saltar sobre mí.

— ¿Incluso yo? — Le sonrió a ella.

— Especialmente tú. Tú siempre luces como si fueras a saltar sobre mí — se burló ella.

Su sonrisa se desvaneció en un con una intensa mirada.

— Lo hago.

La oscura promesa en sus ojos envió deliciosos escalofríos a través de ella. Maggie miró nuevamente hacia el venado. Que había avanzado conforme pastaba. Frunció el ceño mientras se les acercaba, obviamente indiferente de los humanos comiendo su propia cena cerca.

— Ese venado es extremadamente grande para una especie del sur. Nunca he visto uno como ese.

Los sentidos de Maggie se pusieron en alerta. El hermoso cervatillo movió sus orejas hacia atrás. Lamió su nariz y abrió la boca.

Un rayo de la luz del crepúsculo se reflejo en sus dientes afilados como navajas.

El horror la atravesó, Maggie jadeó mientras que algo salía sobre la suave piel dorada del venado. El venado se retorció y giraba, creciendo como un reptil en escala.

Ella se quedó en shock ante el cocodrilo de tres metros que empezó a desplazarse hacia ellos.

En ese momento ya se habían materializado dagas en las manos de Nicolas, mientras que se levantaba de un salto y corría al borde de la cubierta.

— Es un Morph explorador, quédate aquí. Yo lo mataré.

El grito de protesta murió en sus labios mientras Nicolas saltaba fuera de cubierta y corría hacia el intruso. El cocodrilo siseó y abrió las mandíbulas. Ella gritó una advertencia mientras el cocodrilo giraba alrededor para atacar. Las grandes mandíbulas se cerraron sobre el brazo de Nicolas. Su pareja soltó sus dagas y gritó mientras el cocodrilo lo mordía, rasgando su piel.

Maggie lloró también, su lobo clamó por libertad. Nicolas nunca había gritado en agonía. Las lágrimas empañaron su visión.

Ella debería salvarlo. Maggie saltó fuera de la cubierta y corrió hacia adelante, ignorando la débil protesta de Nicolas. Los ojos del reptil se fijaron en ella mientras el cocodrilo giraba nuevamente, con las mandíbulas abiertas, mostrando las filas de dientes afilados. Nicolas permanecía en la tierra, gimiendo. Él siempre luchaba en silencio, una maquina letal acribillando a los Morphs.

Estaba gravemente herido. Tal vez muriendo, Maggie luchó por controlar sus emociones. Levantó una daga abandonada. El cocodrilo giró, golpeándola con su enorme cola.

Cayendo al suelo, Maggie se dobló en un ovillo como le enseñó Nicolas. Se levantó de un salto.

Corriendo hacia adelante, tomó la cola del cocodrilo y lo giró sobre su lomo. Maggie saltó en su pecho apuñalándolo profundamente.

La daga se hundió dentro del suave vientre y dentro del corazón. La sangre negra brotó. Maggie lloraba mientras el fluido ácido salpicaba sobre su cara, pecho y manos. Quemaba. Ella decididamente luchaba por controlar el dolor, mientras giraba el cuchillo.

El cocodrilo emitió un grito fuera de este mundo, retorciéndose y cambiando de forma ante sus horrorizados ojos. Ojos desalmados, delgado y grasiento cabello. Una pesadilla andante.

Después finalmente se quedó quieto, rodando lejos del Morph, Maggie lo observó mientras se desintegraba en grises cenizas.

Tambaleándose sobre sus pies, observó sus quemaduras volverse de color rosado, para después desaparecer totalmente. Sus poderes de curación crecían cada día.

— Bravo — Dijo suavemente Nicolas.

La boca de Maggie se abría mientras él se levantaba. Nicolas se levantó como si no hubiera pasado nada. Los arañazos en su brazo habían desaparecido.



El tenía ahora sus habilidades de curación. Lo había olvidado totalmente. Él no. En cambio, usó el ataque para provocar que ella matara.

El darse cuenta de eso quemaba peor que la sangre de Morph.

— ¡Tú... fingiste!

— A propósito — Dijo Nicolas tomando en consideración su atónita mirada.

— ¿Como pudiste? ¿Te importa tan poco que hubieras dejado que esa cosa te matara? ¿O a mí?

— No había peligro — dijo calmadamente — Había olido al explorador mucho antes que el venado apareciera en el prado. Los conozco, Maggie. Sabía que uno aparecería esta noche. Nunca hubiera dejado que te hicieran daño.

— ¿Por qué demonios lo hiciste? — Ella estaba gritando, sus emociones bullían en su interior.

— Para probarte que podías matar al enemigo, Maggie, lo hiciste. Decías que no podías. Estabas equivocada.

— Bastardo — susurró ella — Pensé que estabas muriendo. Pensé que me necesitabas.

Él seguía inexpresivo.

— Puedo cuidar de mi mismo.

— Obviamente. Entonces no me necesitas. Ahora tienes mis poderes empáticos, Nicolas. Puedes regresar a Nuevo México sin mí. De hecho puedes ir directo al infierno si lo deseas.

Nicolas siempre había estado orgulloso de su inteligencia y habilidad para razonar. Nunca había pensado en sí mismo como un idiota. Hasta ahora.

Maggie corría. Acres de tierra vírgen y bosques le daban abundante territorio para deambular. En su búsqueda recorrió los bosques. Delgadas líneas de musgo español brotaban de las ramas de los olmos sobre sus cabezas. Liquen verde cubrían los troncos de los pinos Australianos. El olor de la tierra fresca nadaba en sus fosas nasales. El encontró su esencia como un trazo zigzagante por todo el bosque.

Había pensado que matar a un Morph para protegerlo despertaría sus instintos asesinos. Le salió el tiro por la culata. Maldiciendo, pasó la noche buscándola. El Morph explorador debía haber sido seguido por una horda en la mañana. Si no lograba encontrar a Maggie...

Tragando fuerte, hizo ese pensamiento a un lado, Nicolas trató de rastrearla mentalmente. No obtuvo respuesta. Las emociones lo dejaron desnudo. Nuevamente intentó, abriéndose a su compañera.

Nada.

El miedo por Maggie se clavo en su espina. Nunca antes había sentido esta espiral de sentimientos fuera de control. Las emociones eran peligrosas. Hacían fuertes a guerreros débiles, exponiendo su vulnerabilidad, nublando sus pensamientos. No podía permitirse el lujo de tener emociones, o enamorarse.

Nicolas se detuvo de pronto. ¿Amor? Lanzó una risa auto-despreciativa. Él, el Draicon determinado a nunca crecer cercano a algún otro, quien se protegía de las relaciones, había hecho lo impensable. Se enamoró de su pareja.

Que estúpido de su parte asumir que podría emparejarse con ella y mantenerse separado. Él no podía enamorarse. Cualquiera cercano a Nicolas se volvería un objetivo para sus enemigos.



Apretando la mandíbula, Nicolas continuó trotando entre los árboles. Maggie podría ser usada contra él si se descubrían sus sentimientos. Silenciosamente el juró mantenerlos ocultos y en secreto.

Maggie debía ser mantenida a salvo a toda costa. Incluso si el precio que debía pagar era perderla.

Quería convertirla en una asesina para salvar a la manada. Muy bien por Nicolas. ¿Alguna vez tuvo en cuenta sus sentimientos?

Nicolas se frotó de nuevo el tatuaje. Pensó que estaba haciendo lo mejor para la manada, pero ¿Qué pasaba con Maggie? La obligó a convertirse en algo que ella odiaba y temía.

¿Algo que tú odiabas y temías?

El traidor pensamiento rondó en su mente. Nicolas gruñó. Tan desesperado estaba por callarla y restringir sus sentimientos crecientes hacia ella, que nunca tuvo en cuenta sus necesidades.

No más. Tan pronto como la encontrara, ella sería lo primero. Si es que la encontraba.

Debo encontrarla

El amanecer se elevó a través del grueso follaje bañando los pinos con una débil luz. Nicolas se frotó el tatuaje, frustrado y temeroso. Tenía que encontrarla. Imágenes de Maggie destrozada por los Morph lo perseguían.

Junto a un delgado pino cayó sobre sus rodillas y cerró los ojos tratando de alcanzar a su pareja nuevamente. Esta vez puso todas sus emociones en la llamada.

Una débil respuesta aumento sus esperanzas.

Nicolas se abrió a sí mismo, escuchando con todo su corazón.

El temor lo llenó cuando escucho el lastimero llanto de Maggie.

Había regresado a la cabaña, buscándolo. Y ahora los Morphs venían en su dirección.

El lobo corría más rápido que en su forma humana. Nicolas se desnudó y cambió. Saltó hacia la cabaña. Mandándole internamente consuelo a Maggie. El miedo lo puso en guardia.

Su única esperanza es que no fuera tarde para salvarla.

Ellos se acercaban.

Maggie echó un vistazo a su alrededor. No había lugar para esconderse. Oh Dios. El sonido de miles de dientes masticando y mordiendo aumentaba, disimulando los suaves tañidos de una campana de iglesia a la distancia.

Enfadada con Nicolas, asustada por sus tendencias violentas, había huido y pasado la noche entre los árboles, en su forma de lobo. Corriendo, hasta que encontró un granero abandonado. Entonces mutó de nuevo y lloró hasta quedarse dormida.

Cuando despertó, Maggie se dio cuenta de lo estúpida que había actuado. Huyendo no resolvía ningún problema, ya había pasado toda su vida huyendo y escondiéndose.

No se escondería.

Cuando regresó a la cabaña, se bañó, se cambió y salió para buscar a su pareja. Lista para responder a su llamada volvió al bosque.

Y escuchó el sonido, como una sierra eléctrica a través de la pradera amarillo verdosa

Los Morphs iban directos a por ella. Envío un ruego de ayuda mentalmente a Nicolas. Luego buscó. No era tiempo de huir, ellos la encontrarían.

El crepitante chirrido se triplicó. Incluso más cercano. Demasiado tarde para huír por el camino.

Maggie, los árboles de pino. Rueda en el lodo para enmascarar tu olor y luego sube al árbol.

La voz de Nicolas, con un tono de urgencia sonó en su mente. Ella rodeó la casa. Cayendo a la tierra lodosa. Maggie se revolcó en el suelo cubriendo su cuerpo con una capa delgada de tierra húmeda.

Ella tomó lodo en sus manos, cubriendo su cara y luego subió por las ramas bajas. Sus manos temblaban. Sus lodosas zapatillas de deporte resbalaron en la primera rama. Mandándola de nuevo a la tierra.

Rápido, caira, rápido. Mantente en calma. Sube, tranquila. Estoy contigo.

Maggie tragó saliva, respiró lentamente y escuchó el consuelo de Nicolas haciéndose eco en su cabeza. Agarró la primera rama, usando la sabia pegajosa para afianzarse. Escaló, su corazón retumbando como un trueno, sus manos temblando tanto que apenas podía asir la siguiente rama. Arriba, arriba, sin mirar abajo, hasta alcanzar la punta.

Parada en una rama gruesa, se abrazó al tronco. Temerosa de mirar abajo.

Maggie suspiró aturdida.

Líneas de criaturas con cuclillas marchaban a través de la pradera. Parecía que araban a través del pasto, dejando un rastrojo café en su camino. Dientes afilados rechinaban, mordían, chasqueaban. Si la alcanzaban la cortarían en listones.

Oh, Nicolas, estoy tan asustada.

Aguanta bebé, estaré ahí en un minuto. Ya estoy más cerca.

El horror subió por su columna. *¡No! Si llegas ahora te verán, te mataran. Aléjate.*

No Maggie, ya llego...

Aléjate o saltaré, lo juro. No me quedaré a salvo en este árbol para verte morir por nada. ¡Aléjate!

Silencio. Maggie mordió su labio tan fuerte que casi sangro.

Una gran hormiga roja toro subió por el tronco, cerca de su mano. Maggie no se atrevió a moverse, los músculos de sus piernas se contrajeron. Mantuvo la calma mezclándose con el árbol, dejando a la savia y el lodo absorber su esencia. La hormiga subió por su mano. Ella ahogó un grito. No es un Morph, es solo una hormiga. Solo una hormiga.

La hormiga recorrió su mano, subió por su muñeca, explorando la capa de lodo rojiza de su brazo. Maggie se estremeció

Las tenazas la mordieron, a través del lodo, ella hizo una mueca de dolor, pero no se movió. La hormiga continuó mordiendo, ignorándola, Maggie miro fijamente a la ruidosa masa de cosas avanzando. Gateando en cuatro delgadas extremidades, con sus cuerpos desnudos cubiertos con una piel amarillo azafranada. Sus genitales masculinos colgando grotescamente grandes entre sus piernas. Con sus ojos negros sin alma. Pero sus dientes eran amarillos, afilados y triangulares. Maggie metió un puño dentro de su boca. ¿Qué clase de cosas eran esas?

Entonces ellos alzaron en dos piernas y ella casi pierde su asimiento y cae al suelo.

Esa era la forma natural de los Morph.

Con la nariz levantada hacia el aire, ellos olisquearon y luego como vapor, entraron a la casa.

Como si percibiera el peligro, la hormiga toro soltó su mano, se escurrió lejos de Maggie, bajando el tronco.

Una criatura salió. Se acercó al árbol y clavó sus grandes garras contra él. Maggie contuvo el aliento.

Golpeó el árbol, las ramas temblaron. El Morph miró hacia arriba. Maggie ni siquiera se atrevió a tragar. Esperaba solamente que la gruesa capa de lodo la cubriera.

Aparentemente satisfecho el Morph se retiró. Ella trató de mirar hacia abajo, viendo a la hormiga bajar por el tronco. Una lengua larga salió de la boca del Morph. En un instante la hormiga desapareció, y la lengua regresó.

El Morph lamió sus grandes y grasosos labios. Una nausea subió por la garganta de Maggie. Luchó contra ella mientras el Morph se perdía en la cabaña.

Entonces un largo y escalofriante aullido rompió el aire.

Maggie estiró el cuello para ver.

Un gran lobo gris permanecía cerca de la cabaña. Galopando hacia el árbol, *Salta, Maggie, ¡salta!*

Ella confió en él. Maggie descendió, saltando el último metro y medio, el dolor recorrió sus piernas desapareciendo rápidamente. Ella corrió hacia Nicolas.

Los Morph salieron de la cabaña. Cambiando a lobos mientras corrían. Iban a la caza de Nicolas, una manada de lobos mostrando sus colmillos. Su odio aromatizaba el aire.

Cambiando a su forma humana mientras corría, Nicolas se dirigió hacia ella. Desnudo, la tiró al suelo. El cubrió su cuerpo con el suyo mientras los lobos atacaban.

Maggie luchaba por liberarse mientras los Morph caían sobre él. Nicolas no parpadeó o función el ceño. Pero aguantaba la respiración. Gruñidos llenaron el aire. Ella cerró los ojos, aterrorizada por su pareja. El metálico olor de sangre fresca se mezcló con la esencia del lodo. Las lágrimas se atascaron en su garganta.

Sonó un distante disparo. Maggie se giró para escuchar.

Silencio, caira, quédate quieta.

Maggie obedeció, desconcertada mientras escuchaba a los lobos aullar, entonces sus garras deslizándose sobre el suave suelo. Se iban.

Después de unos pocos minutos de agonía, Nicolas se separó de ella. Ella empezó a llorar mientras examinaba las sangrantes heridas de su espalda. Habían arañado a Nicolas al tratar de alcanzarla. Pero el la cubrió con su cuerpo.

Mientras observaba las heridas, las marcas de garras disminuyeron, luego desaparecieron. Nicolas la observó con una mirada preocupada.

— ¿Te encuentras bien, caira?

Maggie tocó su mejilla sin rasurar.

— Siento mucho haber huido — Susurró — Estaba enojada, confusa.

El cerró los ojos mientras se reclinaba hacia su caricia.

— Es culpa mía. Yo soy quien te ofrece una disculpa. Te obligue a algo que tú no querías. Perdóname.

Nicolas descansó sus brazos alrededor de ella en un salvaje abrazo. Ella se presionó contra su tembloroso cuerpo.

— Empecemos de nuevo Nicolas, Ambos. Vamos a Nuevo México, déjame conocer a la manada. Y poner fin a esto. Debe haber una manera que no involucre violencia. Encontraré una, sé que puedo hacerlo.



—Confió en ti —Dijo él contra su cabello—No quiero perderte de nuevo.

Ella levantó la cabeza, profundamente agitada. Los Morph se habían retirado, desapareciendo en silencio como bruma. El plumizo cielo prometía lluvia el día de hoy y una húmeda brisa movía los árboles.

Para todos los efectos él debería estar muerto. ¿Si ellos querían matarla, por qué no lo mataron a él?

—No entiendo —ella se quitó el lodo de la cara, mientras observaba a su amado con cara de preocupación— ¿Por qué no te mataron?

Nicolas no dijo nada. Pero la forma en que su mandíbula se apretaba, le advirtieron que todavía tenía secretos y no deseaba compartirlos con ella. Recordó lo que dijo Baylor y se estremeció.

¿Qué significaba exactamente ese misterioso tatuaje? ¿Quién era Nicolas en realidad?



CAPITULO 13

En el camino al aeropuerto Internacional Hartfield de Atlanta, Nicolas hizo una parada rápida. Maggie fue a una distribuidora de material médico y compró material médico, gasas y guantes estériles. Estaba decidida a tratar la enfermedad que mataba a los Draicon como un científico, al igual que como sanador.

El vuelo hasta Albuquerque pasó sin sucesos. Cuando llegaron, Nicolas alquiló un coche y se dirigió hacia el norte. Se detuvieron en una tienda de Ultramarinos y compraron provisiones, se dirigían a su rancho, a unas millas de distancia de los terrenos de la manada en el Valle Pinyon. Ahí pasaron un precioso día a solas antes de unirse a la manada. Maggie temía que la manada la necesitara, pero Nicolas detuvo sus protestas con suave aplomo.

Él la necesitaba más. Su confesión terminó con sus protestas.

Su hogar tenía sofás de madera de pino tapizados y sillones con motivos de sur. Una pesada mesita de café echa de pino y una vieja alfombra estaban colocadas frente una chimenea de piedra. Dos lámparas de lectura hechas de latón, pantallas en forma de hoja colocadas a los lados de los sofás, ventanales del suelo al techo de donde se observaba el valle. La habitación tenía una cama de cuatro postes tan grande como su camioneta, una chimenea de piedra y una puerta que se abría a un pequeño pórtico.

El olor de pino y canela aromatizaban el ambiente. La fragante esencia combinada con los muebles masculinos y los pequeños toques de adornos, como osos de peluche amontonados en las esquinas hacían que la cabaña se sintiera como estar en casa. Maggie observó con interés.

— Es mío — dijo él bajando las maletas — 150 metros de tierra virgen. El vecino más cercano esta a 15 kilómetros. Compré esta cabaña hace años como un retiro privado. Tiene mucha vida salvaje, zorros, venados, conejos y está lo suficientemente lejos de la civilización para mí.

Comieron una cena ligera que cocinó Nicolas. Sentados en una barra colocada en una isla central, lo observó batir los huevos, agregar queso gratinado, cebollas y pimientos para hacer una tortilla. Brindaron el uno por el otro con copas de pinot noir. Por encima de la copa él le brindó una divertida sonrisa, recordándole el momento cuando se conocieron en el bar de Florida.

La conversación consistió en una ligera charla bilateral. Nicolas levantó el rostro mientras hablaba sobre su hogar y como haría del rancho un verdadero hogar algún día.

— Mucho espacio abierto, aire fresco. Un buen lugar para criar a los hijos — dijo suavemente, sus ojos se deslizó sobre los suyos.

Terminaron su cena y pasaron el tiempo ante el fuego haciendo el amor, lenta y relajadamente. Nicolas la amó con una tranquila intensidad, como si supiera que era su último tiempo juntos antes de regresar con el resto de los Draicon. Las flamas crujieron en la chimenea mientras él besaba su cuerpo desnudo, sus labios dejaban un trazo cálido. La mullida alfombra bajo ella se sentía tan suave y cálida, contrastando con el duro cuerpo masculino colocado sobre ella.

A la mañana siguiente, una ligera nieve danzaba movida por el viento. Una luz grisácea se coló a través de las ventanas. Maggie se acurrucó bajo el nórdico relleno plumas de ganso mientras Nicolas levantaba la cabeza.



Observó la luz grisácea del amanecer y tocó su rostro dormido. Oscuras pestañas cubrían las rosadas mejillas. Aire puro, y el tiempo a solas con él había esfumado la tensión y el cansancio de sus formas. Su temblorosa mano separó gentilmente sus sedosos rizos apartándolos de su mejilla.

Sus sentimientos amenazaron con desbordarse. Nicolas levantó una pared mental, sin atreverse a compartirla con ella. El dolor lo envolvió. Tenía que enseñarle a defenderse por sí misma, asegurándose a sí mismo que podría sobrevivir con la manada o sola... si él se iba. Nicolas giró y abrazó a Maggie de lado, con un sentimiento devastador de completa pérdida.

No podía perderla. No ahora.

—Maggie —susurró, acariciando su cabello— Mi hermosa Maggie.

Maggie abrió los ojos lentamente, y él se perdió en su profunda mirada. Nicolas la acercó mientras Maggie mordisqueaba su cuello. Se curvó contra él, compartiendo su calor corporal. Era tibia y suave, su sedosa piel femenina cediendo contra él. El aire frío se colaba a través de la ventana ligeramente abierta. Ella pasó los dedos sobre su pecho, haciendo que se estremeciera con renovado deseo.

La realidad llegaría lo suficientemente rápido. Demasiado rápido.

Pinyon Valley, hogar de los Draicon. Hace años la manada se trasladó aquí, abandonando las plácidas colinas de las Montañas Rocosas de Colorado, por la quietud del norte de Nuevo México. Nicolas explicó que la manada se movía cada cuarenta años para mantener a raya las sospechas, debido a que los Draicon envejecían lentamente. Ahora se habían mudado para mantener sus niños a salvo de los Morphs.

Los arbustos grisáceos, los densos bosques de pinyon, los pinos ponderosa y los enebros de los pies de colina y valles. Los llanos parecían estériles y las laderas de las montañas estaban llenas con brillantes álamos. Las praderas y prados estaban escasamente poblados excepto por algunas haciendas punteando el aparentemente valle sin fin. Elevándose sobre las laderas estaban las majestuosas montañas repletas de densa vegetación.

Escondido en una ladera se encontraba, cubierto con densos abetos y olmos, el gran coto de caza que ahora servía como cuartel general de los Draicon. La mayoría de los miembros de la manada vivían separada mente, pero cuando Damián enfermó, la manada se trasladó como una unidad hacia el refugio. Necesitaban estar cerca los unos de los otros cuando su líder yacía muriendo.

Nicolas conducía el Ford Escape alquilado por un camino terregoso. Los pájaros se llamaban unos a otros desde los árboles. Las nubes se disolvían sobre sus cabezas, llevadas por un ligero viento. Maggie bajó su ventanilla para inhalar el fresco y aromatizado aire a pino. Los recuerdos la arrastraban. Buenos recuerdos.

—Mi padre solía traerme a largas caminatas en esta área —murmuró ella, levantando la cabeza permitiendo al viento mover sus rizos.

Nicolas la miró.

—Estás recordando. Dios. La manada puede recordarte o puede que no. No estoy seguro de lo que les ha dicho Baylor, así que mantente en guardia.

Ella frunció el ceño

—¿Por qué te detesta, Nicolas? Parece determinado a provocarte en cada paso.

Esos anchos hombros se encogieron.

—Una vez me acosté con su novia, antes de que ellos tuvieran una relación. No fue nada más que sexo después de una pelea con Morphs y yo necesitaba la energía. Probablemente el todavía este resentido por eso.



Ella se llenó de dudas, la animosidad de Baylor parecía ser por algo más que solo celos. Los Draicon abrigaban un fuerte sentido de familia y manada. Presentía que tenía algo más que ver con eso.

El polvoriento camino se abría a una gran y verde pradera y un camino de grava. Una cerca separaba la propiedad de los árboles detrás de ella. Nicolas aparcó frente al enorme coto. Grandes ventanales del suelo al techo con vista a la pradera. Pensó que la inmensa casa parecía un suntuoso punto vacacional, sentía que estaba fuertemente fortificada, como una fortaleza.

El subió los escalones, con sus maletas en las manos.

— Ven. No tiene sentido retrasarlo. Nos esperan.

— ¿Cómo lo sabes?

— Puedo olerlos — mencionó él.

Nicolas presionó su palma sobre un escáner plano junto a las grandes puertas dobles. No pasó nada. Un músculo se contrajo en su mandíbula mientras lo intentaba otra vez.

— Demonios. Todavía me tienen bloqueado.

No era una señal de bienvenida. Maggie le dio una su sonrisa más brillante.

— Soy yo Nicolas. No están seguros de que esperar. Soy una extraña, más que nada.

Su ruidosa llamada sonó más confiada de lo que se sentía ella. Lo que sintió unos minutos después mientras escuchaba un enérgico ruido de pasos dentro y el deslizamiento de varias cerraduras.

La puerta se abrió lentamente hacia afuera.

Una joven mujer que parecía amistosa se colocó en el umbral, ofreciendo su mano. La sonrisa de bienvenida en su cara contrastaba con las gruesas puertas que les bloqueaban el paso.

— Hola, soy Katia. Tú debes ser Maggie.

Antes de que Maggie pudiera responder, la otra mujer dio un paso adelante y la envolvió en un gran abrazo. Su fuerza sorprendió a Maggie.

— Estoy tan contenta de que estés aquí y Nicolas está de regreso. Es maravilloso. Totalmente maravilloso. Todo se está cayendo en pedazos — susurró Katia. Entonces se frotó los rebosantes ojos, adoptó una valiente sonrisa y le dio a Nicolas un breve pero cariñoso abrazo — Entrad. Os daré una habitación en el piso de arriba. El cuarto de los enfermos esta abajo en el sótano. El cuarto de Damián esta en el tercer piso y aislado del resto.

Nicolas lanzó a Maggie una interrogativa mirada mientras levantaba su equipaje y entraba al refugio. Katia se estaba desmoronando por dentro. ¿Cuántos más se sentían igual? La compasión de Maggie afloró. Ella apretó la mano de Nicolas después de que el dejó las maletas en el corredor. La manada lo necesitaba. Ella se sentía segura de ello.

Caminaron por el alfombrado pasillo hasta un gran y abierto cuarto empapado con luz natural. En sillas, sofás y sentados en muchas mesas alrededor del cuarto, estaban sentados docenas de gente que parecía ordinaria.

La manada.

Todos se volvieron hacia ellos al mismo tiempo.

Nicolas mantuvo una ligero pero posesivo apretón en la cintura de Maggie mientras estudiaba a la gente. Una mujer abrazaba a un pequeño bebé en su regazo. El infante reía y apuntaba hacia Maggie con una sonrisa de bienvenida. La madre hizo que girara su cara, mandándolo callar. Un hombre con pelo rapado y facciones afiladas se acercó, cogió al bebé y se sentó junto a la mujer, con actitud protectora.

Ninguna sonrisa de bienvenida, ni siquiera un amistoso asentimiento. Se sintió como si penetrara en una multitud de hostiles extraños. Mirándolos a todos, imaginando que cambiaban a su forma de lobo, se sintió incluso más extraña. Esta era una familia que se vinculaban unos con otros, jugaban juntos, criaban a sus hijos en cercana proximidad y cazaban juntos como lobos. Ella era una forastera.

Eran diferentes. Podía sentirlo. Las finas líneas de belleza en la mujer, los duros contornos de los hombres, extinguieron su impaciencia. Maggie se sentía tan confusa como extraña al igual que lo estuvo cuando fue introducida al frío y antiséptico mundo de padres adoptivos. Ella no encajaba.

¿Incluso aquí, con Nicolas? El insistía que esa era su familia, su manada, su hogar.

Sin embargo nada se sentía familiar. Maggie enderezó la espalda, levantó la barbilla. Nadie vería como le dolía su creciente hostilidad. Nadie.

Una sensación cálida entró a su mente. Imágenes de una amorosa familia y hogar la inundó. Nicolas. Ella sintió la confianza de su brazo de acero alrededor de su cintura. Su confianza elevó la propia. Maggie alzó la barbilla, estudiando a la muchedumbre. La hostilidad inicial pareció disminuir, siendo remplazada por miradas curiosas.

Un niño con cabeza afilada jugando en el suelo junto a un sofá de cuero lanzó algo. El corazón de Maggie se aceleró. Un juguete de perro. De repente un shih-tzu café se precipitó desde detrás de la silla, sus garras arañando la alfombra. El perro se detuvo. Ella se dirigió hacia Maggie, agitando su cola. Un ladrido de pronunciada alegría rompió el silencio de la habitación.

—Misha— Maggie se liberó de Nicolas, adelantándose. Su perra correteó y fue directa hacia sus brazos. Animándola con furiosos lametones en las caras, limpiando las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Solo esto lo valía todo. Había sanado a Misha. Maggie acarició la sedosa piel, maravillándose por la excelente salud de su amiga. Cualquiera que fuera el sentimiento que la manada guardaba hacia ella, se habían esmerado cuidando de su perra.

Levantó la mirada y vio algo alarmante.

Las miradas no estaban centradas en ella, sino en Nicolas. Él se mantuvo orgulloso, enderezando los hombros, aceptando el rencor lanzado hacia él.

Ella no era la fuente de sospecha. Los miembros de la manada abandonaron sus asientos y se acercaron.

—Maggie, levántate. Permite que te conozcan —la instruyó Nicolas.

Maggie se mantuvo totalmente quieta mientras los otros se acercaban, observándola críticamente. Nicolas dijo algunas palabras en su mente. *Está bien. Estoy contigo.* Ella sabía que este proceso era esencial para que ganara la aceptación de la manada. Se acercaron a ella, pasando sus manos sobre ella, olisqueándola. Uno levanto su cabello y olió tras su oreja. Otro más olió la parte alta de su cabeza. La mujer la miró especialmente. No son humanos, se recordó a sí misma, obligando a sus manos a relajarse. Esta era la manera Draicon de aceptarla en la manada.

Un macho hizo más que inhalar su esencia. Descaradamente levantó su mano, besándola de forma cortés. Nicolas alzó el labio superior en una silenciosa amenaza. El macho se retiró, bajando la mirada.

Ella vio a Baylor entrar a la habitación, cerrando otra puerta. El Draicon urbano se acercó, mostrándole una cálida sonrisa. Que se disolvió cuando pasó la mirada sobre Nicolas.

—Entonces, has vuelto —dijo rotundamente— Es bueno verte Margaret. Tu sangre ha ayudado a Damián. Continua gravemente enfermo, pero le ha comprado algo de tiempo.



El alivio relajó la expresión de Nicolas. Baylor se dirigió hacia Katia, acercándola a él.

— En cuanto a ti Nicolas...

Katia colocó un dedo sobre sus labios.

— Por favor, detente. Ahora no es el momento.

— Las reglas son las reglas — dijo Baylor, apartando la mano de Katia — Nicolas las ha roto. Él ha sido proscrito.

— Conozco las reglas — dijo suavemente, su mirada nunca abandono al otro macho — Ayudé a implementarlas y las seguí cuando abandoné la manada. Las reglas establecen que mi aceptación es condicional hasta regresar con la empática perdida, Margaret. No me empujes, Baylor.

Los demás la miraron con abierto interés. El macho que había besado su mano fijo su mirada con audaz agresión.

— La leyenda dice que eres la única que podría destruir a nuestro enemigo, Kane, el líder de los Morph. ¿Has peleado? ¿Puedes sobrevivir a las heridas de un Morph o te mataran?

— Soy más dura de lo que tú eres — replicó ella, en una lucha de miradas hasta que el macho bajo la suya. Demonios, eran agresivos. Ella olfateó su miedo escondido unido a una profunda preocupación. Baylor tenía razón, la manada se estaba separando.

Pensando que ser suave era mejor que hacerse los fuertes. Los Draicon querían y necesitaban confianza. Maggie esbozó una tranquilizadora sonrisa.

— He sobrevivido el ataque de los Morph. Su sangre quema, pero mi cuerpo sana rápidamente.

Katia la miro solemnemente. —

— Baylor nos dijo lo que había pasado. Curaste a tu perro. ¿Puedes curar a nuestra gente de esta enfermedad? Tenemos a quienes se han sentido enfermos atendiendo a Damián. No están tan enfermos, pero necesitan tu toque.

Su natural curiosidad surgió en ella.

— ¿Solo los que lo atienden se sienten enfermo? Eso significa que la enfermedad es transmitida por el contacto de especie a especie.

— Si. Jake y Caren, nuestros mejores científicos, tomaron la sangre que enviaste y trataron de hacer un anticuerpo. Se lo inyectaron a Damian, pero no lo ha curado, solo le dio más tiempo. Y tampoco ha curado a los otros.

Una gruesa lágrima se deslizó por la mejilla de Katia.

— Ahora ellos también están enfermos. Cualquiera que haya tenido contacto con Damian está enfermo. Incluso Aurelia, quien lo ha estado cuidando.

Maggie se mostro resolutiva.

— Debe ser transmitida por el contacto, no por vía aérea. He comprado guantes y trajes HAZMAT³. Quemad toda la ropa y sábanas que hayan estado en contacto con Damián. No podemos arriesgarnos a que nadie más caiga enfermo.

— ¿Y qué hacemos con quienes ya están enfermos?

El duro tono en la voz de Nicolas le advirtió de su preocupación por ella. Ella tocó su brazo confortándolo.

³ trajes hipoalergenicos aislantes



—Haré lo que tenga que hacer. Damian estará bien por ahora, pero si los otros no han mejorado, empeorarán. Debo curarlos ahora, antes de que lo hagan.

—Maggie— dijo apretadamente.

Ella giró y tomó su mejilla. Las palabras no eran necesarias entre ellos, pero las dijo en voz alta para que los otros escucharan.

—Nicolas, la manada te necesita tanto como me necesitan a mí. No hay un liderazgo real aquí desde que Damian cayó enfermo. Los niños están muy delgados, puedo ver que las reservas de comida están escaseando. Necesitan a alguien que los guíe.

Él cerró los ojos, asintiendo. Luego los abrió mirando cada centímetro donde había estado. Furiosa determinación y tranquila fuerza. El segundo de Damian, el siguiente en liderar la manada. Nicolas le apretó la mano.

—Ve, haz lo que tengas que hacer.

Su pareja dejó caer una mirada ceñuda sobre Baylor y los demás machos.

—Reunid un grupo. Tenemos que cazar algo fresco.

Baylor empezó hablar y se quedó en silencio bajo las frías órdenes de Nicolas. Se dio la vuelta y el resto de los machos empezaron a salir de la habitación. Katia lucía atormentada, pero le sonrió a Maggie y Nicolas.

—Vamos, os mostraré vuestro dormitorio.

Ella los dirigió subiendo dos pisos de escaleras de madera a través de un largo corredor. Las ventanas estaban alineadas en el recibidor, ofreciendo una excelente vista del nevado campo que rodeaba al refugio.

Un punto de observación, se dio cuenta Maggie. Cada ventana les permitía ver a cualquiera aproximándose. El refugio estaba construido más para protección que para recreación.

Abriendo una puerta al final del pasillo, Katia gesticuló.

—Espero que estéis cómodos aquí. Damián insistió en que necesitabais privacidad. Todos los demás están en el otro extremo. Intenté hacerlo tan hogareño como es posible. Si necesitáis algo, hacédmelo saber. En un momento los chicos os subirán el equipaje.

Maggie deslizó su mirada alrededor de la habitación color crema. Una manta azul marino cubría la antigua cama tamaño real. Un jarrón de cerámica azul lleno con hojas de otoño estaba colocado sobre un antiguo vestidor de olmo y unos tapetes agregaban color al piso de pino. Lámparas con forma de faroles de tren estaban colocadas en mesitas de noche gemelas. Las cortinas de encaje en las ventanas le daban un toque delicado. Sin embargo no se podía sentir cómoda aquí, no con la animosidad asomándose como una tormenta de verano.

Prefería el rancho abandonado de Nicolas con su viejo edredón de plumas de ganso en una cama tan grande como un campo de fútbol y las mugrosas ventanas que miraban a las suaves pendientes del bosque y las verdes praderas.

Nicolas se paseaba en la habitación como animal enjaulado.

—Necesito hablar con Damian. ¿Por qué no te relajas?

—¿Relajarme? ¿Cuándo hay miembros de la manada enfermos? Voy a bajar.

Mientras ella hacía el intento de marcharse, él la agarró del brazo. Algo oscuro se asomó en su mirada ambarina— Se cuidadosa utilizando tu magia, caira. Incluso tus poderes podrían no ser capaces de trabajar en todos. Yo la olí en el aire en el piso de abajo.

—¿Qué oliste?

Su boca se aplano.

—Muerte.

Al momento en que ella alcanzó los escalones alfombrados del sótano, el olor golpeó a Maggie. Con náuseas, presionó una mano sobre la nariz. Nicolas tenía razón. Sus ojos empezaron a llorar con pena. El hedor a enfermedad era el mismo que reconoció en Misha. En su perra, ella pensó que era cáncer. Ahora lo conocía por su verdadera naturaleza, el olor de desesperación y desesperanza.

Siguiendo a Katia, quien estaba vestida con el traje protector, Maggie bajó hacia un gran cuarto con paredes de madera. Camas individuales alineadas al estilo de dormitorio, se extendían por el cuarto. Por lo menos una docena de hembras y algunos machos descansaban ahí.

Era peor de lo que había pensado. Sanar a esos Draicon aniquilaría su fuerza. Pero tenía que hacerlo.

Flexionando sus manos, Maggie fue de cama a cama mientras Katia le explicaba los diversos estados de la enfermedad. La mayoría estaba en el estado inicial. Algunos estaban en el intermedio. Curó a aquellos que estaban menos enfermos y trabajó todo el tiempo. Se sentía increíblemente enferma y débil, pero empujada hacia el último y peor de los casos.

Aurelia, la enfermera de Damián. La Draicon hembra gruñía y gemía en su cama. Maggie sentía las lagrimas humedecer sus ojos ante su sufrimiento.

—Tengo que ir... Damián me necesita. Dijo Aurelia, se levanto y gimió, después cayó de nuevo en la cama.

Su lealtad al líder de la manada conmovió a Maggie.

Miró hacia el Draicon hembra, encogida en una apretada bola. Se llenó con compasión. Maggie se sentó sobre la cama y gentilmente colocó sus manos sobre el corazón de Aurelia. El dolor la rodeó. Oleadas de violento y rojo dolor. Maggie se mordió el labio y se arriesgó. Concentrándose vio las feas células oscuras y las sanó a todas.

Minutos después, retiró sus manos. Su respiración salía en desiguales bocanadas.

Sus manos se habían vuelto en un gris moteado. La sobrevinieron las náuseas. Maggie se tambaleó hacia una cama vacía y cayó sobre ella.

Había sido más difícil de lo que había imaginado alguna vez. Pero había sanado a los enfermos. A todos excepto a Damian. Ahora no tenía ahora la fuerza para sanarlo.

Por ahora, tendría que esperar.

Una hora después, todavía exhausta Maggie se deslizó hacia la habitación de Damian en el tercer piso. No había sido difícil de encontrar. Siguió su esencia. Poderosa, dominante, ligada a la misma enfermedad del sótano.

Con cuidado abrió la puerta y entró. En una cama de tamaño real descansaba el líder de los Draicon, el mismo color gris coloreaba su piel. Su espeso pelo negro estaba cortado al ras, diferente al largo de Nicolas. Tenía una fuerte cara cuadrada y una engañosa boca vulnerable.

Ella presintió que nada era vulnerable con este Draicon.

Sus manos se elevaron como si lo fuera a sanar pero Maggie se obligó a bajarlas. No se arriesgaría a sanarlo mientras estuviera todavía débil. Él estaba mucho más enfermo.

Acercándose, el corazón de Maggie pasó a través de la expresión de su cara. Las líneas de dolor hacían estragos en su sueño. Sintió que estaba enmascarando la agonía cuando estaba despierto para no alarmar a la manada.

Un ruido en la ventana la puso en alerta. Maggie se movió rápidamente, pero la puerta estaba muy lejos. El armario. Entró en el, dejando la puerta entreabierta y observó.

La ventana se deslizó sin ruido. Una mujer diminuta subió a ella y entró.

Una tibia y callosa mano se colocó sobre la boca de Maggie al mismo tiempo que un poderoso brazo la retiraba. Ella jadeó sorprendida, entonces olió a Nicolas.

— *¿Qué haces aquí escondido?* — Preguntó mentalmente.

— *Vigilando a Damian. Capte esta esencia, sabía que ella se dirigía hacia aquí — le respondió mentalmente.*

Desconcertada ella empezó a preguntarle más. Un susurro en su mente los hizo centrarse.

Vieron a una diminuta mujer aproximándose a la cama de Damián. Su piel era tan pálida como la porcelana. Su cabello largo hasta los hombros enmarcaba su delgada cara. Tenía una pequeña nariz, altos y elegantes pómulos y parecía no tener más de 18 años.

— *Jamie — murmuró Nicolas en su mente.*

¿Ella era Jamie, el terror que devastó la manada con su enfermedad? ¿La mujer mortal que había quebrado a Damian?

Jamie se mantenía junto a la cama. Maggie se alertó, lista para proteger al líder de los Draicon con su propio cuerpo si era necesario. Pero Nicolas parecía relajado y no tenía miedo por Damian.

La mujer bajó la cabeza por un momento. Cuando la levantó, la sorpresa llenó a Maggie. Una gran y solitaria lágrima bajaba por la traslucida mejilla de Jamie.

— *¿Lloras por mi?*

El suave acento de Nueva Orleáns hizo que Maggie y Jamie jadearan al mismo tiempo. Los ojos de Damian estaban abiertos, su mirada aguda. Ella se preguntaba si en algún momento había estado dormido.

La mortal dio un paso atrás, frotándose la cara. La sangre caliente sonrojo su cara.

— *¿Yo? No seas tonto. Vine a ver si ya estabas muerto — Su sensual y meliflua voz contrastaba agudamente con su apariencia juvenil.*

— *¿Decepcionada? Estoy bastante vivo, gracias por verificarlo — el regocijo se colaba en la voz de Damian. Maggie no entendía.*

— *Puesto que ya estás aquí ¿Por qué no te sientas? Descansa un poco. Pareces cansada.*

El actuó casi gentil y sin miedo de la mujer que lo había despojado de su fuerza y poder.

Jamie fijó su mirada en él, su labio inferior sobresalía. Una mirada cautelosa nació en ella mientras que se colocaba en el borde de la cama de Damian. No parecía más que una niña, una confusa y temerosa niña. Maggie se sentía confundida.

— Los Morphs saben que Nicolas está de regreso con Margaret. Vine a decírtelo. Planean atacarla pasado mañana. Escuche a Kane coordinándolo. Atacarán el refugio en un enjambre de abejas. Es la manera más rápida de viajar. Planean entrar a través de los conductos de ventilación, después se convertirán en lobos. No te preocupes por ellos, solo quieren matar a Margaret. Kane piensa que tú ya estás muerto.

El corazón de Maggie dio un vuelco. Nicolas le dio un abrazo de consuelo.

— *Gracias por avisarme — dijo Damián en voz baja — ¿Por qué me lo estás contando?*



Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez porque le debo una a Nicolas.

—¿Cómo te fuiste sin que ellos se dieran cuenta?

—Ya no se preocupan por lo que hago. Puedo ir y venir como me plazca —Jamie jugaba con un mechón de su pelo— No temen que los abandone, Kane tiene la certeza de que me quedaré.

—¿Tu estás segura de que te quedarás? La verdad, ¿Por qué estás aquí, Jamie?

La voz de Damian irradiaba orden y demandaba respuestas

—Ellos me dijeron... —Jamie parecía confundida— Kane me dijo quien eras realmente y lo que yo hice... lo que significa. Quien soy. Es basura. Mentiras. Solo tratan de atormentarme.

—Es la verdad —Damian miró a Jamie fijamente— Es por eso que envié a Nicolas tras de ti, con el aliciente que yo sabía que te tentaría más que nada. Él te enseñó magia, porque yo se lo pedí.

Maggie hizo un sonido de sorpresa. ¿Nicolas fue proscrito por seguir una orden de Damian?

—Me usaste —susurró Jamie— Sabías que yo era virgen. Era mi primera vez y todo lo que yo quería... me follaste y después te fuiste. Prometiste enseñarme magia y lo usaste para llevarme a la cama y después echarme. Fui una tonta al confiar en ti. Bueno, Damian, cuando regrese, Kane estaba más que feliz de tomarme en su familia y enseñarme todo lo que sabía. Los Morph tienen poder real.

Pero un temblor se coló en su suave voz. Maggie podía sentir que la muchacha no estaba segura.

—Si te seduje. Pero no te abandone, Jamie. Fui a averiguar la manera de regresarte aquí —Damian le dirigió una gentil sonrisa— Sabía que la verdad se revelaría como una sorpresa para ti.

Jamie se levantó de la cama.

—Nada me sorprende. Eres un bastardo, Damián. Un tramposo que usa a las mujeres mortales para su placer.

—A otra mujer, tal vez. No a ti. Hay más entre nosotros.

—No, —susurró ella— fue solo sexo. No hay nada entre nosotros y nunca lo habrá.

—No fue solo sexo, Jamie. No puedes negarlo. Trata de huir y esconderte. Pero eso no cambiara la verdad —dijo Damian suavemente, mirándola.

—Negaré todo lo que quiera. Nadie me dice que hacer —Jamie dio media vuelta, la angustia y el coraje cambiaban su bonito rostro— Ni los Morphs ni tú. Nadie.

Con ágil elegancia, atravesó la habitación, saltó por encima de la ventana y desapareció. La sorpresa llenó a Maggie. Jamie había dejado caer tres historias, como un duendecillo.

Nicolas retiró su brazo y abrió la puerta del vestidor. Maggie parpadeó ante la brillante luz de sol brillando en la habitación. Damian ni siquiera levantó la mirada.

—¿Debería ir tras de ella? —Preguntó Nicolas.

Damian suspiro mientras jugaba con el borde de la manta.

—Déjala irse. Está a salvo por ahora. Ellos todavía piensan en ella como su mascota.

—Esta no es la primera vez que está aquí. ¿Cierto Dai?

El líder de la manada cerró sus ojos por un minuto.

—No, la manada tampoco lo sabe.

—No saldrá de mi boca —le aseguró Nicolas.



Nicolas apretó la mano de Maggie, su palma cálida y fuerte. Nicolas la adelantó, deslizando un brazo protector sobre ella.

—Damian, ella es Margaret. Maggie.

—Hola, Maggie —Damián tenía los ojos afilados, tan verdes como un mar turbulento, pero su sonrisa era gentil— Gracias por volver con nosotros. Te hemos extrañado mucho.

Su mirada se desvió por un momento.

—Realmente siento mucho la pérdida de tus padres Richard y Carla eran buenas personas. Supe que ellos te abandonaron por miedo.

Su cálida y profunda voz envió oleadas de tranquilidad a través de ella. A pesar de que estaba en una cama enfermo, él irradiaba autoridad. Definitivamente era el macho alfa de la manada.

Ella levanto su mirada a Nicolas. Sus modales parecían más relajados y cómodos que abajo. También irradiaba la confianza de un macho alfa en lugar de la obediencia de un beta. Ella se lleno de confusión. ¿Entonces porqué Nicolas no guiaba a su propia manada?

Demasiadas preguntas giraban en su cabeza. Depositó su atención en Damian.

—Nicolas no era mi macho beta cuando tú y tus padres todavía estaban en la manada —respondió Damian ante la pregunta no expresada.

—Yo no tenía manada. Damián me introdujo en la suya.

—Después de que salvó mi escondite —Damián se recostó sobre sus almohadas, su color se estaba haciendo cetrino. Una mueca cruzó su rostro. No hizo esfuerzo alguno de esconderlo. Maggie se percató de la extensión de su dolor.

Fue a su lado, sintió su pulso. Filiforme y débil. Su piel se sentía helada y húmeda. Ella encontró un tazón y lo lleno con agua tibia, y empezó a limpiarle la frente.

—Pensé que eras de Colorado. ¿Cuándo viviste en Nueva Orleáns y como conociste a mis padres? —Preguntó Maggie, profundamente curiosa sobre el líder de la manada.

—Pase mi juventud en el bayou. Cuando los Morph mataron a mis padres y a nuestra manada, me fui y encontré a una familia que necesitaban un líder, incluyendo a tus padres.

—¿Quién es Jaime para ti? — Maggie exprimió la tela.

—Una mortal —dijo adormecido— Alguien que conocí en Nueva Orleáns cuando regresé hace tiempo. Mmm, esto se siente bien. Nicolas, no te rindas con ella. Quiero que se quede.

—Así lo haré —murmuró Nicolas. Él sostuvo su mano mientras los ojos de Damián se cerraban.

—Déjalo descansar. Vamos, vamos a instalarnos.



CAPÍTULO 14

Curar a los miembros de la manada despojó a Maggie de mucha y necesaria energía. Nicholas la llevó a la cocina para alimentarla con la esperanza de reponerla. No quería sexo. Maggie estaba demasiado inquisitiva. La experiencia le había enseñado a bajar sus defensas cuando hacían el amor. El sexo con ella traía sus emociones a la superficie.

Después de comer, se fue a descansar mientras él se quedaba fuera en el patio. Nicholas apoyó las manos en la verja de madera. Había una mesa y sillas de hierro forjado en un rincón que proveían de una excelente vista del prado cubierto de nieve y del bosque. En el pasado los cojines habían sido de un verde brillante adornado con rayas azules. El tiempo y la luz habían desvanecido los colores. Parecían tristes y abandonados.

Como la manada, pensó.

La tensión se mascaba en la cabaña. Estaba tan tranquilo como un campo de batalla.

A cada momento se preocupaba más por que todo se desbordara. Se había prometido a sí mismo y a Maggie no más muertes ni violencia. Pero la manada no lo sabía.

De él esperaban que fuera el entrenado asesino que despacharía a los Morphs y a Kane, su líder. Que le aceptaran estaba condicionado esas premisas.

¿Qué sería de él sin la manada? Nicholas se quedó mirando los prados, el verde de los abetos y el blanco de los álamos. Recordaba los días de vagabundear por su cuenta, la soledad que le encogía los intestinos, tan aguda que aullaba por las noches. La manada era necesaria para la supervivencia. Necesitaba a esta manada y a Maggie.

Si Maggie descubriera la verdad sobre él, ¿Le tendría tanto miedo como los otros? ¿Le miraría como lo hacían ellos, con cauteloso recelo esperando que los traicionara?

Agitó las manos en el aire. Los colores se arremolinaron en el aire al materializarse en su mano una daga de aspecto letal. Nicholas examinó la hoja. Afilada y brillante, representaba su vida. Había matado enemigos una y otra vez para probar su lealtad a la manada. Nicholas, el guerrero más fiero y destructor de Morphs. A veces se preguntaba si conocía algo más que la violencia, la muerte y la sangre.

No hasta que Maggie llegó a su vida.

La comprensión le golpeó con la fuerza de una bala. Nicholas arrojó la daga hacia delante. Aterrizó sobre el suelo de madera, balanceándose por la violencia con que la había arrojado.

Estaba cansado de muerte y matanza. Quería un hogar, una casa y una familia. Quería a Maggie y su testarudez, su toque gentil, su paz.

Antes había conseguido ese equilibrio con la música. Al final, también la música había muerto en su implacable búsqueda para encontrar y destruir a sus enemigos.

No había nadie en los alrededores. Nicholas bajó los escalones con su acostumbrada precaución subrepticia. Se encaminó hacia un pequeño edificio a una cierta distancia cerca del extremo oeste de la propiedad. El cuadrado edificio tenía más o menos el tamaño de un garaje para tres coches. Nicholas cogió la llave de la parte superior del marco de la puerta, abrió el candado y entró. Dos ventanas de cristales dobles permitían la entrada de luz.

La primera habitación se usaba para almacenar el equipamiento de invierno de la manada. Esquíes, botas de nieve y palas se alineaban pulcramente en filas contra la pared. Nicholas pescó una llave en un cubo que contenía sal gorda y abrió la puerta de la segunda habitación.

Apretó el interruptor. La luz se derramó por la habitación. No había ventanas. A Nicholas le disgustaba la idea de que alguien le espiara, así que había instalado un sistema de ventilación para traer aire fresco de fuera. Las mesas de trabajo, sin usar durante tanto tiempo, estaban cubiertas de serrín. En mitad de la habitación había una mecedora a medio terminar. Nicholas se deslizó por el rincón, sorteando una pila de mantas de caballo viejas que nadie usaba. Con mucha suavidad, sacó el instrumento de su escondite.

La caja era de cuero cuarteado pero cuando abrió la tapa, la guitarra brilló en la débil luz. Nicholas se sentó en el frío suelo de madera y colocó el instrumento en su regazo. Una paz esquiva se derramó sobre él.

Muy despacio, empezó a tocar. No se atrevía a permitir que los otros le oyeran. La música aliviaba sus tribulaciones y calmaba sus turbulentos pensamientos. Se imaginó a Maggie mientras rasgueaba una vieja tonada popular. Maggie, con sus rizos cobrizos despeinados, la alegre sonrisa en su inquieta boca, su expresión seria. Su Maggie.

Después de unos minutos guardó la guitarra y volvió a esconderla. Si alguno de la manada le observaba, podría levantar sospechas. ¿Nicholas tocando? ¿Qué había sido del guerrero que luchaba para mantenerlos a salvo? ¿Se estaba ablandando? ¿Se estaba volviendo débil? Los Draicon débiles no podían resistir la seducción del poder que los Morphs ofrecían.

Los Draicon débiles eran peligrosos par la manada.

Una vez alguien le había sorprendido cantando y lo había comentado. Nicholas nunca había olvidado las risas descuidadas de los machos mientras comentaban que cantar canciones de amor empañaba la imagen de fiero guerrero.

Afuera, la temperatura había caído a plomo. Pequeños copos de nieve caían del cielo grisáceo. Nieve temprana, nada fuera de lo corriente. Se escabulló de vuelta a la cabaña, sacudiéndose el polvo de los vaqueros.

En la cocina, Katia estaba senada en un taburete y hablaba con Aurelia. Aurelia, que había sido como una madre para él, y que se había estado muriendo. La alegría le asaltó. Se levantó y la envolvió en un abrazo.

—Nicholas! —se echó hacia atrás y le cogió la cara entre las manos con afecto. Él inspeccionó sus rasgos, aliviado al ver que parecía saludable— Maggie, tu Maggie, me ha curado. Ha curado a todos los que estábamos enfermos. Es asombrosa, Nicholas. Gracias por traérsela de vuelta —la mujer mayor le apretó las manos con fuerza.

Miró a su alrededor con interés, esperando ver a su compañera.

—¿Dónde está Maggie? ¿Se ha levantado ya?

Katia apartó la mirada.

—Baylor y los otros descubrieron huellas de Morphs cuando iban a cazar. Cuando volvieron con la caza, se llevaron con ellos a Maggie. Te estuvieron buscando, pero...

A Nicholas se le cayó el corazón a los pies.

—Dijeron que era un buen momento para comprobar cuan bien la habías entrenado, Nicholas. Ella es la designada por la profecía para matar a nuestros enemigos, ¿verdad? — Aurelia parecía confusa mientras se echaba para atrás un mechón de pelo dorado espolvoreado de gris.

La boca se le convirtió en una línea.

—Las leyendas no siempre son verdad. A veces se vuelven más grandes que la gente.



Y yo debería saberlo, pensó. Su propia imagen, proyectada en historias que se contaban a los niños asustados, había sido legendaria.

—Debería volver pronto. Dudo que la lleven muy lejos en su primera caza. Sé que deberían haberte llevado a ti también, pero... —La voz de Katia se desvaneció. Ambas mujeres parecían profundamente preocupadas.

La comprensión le golpeó. Liderados por Baylor, los machos estaban empezando a separarle de Maggie. Todavía no confiaban en Nicholas, pero necesitaban a Maggie. Integrándola en su hermandad harían brecha entre él y su compañera.

La ira le invadió. Quería destrozar, rasgar, mutilar a aquellos que se atrevieran a llevarse a su compañera. Nicholas echó la cabeza hacia atrás y liberó un aullido que destrozaba los tímpanos.

Katia y Aurelia gritaron y retrocedieron. El temor deformó sus caras. Las miró y vio en sus ojos a la bestia que todos pensaban que era. Nicholas soltó un suspiro para calmarse y pensó en su música. Recordó la gentileza de Maggie, su pasión al hacer el amor.

Finalmente pudo controlar sus emociones. Nicholas extendió las manos.

—Está bien. Voy tras ella.

—No, por favor, Nicholas. Maggie necesita pasar un tiempo a solas con la manada. Déjales que la conozcan.

—¿Por medio de la lucha, Aurelia? ¿Por medio de la matanza? ¿De la misma forma que llegasteis a conocerme a mí? —se restregó el tatuaje con frustración— Maggie está contra la violencia. He tenido que enseñarle a matar Morphs. Pero he cometido un gran error. Ella no está hecha para ser una asesina.

Las dos mujeres le miraron.

—Pero debe hacerlo —protestó Katia. —Es nuestra última esperanza.

Tenía que haber otra manera.

—Déjala en paz de momento, Nicholas. —Aurelia posó una mano suave sobre su brazo— Déjala conocer a los machos primero. Quizás estás equivocado con respecto a su habilidad para matar Morphs. Puede que vuelva triunfante como tú cuando ibas de caza.

Lo dudaba. Pero por el bien de Maggie, esperaba que Aurelia tuviera razón.

Horas después, mientras estaba sentado en el gran salón ante el fuego chisporroteante, Maggie regresó.

Nicholas vio como su compañera arrastraba los pies como si un gran peso se hubiera posado sobre sus delgados hombros. Desenvainó sus dos dagas. Gotas carmesí se estrellaron contra el hogar de piedra. Limpió las armas metódicamente, las envainó y dejó caer el cinturón al suelo. Mirando el fuego, su expresión parecía desenfocada y en blanco.

No reconoció a Nicholas ni a ningún otro. Se le retorció el corazón.

La había enseñado a matar para que pudiera convertirse en el arma de la leyenda, profetizada para destruir a sus enemigos. Maggie no reconocía las aprobadoras palmaditas en la espalda, los cabeceos de respeto de los machos. Permanecía quieta, sin moverse.

Un robot entrenado para matar.

Le dolió mirar más allá del muro que había erigido para aislarse de los demás. Nicholas se acercó a su lado, se agachó y le cogió la mano. Parecía helada, la piel no era suave y cálida como



cuando se conocieron, si no áspera como si hubiera elaborado una concha dura alrededor de su cuerpo.

—Maggs, mírame. —le ordenó suavemente.

Se volvió ligeramente, lo suficiente como para que pudiera vislumbrar lo estériles que parecían sus ojos. Ojos que habían estado llenos de vida, determinación y amor. Ahora solo mostraban el reflejo de las llamas crepitando en el fuego.

—Matamos más de dos docenas. Les di con la lanza en el corazón a algunos, como me enseñaste.

La imparcialidad se notaba en su voz. Nicholas le apretó la mano, doliéndole el dolor que ella ocultaba profundamente en su interior. Había conseguido su objetivo y la había forzado a reconocer su herencia Draicon. Pero, ¿a qué precio?

—Mató más que unos pocos. Buena lucha. Nunca había visto nada parecido. Ni siquiera se estremeció cuando la sangre le manchó las manos. Simplemente siguió luchando.

El respeto se notaba en la voz de Baylor mientras los otros machos sonreían y asentían. Nicholas cogió las dos manos de Maggie en las suyas, dándoles la vuelta y examinándolas. No había ni rastro de las quemaduras del ácido de la sangre de los Morphs.

—¿Estás malherida? —preguntó.

Un pequeño movimiento de cabeza.

—Apartas el dolor y enfocas en matar. Recuerdas, son el mal. Gérmenes que deben ser erradicados. Son bacterias y tú eres un glóbulo blanco que rodea al enemigo y lo destruye, no importa a que coste personal.

Eran sus propias palabras, se las lanzaba con la voz sin inflexión. Nicholas se encogió de dolor, llorando la pérdida de la Maggie que había conocido antes de enseñarla a luchar. Antes del emparejamiento...

Alarmado, se volvió, dejando caer sus manos. El emparejamiento. Cuando intercambiaron poderes mágicos, sentimientos y recuerdos. Su fuerza de guerrero. Su poder de curación.

Su naturaleza asesina.

Maldijo suavemente. ¿Qué coño le había pasado?

Nicholas escudriñó y sintió sus pensamientos. Agotada. Exhausta. Entumecida.

Nicholas siguió con el dedo índice su boca suave.

—Maggie, Maggie —dijo con suavidad. Le tocó los labios con los suyos con ligeros besos. Apenas respondió a la suave presión. Profundamente preocupado le tocó las mejillas. Heladas, como si su Maggie se hubiera convertido en un bloque de duro hielo.

—Estás cansada, necesitas refrescarte —murmuró—. Ven conmigo, querida. Te calentaré. No dejaré que vuelvas a tener frío.

Baylor y los otros machos se juntaron a su alrededor. Nicholas les olió antes de oírlos.

—Maggie, vamos a la cocina para cenar. Necesitas recobrar energías —dijo Baylor.

Un gruñido sordo retumbó en su pecho. Nicholas acercó más a Maggie.

—Ya no va contigo. —le espetó, acariciándole la espalda con suavidad a Maggie.

Maggie no respondió cuando Nicholas le hociqueó la cabeza. Antes de que se acabara la noche le respondería.

—Maggie recobrará la energía conmigo.



Baylor cruzó los brazos sobre el pecho.

— Está agotada. — le desafió — Podemos ocuparnos de sus necesidades mejor que tú, Nicholas. Vete a tocar la guitarra.

Así que, después de todo, le habían oído. Sentía el pecho vacío.

Los otros machos murmuraban, despejando el espacio como si esperaran que ambos se desafiaran el uno al otro abiertamente.

— Retrocede — dijo Nicholas suavemente — Maggie es mi compañera, Baylor. Mi responsabilidad. Si eres lo bastante tonto para desafiarme, espera a que me ocupe de ella.

— Eres demasiado peligroso para ella, Nicholas, con o sin música — contestó Baylor.

Su sonrisa era toda dientes. Nicholas notó que sus colmillos descendían.

— La música puede ser peligrosa. — se mostró de acuerdo — Ahora mismo estoy luchando contra la urgencia de estrellarte la guitarra en la cabeza.

La mirada abierta y audaz hizo patente la agresividad de la amenaza. Baylor finalmente bajó la mirada, y se retiró arrastrando los pies. Nicholas se encaminó al dormitorio con los brazos rodeando con seguridad la cintura de su compañera.

Ya en su habitación, la desnudó lentamente. Ella estaba de pie, muda, como una niña grande, con la mirada apagada y desenfocada. El dolor se deslizaba por él mientras hurgaba en los pensamientos de Maggie y veía imágenes horrorosas. Sangre, cuerpos, regocijo al infligir violencia en las caras de los Draicon y los Morphs hasta que Morphs y Draicons se fundieron en una masa oscura e indistinguible. En la batalla se habían convertido en uno y el mismo.

Endureciéndose, se adentró más en sus recuerdos oscuros de la cacería. Maggie vaciló y gritó cuando los Morphs avanzaron y Baylor y los otros machos la incitaron, urgiéndola a atacar. Aún así se quedó de pie allí, indefensa hasta que un Morph se lanzó hacia ella.

Cada vez que la criatura hundía los dientes en su brazo, la herida sanaba inmediatamente. Parecía indestructible. Los aullidos resonaban en su mente, los gritos urgentes de los Draicon instándola a matar al enemigo, asesinarlos... *Ayúdanos, Maggie, ayúdanos, estamos muriendo...*

En su mente, Nicholas vio a Maggie levantar las dagas con la manos y hundirlas una y otra y otra vez, un robot frenético y desapasionado entrenado par destruir. La sangre cubría sus manos, sus dedos. Miró hacia abajo, aquellos delgados dedos goteando cálido y húmedo carmesí y algo dentro de ella murió. El entumecimiento la desbordó. Había dejado de sentir o de pensar.

Maldiciendo suavemente, salió de sus pensamientos.

Maggie se había convertido en lo mismo que él. Una maquina de matar indiferente.

Nunca más.

Nicholas la llevó a la cama y le dio un suave empujón. Ella yació sobre el estómago como una muñeca de cera. Se quitó la ropa y miró a su alrededor inseguro.

Sobre la cómoda de roble había un frasco de aceite de masaje con olor a canela. Nicholas lo cogió y se puso a caballo sobre las piernas de Maggie. Extendió el aceite en las palmas de las manos y la restregó una contra otra. El olor agudo de la especia llenó el aire.

Ella no se movió.

Muy lentamente recorrió con las palmas de las manos la curva de su columna, trabajando con el aceite, murmurando con tono bajo y tranquilizador. Alabó su belleza, su gentil compasión cuando curaba a otros, recordándole la Maggie que había sido. Borrando la fealdad de la violencia

que había inflingido. Dedos fuertes que podían aplastar la tráquea de un hombre pero extraordinariamente suaves cuando masajeaba los nudos de sus músculos tensos.

Se agitó ligeramente bajo él.

Destapó el frasco y regó de aceite el redondo trasero. Algunas gotas cayeron en la deliciosa hendidura del culo. Maggie onduló las caderas y gimió.

Bien. Pero quería más.

Con un dedo siguió el camino de las gotas, trabajando lentamente el trasero con el aceite. Esta vez, ella gimió abiertamente de placer. Nicholas rozó con el dedo la femenina entrada y lo deslizó hacia delante y hacia atrás.

Arriba y abajo. La acarició, recogiendo su propia humedad, complacido por su respuesta. Respiró su energía sexual y se la devolvió, alimentándola con su propia hambre desnuda. Nicholas deslizó el dedo más profundamente en su vaina.

El trasero de Maggie se irguió con una antigua suplica femenina sin nombre.

Se retiró, volviéndola suavemente y trabajando con el aceite en su parte delantera. Los dedos repiqueteaban sobre los tensos pezones. Nicholas observó con placer como se endurecían hasta parecer pequeñas perlas. Sentía las ingles pesadas y su cuerpo martilleaba con la necesidad de liberarse, pero ignoró su propia necesidad.

Esto era para ella. Maggie estaba primero.

Incapaz de resistir la tentación de esas pequeñas perlas rosadas, bajó la cabeza hacia una de ellas. Nicholas le dio golpecitos con la lengua y luego la chupó.

Ahora Maggie ondulaba bajo él, acunando la cabeza oscura contra el pecho. Abrió las piernas y levantó las caderas.

Aún no era suficiente. La quería desquiciada de placer, rogándole, olvidado todo lo demás salvo él. Hacerla olvidar. Su boca abandonó su pecho y regó de besos calientes el vientre, lamiendo y mordisqueando su satinada piel.

Abriéndole más las piernas, puso la cabeza entre ellas y saboreó su excitación.

Maggie gritó cuando su lengua la golpeó, arremolinándose como si fuera placer de canela caliente. Una y otra vez la acarició, las manos manteniéndole los muslos abiertos para él. Respiró el erótico placer que ella sentía y la sintió tensarse cuando el orgasmo se acercaba.

Nicholas le dio otro largo lametón. Ella gritó su nombre y su cuerpo se sacudió fuera de la cama. Chispas iridiscentes estallaron en el aire.

Nicholas se llenó de pura satisfacción masculina al verla caer contra el colchón con el cuerpo estremecido. Yacía allí con un aspecto de lánguido placer. La pasión empapaba el azul profundo de sus ojos cuando la abrió los brazos.

—Nicholas, te necesito. —murmuró.

La cubrió, empujando fuerte y rápido y ella se corrió otra vez. Sólo entonces dejó que la presión estremecida explotara. Nicholas echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre mientras su enorme cuerpo se estremecía.

Jadeando, se dejó caer sobre ella recobrando el aliento caliente con la cabeza apoyada en la almohada. Los muslos de Maggie temblaban contra los suyos mientras le acariciaba suavemente la espalda empapada en sudor.

Nicholas rodó sobre sí mismo, llevándola con él. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro empapado. Algo húmedo y cálido goteó por su brazo.

Estaba llorando. Se le encogió el corazón aun sabiendo que la descarga emocional era necesaria.

Habría querido no ser nunca el que la hiciera llorar. Nicholas enterró la cabeza en los suaves rizos y dijo,

—Maggie, cariño, ya no tienes que matar. Te lo prometo, hasta mi último aliento, no te forzaré a hacerlo y me aseguraré de que tampoco nadie te fuerce a hacerlo. —depositó un beso suave sobre su frente— Eres extraordinaria, mi especial y maravillosa Maggie, y no cambiaría ni un ápice de ti.

—No puedo volver a hacerlo, Nicholas, —el sollozo ahogado contra él le atravesó como una docena de heridas de navaja. Apretó su agarre sobre ella como si pudiera protegerla de los demonios que la acosaban— Ya lo hice antes y no volveré a hacerlo. —Sus lágrimas le caían sobre el hombro como cálidas gotas de lluvia— Fui yo, Nicholas—Maggie se enjugó las mejillas—, cuando tenía doce años volvía al coche con mis padres. Saltaron sobre nosotros desde ninguna parte. Mis padres me apartaron para protegerme, me gritaron que corriera. No me podía mover. Les vi luchar contra ellos, aquellas criaturas, que seguían cambiando y cambiando. Había demasiadas... cinco de ellas. Mataron a mis padres. Después se volvieron hacia mí y rieron...

—Sólo eras una niña —dijo suavemente, acariciándole el pelo.

—Corrí hacia mi padre e intenté curarle, había funcionado antes con algunos de los animales que encontré en la cuneta, heridos por los coches. Pero no puede hacerlo. Miré a aquellas cosas y...

Tomó aliento estremecida.

—Toda aquella rabia y cólera y pena creció. Ni siquiera lo pensé. Desgarré la ropa y me convertí en un lobo. Y les atacué. Maté a dos antes de que pudieran cambiar y después los otros tres atacaron pero aunque me hirieron, las heridas se curaron. Seguí atacándoles y atacándoles hasta que estuvieron muertos. Y entonces volvieron a cambiar. Había tanta sangre, tanta....

—Y viste lo que había hecho. Habías matado a cinco Morphs adultos.

—Lo bloqueé. Volví a cambiar de nuevo, me vestí y corrí. La policía me encontró deambulando por la calle a unas manzanas de distancia, llorando y llorando.

—No hay nada malo en lo que hiciste —insistió— Cambiaste, Maggie y el trauma de tu primer cambio, el ver morir a tus padres y el ataque hicieron que lo enterraras todo dentro. Defendiste a tu familia, Maggie. Lo que hiciste fue justo y estuvo bien.

—Es lo que soy, Nicholas, pero más que eso, soy una sanadora, Nicholas —dijo lentamente—. No puedo ser las dos cosas, una asesina y una sanadora. No quiero matar.

Yació en la cama largo tiempo, con el brazo rodeándola mientras Maggie dormía. Le daba vueltas a sus pensamientos como el perro que se muerde la cola. Maggie no podría volver a cazar. Se merecía conservar la naturaleza gentil que curaba. Ante sus ojos, ella estaba cambiando. ¿Y qué pasaba con él? ¿Qué pasaba si, intentando suprimir cualquier debilidad, emergía su lado peligroso?

La oscuridad se cernió en su interior. Baylor insistía en que era una bestia enjaulada arañando para liberarse. El pertenecía a los Morphs. Un día destruiría a los miembros de su propia manada. Baylor siempre estaba avisándole.

Nicholas se volvió hacia Maggie. Le dolía el corazón. ¿Qué pasaría si, accidentalmente, desataba su oscuridad sobre su compañera?

Quizás fuera mejor que se marchara antes de tal cosa sucediera. Aunque estuvieran emparejados y vinculados, podrían separarse. Eventualmente, Maggie le olvidaría si se iba. Los



meses que había pasado solo le habían enseñado fortaleza a Nicholas. Podría manejar la soledad si significaba mantenerla a salvo de la bestia que anhelaba liberarse. Ella podría buscar otro compañero.

El pensamiento le hirió como una de sus dagas.

Maggie se estiró en sus brazos. Se apretó más cerca, reposando la cabeza sobre su hombro. Nicholas le besó la frente.

—No quiero perderte —murmuró, hundiendo la cabeza en su pelo—. Pero tampoco quiero hacerte daño, caira. No podría soportarlo.

Después de que Maggie hubiera destruido al líder de los Morphs y esa amenaza en particular hubiera sido eliminada, él debería abandonar la manada. Dejarla antes de hacerle daño.

Tenía sentido. Era lógico como Maggie misma era lógica. Pero, aunque su mente le decía que había tomado la decisión correcta, una lágrima traicionera se deslizó por el borde del ojo negándolo con fiereza.

Los machos de la manada le atacaron en masa a la mañana siguiente.

—¿Te has domesticado, Nicholas? Nos hemos percatado de que no has estado cazando. Quizás has perdido tu toque y no te gusta matar Morphs. Nos hace preguntarnos dónde se sitúa tu lealtad.

Ante la burla de Baylor, Nicholas se quedó quieto ante la encimera. Había estado haciendo un puchero con salsa, queso cheddar, patatas y huevos revueltos para Maggie. Ella todavía no se había acostumbrado a comer carne cruda.

—No me estoy ablandando —replicó dando otra vuelta a la mezcla.

—Antes eras peligroso —dijo Baylor suavemente, avanzando hacia él—. Ahora eres una doble amenaza. Tiene las habilidades de curación de ella. Si nos traicionas, puedes borrar del mapa a nuestra gente. Serás un Morph con el poder de curarte y curar a los de tu especie. No podremos matarte. Quizás deberíamos matarte ahora. Eliminar la amenaza.

Los otros machos murmuraron intranquilos.

La angustia le golpeó.

—Nunca traicionaré a la manada.

—Entonces Pruébalo. Damian aceptó tu vuelta como nuestro beta. Pero yo no te aceptaré y tampoco el resto de nosotros hasta que no pruebes que eres de la manada otra vez. Tráenos la prueba de que has matado a Kane.

El estómago se le revolvió, mareándole. Nicholas dejó la cuchara de madera en la encimera y se volvió. Aquí estábamos. Sabía que no podía evadirlo para siempre.

—No es mi destino matar al líder de los Morphs —dijo con el sudor corriéndole por la espalda—. Es el de Maggie.

—¿Haciendo que tu compañera mate por ti? Eres débil, Nicholas. Los Draicon débiles casi siempre se convierten en Morphs. No te mereces volver con nosotros. —La sonrisa de Baylor no le llegaba a los ojos— No te mereces a Maggie tampoco. Tiene coraje, no como tú. Creo que la reclamaré para mí.

La rabia de los celos le recorrió. Nicholas gruñó y apretó los puños.

—Estamos emparejados. ¿Estás desafiándome por ella?

—¿Un desafío? No sobrevivirías. Afróntalo, Nicholas, eres demasiado blando. Ella necesita un verdadero macho en la cama. Todo lo que sabes hacer es cocinar. Vuelve con los Morphs, donde perteneces, traidor. A lo mejor puedes cocinar para ellos.

Nicholas gruñó y se lanzó hacia Baylor. Los otros machos se retiraron jadeando sobrecogidos. Los ignoró.

El puñetazo de Baylor le dio de pleno en el plexo solar. Demasiado enfurecido, llevado por los celos y la adrenalina, Nicholas se lo devolvió sombrío. Una y otra vez golpeó al macho más joven, con una neblina roja en la cabeza urgiéndole a seguir. Entonces, una voz femenina familiar le llegó apartándole.

—Nicholas, para, para. —Maggie le tiraba de la camisa. Gruñendo, se volvió hacia ella y se paró. Herido, miró a su compañera con horror.

—Casi te golpeo —susurró conmovido—. Maggie, ¿qué pasa? ¿Y si te hago daño?

Maggie no podía soportar lo que le estaban haciendo. Las lágrimas empañaban sus ojos. La manada sólo veía a Nicholas como su guerrero, un luchador que mataba. No conocían su ternura, su cariño ni la profundidad del coraje y la lealtad que tenía.

Todo lo que veían era un sangriento asesino.

Ella sabía que era mucho más que eso.

—Nunca podrías hacerme daño —le dijo.

Se acercó y le tocó la cara. Él se encogió. Nicholas volvió la cabeza y vio a Baylor en el suelo de la cocina. Un de los ojos se había vuelto púrpura y estaba hinchado. La sangre le corría por las sienes.

—Nicholas... —Maggie le rodeó la cintura con los brazos. Miró a los machos de la manada que ayudaban a Baylor a levantarse. Un gruñido protector se deslizó por la comisura de la boca.

—Sacadle de aquí y dejadnos solos.

Desfilaron saliendo de la cocina. Baylor se balanceaba entre los dos que le sujetaban. Maggie se volvió hacia Nicholas.

—Nicholas, no tienes que probarles nada. La violencia no es la respuesta.

—Es la única respuesta. No lo entiendes, Maggie. La única forma en que puedo ganarme su respeto es luchando.

Se apartó con angustia en los ojos.

—No lo entiendes. Siempre están probándome, buscando cualquier signo de debilidad que se me pueda escapar.

—Date un respiro, Nicholas. ¿No has hecho bastante por la manada todos estos años? Te mereces un poco de paz más que cualquier otro macho. Eres de la familia tanto como Baylor. ¿Por qué siempre te desafían?

—Nunca habrá paz para mi, Maggie. Me desafían porque tienen miedo de que algún día les traicione. Y quizás lo haré. Porque en realidad no son mi verdadera familia. No nací en el seno de la manada, Maggie. No tengo parientes aquí. Pero uno de mis parientes más cercanos es el enemigo que más odian. El enemigo que la manada necesita que tú mates. No se imaginan que yo no puedo.

El temor atenazó sus facciones y la tensión se enrolló en su cuerpo poderoso como si estuviera preparado para saltar a la batalla. La verdadera batalla no se libraba con los Morphs, se dio cuenta despacio. Se libraba en su interior, igual que ella luchaba contra la rabia que manifestaba su lobo cuando mataron a sus padres.



Una terrible sospecha la asaltó mientras él se alejaba. Nicholas apretó ambas manos contra la encimera, eludiendo su mirada.

—El líder de los Morphs, Kane. No es solamente mi enemigo. Es mi verdadera familia, el tío que me crió. Baylor y los otros quieren que lo mate para probar mi lealtad, pero el día en que mate a Kane será el día en que me convierta también en un Morph.

CAPÍTULO 15

Maggie dio un paso atrás horrorizada por el shock. Nicolas se frotó la nuca. La cansada resignación se abatió sobre él. Hasta aquí había llegado. Se lo diría y si lo rechazaba, al menos sabría la verdad. Caminó hacia las puertas de la cocina y las cerró silenciosamente.

—Siéntate. Es una larga historia y no es bonita.

Le apartó una silla hasta topar con la parte de atrás de sus piernas. Maggie agarró el brazo de la silla. Profundamente avergonzado y escondiendo sus pensamientos, Nicolas no la miró.

—Mis padres y Kane vivieron con otra manada Draicon en Montana cuando sólo tenía 12 años. En aquel entonces había manadas a lo largo de todo Estados Unidos. Ahora sólo hay unos pocos de nosotros. Mis padres y Kane estaban cansados de estar por debajo de los demás. Se agruparon y asesinando a mi abuelo, el líder de la manada, se convirtieron en Morph y formaron su propia manada. Me llevaron a vivir con ellos, asumiendo que me incorporaría cuando creciera. Vagamos al noreste mientras ellos destruían mortales, Draicons y todo bicho viviente; una maquina asesina segando vida. Vi su destructiva maldad. Pero no todo era muerte. Kane me tentó con lo que sabía que yo más ansiaba. El poder de cambiar de forma. Me mostró cómo podía planear como un águila o incluso, retozar en el río como una nutria. Yo quería ese poder. Desesperadamente.

Ella empujó la silla y se levantó como si fuera a ir hacia él. Nicolas levantó la mano igual que un policía de tráfico. No podría soportar ahora su piedad. Se quebraría igual que un cristal.

—Para, Maggie. Siéntate.

Ella se sentó.

—¿Qué hiciste? —Preguntó en un tono normal.

—Tenía 17 años, Maggie. Estaba lleno de rabia, pena y confusión. Quería quedarme, pero detestaba la maldad que cultivaban. Me escapé.

—Fuiste un lobo solitario, por así decirlo.

Él le dedicó una irónica sonrisa.

—Solo, con miedo de buscar a otros de mi clase. Empecé a matar Morphs en mis viajes, desconocidos para mí. Entonces un día salvé a un Draicon del ataque de un Morph. En recompensa, me invitó a unirme a su manada y convertirme en su Beta. Damian vivía por aquel entonces en Colorado, pero estaba conduciendo a la manada al sur de Nuevo México donde las cosas estaban más tranquilas. A cambio del puesto, enseñe a los otros todo lo que sabía acerca de sus enemigos. Como matarlos apuñalándolos en medio del corazón. Por donde rondaban, como actuaban. Todas sus debilidades. Pero algunos machos nunca confiaron realmente en mí. Siempre tenía que demostrar mis lealtades para probarles que no me volvería contra ellos.

—El tatuaje, es su marca, ¿verdad? Por eso que no querías que la viera.

—Kane me marcó cuando experimenté mi primer cambio a lobo como Draicon. Sabía que siempre anhelé volar como un águila. Así que me hizo la marca para que constantemente recordara la libertad que tienen de volar. Pero las garras del águila gotean sangre; es el precio a pagar por convertirme en Morph. Cuando el apetito crece en mí, la marca quema. Fue el método que utilizó mi tío para incitarme a cambiar.



Las emociones se le atascaron en la garganta, haciéndole difícil hablar. Miró fijamente los granos de azúcar desperdigados por la encimera. Alguien había olvidado limpiarlos.

— Así que ahí tienes. La manada no sabe que Kane es mi tío, sólo lo sabe Damian. Pero tienen miedo de que me transforme en un Morph al haber vivido con ellos. Ahora ya sabes lo que soy. Soy una bomba de relojería según Baylor, un gran guerrero según Damian y, una espada de doble filo según los otros.

— ¿Y tú como te ves?

Su pregunta lo despistó. Nicolas levanto la cabeza.

— No lo sé — dijo honestamente —. Me he visto a través de sus ojos por tanto tiempo que ya no sé quién soy.

Ella se levantó y fue hacia él, su palma se deslizó en una ligera caricia.

— Sé quién eres Nicolas. Eres un valeroso y leal amigo para Damian, tienes una inmensa fuerza interior para resistir a la maldad con la que conviviste durante todos estos años. Eres mi compañero y estoy orgullosa de que me eligieras. No querría a nadie más.

Maggie hizo una pausa y deslizó los dedos sobre su mano.

— Te amo Nicolas, te amo por quién eres, no por la imagen que deseas que otros vean de ti. Siempre supe que estabas manteniendo esta batalla interior, por eso te contuviste cuando nosotros nos emparejamos. Deseaba que te sinceraras completamente conmigo. Que compartieras todo. Nicolas, no hay nada que puedas decir o hacer que lograra alejarme de ti como lo harían ellos.

Él no dijo nada, saboreando sus suaves caricias. Maggie creía y confiaba en él. Quizá era el momento de que hiciera lo mismo.

¿A qué precio? ¿Y si él se volvía contra ella como todos pensaban que terminaría haciendo? No podría soportar herir a su draicara.

Nicolas apartó su mano.

— Déjame solo — chasqueó él —. Crees que me conoces, pero en realidad no. No tienes idea de lo que podría hacer, Maggie. Me emparejé contigo no porque quisiera, si no porque me lo ordenó Damian. Emparejarme contigo y traerte de vuelta. Esas fueron mis órdenes. Y como buen soldado, las seguí. Llevé a cabo mis deberes con la manada. Así que desiste y ve a ocuparte de tu microscopio. Eso es lo que más te importa.

El dolor afloró en sus ojos azul mar. Él se estremeció interiormente, sabiendo que era el culpable.

— No Nicolas. Ahora lo que más me importa eres tú. Sólo desearía que pudieras leer eso en mí tan bien como lees el resto.

Maggie se volvió y salió.

Nicolas caminó hacia fuera, sin preocuparse de los copos de nieve que flotaban sobre su cara. Había nevado sin parar la última hora. Maggie fue al piso de abajo, al haber establecido allí su laboratorio ya que no se usaba más como enfermería. Tomó muestras de sangre y las comparó.

La práctica Maggie, siempre intentando encontrar una cura mediante la ciencia.

Su firmeza y fortaleza lo humillaron. La manada la había acogido, pero aun así, él había visto las miradas de soslayo. Había escuchado los rumores.

Aún eran sospechosos.

La manada no aceptaría completamente a Maggie hasta que curara a su líder. Damian estaba tan cerca de la muerte que Nicolas temió por ella si lo intentaba. ¿Qué ocurriría si la perdía?



Nicolas pasó con firmeza la mano por su pelo. Maggie era la llave para destruir a Kane. La desesperación lo impulsaba a creer en sus míticas habilidades. Seguramente no podría matar al líder Morph.

Pero podría sanar a Damian. Sanaría a Damian y le privaría a ella del dolor y de la posibilidad de que muriera como consecuencia de que Damian estuviera tan enfermo.

Nicolas extendió las manos, estudiándolas. Seguramente poseía todas sus habilidades curativas. Podría librar a Damian de la enfermedad de los Morph.

Era el momento de descubrirlo.

Enderezándose, entró en la casa hacia el cuarto de Damian.

Maggie se subió en un taburete, observando detenidamente las muestras de sangre del microscopio. Intentó concentrarse, pero las palabras de Nicolas hacían eco en su mente.

Nicolas la usó para alcanzar sus propios propósitos. Esa verdad escocía.

Pero había escudriñado dentro de él y había visto el dolor que soportaba. ¿Por qué no podría abrirse a ella? La había excluido durante el emparejamiento y ahora también estaba apartándola emocionalmente.

Era el maldito momento de que parara. Era hora de que ella empezara a imponer sus propias necesidades. Había venido desde lejos para llegar a casa...

La diapositiva se resbaló de sus dedos y cayó al contador con un martilleo. Hogar. Aquí, entre los Draicon, ya no se sentía perturbada y extraña, como si su vida cuidadosamente organizada se destrozara si daba un paso en falso. A pesar de la tensión en la casa, Maggie se sentía cómoda aquí. Era uno de ellos. ¿Qué hubiera pasado si Nicolas no le hubiera obligado a mirar en su interior para ver quién era realmente?

¿Se habría pasado el resto de su vida sin saber jamás quién, o qué, era?

Maggie buscó en lo más profundo de su interior. Había estado viviendo una mentira, y Nicolas mostró su verdadera naturaleza. La aceptó, con faltas y todo.

Si sólo se preocupaba por realizar su deber y devolverla a la manada, podría haberla obligado a cazar como lo hacían los machos de la manada. En cambio, Nicolas se había mostrado gentil, cuidadoso con ella, su toque tranquilizador y calmante. La tomó en sus fuertes brazos y le prometió que nunca tendría que matar de nuevo.

No eran acciones de un macho interesado sólo en seguir las órdenes de Damian.

Tenía que hablar con él y darle su apoyo. Nicolas excluía a todos, pero ¡demonios!, no iba a excluirla a ella. La necesitaba.

Maggie saltó del taburete y corrió escaleras arriba.

Comprobó la sala, la cocina, el exterior. Nada. En el vestíbulo, Baylor mencionó ver a Nicolas dirigiéndose hacia la habitación de Damian.

Un presentimiento horrible se apoderó de ella. Cuando caminó hacia la escalera, una gigantesca ola de dolor se precipitó sobre ella. Maggie se tambaleó contra la pared, llorando.

La pena llegó de lo más profundo, y se desvaneció. Pero sabía la fuente. Nicolas.

—¡Nicolas, Oh, no, Nicolas!.

Su lamento alertó a Baylor y a los demás.

—¿Qué pasa? —Preguntó bruscamente.



Recomponiéndose, lo ignoró y corrió escaleras arriba, seguida a continuación por los miembros de la manada. Maggie atravesó el pasillo hacia el ala que conducía al cuarto de Damian. Baylor la apartó y abrió de par en par la puerta.

Él miró fijamente algo acurrucado en la esquina del cuarto.

El corazón de Maggie se aceleró. Nicolas.

Corrió hacia él. Estaba acurrucado en un apretado ovillo, con las manos agarrándose el estómago. Estaba gimiendo.

—¿Qué demonios va mal en él?

Ella ignoró a Baylor, esforzándose por llegar hasta su compañero. Nicolas no respondía.

—¡Baylor! ¡Todos! ¡Mirad!

Sólo la excitación en la voz de Katia la hizo darse la vuelta. En la enorme cama de cuatro postes, se erguía el líder de los Draicon, su color ya no era gris. La cara estaba pálida y delgada, pero las líneas de dolor que lo asolaban habían desaparecido.

Nicolas lo había sanado, comprendió con súbito miedo. Nicolas sanó a Damian antes de que ella pudiera. No se había dado cuenta que no había heredado sus habilidades curativas al completo porque en su obstinación, ella no se lo había dicho.

Ahora él estaba pagando el precio.

Su compañero alzó la cara.

—La manada... no te habría... aceptado... de otro modo... era demasiado arriesgado para ti... no podría perderte... Maggie —dijo con voz ronca.

Con mucho cuidado lo levantó. Su cuerpo parecía un bloque de hielo. Recordando lo enferma que se había sentido después de curar a Misha, Maggie sabía lo que debía hacer.

Nicolas no querría que otros machos lo vieran así. Cada fibra de su cuerpo protestaría si la manada conociera sus debilidades. Maggie salió de la habitación de Damian, ignorando la corriente de excitación y esperanza de los Draicons que entraban en masa a la habitación de su líder. Se dirigió directamente a su dormitorio, cerrando la puerta de golpe. Muy suavemente puso a su compañero en la cama.

—Maggie, déjanos ayudarlo —imploró Katia a través de la puerta cerrada.

—Iros al infierno —chasqueó ella.

Amiga o no, no podía confiar en Katia. El instinto de proteger a su compañero la dominaba. Maggie lo desnudó, metiendo a Nicolas bajo los cobertores y acariciando su frente. Él gimió y se agitó. El dolor desfiguró su apuesto rostro. El tono grisáceo de su piel la alertó del vigoroso avance de la enfermedad en su cuerpo.

No tenía los anticuerpos que ella poseía para luchar contra la enfermedad y erradicarla.

Maggie subió en la cama y se tumbó a su lado, sosteniendo firmemente a Nicolas.

—Por favor, Nicolas, lucha. No me dejes —susurró.

Meciéndose de un lado a otro, puso sus manos sobre él. Deseando poder sanarlo por dentro y por fuera. Tomando toda su fuerza, Maggie la derramó en su compañero. Se abrió totalmente a él, viéndolo recuperarse y fortalecerse por completo. Vertió en su mente palabras de amor que no se había atrevido a expresar, y vio en su cabeza a la enfermedad expulsada por completo, regenerándose las células. La candente agonía la azotó, pero ella se mantuvo firme.

Al final él abrió los ojos. Su color había vuelto y sus labios delgados y resquebrajados ya no estaban azules.



Maggie enterró la cara en su hombro y lloró.

Sentía su mano acariciando suavemente su pelo.

— No llores, caira, por favor no llores.

Aferrándose a él, se tragó sus sollozos.

— Pensé que te había perdido — Maggie se incorporó enjuagándose las lágrimas. Golpeó suavemente los bíceps firmes como una roca —. ¡No se te ocurra hacer algo tan estúpido de nuevo o te mataré!

Nicolás sonrió abiertamente, agarrándose el brazo.

— ¿Acabas de curarme y ya quieres matarme? No tienes sentido común.

Su mirada se calmó.

— ¿Qué pasó? Pensé que tenía tus habilidades curativas.

— No las absorbiste todas durante el emparejamiento porque me bloqueaste — Maggie delineó sus labios con un dedo —. Me di cuenta, pero no te lo mencioné porque soy demasiado orgullosa.

— Ambos cometimos un error — Tomó su dedo y lo besó.

— Entonces remediémoslo, Nicolas — Nunca se había sentido tan segura de algo.

Su mirada buscó la suya. Él asintió. Ella se desnudó.

Nicolas se volvió y deslizó los brazos sobre ella. Su boca descendió a la suya.

Bebió de su boca, saboreando los labios satinados, queriendo escalar dentro de su calor y volverse uno con ella.

Cuando él se apartó, el mismo deseo brilló en los ojos azules. Nicolas cubrió de besos sus mejillas, hociqueó su cuello y exploró la piel satinada con sus manos. Besó la hondonada diminuta del cuello, enganchando sus manos en los rizos de seda. Trazó su cuerpo con la boca, con sus caricias, maravillándose de la pálida y suave piel en contraste con sus grandes y bronceadas manos.

Maggie se movió bajo él, separando sus piernas y abriendo sus brazos.

Nicolas la montó, jadeando por la necesidad y el hambre.

— Ahora — dijo ella en una profunda y sensual voz.

Él entró en ella duro y rápido.

— Maggie — gimió ruidosamente cuando se incorporó con sus manos y se movió dentro de ella. La fricción era exquisita, los músculos internos firmes apretándolo. Una gota cristalina de sudor rodó por su frente, cayendo en el pecho. Unió la mirada a la suya, intentando fusionarse en uno, acompasando el placer al suyo. Nicolas se retiraba y empujaba fuerte y duro. Ella dejó escapar un pequeño jadeo. Sus profundos ojos azules llenos de éxtasis.

Enlazando los dedos con los suyos, fijó sus muñecas al colchón. Su cuerpo resbaladizo y sudoroso moviéndose sobre ella, piel contra piel. Una carne, un cuerpo, una mente. Las mentes unidas y en torbellino, mientras intercambiaban pensamientos, ideas.

Recuerdos.

La manada, familia, casa. Corriendo en libertad, el viento acariciando la piel mientras corrían por las colinas. Él empujó profundamente dentro de ella, vertiéndose. Su esencia, su vida, dentro de su compañera. Maggie. Haciéndola suya con cada exquisita embestida, uniéndolos a ambos en carne y espíritu. Nicolas abrió los ojos, y miró fijamente sus rasgos, su boca abierta hinchada por sus besos, la pasión nublando sus ojos azul mar.



Se abrió totalmente a ella, dejándola entrar. Nicolas le permitió ver cada esquina oscura, cada profunda grieta.

Sentía el poder fluyendo en él, su gentileza, restableciendo su fuerza y maravillándose ante la novedad.

Chispas iridiscentes girando en tonos arco iris. Nicolas se sentía crecer dentro de ella mientras sus delicados músculos lo apretaban y se cernían sobre él.

La unión de compañeros.

Rodó, arrastrándola con él para que descansara encima. Le alisó el pelo y la besó la cara. Algo húmedo rodó por sus mejillas. Esta vez no intentó parar las lágrimas, las dejó salir.

Esta vez, se sentía como si al fin hubiera llegado a casa.

CAPÍTULO 16

Tenían poco tiempo para planear antes del ataque de los Morph.

Maggie insistía en encontrar una manera de aniquilar a su enemigo sin violencia. La manada no tenía cómo frenar un ataque total cuando los Morphs se convirtieran en un ejército animal. Nicolas estuvo de acuerdo. Expuso el caso ante Damian, quién se había recuperado dramáticamente y empezó a recomponer el orden en la manada. Damian celebró una reunión y firmemente les contó el papel de Nicholas en su salvación.

Abajo, en el laboratorio de Maggie, tomaron muestras de sangre de Damian para examinarla. Trabajó incansablemente, rehusándose a dormir. Sabía que debía encontrar pronto un medio para destruir a los Morph. Pero primero necesitaba descubrir qué enfermedad había sido transmitida.

—¿Cómo te infectó exactamente, Jaime? —Le preguntó a Damian, mientras le retiraba la aguja hipodérmica. La líder exhaló y apretó una bolita de algodón contra la marca del pinchazo.

—No sabría decirlo...

Nicolas le lanzó una mirada de censura.

—No empecemos con secretismos ahora, Dai —Se volvió hacia Maggie.

Damian la besó.

Ella casi tiró el envase con sangre. Con los ojos muy abiertos, miró fijamente a Damian.

—No es lo que tú piensas —explicó, mirándola afligido — Me envió una nota diciendo que necesitaba hablar. Como ya te había dicho, conocí a Jaime en Nueva Orleans

—Te acostaste con ella —dijo Maggie acusatoriamente.

Damian asintió, aparentando más pensativo que arrepentido.

—Necesitaba verla después, y cuando me envió esa carta, acordé que nos encontráramos en un terreno neutral. Intercambiamos unas palabras y entonces la besé. Luego, se rió y me dijo que ya había tenido su revancha por cómo yo la había abandonado. Traté de perseguirla, pero voló.

—¿Corrió? ¿Y por qué no corriste tras ella? —Preguntó Nicolas.

Damian sonrió severamente.

—No, no corrió. Voló, literalmente en el aire. Se unió a los Morphs y ellos le dieron la mágica habilidad de volar. Ahí fue cuando supe...

—Te enloqueció, literalmente —respondió Nicolas

Un bajo gruñido salió del líder de la manada.

— Jamie es diferente a la mayoría de los humanos. Muchos mortales poseen la habilidad de trabajar con la magia y pueden hacerlo, con la enseñanza correcta. Algunos pueden volar. La habilidad debe haber estado en ella y la magia negra de los Morphs la activó.

A juzgar por las veladas miradas que Damian intercambió con su compañero, había más. Maggie optó por no seguir preguntando. En vez de eso, preparó otro tubo con la sangre de Damian.

Cuando estuvo listo, lo estudió bajo el microscopio. Éste mostró exactamente lo que había sospechado desde que se permitió ver la enfermedad como más que una mera realidad científica.

— Invade como una infección a través de un simple contacto con la piel. Eso es lo que lo hace tan contagioso y por lo que cualquier persona que cuidaba a Damian era infectada. Algunas formas de esta bacteria pueden vivir meses en la ropa.

Se empujó hacia atrás en la silla con ruedas e hizo un gesto a Nicolas para que mirara.

— Así es como infectaron a Misha. Todo lo que tuvieron que hacer fue frotarlo contra su boca o su nariz y ¡bam! Jamie debió haber contagiado a Damian cuando lo besó. No es en realidad un virus, sino más bien una bacteria disfrazada.

Nicolas frunció el ceño mientras observaba en el microscopio.

— Pensé que la bacteria se podía destruir con antibióticos. Darle los antibióticos a Damian debe, al menos, retardar el proceso.

— Incluso algunas bacterias, como el staphylococcus aurea, son resistentes a los antibióticos. Esta bacteria en particular con la que tratamos, es una toxina que carga una parte del ADN de los Morph. Normalmente, las defensas naturales de Damian debían combatirla, pero disimularon su ADN envolviéndolo con el ADN femenino de Jamie. Su cuerpo no debe haber reconocido el ADN humano de la mujer y permitió que invadiera su sistema inmunológico.

Damian mostró una sonrisa irónica.

— Ese soy yo. Siempre permitiendo a las mujeres que me invadan.

— Una vez incorporado a su sistema, se ajustó y agregó a su ADN. Literalmente se camufló, así pasó a los demás miembros de la manada. Esa es la razón por la que él fue el primer infectado. Sólo, como individuo de la manada, tienes un marcador único de esencia propio de ésta. La bacteria necesitaba el ADN de Damian para pasar el sistema inmunológico del grupo e infectarlos. Cada uno aquí, tiene un lazo de ADN único, del que el más fuerte es el de Damian, el Alfa. O lo heredaron a través de sus padres o lo obtuvieron cuando tuvieron relaciones con sus parejas.

— Eso explica por qué no fui infectado — explicó lentamente Nicolas — No soy de la manada. Tú lo eres, pero no nos habíamos emparejado aún.

— Misha fue infectada, pero no pudo infectarme porque nunca asumí mi forma de lobo. Quizá pensaron que cambiaría, y podrían infectarme por esa vía — Maggie inspiró.

Ablandando sus labios, Nicolas la alcanzó y apretó su hombro para tranquilizarla. Ella dejó escapar un suspiro.

— Una vez dentro del cuerpo, esto actúa como una bacteria, sólo que más parecida al cáncer, pues va devorando las células sanas. La bacteria se multiplica y envenena las células normales, absorbiéndolas y comiéndolas vivas.

Miró a Nicolas.

— Debo suponer que no veías las películas de terror de los '50.

— Traté de evitarlas cada vez que podía — murmuró él —. Especialmente las de los falsos hombres lobo. Eran muy insultantes para mi inteligencia.

— Eres tan sensible — bromeó ella.

Su suave gruñido, la hizo reír. Nicolas hizo una mueca. Damian volvió los ojos.

— Bueno, estaba esa película llamada "La gota" que protagonizaba Steve McQueen. Mostraba a un germen del espacio exterior que contaminaba a un médico, y después los absorbía. Se los comía vivos y se agrandaba. Mientras más gente comía, más grande se ponía. Me parecía como una gigante bola rodante de mermelada.

— ¿Esta enfermedad actúa como la gota?



— Por cómo se mueve por su cuerpo, devorando en su camino las células sanas, se está convirtiendo en un asesino de células similar. Por eso, las defensas normales del cuerpo no funcionan. Se alimenta de la energía que las células producen, y mientras consume más calorías de una víctima, la enfermedad tiene más energía para repartir.

Maggie tamborileó los dedos en la encimera.

— Lo que no puedo entender es porqué los Morphs necesitaban el ADN de Jamie para contagiar a Damian. No tiene sentido. Podría entenderlo si los Morph fueran parientes cercanos de Damian o incluso de su pareja enlazada que se convirtió en Morph. El sistema de Damian debería haberlo reconocido como un intruso y haberlo detenido antes que lo infectara. Incluso si hubiera sido un simple ADN humano, su cuerpo debió producir anticuerpos que lucharan contra la infección. ¿Cómo pudo un simple ADN humano de mujer, pasar sus defensas?

Una mirada entrecerrada apareció en Damian.

— Es que no era un simple ADN humano de mujer — murmuró él — ¡Maldición! Ahora todo tiene sentido. El por qué la reclutaron y por qué la necesitaban...

— No lo entiendo...

— Olvídalo. Ahora no es importante. Lo que debe importarnos es encontrar la manera de usarlo contra los Morphs. ¿Podemos? — preguntó Damian.

Maggie lo pensó.

— Ahora que sabemos cómo se infecta la enfermedad, necesitamos un plan.

— Entonces pensaremos en uno — dijo Damian decisivamente —. Reúne a los demás, Nicolas. Tendremos una reunión y discutiremos las últimas noticias.

Se reunieron en una amplia sala de estar. Afuera, grandes copos de nieve flotaban suavemente. Las llamas crepitaron en la chimenea y el olor ahumado agregó un toque acogedor en una atmósfera donde abundaba una erizada tensión masculina.

Para sorpresa de ella, Damian y Nicolas dejaron a un lado su idea de destruir a los Morphs mientras evitaban una guerra total. Kane era su objetivo primario.

— Maggie expuso un muy buen punto. Matar a Kane, el líder, y los Morphs se dispersarán como hormigas sin su Reina. Se desperdigarán — apuntó Damian.

Sentado en una silla de espalda alta, cerca del fuego, Baylor lanzó a Nicolas una significativa mirada.

— Ese es tu deber, Nicolas. Eres el segundo de Damian, así que sobre ti cae el matarlo. Si el ataque está planeado para mañana, necesitas actuar enseguida.

Nicolas se frotó la nuca. Maggie podía casi sentir la tensión que irradiaba de él.

— Eso no es tan simple como parece, Baylor. Matar a Kane no es tan fácil como se ve. Está muy bien protegido todo el tiempo. Aún así no podemos planear un ataque contra ellos. Allí está Jamie. Tienes que separarla de ellos. Debemos mantenerla fuera de peligro, en un ataque, puede resultar muerta en la confusión. O podrían usarla como escudo para protegerse.

Un casual movimiento de hombros de Baylor, indicó los sentimientos hacia la mujer mortal.

— Infectó a Damian. Merece morir.

— No — Damian dirigió una dura mirada al otro hombre —. Jamie debe quedar apartada e ilesa. ¿Entendéis? Ninguno debe herirla. Sólo Nicolas o yo trataremos con ella.

Baylor frunció el ceño. Maggie podía entender sus dudas y el malestar entre la manada.



Maggie se extendió con su mente, tocando los pensamientos de Nicolas. Encontró un remolino de emociones masivas que luchaba por contener. Miedo de que la manada pudiera descubrir su secreto. Preocupación por ella. Ira y desprecio por Baylor.

Se deslizó del asiento, pensando rápidamente. Debía de haber una manera de salir de la asignación de enviar a Nicolas a deshacerse de su tío sin levantar sospechas. Empezó a pasearse, pensando en voz alta.

—Escuchad, eliminar a Kane solamente no es la solución. Nicolas tiene razón. Conoce sus rutinas así como yo he estudiado a los animales y conozco sus patrones de comportamientos. Vosotros no usáis un martillo para matar a una abeja reina. Eso no va a matar la colmena. Debéis ahumarla para volverlas dóciles y...

Se levantó con un abrupto salto. La excitación se apoderó de ella.

— Si, eso es. ¡Tiene que serlo!

—¿Qué, Mags? — Nicolas saltó fuera de la ventana.

La mente de Maggie navegó entre los conocimientos adquiridos en la práctica.

— Animales, son animales, y debéis tratar con ellos como animales. Son difíciles de matar porque cambian rápidamente. Pero deben preferir una forma de vida cuando marcan a un individuo en particular.

Nicolas se movió detrás de ella.

—Sí. La manera más fácil de matar para ellos es su forma de lobo, la forma original Draicon. Les toma menos energía, así que, si pueden atacar como una manada de lobos, lo harán. Es sólo cuando se les presenta una situación en la que necesitan romper con los flancos de defensa que cambian.

— Como en mi casa, cuando invadieron como hormigas — dijo Maggie, recordando.

— O se mueven furtivamente sobre una víctima, disimulando su número.

Maggie se detuvo tan rápido que Nicolas casi choca con ella.

— Entonces si se presenta una situación en la que deban atacar fácilmente como lobos... podríamos formar un plan.

Se balanceó hacia él. Olvidándose de Baylor, de los otros hombres y de todo lo demás. Toda su atención estaba enfocada en su compañero. Su fuerza. Su conocimiento. Su astucia.

Nicolas siempre pensó que su único valor y propósito yacía en matar Morphs. Falló en no ver lo que ella si pudo, su determinación, su profunda lealtad e inteligencia. Él podía elaborar estrategias y planes de cambio, mientras otros aún discutían sobre qué cazar para la cena.

— Dime todo lo que sepas sobre los Morph y cómo cambian. ¿Qué hay acerca de cómo se alimentan? ¿Deben permanecer en su forma de lobo para alimentarse?

Nicolas sacudió su cabeza.

— Deben volver a su forma original para poder hacerlo.

— Y si no pudieran, si se mantuvieran, digamos en su forma de lobo, si no pudieran cambiar, ¿qué pasaría?

Baylor y los otros aguardaban impacientes. Pero la comprensión resaltaba en la cara de su compañero. Una lenta sonrisa levantó las esquinas de su boca.

— Morirían, eventualmente. Cuanta más energía han gastado en cambiar a diferentes formas, mayor es la necesidad de alimentarse, así que morirían más rápido.



— Esa es la respuesta. No los mataremos uno por uno. Los atraeremos hacia una trampa, haciéndolos cambiar. Entonces cuando estén en su forma de lobo, los neutralizamos.

Baylor se burló.

— ¿Con qué? ¿Un rayo atómico de muerte?

— Anestésicos. — Replicó ella calmadamente —. Aplicado en un cuarto restringido, los inmovilizaría, impidiéndoles mutar a sus verdaderas formas. Morirían de hambre rápidamente. Diazepam es lo que se utiliza con los lobos en Occidente, pero estoy pensando en óxido nitroso, es un gas.

Nicolas se acercó lentamente.

— ¿Y qué utilizarías para atraerlos hacia la trampa?

— Carnada — Replicó Maggie serenamente —. Lo que ellos más quieren. A mí.

Cada instinto protector afloró en Nicolas. ¿Maggie, usándose de cebo? ¿Poniéndose ella misma en peligro?

— Suena como una buena idea — dijo Baylor — Eres lo que Kane más desea y la mejor manera de poner una trampa.

— ¡No! — interpuso él enérgicamente — Maggie, quédate fuera de esto.

— Nicolas...

— Tú no. Nunca — empuñó sus manos. Baylor, quien trataba de amenazarlo desafiándolo a través de Maggie, estaba listo para entregarla en sacrificio como un cordero... O, en este caso, un lobo en sacrificio.

— No hay otra manera.

— Debe haberla. No permitiré que te pongas en peligro — arrasado por una profunda aspiración — Me encargaré de despachar a Kane yo mismo, si eso significara mantenerte fuera de esto.

Sus ojos se volvieron a él en con una suave emoción. Maggie posó gentilmente una mano en su brazo. Nicolas sentía a su lobo a punto de estallar, aulló con furia. Lentamente se contuvo.

— Nicolas, atraparlos en masa es algo que funcionará. Que tú mates a Kane no es una opción.

— La haré una opción — cerró los ojos, llenos de angustia. Su destino se hizo muy claro, como si una neblina se levantara repentinamente. Mataría a Kane, librando de esa amenaza a Maggie y a la manada, y luego, antes de que se volviera todo demasiado negro, se sacrificaría a sí mismo.

Mejor eso que ver a Maggie destrozada por su triunfante tío si algo saliera mal.

Sus ojos se abrieron abruptamente. Llenos de resolución.

Damian les lanzó a ambos una mirada de preocupación.

— Usarte como cebo no funcionará, Maggie. Es demasiado riesgoso y podrían descubrir que es una trampa.

— Entonces, ¿tienes tú alguna otra sugerencia? — Levantando ella su barbilla en desafío.

Damian parecía pensativo.

— Podemos utilizar a Jamie. Tengo la sensación de que está... Arrepentida. Sería capaz de atraerlos hacia la trampa en vez de ti, sin levantar sospechas y luego ponerse a salvo en el último minuto.

Nicolas admiró su lógica. Utilizar a Jamie no sólo tenía sentido, sino que sería un primer paso para que la manada redujera su hostilidad hacia ella.



—¿Arrepentida? Trató de matarte. No puedes confiar en ella —bramó Baylor— ¿Quieres invitarla y que nos ataque a todos? ¿Otro intruso que vivió entre los Morphs y que pudo convertirse, como Nicolas?

Damian daba vueltas alrededor. Sus ojos verdes brillaban de furia.

—Silencio —rugió él.

Un mortal silencio invadió el salón. Incluso Nicolas se echó atrás.

El líder de la manada, gruñó bajo, demandando respeto. Se detuvo y encuadró sus hombros, su postura era agresiva y audaz.

—¿Pedí tu opinión?

Baylor bajó su mirada respetuosamente.

—No, no lo hice. Así que mantén tu hocico cerrado y abstente de causar desacuerdos entre nuestra familia.

Baylor abrió la boca.

—Ciérrala o te la cierro yo mismo con mi puño —ordenó Damian sedosamente.

Baylor cerró su boca, con los ojos de par en par.

Damian los enfrentó a todos, mirando con cada pulgada de su confianza de líder. Fue hacia Nicolas y descansó una mano en su hombro.

—Cuando traje a Nicolas con nosotros, no lo hice por piedad. Nicolas salvó mi vida de los Morphs. Se puso en peligro por un extraño. No tenía nada que ganar y no exigió nada a cambio. Le pedí que se nos uniera porque sabía que sería bueno para la familia. Confié en él. Una y otra vez se ha probado a sí mismo y, sin embargo, muchos de vosotros sentís que nos traicionará.

Hizo una pausa.

—Confío en él y eso debe ser suficiente para todos vosotros. Nicolas es mi segundo. Pondría mi vida en sus manos una y otra vez. Ha demostrado su lealtad hacia mí y a vosotros. Merece respeto, no arengas. Y cualquier miembro que piense diferente, puede irse —su helada mirada verde azotó a todos—. Prefiero tener a Nicolas a mi lado que a una legión de miembros de la manada que lo menosprecien. Porque cuando demuestran desprecio hacia él, demuestran desprecio hacia mí. He aceptado a Nicolas como mi hermano. Cualquiera que no desee hacer lo mismo, que se vaya ahora.

El fulgor de la mirada del líder de la manada los desafió a todos con dureza. Ninguno lo miró a la cara, todos bajaron la mirada. Todos excepto Nicolas, cuya mirada de gratitud decía más que las palabras. Maggie se situó junto a él y lo tomó de la mano. Él la apretó y ella disfrutó el simple contacto entre ellos.

Nicolas había dejado a su pueblo, pero no los había abandonado. Leal en lo profundo, los había protegido devotamente y mantenido a salvo. Tal como había hecho con ella. Aún cuando se habían vuelto contra él, continuó haciendo su trabajo, manteniendo segura a la manada y a su líder. Ella no había conocido a nadie tan merecedor de confianza y amor. A pesar de todo, él pasó a través de ella, forzándola a reconocer quién era realmente, nunca dejó escapar su propia fidelidad.

Su amor.

Su vida desde la muerte de sus padres había sido una serie de mentiras. Representando el papel de una humana normal cuando en su interior la verdad de su verdadera auténtica identidad gritaba por ser escuchada. Se había negado a sí misma por demasiado tiempo. Nicolas la obligó a verse por dentro, examinando aquello que más la atemorizaba. En consecuencia, Maggie había



aprendido a dejar ir el temor y al fin, buscar la paz. Ya no podía esconder por más tiempo su verdadera naturaleza.

Ella, Maggie Sinclair, veterinaria, mujer, contribuyente, era una Draicon. Loba. Una poderosa criatura nacida para manipular magia y curar lesiones. Ya no podía ignorar sus habilidades o su necesidad interior de cazar, vagar libremente y correr con la luna.

Pertenecía a un pueblo, a su manada. A alguien, Nicolas, su compañero.

Así como él le pertenecía, lo que Damian puso perfectamente en claro.

—Muy bien entonces. Continuemos —Damian dejó caer su mano y caminó hasta el centro del salón— Olvidaros también de utilizar a Jamie. No pondré su vida en riesgo. Ella es demasiado.... Volátil.

Maggie escondió una sonrisilla detrás de su mano cuando Damian le guiñó el ojo.

—Lo que Maggie propone tiene mucho sentido, sin embargo, los Morphs no son estúpidos. En su entusiasmo por eliminarla, pueden volverse descuidados, pero no podemos arriesgarnos. Podrían desgarrarla como a una cinta antes de que podamos asaltar y rescatarla —continuó el líder del grupo.

Ella tragó con dificultad, visualizando la escena que exponía. Su mente lógica navegó ante posibles alternativas.

—Aroma —dijo Nicholas—. Podemos usar su aroma como carnada. Ellos lo detectarán, pensarán que ella está ahí y entrarán al cuarto. Menos riesgo para Maggie, y no se pondrán agitados o violentos. O percibirán que es una trampa.

—Tiene sentido —concordó ella—. Pero necesitaremos una gran cantidad de nitrógeno.

Damian llamó la atención de un alto Draicon de cabello grisáceo, sentado junto al fuego.

—Owen es dentista. Tiene acceso a mucho de eso. Pero necesitamos planear la trampa cuidadosamente. Empecemos.

Los planes mejor trazados se veían como si fueran a explotar antes de empezar.

Damian desplegó el esbozo de un plan sobre una mesa del sótano. El taller de Nicolas parecía el lugar perfecto para atraer a los Morphs. Una vez que estuvieran reunidos en el cuarto, Nicolas cerraría la puerta, bloqueándolos adentro. Luego, usando el sistema de ventilación, introducirían el óxido nítrico.

Sin embargo, se dieron cuenta de que debían utilizar a Maggie como cebo, después de todo, para encaminarlos hacia la cabaña.

—El problema es, que debemos utilizarla para atraerlos al lugar —Damian golpeó ligeramente el mapa—. Su esencia no es lo suficientemente fuerte. Ni siquiera si disimulamos y disfrazamos a uno de nuestros hombres para que se haga pasar por ella, los Morph se darán cuenta.

—Puedes entrar en la tienda, luego puedes escapar por la puerta que hay atrás, Maggie —apuntó Baylor— Pondremos ropa con tu aroma, para que los Morphs crean que tú sigues ahí dentro.

—Un plan tan delicado requiere una cuidadosa coordinación —murmuró Damian.

A Nicolas no le gustó ni un poquito.

—No quiero usar a Maggie.



— Tienes que hacerlo, Nicolas —Maggie posó delicadamente una mano en su brazo—. Soy la única a la que ellos quieren y sus sentidos son muy refinados. No puedes disfrazar a otro hombre o incluso mujer, como yo. Mi aroma es demasiado fuerte, sospecharán. Llevaré una pistola con tranquilizantes, y si estuviera en peligro, puedo usarla. No voy a estar en peligro.

Damian le dirigió una mirada de interrogación. Nicolas suspiró y se frotó el tatuaje.

— Está bien. Pero estaré contigo justo afuera. Y si llego a sospechar que existe el mínimo de problemas, entraré.

Existían demasiados factores que debían controlar. Nicolas no le gustaba nada. Jamie era una bala perdida que podía arruinarlo todo en el último momento, Kane era demasiado astuto y los Morph sabían cómo trabajar juntos como un ejército.

Sólo deseaba deshacerse de esa apremiante sensación de que algo iría terriblemente mal.

CAPÍTULO 17

Maggie seguía convenciéndose que todo saldría bien mientras observaba a los hombres colocar los tanques de óxido nitroso que se bombearían dentro del taller de Nicolas. Alrededor de éste, Nicolas escondía las piezas de su ropa. Como cazadores de sangre siguiendo un rastro, los Morph recogerían su esencia y serían atraídos adentro.

Ella ya había dejado un rastro a través del bosque para que el enemigo lo siguiera directamente al taller. La trampa seguramente serviría para la mayoría de los Morph, pero Kane era listo y elusivo. Al menos, el gas sería probablemente no tóxico para Jamie, si ésta llegara con los Morph al ataque. Damian permaneció hermético sobre cualquier posibilidad de su participación.

Maggie salió unos pasos fuera de la tienda para tomar un poco del fresco aire otoñal. El crepúsculo se aproximaba, anunciando la promesa de una noche clara y fría. Una noche perfecta para cazar. Su lobo ansiaba estar libre. Un perfumado peligro cabalgaba sobre la iluminada brisa. Nicolas cerró la puerta del taller de madera y se unió a ella.

—Quiero que regreses a la cabaña donde estás segura —él deslizó un brazo alrededor de ella, olfateando su cabello.

—Quisiera que dejaras de preocuparte.

—El día que muera —murmuró él.

Su preocupación la calentó, calmó al lobo que clamaba por ser libre.

—¿Puedes olerlo? —preguntó Nicolas de repente—. Ya vienen.

Ella se puso rígida, luchando con el apremio de poner al fuerte lobo en libertad para luchar. Pareciendo sentir su ansiedad, Nicolas le besó la sien.

—Recuerda, tú controlas tu lobo —la apaciguó él.

Damian apareció, sacudiéndose el polvo de las manos. Buscó su cara.

—¿Estás lista, Maggie?

Nicolas giró y agarró los brazos de Maggie.

—Estaré bien. —Ella le dio un rápido beso—. Confía en mí.

Corrió hasta su lugar oculto tras un conjunto de arbustos cercanos mientras Nicolas, Damian, Baylor y los otros hombres trepaban a los árboles a esperar. Habían frotado sus ropas deliberadamente con el aroma de Maggie para encubrir el suyo. El viento se mecía a través de los pinos. Maggie tragó con dificultad y esperó. Escondida en la pretina de sus vaqueros estaba la pistola de dardos tranquilizantes.

Un enjambre aterrizó cerca y los Morph cambiaron. En el creciente crepúsculo ella vio con repulsión cómo se transformaban en formas humanas. Maggie se estremeció, imaginando a Nicolas tornándose en un Morph, su cara reflejando la misma fealdad y la ambición de infligir dolor.

Uno elevó su larga y delgada nariz y olfateó en el aire. ¿Cuál era Kane? Ella estiró el cuello para buscar en el montón pero no se arriesgó a mirar más allá del arbusto escasamente cubierto.



Empezaron a encaminarse hacia el taller de madera, entonces se detuvieron. Se miraban unos a otros desconcertados. Una manada de cerca de cincuenta, con piel cetrina y rasgos hundidos. Ojos negros, muertos, desalmados.

Su sola esencia no los iba a atraer al taller. Ignorando el grito de advertencia de Nicolas dentro de su cabeza, salió corriendo. Girando, los enfrentó.

Viéndola, los Morph gruñeron. Maggie partió hacia el taller de madera. Tiró de la puerta del inmueble y corrió adentro. Dejó la puerta abierta, y se quedó allí, esperando. Con la boca seca, temblaba, un miedo frío perforando sus huesos.

Los Morph lentamente se enfilaron hacia el taller, mutando mientras lo hacían. Los lobos la aclamaron, sus colmillos goteaban saliva. Entusiasmados por la matanza, se abalanzaron hacia ella.

— ¡Ahora! — gritó Maggie.

La puerta se cerró de golpe. La manada giró pero fue demasiado tarde. Ella vio como el gas comenzaba a llenar la habitación. La manada aulló y se movió abruptamente hacia ella.

Carcajeándose por la embriagadora intoxicación, Maggie corrió a la puerta trasera, manipulando nerviosamente el pestillo. Corrió afuera mientras Nicolas se apresuraba y tiraba una pesada barra de madera contra la puerta, asegurándola.

Su ceño feroz no hizo que dejara de reír. Ella se apoyó contra la edificación.

— Me miras como si quisieras comerme viva — jadeó —. Gran lobo malo.

Su ceño se convirtió en una mirada preocupada. Delicadamente, él tocó la mejilla.

— Pudiste haber muerto — murmuró.

— Lo dudo. No actuaron muy inteligentemente. No como lo hicieron antes. Me pregunto por qué. — Ella tomó bocanadas de aire fresco y helado, tratando de aclararse la mente.

Damian rodeó la esquina, la inquietud marcaba su semblante.

— Algo no está bien. Creo que Kane envió a este grupo como señuelo.

Un sonido crujiente les hizo dirigir su atención al ensombrecido cielo. Esperando otro enjambre de abejas, Maggie se fortificó. En vez de eso, vio una pequeña y vivaracha mujer. Vestida con ordinarios vaqueros, una pesada sudadera gris y zapatillas deportivas, Jamie descendió ante ellos.

— Escapé para advertiros. Me encerraron pero me escabullí. Kane no está adentro. — Jamie hablaba sin aliento, sus pies suspendidos a 60 cm. sobre la tierra —. Olió la trampa y fue a la cabaña. Va a matar a todos, Damian. Incluidos las mujeres y los niños.

Damian maldijo y se giró hacia los otros hombres.

— Todos, a la cabaña. Estaré ahí en un rato. Nicolas y Baylor, quédaos un minuto. Necesito vuestra ayuda.

Cuando los otros hombres corrieron, el líder Draicon indicó con la cabeza hacia Nicolas y Baylor.

— Sujetadla.

Ellos agarraron a Jamie, sosteniéndola por los brazos. El corazón de Maggie palpitó cuando Damian rodeó a la mortal, agitando sus manos.

Antiguas palabras llenaron el aire con la rica y profunda voz de Damian. Maggie lentamente comprendió.

— Te ato, Jamie, con el poder contra la magia, con el poder contra el vuelo. Te ato, Jamie, con el poder contra la magia, con el poder contra el vuelo.

Chispas irisdicentes se arremolinaron alrededor de Jamie. Lentamente su cuerpo empezó a descender a la tierra.

Una terrible conmoción se propagó por la cara de la mortal. Jamie empujó sus manos hacia arriba, golpeando el aire como si tratara de ascender.

— ¡No, no, no! — lloró ella.

Algo como lástima torció los rasgos de Damian, pero siguió entonando con severidad. Jamie cayó a tierra, colapsando. Muy gentilmente, Damian la ayudó a levantarse.

— ¿Por qué? — sollozó ella.

— Ahora estás a salvo. Los Morphs no te querrán ahora que no tienes poderes — dijo él, apartando un mechón de su oscuro cabello mientras la miraba con ternura. Jamie rechazó su caricia.

Ella le lanzó una mirada afilada y comenzó a curiosear la colina hacia la cabaña. Damián apuntó un pulgar en su dirección.

— Id con ella, Nicolas, Baylor. Vigíladla y mantenédla a salvo hasta que yo regrese. Voy a cazar a Kane.

Maggie observó al líder Draicon desaparecer dentro del bosque. Nicolas y Baylor protegieron a Jamie por el frente y la retaguardia. Maggie flanqueó a la malhumorada chica. Jamie les lanzó funestas miradas.

— Así que tú eres Maggie, la famosa empática. Le advertí a Damian que vendrían por ti, y este es el agradecimiento que recibo.

Maggie sintió compasión por la derrotada Jamie, quien lucía como una niña enojada.

— No sé porqué lo hizo Damian. Pero si sé que tú eres especial para él, y nosotros nos encargaremos que estés segura.

Mientras se acercaban a la valla divisoria que demarcaba la propiedad de la cabaña, una figura se apareció en el bosque y se aproximó por la derecha. Su pequeño grupo se arremolinó. Maggie capturó la esencia de carne descompuesta. Su corazón se hundió cuando vio al líder Morph extender su largo y delgado dedo.

— Jaime — el bajo y sedoso tono divertido —. Eres tú a quien quiero. Traidora. Estás muerta.

Desde unos metros de distancia, les obsequió con una enfermiza mirada.

El miedo torció los delicados rasgos de Jamie cuando miró al líder de los Morph. Impotente, vulnerable. El líder Morph, avanzó hacia ella mientras retrocedía, las manos cubrían su rostro. Baylor cargó hacia delante. Nicolas saltó frente a Jamie y Maggie protectoramente. Con su cuerpo y los brazos extendidos, actuó como un escudo.

Un aullido sobrenatural dividió el aire. Maggie observó con asombrada conmoción como Damian salía del bosque y hacia un placaje a Kane. Gruñendo, luchó con la poderosa criatura, enredándose con él. Nicolas mostró una salvaje frustración en su cara.

Nicolas no podía atacar a su tío. Si lo hacía se convertiría en un Morph también. El líder Morph no se defendería. En vez de eso, corrió hacia Jamie con un gruñido. Damian fue por Kane otra vez, luchando con el Morph y dejándolo inconsciente con un enérgico golpe. Baylor saltó sobre él, con la daga preparada y lista.

— Máta!o — gruñó Damian. Él se incorporó y corrió hacia Jamie, agarrándola por el brazo y conduciéndola hacia la cabaña.

Pero cuando Baylor estaba a punto de apuñalar a Kane, el líder Morph cobró vida. Agarró el brazo de Baylor y lo retorció. Le siguió un horrible sonido de un hueso al romperse. Baylor aulló y dejó caer el cuchillo. Kane golpeó al Draicon con una garra y Baylor quedó inmóvil sobre la tierra.

Kane se levantó, volviendo su atención a Maggie. Nicolas gruñó y fue contra él, pero Kane lo esquivó. Una daga se materializó súbitamente en su mano.

Su lobo aulló, el instinto la sacudió. Maggie alcanzó la pistola de dardos para defenderse cuando Kane cambió a abeja. Voló hacia ella, picándola en el brazo. Ella gritó, dejando caer el arma. Maggie giró y dio vueltas manoteando desesperadamente mientras las abejas se multiplicaban y comenzaron a atacarla. De repente, algo afilado se hundió en su espalda una y otra vez, quemando como fuego. Cayó al suelo, gimiendo. Un dolor candente laceraba su cuerpo.

Se giró para encontrar al líder Morph en forma humana, sonriendo abiertamente y sosteniendo una daga mojada con su sangre. Él chasqueó los dedos y las abejas desaparecieron.

Se derrumbó con la esperanza de que el líder Morph la creyera muerta. La oscuridad la envolvió. Luchó, a sabiendas que tenía que resistir por el bien de Nicolas.

Su Maggie estaba muerta.

Aparentemente satisfecho, Kane se volvió hacia su sobrino.

—¡Maggie! —gritó Nicolas, corriendo hasta ella. Kane lo interceptó. Unas dagas gemelas aparecieron en las manos de Nicolas, su mente inconscientemente las convocó de memoria.

Kane se rió, el sonido pareció como uñas en pizarra.

—Mátame, Nicolas. Es lo que tú quieres. Soy el que ha hecho de tu vida un infierno viviente. Tu compañera está muerta.

Su voz cayó en un susurro de burla.

—Mátame y únete a nosotros. Tendrás todo lo que quieras. Tu propia manada, una familia más poderosa de lo que alguna vez podrías soñar. Eres un asesino, Nicolas. Siempre lo fuiste, sólo que tornaste tus habilidades para luchar contra tu propia gente. Violencia es todo lo que conoces. Únete a nosotros y regresa. Nunca serás nada más que un asesino.

Nicolas estrujaba las dagas, luchando por controlar su furia.

—Maggie está muerta, Nicolas. Yo la maté. No tienes nada ahora. No eres nada.

Nicolas avanzó corriendo con un rugido, elevando sus armas. Kane no se movió.

¡No, Nicolas!

La suave llamada en su cabeza lo obligó a detenerse.

Estoy viva. Por favor, Nicolas, puedes luchar contra esto. Lucha. No quieres convertirte en lo que él es.

Cada célula de su cuerpo lo urgía a clavar las dagas en el corazón de Kane. Terminar esto ahora, terminar con la amenaza de los Draicon. La rabia lo motivaba.

La tranquila y suave voz de Maggie volvió a hablar en su cabeza.

Te amo, Nicolas. Creo en ti. Kane está equivocado. Tú no estabas destinado a convertirte en Morph. Puedes controlar tu propio destino del modo en que lo hice yo. Así como me enseñaste a controlar a mi lobo. Por favor, quédate conmigo. Déjalo vivir. No eres el asesino que él dice.

Una calmante paz se asentó sobre Nicolas. Él tenía a Maggie, su hermosa, maravillosa y valiente draicara. Ella era lo más importante para él. Su corazón.

Tenía razón. Ya no pertenecía a los Morph. En ese momento, escogía no matar.

Nicolas dio un paso atrás y simbólicamente abrió sus manos. Las dagas de acero cayeron al suelo.



—No te mataré, Kane. No has ganado. No soy lo que dices que soy.

Los rasgos de Kane se retorcieron en una fea rabia.

—Tonto. Pudiste tenerlo todo. Ahora todo lo que tienes es una tumba.

Kane se le fue encima, rugiendo, cambiando a lobo con sus mandíbulas muy abiertas.

Nicolas recogió la abandonada pistola de dardos de Maggie y disparó. Kane aulló cuando el dardo se clavó en su flanco. Entonces Nicolas se tiró al suelo, cubriendo el cuerpo de Maggie con el suyo mientras se preparaba para tomar el impacto de la furia de su tío.

Él moriría, pero Maggie tendría una oportunidad.

—Nicolas no puede matarte, pero yo sí puedo.

La voz familiar del líder de su manada cambió a un rugido que resonó en toda la montaña. Nicolas levantó su cabeza y se paralizó conmocionado mientras Damian se precipitaba, cambiando al correr. Su lobo chocó con el líder Morph, haciéndolo caer. La afilada y aullante furia que era el líder de la manada Draicon atacó.

Debilitado por la droga e incapaz de cambiar, Kane liberó un grito sobrenatural.

En un minuto, estaba acabado. Damian en su forma de lobo se levantó del líder Morph muerto. Volvió a cambiar y miró fijamente a su antiguo enemigo. Kane lentamente se desintegró en grises cenizas.

Nicolas posó sus manos en Maggie, sintiendo la energía sanadora escapar de él. Ella luchó debajo y él se levantó. Extendió una mano y tiró de ella. Nicolas se acercó a Baylor y posó sus manos en el Draicon.

Emitiendo un profundo rugido Baylor luchó por sentarse. Miró inciertamente a Nicolas y entonces agarró su brazo.

—Gracias —dijo quebradamente, y Maggie supo que el Draicon estaría siempre en deuda con Nicolas.

—Vuelve a la cabaña y ocúpate de Katia —le dijo Nicolas.

La gratitud brillaba en los ojos de Baylor.

—Si hay algo que alguna vez pueda hacer por ti...

—Si lo hay —cortó Damian, volviendo a ponerse su ropa—. Tengo que dejar la manada por un tiempo y necesito que Nicolas asuma el liderazgo, si él está dispuesto a hacerlo. Va a necesitar toda tu colaboración y la de los otros. ¿Le darás tu lealtad como me las has dado a mí?

El otro hombre estudió a Nicolas con una mirada de recién descubierto respeto.

—Absolutamente. Y si alguno se atreve a oponerse a él, yo le enseñaré su lugar.

Nicolas asintió bruscamente cuando Baylor palmoteó su brazo otra vez. Cuando el hombre corrió hacia la cabaña, Nicolas arqueó una interrogante ceja a su líder.

—¿Te marchas?

Damian suspiró.

—Todo estará bien ahora que Kane se ha ido. Los Morph carecerán de líder y se dispersarán. Contigo y con Maggie, la manada estará bien protegida.

Él parecía luchar con sus emociones y descansó una mano en el hombro de Nicolas.

—No hay nadie en quien confíe más que en ti. ¿Lo harás?

Parte de él deseaba tomar a Maggie, correr y escapar. Ya no ansiaba la aceptación y cercanía de la manada. Pero sabía que Damian no le preguntaría a menos que verdaderamente lo



necesitara. Era una estrategia de su amigo para que la manada lo aceptara, así como habían aceptado a Maggie.

— Lo haré, con la ayuda de Maggie — miró fijamente a su compañera, quien asintió.

— Tengo la sensación que te marchas para ir tras Jamie, ¿verdad? — preguntó Nicolas, luego que Damian les agradeciera a ambos.

Una mirada pesarosa cayó sobre el líder de la manada.

— Ella escapó apenas la dejé en la cabaña. Está bien. Tengo una idea de a donde pudo haber ido. Está a salvo de los Morph ahora que no tiene magia. La encontraré.

Maggie deslizó una mano en la suya y a él le agradó la tibieza de su toque.

— ¿Por qué, Damian? ¿Quién es ella para ti?

La mandíbula de Damian se tensó.

— Ella es mi Draicara.

Lentamente, la historia fue saliendo. Damian había encontrado a Jamie en Nueva Orleans y había sentido algo especial sobre ella. Él aún no podía combinarse con sus pensamientos, probablemente porque ella era una mortal.

— Tuve que irme y enviar a Nicolas a encontrarla, con instrucciones de que hiciera lo que fuera por mantenerla en su mira.

— Incluyendo enseñarle magia — dijo ella, comprendiendo.

— La encontré sin problema — dijo Nicolas, descansando una mejilla contra el cabello de Maggie —. La entrené en su magia, pero ella escapó y se unió a los Morph.

— Después que se uniera a los Morph, me bloqueó totalmente y ya no pude hacer más para mantenerla segura. Debo encontrarla — dijo Damian.

— Ve, Damian. Una vez que encuentres a tu compañera, haz lo que tengas que hacer para regresarla a tus brazos, y una vez hecho eso, si eres tan listo como yo, te darás cuenta que no hay nada en el mundo que quieras cambiar de ella — dijo Nicolas suavemente.

— Va de ambos lados — murmuró ella —. Tu fuerza será su fuerza y encontrarás en ti mismo el poder de convertirte en quien estás destinado a ser.

Damian parecía un poco triste.

— Deseo que eso pueda ser también para nosotros — Entonces él hizo una filosófica señal y se digirió hacia la cabaña.

— ¿Crees que estará bien? — preguntó ella.

— Damian lo estará. La encontrará — Nicolas acarició su mejilla, su rostro se engrandecía suavemente con amor —. En este instante, todo lo que me importa eres tú, Maggie. Mi Maggie. Mi amor.

— Lo hiciste, Nicolas. Pensaste que no podrías resistir matar a Kane. Enfrentaste tu mayor temor y ganaste.

Él le acarició tiernamente el rostro.

— Lo hice por ti, Maggie. Tu fuerza me dio fuerza porque tú viste en mí algo más de lo que los otros vieron. Me viste por entero.

Maggie lo miró con brillantes ojos.

— Lo hicimos los dos, Nicolas. Tú y yo. La leyenda decía que yo sería quien destruyera a los Morph, pero lo hicimos juntos. Tú me ayudaste a reconocer quién soy, y a reconciliarme con mi lobo. Me diste tu fuerza y coraje y ellos me ayudaron a sobreponer mis profundos temores.



Envolviéndola en un cálido abrazo, descansó su mejilla en el sedoso cabello.

—Cuando Damian vuelva, quiero regresar a mi rancho, Maggie. Hacer un verdadero hogar para nosotros y empezar nuestra propia familia.

La calidez la llenó mientras deslizaba sus brazos alrededor de su cintura.

—Siempre quise una verdadera familia, Nicolas. He estado tan sola desde que murieron mis padres. Y hasta que te conocí, siempre creí que estaría sola y no encontraría a alguien a quien amar.

—Nunca más. Soy tuyo, Maggie. Eres todo lo que quiero. Si tú me tienes. Soy tuyo, por siempre.



EPÍLOGO

Estaba sentada ante el crepitante fuego, trabajando en un crucigrama. Frente a ella, Nicolas yacía en la alfombra. Una cautivante fascinación rondaba su rostro mientras observaba a la bebé Angelica jugar con el móvil multicolor sobre su cabeza. Sus regordetas piernas pateaban mientras gorgojeaba con deliciosa felicidad.

Seis meses después del nacimiento de Angelica, convirtieron el rancho de Nicolas en su retiro privado. Tan pronto como Damian regresó, su contacto con la manada fue limitado, ante la insistencia de Nicolas. Se dispusieron a crear su propia familia, largas y perezosas tardes de hacer el amor en todos los rincones del rancho, hasta que finalmente concibieron a Angelica.

Maggie contactó con su socio de negocios y le vendió su parte de la consulta. El dinero y la acumulación de capital de Nicolas le proveía de un comfortable estilo de vida, pero Maggie regresó al trabajo que amaba. Los vecinos estaban encantados de tener una veterinaria y ella se centró en la práctica de animales grandes. Nicolas contrató ayuda para el rancho y dedicó su tiempo a cuidar de Angelica y al papeleo administrativo. El duro guerrero, quien una vez sólo conoció violencia, ahora pasaba sus días en una pacífica felicidad haciendo rebotar a su hija en su regazo mientras estudiaba los libros.

Alzó a la bebé, gorgojeándole. Angelica se acomodó contra él, descansando su cabeza en su hombro. El corazón de Maggie saltó por la manera tan delicada en la que acunaba a la bebé, la serenidad en sus una vez perturbados ojos. Junto a su silla, Misha dormitaba pacíficamente.

—Baylor y algunos otros vendrán mañana a trabajar en la valla del campo norte —dijo Nicolas, jugueteando con Angelica.

Era asombroso cómo la manada lo había aceptado. La larga y permanente rivalidad entre Nicolas y Baylor había desaparecido, con el otro hombre apoyando a Nicolas mientras Damian estuvo fuera. Baylor ofreció su amistad y demostraba ser de una gran ayuda ahora, reparando las descuidadas partes del rancho.

Su mirada cayó en el crucigrama.

—Es tu turno. Necesito una palabra de seis letras para familia.

Cambiando a Angelica de brazo, Nicolas caminó hacia Maggie espiando sobre su hombro.

—Bastante fácil. M-a-r-g-a-r-e-t.

—Esas son ocho letras —protestó ella.

—No importa. Eso es familia para mí —dijo él, besándola.

Él ahora tenía su propia pequeña familia. Nicolas encontró la paz que pensó sólo era posible en sueños. Maggie había pasado su vida escapando de su verdadero hogar. Nicolas había pasado su vida tratando de encontrar el suyo.

Ambos estaban finalmente en casa. Y aquí era donde se quedarían.